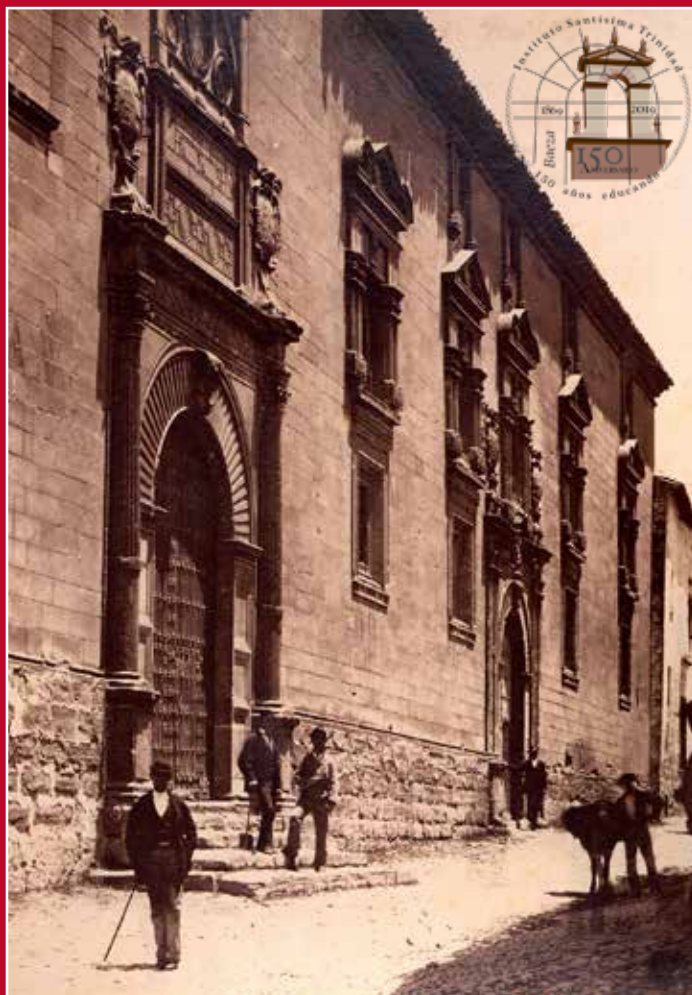


Rogelio Chicharro Chamorro

Coordinador



150 Aniversario del Instituto
Santísima Trinidad de Baeza
(1869-2019)



Instituto de Estudios Giennenses

150 Aniversario del Instituto
Santísima Trinidad de Baeza (1869-2019)

150 Aniversario del Instituto Santísima Trinidad de Baeza (1869-2019)



ROGELIO CHICHARRO CHAMORRO
Coordinador



Instituto de Estudios Giennenses

Instituto de Estudios Giennenses
Colección «Estudios»

Edita: DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE JAÉN
Instituto de Estudios Giennenses

© De los textos: Los autores

© De la presente edición:
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE JAÉN
Instituto de Estudios Giennenses

I.S.B.N.: 978-84-92876-74-7

Depósito Legal: J. 203 - 2021

Impreso en España • Unión Europea

PRESENTACIÓN

El Equipo Directivo

En una de las primeras reuniones semanales que el Equipo Directivo del Instituto celebra en el curso 2017-2018, el Director expone que en el mes de octubre del 2019 nuestro centro cumpliría 150 años de vida ya que, aunque habitualmente se toma el año 1875 como el fundacional por convertirse entonces en Instituto Oficial de Segunda Enseñanza, sin embargo, en nuestro caso ya en el año 1869 abre sus puertas un Instituto Libre de Bachillerato que funcionaba como un centro pedagógico oficial aunque económicamente dependiente del Ayuntamiento de Baeza y en consecuencia desde esa fecha viene prestando su noble tarea formativa ininterrumpidamente y en el mismo lugar nuestro instituto y que ese aniversario bien merecía una celebración destacada que resaltara la singularidad e importancia histórica del Santísima Trinidad.

A partir de entonces, considerando toda la Directiva la conveniencia de impulsar dicha celebración, en sucesivas reuniones fue perfilando la mejor manera de llevarla a cabo, cuidando que la misma tuviese un carácter participativo y didáctico por tratarse de un centro de enseñanza así como que dejase memoria fehaciente para las generaciones venideras. Para llevar adelante la conmemoración reunimos una Comisión Organizadora de cuya composición y actividad damos cuenta en otras páginas, buscamos el apoyo del AMPA y de las instituciones: Ayuntamiento de Baeza, Diputación Provincial y Delegación de Educación, y nos pusimos a trabajar en su consecución.

Uno de los frutos de nuestra tarea, querido lector, es el libro que tienes entre tus manos que pretende dejar memoria de este momento histórico de nuestro centro y ser un homenaje a todos los que a lo largo de su vida han compartido en algún momento estas aulas: profesores, alumnos, familias, personal de administración y servicios. Algunos de ellos, una interesante representación, aunque no tantos como deseábamos por problemas ineludibles de espacio, han colaborado con sus escritos para elaborar el libro.

Es obvio resaltar la transformación enorme que ha sufrido nuestro mundo en 150 años y con ella la de la enseñanza, lo que se percibe muy claramente hasta en las propias denominaciones que el centro ha tenido: Instituto Libre de Bachillerato, Instituto Oficial de Segunda Enseñanza, Instituto General y Técnico, Instituto de Bachillerato e Instituto de Educación Secundaria que es el vigente. No digamos de los diferentes planes de enseñanza, nada más que en los últimos 50 años hemos conocido hasta seis leyes generales de educación, pero por encima de nombres, avatares políticos, planes de estudios y demás circunstancias hay cosas que no cambian y es que el Instituto Santísima Trinidad ha sido y aún sigue siendo para los jóvenes de Baeza y buena parte de la provincia una institución fundamental para su desarrollo profesional y humano. Además, tanto por sus resultados académicos como por los destacados profesores y alumnos que han pasado por él en su dilatada trayectoria, ha conseguido un importante prestigio y ser muy reconocido tanto en nuestra localidad como fuera de ella. Actualmente la figura de su antiguo profesor Antonio Machado y el aula donde impartió clase contribuyen a perpetuar ese prestigio y conocimiento.

Un aniversario y un libro como éste se prestan con frecuencia al ejercicio nostálgico de los recuerdos, a dejar constancia del tiempo que se fue y a disfrutar de esa sensación melancólica que conlleva, sin embargo, aunque está bien hacer memoria del pasado, nuestra mirada debe estar puesta en el futuro. Que sirvan esta celebración y este libro conmemorativo para un mejor conocimiento de la historia del Santísima Trinidad por parte de las generaciones venideras y de estímulo para continuar cuidando y engrandeciendo esta importante institución.

AUTORIDADES

Francisco Reyes Martínez

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE JAÉN

*150 años a la vanguardia educativa de un instituto
donde el paso del tiempo quedó inmortalizado.*

Nadie duda de que en pleno siglo XXI, cualquier centro educativo es mucho más que un espacio donde se imparten asignaturas a jóvenes llamados a tomar las riendas de nuestra sociedad en un futuro más próximo que lejano. Un colegio, un instituto y la propia universidad forman a las personas para un mundo complejo, cambiante, donde el conocimiento y su faceta aplicada resultan indispensables para nuestro desarrollo vital y profesional. Por eso es tan importante apostar por una educación en valores como la igualdad, el respeto y el compañerismo. Una formación integral en la que destaca el IES Santísima Trinidad.

Frente a voces del pasado y pines parentales que quieren coartar la educación, encontramos la realidad de nuestro rico y no siempre bien valorado sistema educativo. Basta con repasar vuestra actividad diaria a lo largo de un curso para comprobar que la igualdad entre mujeres y hombres, vuestro compromiso con la paz y los derechos humanos o el respeto a la diversidad están en el ADN curricular de un centro que, además, lleva a gala una historia apasionante, que bebe del prestigio de aquella primera universidad de la que es heredero, y que ha ido a la vanguardia de la enseñanza en cada una de las etapas históricas vividas por esta institución académica, hoy instituto de enseñanza secundaria.

En uno de los emblemáticos edificios de Baeza, ciudad Patrimonio de la Humanidad, el Instituto de la Santísima Trinidad ha cumplido 150 años de una historia repleta de nombres

y acontecimientos que también forman parte de nuestra historia colectiva como provincia. Por sus aulas y como alumnos pasaron, entre otros, José Yanguas Messías, que fue ministro del Rey Alfonso XIII; Rafael Laínez Alcalá, escritor y catedrático de la Universidad de Salamanca cuyo legado custodia el Instituto de Estudios Giennenses; Ramón La Moneda, destacado político de la II República; Felipe Pita da Veiga, almirante de la Armada; o más cercano a nuestro tiempo, el jurista Baltasar Garzón. Personajes ilustres a los que sumar los miles de niños y niñas que aprendieron en sus clases de manos de profesores y profesoras que dieron lo mejor de sí para transmitir el conocimiento. Por eso, cuando se celebran este tipo de aniversarios, también se rinde homenaje a todos y cada uno de ellos.

Pero si una persona dejó para siempre su impronta en este centro y lo hizo a la vez universal, esa fue Antonio Machado. Aquí impartió clases de francés, desde 1912 hasta 1919, y entre sus muros concibió una parte importante de su obra. Precisamente, el paso del tiempo fue uno de los temas asiduos en los versos del poeta. Ese caminante, mil y una veces recitado, es uno de los ejemplos más conocidos de un poemario en el que la infancia y la juventud son siempre añoradas. Añoranzas y recuerdos que afloran cuando se cumplen años, porque aunque en este caso haya sido una efeméride relativa a una institución académica, no podemos olvidar que su pasado, presente y futuro lo protagonizan las personas.

Felicidades a la comunidad educativa del Instituto de la Santísima Trinidad, profesorado, alumnado, personal de servicios y administración, madres y padres. En primer lugar por creer firmemente en la enseñanza pública como garante de una educación de calidad en igualdad de oportunidades. Y en segundo, por la celebración de un aniversario que pone de relieve la singularidad e historia de un centro de referencia en nuestra provincia.

Los aniversarios son ocasiones propicias que invitan a la reflexión. A menudo, cuando pretendemos desde el presente mirar hacia adelante conviene volver la mirada atrás. Aprender de nuestro pasado e intentar proyectarnos hacia ese futuro lleno de incertidumbre que tanto nos interesa, pues es en el porvenir donde aspiramos a pasar el resto de nuestras vidas.

Y quizás sea esta la razón por la que me ha hecho tanta ilusión la invitación de la Comisión Organizadora del Instituto Santísima Trinidad para escribir un saluda en la obra conmemorativa de la celebración del 150 aniversario de su fundación. Resulta muy alentador participar en este tipo de iniciativas promovidas por un claustro de profesionales del noble oficio de enseñar. Profesionales que después de tanto tiempo siguen siendo fieles continuadores del pensamiento de Francisco Giner de los Ríos, ilustre maestro que pasó por esta institución. Para Giner de los Ríos educar era –como aún sigue siendo– enseñar a “dirigir con sentido tu propia vida”. Enseñar lo que no se sabe y “despertar” a lo que ya se sabe.

Por todo ello, pienso que este libro no es solo una invitación a asomarnos a la historia del Instituto Santísima Trinidad de Baeza: es un ejemplo, y un acicate, para seguir trabajando con tenacidad por el mejor presente que todos deseamos. Nos espera un futuro lleno de posibilidades y, en mayor medida, será mejor si somos capaces de construirlo entre todos. Ese camino hay que hacerlo al andar, día a día, desde el presente.

Mi llegada al Instituto de Enseñanza Media Santísima Trinidad supuso para mí, además de un importante paso en mi formación, el atisbo de una salida que restableciera la continuidad con la Baeza que fue un referente para toda Andalucía hasta finales del siglo XVI, especialmente en el arte y la cultura, en unos momentos en los que nuestro país y nuestra propia ciudad recuperaba terreno en muchos aspectos, tras un largo periodo de letargo y abandono.

Entonces no era totalmente consciente de que este instituto, el único que había por aquellos años en Baeza y uno de los pocos con que contaba Jaén, era heredero de la que había sido la primera Universidad de Andalucía, y cuyo fulgor avivó muchas ideas que generaron gran prestigio en muy poco tiempo y un rico debate. Fue como una llamarada que animó a la Compañía de Jesús a fundar, en esta misma ciudad, una segunda universidad. Sabemos ya que el hecho de que en algunos aspectos se adelantara a su tiempo, especialmente en temas morales y religiosos, le generó los problemas propios de quienes se adelantan a la época en la que viven, especialmente con la Inquisición, pero dejó sembrados algunos postulados por entonces vanguardistas a los que el tiempo ha venido a darles la razón.

Contemplado desde hoy, no parece que sea discutible el papel de este instituto, heredero de aquella notable institución, a la hora de configurar la personalidad colectiva de nuestra ciudad.

Ilustres profesores, como Antonio Machado y Vicens Vives han dejado su impronta en la institución, de suerte que no es exagerado afirmar que desde fuera se percibe como inclinada hacia las humanidades, carácter que proyecta a la imagen pública de la propia ciudad de Baeza.

Un centro abierto y moderno que recoge cada día los frutos que siembra a lo largo de sus años de historia. Una institución que busca y pide respeto, siendo un ejemplo de innovación y adaptación a los nuevos tiempos reflejado en acciones y contenidos de integración adaptado a la educación moderna de nuestros días.

Felizmente el progreso en la educación ha exigido que el Instituto Santísima Trinidad ya no sea el único en el que se forman los jóvenes de Baeza. Pero ello no empece al hecho de que, al cumplirse el 150 aniversario de ejercicio como instituto de enseñanza media o secundaria, los baezanos que hemos pasado por sus aulas nos sintamos orgullosos de habernos formado como ciudadanos en ellas, pues no hay familia que no tenga algún miembro que haya pasado por tan emblemático centro para forjarse como ciudadano.

Pensar de Baeza es pensar en Machado. Y Machado no puede ligarse a esta joya del Renacimiento sin poner el foco en el que es uno de los monumentos vivos de la ciudad, el IES Santísima Trinidad. Un museo en uso, un centro educativo que guarda en sus aulas la memoria de un legado que se remonta al siglo XVI. Para los amantes de la historia, de la literatura y de la docencia no puede haber un lugar más idílico para aprender y para enseñar: para aprender enseñando. Un entorno que no solamente ha disfrutado como docente Don Antonio, sino otros profesores ilustres como el filósofo y ensayista Giner de los Ríos, el historiador Jaime Vicens Vives o el escritor Francisco Escolano. Al otro lado del pupitre, han recibido clase entre estos muros el juez Baltasar Garzón, el jurista, diplomático y político José Yanguas Messía o el historiador Rafael Laínez Alcalá.

Hace unos meses tuve el honor, junto con el consejero de Educación y Deporte, Javier Imbroda, de participar en los actos conmemorativos del 150 aniversario de este centro. Es un orgullo comprobar cómo la educación andaluza es capaz de conjugar la tradición y el arraigo de los que presume el IES Santísima Trinidad con la adaptación y la versatilidad que estamos aplaudiendo estos últimos meses. Por desgracia, este curso 2019-2020 lo hemos tenido que comprobar de forma atropellada e inesperada pero, como siempre, nuestros profesores han estado a la altura. Tenemos que aprovechar cualquier ocasión, y no se me ocurre ninguna más propicia que esta, para poner en valor la labor de

nuestros profesionales docentes y el futuro de nuestra comunidad educativa.

Ahora es el momento de celebrar, de recordar un siglo y medio de ilusiones, de experiencias, de anécdotas con las que un precioso monumento renacentista se ha convertido en la memoria de varias generaciones. Hoy, inmersos aún en esta crisis sanitaria y social, reconocemos aun más el valor del trabajo en el aula, de compartir, colaborar, cooperar. En definitiva, de vivir. Ya a principios del siglo XX Machado puso de manifiesto la importancia del aprendizaje cooperativo y la necesidad observar desde la mirada del otro: “Ayudadme a comprender lo que os digo y os lo explicaré mejor”, les dijo a sus alumnos. No hay pandemia que sustituya a un profesor.

Me despido dando las gracias a la directiva del centro por dejarme participar en este homenaje y en esta conmemoración que, como su centro, será historia de Baeza. Y qué mejor despedida que volver a citar al profesor más ilustre de este centro: dijo Machado que “en cuestiones de cultura y de saber, solo se pierde lo que se guarda, solo se gana lo que se da”. Felicito al centro, a sus alumnos y alumnas y a toda la comunidad educativa por este siglo y medio de historia pero, sobre todo, les felicito por el apasionante futuro que les espera y por compartir con todos sus experiencias, sus conocimientos, su pasado y su futuro. Enhorabuena.

DIRECTORES DEL CENTRO

SESQUICENTENARIO DE UN INSTITUTO SINGULAR

Rogelio Chicharro Chamorro

DIRECTOR

INTRODUCCIÓN

En ocasiones las circunstancias personales de cada cual, ya desde nuestro más temprano despertar a la vida consciente, nos hacen convivir de manera natural y sin ser conscientes de ello con algunos lugares tan importantes como nuestro Instituto Santísima Trinidad de Baeza. Ya desde niño, la presencia imponente del edificio renacentista de la Antigua Universidad, que formaba parte de mis juegos infantiles de manera habitual, las conversaciones de mis hermanos mayores, de sus amigos, la veneración con la que se hablaba de los profesores del Instituto o la ruidosa presencia de centenares de alumnos por las calles de Baeza, habían conseguido en mí un efecto de auténtica fascinación por todo lo que acontecía alrededor de tan vetusta institución. La casualidad hizo que la vivienda familiar en la que nací distase escasos metros



El Director del Instituto, Rogelio Chicharro.

del Instituto, dentro de la misma manzana de viviendas y que la sirena que anunciaba los cambios de clase la oyese en mi dormitorio casi con la misma intensidad que si estuviese en algún aula dando clase. Además, por aquellos años,

finales de los 60 y principios de los 70, el peso del Instituto en la vida de la ciudad era especialmente relevante y la consideración que tenían los profesores –a los que casi todos en Baeza, ascendíéndolos uniformemente en el escalafón, llamaban catedráticos– muy importante. Y aunque por entonces la percepción infantil y el desconocimiento de otras realidades ajenas a la tuya no te hacía calibrar en su justa medida la importancia de tu propia realidad, con el paso del tiempo descubres la gran suerte que el destino nos había deparado, descubres que has abierto los ojos al conocimiento en uno de los institutos más hermosos y antiguos de España, heredero de una importante Universidad Renacentista por la que han pasado miles de estudiantes y brillantísimos profesores, en un centro prestigioso, orgullo de todos los baezanos.

Cuando me tocó comenzar el bachillerato, en octubre del año 1970, el Santísima Trinidad era “el Instituto”, pues, salvo el San Juan de la Cruz de Úbeda abierto unos pocos años antes, era el único en una amplísima comarca de la provincia de Jaén y atesoraba una dilatada y brillante trayectoria. Los que ingresamos ese año fuimos la última promoción en cursar el Bachillerato antiguo, el regulado por la Ley de Ordenación de la Enseñanza Media del ministro Joaquín Ruiz Giménez del año 1953 y lo hacíamos con diez años y en el centro permanecíamos durante siete cursos (cuatro de Bachillerato Elemental, dos de Bachillerato Superior y uno del COU). Bien es cierto que los de mi promoción ya no tuvimos que sufrir todos los rigores que implicaba esta ley –ya en vías de extinción por haberse aprobado ese mismo 1970 la Ley General de Educación de Villar Palasí–, de tener que pasar por las cuatro “selectividades” por las que habían transitado nuestros hermanos mayores: el examen de ingreso, la reválida elemental al terminar cuarto de bachillerato, la reválida superior al terminar sexto y la prueba de acceso a la universidad, pero sí las exigencias de un bachillerato bastante duro que no entendía de adaptaciones ni otras exquisiteces modernas, cuyo lema –me gusta decir a los amigos– podría ser el de “camina o revienta”, usando prestado el título del conocido libro que escribió el Lute. De aquellos años fundamentales en la vida de cualquier persona, de la efervescente vida del instituto, de los profesores, de los alumnos, de la influencia en la vida de la ciudad, dejé escrito un

artículo “De rojo y gris (historia sentimental de un antiguo alumno)” en el libro conmemorativo de la I Jornada de Convivencia de Antiguos Alumnos y Profesores del año 1996.

Quizás por todo lo anterior siempre tuve vocación clara de a qué quería dedicarme profesionalmente desde bastante pronto. La fascinación que causaban en todos nosotros aquellos profesores, su autoridad en el mejor sentido de la palabra y comprobar cuánto sabían, conseguían que fuesen auténticos modelos de vida para unos niños que apenas abrían su conocimiento y su curiosidad a la vida. Desde aquellos años, y salvo algunos cursos en los que por destino profesional residí fuera de Baeza, mi vinculación con el Santísima Trinidad no ha cesado prácticamente nunca, contribuyendo, por ejemplo, a la creación de una Asociación de Antiguos Alumnos y Profesores en 1995 que promovió una primera y emotiva Jornada de Convivencia en abril de 1996 que convocó a cientos de antiguos alumnos y profesores. Creo que puedo representar la conocida máxima de Max Aub de que “uno es de donde hace el bachillerato” pues en el Instituto no solo adquirí buena parte de mi formación e hice buenos amigos sino que conocí a mi mujer y puse las bases de mi vida toda y determinó claramente mi vocación. Por entonces no llegaba a vislumbrar que acabaría mi trayectoria profesional siendo director del centro –curiosamente el primer director nacido en Baeza en sus largos años de historia– y que me correspondería la suerte de celebrar la feliz efeméride del 150 Aniversario de vida del Instituto. Y ahora que ya está próximo el momento de mi jubilación puedo decir con perspectiva que dedicarme a la enseñanza ha sido, por muchísimas razones, una decisión acertada que me ha permitido desarrollar una vida esencialmente feliz, sobre todo, por haberme permitido trabajar en algo que me gusta.

La dirección de un instituto es un trabajo bastante exigente que necesita de una dedicación plena pues, amén de las fundamentales cuestiones pedagógicas y docentes, comprende también multitud de tareas organizativas, de personal o de mantenimiento. Además, en el caso del Santísima Trinidad, hay que añadir el cuidado y protección del importantísimo patrimonio que posee,

el cual estamos obligados a conservar con especial celo. Tengo que decir que cuando a comienzos del curso 2012 se produce mi nombramiento y, junto al nuevo equipo directivo, comenzamos con ilusión a trabajar para llevar a cabo el Proyecto de Dirección, nunca preví celebrar el 150 Aniversario del Instituto pero luego el día a día nos lleva a acometer todos los retos que resulten relevantes para tu instituto.

REFERENCIAS HISTÓRICAS

Con frecuencia se toma el año de 1875 como fundacional del centro por convertirse ese año en Instituto (oficial) de Segunda Enseñanza, sin embargo, aparte de otros antecedentes que ahora referiré, ya en 1869 se inaugura en el sitio que todavía ocupa, el Instituto Libre de Bachillerato que funcionaba como un centro pedagógico oficial aunque económicamente dependiente del municipio y, por tanto, desde ese año existe un instituto que llega ininterrumpidamente hasta nuestros días. Comprendimos, pues, que ese aniversario –150 años– merecía el esfuerzo de una celebración acorde a su importancia.

El Instituto Santísima Trinidad acumula una trayectoria tan dilatada e imbricada en la vida de la ciudad que los perfiles entre la institución y los ciudadanos se diluyen y se convierten en un todo inseparable de la vida del lugar. El centro pertenece a esas cosas sobre las que no reparamos por ser las verdaderamente importantes, como el aire que respiramos. El imponente edificio con su extraordinario patrimonio y la noble tarea desarrollada en él durante siglos son tan nuestros y forman parte natural de nuestra cotidianidad que cuando llegamos a estudiar en él, no alcanzamos a comprender y a valorar en su justa medida cuánto vale ni la trayectoria que atesora. Es uno de los más hermosos y visitados de España, sobre todo por el interés y la atracción que despierta el Aula de nuestro más ilustre profesor, Don Antonio Machado. Pertenece a la Red de Institutos Históricos de España y, desde 2018, a la Red de Institutos Históricos Educativos de Andalucía. Ejemplo de la importancia de la educación pública para el desarrollo de los pueblos, ha desempeñado un trascendental papel en la propia

historia de Baeza y buena parte de la provincia, puesto que durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX fue el único –junto con el de la capital– centro de segunda enseñanza de Jaén y por tanto recogía numeroso alumnado entre los habitantes de la Loma, sierras de Cazorla, Segura y Sierra Morena, llegando a sobrepasar los 1500 alumnos en los años 60 y 70 del pasado siglo.

Estamos ante una institución heredera de una universidad renacentista de la que recibe un valioso legado material e inmaterial y que posee un rico patrimonio arquitectónico, bibliográfico, documental y científico-pedagógico. A todo este patrimonio expresado en bienes tangibles como el notable conjunto renacentista de los dos edificios primitivos, o los doce mil volúmenes de su biblioteca que incluyen valiosos ejemplares de la Antigua universidad, el Archivo Histórico y el moderno del Instituto, las Bulas Papales de Paulo III y Urbano VIII, las colecciones de Historia Natural, los mapas, los insectos, los moluscos, los fósiles, los instrumentos de laboratorio, etc. se une el más intangible pero probablemente más importante Patrimonio humano atesorado a lo largo del tiempo, así nombres tan prestigiosos e importantes para la historia de España que ya como profesores, ya como alumnos, han pasado por sus aulas, como Antonio Machado, Jaime Vicens-Vives, Rafael Tuñón de Lara, José Yanguas Messía, Rafael Laynez Alcalá, Francisco Escolano, Hermenegildo Giner de los Ríos, José Manuel Pabón y Suárez de Urbina, Encarnación Álvarez, Samuel Gili Gaya, Miguel Avilés, Rafael Rodríguez Moñino y Antonio Montilla y Ramón entre otras destacadas personalidades, son ejemplo fehaciente de la importancia histórica de nuestro Instituto.

Esta institución docente, la más antigua de la provincia, hunde sus raíces en la Antigua Universidad de Baeza fundada en el año 1538 y desaparecida en 1824, pues históricamente de ella surge, lo que, unido a su dilatada actividad durante buena parte del siglo XIX, todo el XX y siglo XXI hasta nuestros días, la convierten en una de las más importantes instituciones culturales de la provincia de Jaén. Así, desde el mismo momento de su extinción, nuestras autoridades municipales de entonces no cesaron de insistir y demandar su reapertura o, en su defecto, la creación

de un instituto de segunda enseñanza aprovechando el edificio y las rentas correspondientes que dejaba aquella. Como fruto de su tenacidad, por Real Decreto de 10 de enero de 1832, consiguieron inicialmente un Colegio de Humanidades que abrió sus puertas en el año 1834 y se inauguró oficialmente en 1835 “aplicando a él los caudales y fondos de Universidad extinguida”. No pareciendo suficiente, insistió nuestro Ayuntamiento en su clara determinación para que la ciudad albergara un instituto y en 1840 volvió a plantear la iniciativa que, al principio, tuvo buena acogida tanto por la Dirección General de Estudios como por la Diputación Provincial pero que pronto provocará un enfrentamiento con el Ayuntamiento de Jaén que aspiraba a conseguir el Instituto Provincial –resulta curioso leer hoy las actas de sesiones de la Diputación y ver cómo se configuraron dos bandos de pueblos que apoyaban bien a Jaén, bien a Baeza– y que finalmente se saldará a favor de la capital donde se instaló el Instituto Provincial en el año 1843.

A pesar de ello, solo tres años más tarde, en 1846, Baeza consiguió por primera vez su ansiado instituto dotado con ocho cátedras que, sin embargo, solo pervivirá cuatro años, pues en 1850 el Ministerio acordó una remodelación de los institutos de España y se suprimió junto a los de Cuenca, Guadalajara, Oñate, Orihuela, Tudela, Tui y Vitoria.

Y ya definitivamente, el cabildo baezano, acogándose a un Decreto de 14 de enero de 1869 del Ministro Manuel Ruiz Zorrilla, solicitó autorización recibiendo el permiso oportuno el 8 de abril y pudiendo realizar la apertura oficial del Instituto de Segunda Enseñanza de Baeza el 1 de octubre de 1869 y que llega ininterrumpidamente hasta la actualidad.

Como escribía anteriormente, será el año 1875 cuando este Instituto Libre de Segunda Enseñanza se convierta en Instituto Oficial. Otras fechas importantes en la dilatada historia del centro serán el año 1910 cuando el Instituto General y Técnico, llamado así entonces, queda incorporado económicamente a los Presupuestos Generales del Estado e integrado en el Ministerio de Instrucción Pública; 1912 cuando llega a Baeza como Catedrático de Lengua Francesa el gran poeta Don Antonio Machado,

que permanecerá en el Instituto durante siete cursos, hasta 1919, siendo director Don Leopoldo de Urquía; 1923, cuando la ciudad cede los edificios del Instituto a la Subsecretaría del Ministerio de Instrucción Pública o el año 1934 cuando se solicita desde el Ayuntamiento que, ante la alteración de categoría que iban a sufrir los centros de Segunda Enseñanza de España, el de Baeza se mantuviera en su rango y significación de Nacional según correspondía “a su tradición, historia, servicios y circunstancias especiales que lo distinguen”, así como el otorgamiento también este año de la escritura al Estado por la que se cedían definitivamente los edificios del Instituto. Estas tres últimas fechas, 1910, 1923 y 1934 suponen, pues, un cambio definitivo en la naturaleza histórica del centro que lo convierten académica y económicamente como un bien del estado español en todos sus aspectos.

La historia del Instituto ha sido muy bien estudiada sobre todo por dos personas muy vinculadas al centro, el antiguo profesor Don Rafael Rodríguez-Moñino Soriano que ocupó la Cátedra de Geografía e Historia del centro desde 1980 a 1998 y realizó una importante labor de estudio e investigación en el Archivo Histórico del centro y publicó en 1996 su Historia Breve del Instituto de Bachillerato Santísima Trinidad de Baeza en el Libro conmemorativo de la Jornada de Convivencia de Antiguos Alumnos y Profesores y la antigua alumna Alcázar Cruz Rodríguez que publicó en el año 2002 su importante Historia del Instituto Santísima Trinidad de Baeza (1869-1953) en la Universidad de Jaén. Acudiendo a estas fuentes puede el lector interesado ahondar en el conocimiento de la dilatada trayectoria de la institución de la que ahora solo puedo dar cabida en la presente colaboración a estas breves pinceladas.

Estas vicisitudes históricas son las que han hecho que durante varios siglos en el monumental patio renacentista, desde el año 1595 en el que fue inaugurado el edificio definitivo de la Universidad de Baeza, nunca haya faltado el bullicio estudiantil. Durante muchos años, por ejemplo, el Catedrático de Filosofía, tras explicar sus dos horas y media de clases de la mañana, salía al patio y durante media hora se apoyaba en la columna de la esquina más próxima a la escalera de piedra y respondía a las preguntas

y dificultades de los alumnos en un acto conocido como “el poste”. Posteriormente, trabajando yo en el Instituto y realizando en el patio guardias de alumnos durante los recreos de algún crudo invierno, comprendí perfectamente al Catedrático de Filosofía de hacer la actividad de “el poste” en esa columna y no en otra pues en la fría y húmeda Baeza esa esquina del patio es la más soleada y cálida. Durante muchos años, asimismo, los sábados, los tres catedráticos de SÚMULAS, Lógica y Filosofía se reunían con sus alumnos en el teatro, nuestro solemne Paraninfo, para las conclusiones y ejercicios de recapitulación. En nuestros días la algarabía infantil sigue llenando de vida cotidianamente todos esos nobles espacios. En el Paraninfo se recibe a los alumnos, se realizan actividades, olimpiadas culturales. En los patios, en las galerías, durante los recreos los alumnos corren y juegan.

En el Santísima Trinidad se respira docencia por todos los rincones, parece que sus muros se hubieran impregnado de lecciones de viejas sabidurías, es un verdadero templo del saber. Cuando nos visitan estudiantes de otros institutos y los recibimos en el Paraninfo, me gusta advertirles que la nobleza y grandiosidad del espacio se vinculaba en la época en la que se construyó a la nobleza e importancia de la actividad que allí se iba a desarrollar. El estudio y el conocimiento son los más altos estados a los que puede aspirar el hombre.

COMISIÓN ORGANIZADORA: ACTOS

Por todo lo anterior, desde la dirección del centro, y con el apoyo del Equipo Directivo, se impulsó celebrar esta efeméride como merecía un instituto como el nuestro para lo que reunió una Comisión Organizadora que se ha encargado de preparar todas las actividades conmemorativas y que ha estado compuesta por Doña Reyes Clavijo, Vicedirectora del centro, Doña María Dolores Higuera, profesora de Historia, Don José Luis Chicharro, antiguo profesor y actual Cronista de Baeza, Doña Filomena Garrido, Coordinadora de Cultura del Ayuntamiento de Baeza, Doña Elena Lendínez del AMPA San Juan de Ávila del Instituto y yo mismo

como Director. Sin su fundamental colaboración no habría sido posible llevar a cabo una programación tan importante.

Quisimos siempre que la celebración tuviese un carácter muy participativo y didáctico como corresponde con un centro de enseñanza por lo que en las primeras reuniones de claustro del pasado curso se fue informando con detalle a todo el profesorado acerca del programa de actividades que se estaba gestando y solicitando la implicación de todos. Por otra parte también pretendimos que la celebración consiguiera dejar memoria tangible de la misma, tanto documentalmentemente como con alguna intervención importante en el Instituto. Nuestro empeño ha sido aprovechar la oportunidad para que quedara alguna mejora permanente y, finalmente, podemos afirmar con satisfacción, como expongo a continuación, que así ha sido.

La primera decisión fue la de convocar un concurso público entre todos los alumnos del centro para elegir el logo de la celebración resultando ganador el alumno Carlos Cruz que tomó como motivo la espadaña de la primitiva capilla enmarcada en un círculo al que se complementó con el lema *150 años educando* de la alumna Inés Martínez y la configuración definitiva del profesor de Dibujo del centro Don Raúl Cárdenas y que ha tenido muy buena aceptación, ha conseguido, incluso, provocar la creación de un poema por parte del Premio Nacional de Poesía Antonio Carvajal.

Por otra parte, tuvimos claro que una conmemoración así no tenía mucho sentido si no es para hacer participar a todos los alumnos del Instituto en la misma y de esa manera implicamos al departamento de Geografía e Historia para que preparasen unos materiales didácticos sobre la historia del centro y todos la pudieran estudiar y conocer. Algunos grupos también se prepararon para hacer una visita guiada a los estudiantes de los demás centros de Baeza y explicarles todo lo relativo al Instituto y sus diferentes dependencias. Asimismo estaba prevista hacer una jornada de puertas abiertas durante el mes de abril para que libremente cualquier ciudadano pudiese acceder al centro, pero, desgraciadamente la dolorosa circunstancia acaecida esta primavera de 2020,

con la terrible pandemia del coronavirus, ha impedido llevar a cabo estas actividades.

Entre nuestras primeras actuaciones estuvo ponernos en contacto con diversas instituciones para informarles del aniversario y pedir su colaboración. En primer lugar nos dirigimos a nuestro Ayuntamiento donde la Alcaldesa, Doña María Dolores Marín, nos brindó todo su apoyo y el de la Institución. Tras informarla y solicitar su colaboración le propusimos que el consistorio concediera al Instituto la Medalla de Oro de la ciudad pues creíamos que reunía méritos suficientes, reconocidos por todos, para que así fuera y que un aniversario de 150 años parecía la ocasión más apropiada. De su buena acogida y disposición queda constancia en estas páginas y pareciéndole muy acertada la propuesta, se comprometió a llevarla a pleno para su aprobación lo que se produjo con el apoyo unánime de todos los grupos municipales. Quede aquí constancia, asimismo, de nuestro agradecimiento a toda la Corporación por la unanimidad con la que apoyaron la concesión.

La Comisión organizadora se planteó realizar un gran Acto central en el mes de octubre de 2019, justo 150 años después de la apertura oficial del Instituto de Segunda Enseñanza de Baeza realizada el 1 de octubre de 1869, en el que se procediera como acontecimiento más relevante a la entrega de la Medalla de Oro.

Finalmente, después de todo el trabajo preparatorio que conllevan estos eventos, el sábado 26 de octubre de 2019 tuvo lugar el gran Acto Central conmemorativo que, pensamos, tuvo un nivel acorde con la celebración y que resultó muy emotivo por la asistencia de un gran número de antiguos alumnos y profesores, compañeros del actual Claustro así como cuatro de los últimos directores que ha tenido el centro. Nos acompañaron el Consejero de Educación, Don Javier Imbroda; la Alcaldesa de Baeza, Doña M.^a Dolores Marín; la Delegada del Gobierno andaluz, Doña M.^a Isabel Lozano; el Delegado Territorial, Don Antonio Sutil; la Vicepresidenta de la Diputación, Doña Francisca Medina; el Rector Magnífico de la Universidad de Jaén, Don Juan Gómez; la Vicerrectora de la UNIA, Doña M.^a Ángeles Peinado; Don José

Luis Martín, primer Medalla de Oro del centro; los Concejales del Ayuntamiento de Baeza, los directores de los centros de enseñanza de la localidad y algunas otras autoridades civiles y militares. Al comienzo del acto, y tras la lectura del acta municipal correspondiente, tuve el honor, como actual Director del Instituto, de recibir de manos de la Alcaldesa la Medalla de Oro de la ciudad concedida al Instituto Santísima Trinidad. El desarrollo del acto, del que se adjuntan algunas fotografías en este libro, incluyó un apartado académico y otro musical acorde con el nivel de la conmemoración, y así, tras las intervenciones institucionales de las autoridades, el Catedrático de la Universidad de Granada y antiguo alumno del centro Don Antonio Chicharro impartió una conferencia con el título “Ficción literaria y Conciencia”, y el grupo coral Juglares, también formado por antiguos alumnos, cerró el acto con un brillante concierto poniendo voz a poemas de grandes poetas como Antonio Machado, García Lorca, Alberti o Mario Benedetti.

Para anunciar el aniversario el centro editó dos carteles, uno con el logo conmemorativo para toda la celebración y otro diseñado por el profesor de Dibujo Don Raúl Cárdenas para el acto central.

Otro objetivo importante del aniversario era la adecuación de unas dependencias del edificio histórico del centro, en el Patio de Columnas, para convertirlo en un espacio expositivo que albergara una exposición permanente que llevara por título “Antonio Machado y la educación de su tiempo”, que perpetuara la memoria de nuestro ilustre profesor y mostrara parte del rico patrimonio didáctico que posee el centro. Este museo, que en el momento de redactar este texto ya está licitado y adjudicado a la empresa que se va a encargar de su montaje, complementará la oferta cultural para los numerosos visitantes que pasan todos los años por el Instituto, uniéndose al Aula del poeta, el Paraninfo y nuestro magnífico patio porticado, en una ciudad Patrimonio de la Humanidad. Se trata de una consecución de la que nos sentimos especialmente satisfechos por tratarse de una contribución permanente que ha necesitado una importante obra de acondi-

cionamiento para recuperar el estado del espacio según la fábrica original del siglo XVI. Esto ha sido posible gracias a la inestimable ayuda de la Diputación Provincial y de nuestro Ayuntamiento.

Otra actividad relevante llevada a cabo en octubre de 2019, coincidiendo con el acto central, fue una magnífica **exposición fotográfica** de nuestro paisano Ángel Nieto, con fines benéficos a favor del pueblo malgache, y que tuvo un gran éxito en el espacio previsto para la exposición “Antonio Machado y la educación de su tiempo”, y que de esta manera abrió por primera vez al público la nueva sala ya perfectamente acondicionada.

Asimismo el 26 de octubre el Consejero de Educación y Deporte de la Junta de Andalucía, Don Javier Imbroda, descubrió una **placa** en la puerta de la **Biblioteca** del centro con la nueva denominación que había aprobado el Claustro a propuesta del Jefe de Estudios Don Manuel Higuera y según la cual, desde entonces, lleva el nombre de la gran escritora Patrocinio de Biedma (Begíjar, 1858-Cádiz, 1927), muy vinculada con Baeza y el Instituto.

Otro elemento que dejará memoria de esta celebración es la creación de un **Grabado Conmemorativo 150 Años** por parte del gran especialista Wenceslao Robles, que ha usado la técnica de aguafuerte sobre plancha de cobre, con una tirada de 200 ejemplares y que toma como motivo la fachada monumental del Instituto.

También se encargó una edición limitada de botellas de **Aceite Claramunt** de la variedad picual con el logo conmemorativo del 150 Aniversario.

Durante los primeros días de febrero de 2020, enmarcada dentro de las actividades anuales del Día de la Paz y la No Violencia, organizamos una **Marcha Solidaria 150 Aniversario** a favor de Save the Children, con la colaboración de la AMPA del Instituto y de la Fundación Oleícola Jaén, en la que participaron todos los alumnos del Instituto y buena parte del Claustro con un amplio recorrido urbano por las principales calles de Baeza, con la idea de sacar la celebración a la calle y hacerla visible en la ciudad. Para hacer más llamativa la marcha, casi todos los participantes lucie-

ron una camiseta conmemorativa con el logo del 150 aniversario grabado.

Uno de los empeños más importantes de la Comisión Organizadora fue desde el principio la publicación de un Libro Conmemorativo que dejara constancia imperecedera de la feliz celebración y que ahora, querido lector, tienes entre tus manos. Abierto a la colaboración de numerosas personas vinculadas con el centro, es una muestra de la fértil historia del Instituto y la amplia nómina de colaboradores representa una panorámica muy completa de diferentes etapas, tanto de profesores como de alumnos así como de nuestras autoridades.

Pretendemos asimismo, si la situación sanitaria lo permite, retomar otro proyecto abortado por la pandemia por coronavirus, una exposición de fotos antiguas, tanto del Instituto como de la ciudad de Baeza.

SITUACIÓN ACTUAL

Actualmente el Instituto Santísima Trinidad está perfectamente adaptado a las necesidades de nuestro tiempo, y bien que podemos sentirnos orgullosos de esta realidad, porque suma a su gran valor histórico y al importante patrimonio atesorado el cumplimiento de los objetivos formativos de nuestros alumnos. Del régimen de enseñanzas, los espacios, programas y proyectos educativos en los que se participa y cuantos datos se desee consultar se puede visitar la página web del centro *iessantisimatrinidad.es*. De igual manera que fue ampliando sus instalaciones con dos edificios anexos por la calle Compañía en los años sesenta del pasado siglo y en los albores del presente, o con la construcción de un gimnasio, también ha sabido adaptarse a la modernidad: nuevas tecnologías, bilingüismo, ciclos formativos, impartición de lengua china como materia curricular.

Por otra parte, el uso ininterrumpido del imponente edificio histórico que pertenece al perímetro expresamente declarado por la Unesco Patrimonio Mundial, ha permitido su buena conservación. Son muchas las adecuaciones e intervenciones que se

han ido realizando a lo largo de su dilatada historia y muy destacable también el gran trabajo desarrollado por todos los directores que ha tenido el centro, conscientes del importante patrimonio que custodiaban y de su obligación de protegerlo y conservarlo en el mejor estado posible para las generaciones venideras tal y como han hecho las precedentes para con nosotros.

En buena medida somos deudores de la altura de miras de aquellos antepasados nuestros que con admirable insistencia lucharon por conseguir un instituto para su ciudad. Todavía son hoy un ejemplo en el que mirarse. Solo tendríamos que preguntarnos qué hubiera pasado si los concejales que insistentemente reclamaron un instituto para Baeza hubiesen bajado los brazos y desistido ante la primera dificultad y no lo hubieran conseguido. Pues, sencillamente, que la historia y la realidad de nuestra ciudad hubiera sido completamente diferente y seguro que peor.

En la medida de nuestras posibilidades, y como responsables actuales del Instituto en esta época de tribulaciones pandémicas, hemos contribuido modestamente a seguir escribiendo la espléndida historia del Santísima Trinidad y a dejar memoria de la celebración de esta importante efeméride que la vida nos ha puesto por delante, con el deseo de que, con ocasión de otras celebraciones futuras, nuestros descendientes tengan noticia cumplida de la celebración del 150 Aniversario del Instituto Santísima Trinidad de Baeza.

CONFIDENCIAS DE UN ANTIGUO DIRECTOR

Adelino Santos Miguel

Llego a Baeza de la mano de Don Francisco Bombín que ese año de 1967 acababa de obtener por oposición la Agregaduría de Latín del Instituto. Me mostré bastante reticente al decirme que tenía que hacerme cargo de unas horas de Inglés. Me informa de que se trata de un solo alumno. En aquel entonces, en nuestro Instituto se admitían solamente matrículas de Francés, como idioma extranjero. En este caso se trataba del traslado de matrícula de un alumno procedente del Instituto de Linares. Por otra parte, era habitual que los interinos viniéramos a tapan huecos. Creo que en este aspecto no se ha mejorado mucho en la actualidad.

Al llegar a Baeza me alojé, junto a mis compañeros de fuera, en el Hotel Comercio, dirigido por Don Manuel Domínguez, discreto y muy educado. Pronto nos hace saber que aquí había estado alojado Don Antonio Machado. Cuando llegaba al hotel una persona de su confianza y estima me invitaba a sentarme, si así lo deseaba, en la mesa de los “Catedráticos”. Pronto salí de dudas al ver que para él como para otros baezanos, a los profesores del Instituto nos reconocían como catedráticos para diferenciarnos de los maestros de enseñanza primaria.

En 1977, mediante oposición, paso a ser Catedrático Numerario de Latín, y me traslado al Instituto María Bellido de Bailén. Debido a una Orden Ministerial, de muy corta duración, la Dirección de los Institutos, debía de recaer en un Catedrático, si lo hubiere. El Inspector del Centro, Don Manuel Avilés, a pesar de

mi corta experiencia y los inconvenientes que le expuse, me propuso para el cargo. Lo desempeñé durante dos cursos con el apoyo desinteresado de mi Vicedirector, Don Tito Alberto Megías, a quien yo había sustituido, él lo sabía, sin pretenderlo, en el cargo.

Desde el curso 1980-81, por concurso de traslado, paso a ocupar la Cátedra de Latín del Instituto Santísima Trinidad de Baeza. Si repasamos el elenco del Profesorado de Lenguas Clásicas que nos presenta el actual profesor de las mismas, Don Alejandro Valverde en el Cuadernillo “Magister dixit”, que ha pasado por nuestro Instituto, nos quedaremos un tanto sorprendidos y admirados, por su valía y renombre. Citaré solamente al más conocido Don José Manuel Pabón y Suárez de Urbina (1924-1927). De aquí pide excedencia para ingresar como Catedrático de Latín, en la Universidad de Salamanca, junto a Miguel de Unamuno. Posteriormente ocupará las Catedras de Latín y Griego en la Universidad de Madrid.

Retomando mi currículum, en diciembre de 1981, paso automáticamente, en el Instituto de Baeza, de Vicedirector a Director, al ser nombrado Delegado de Educación de Jaén Don Luis María Diosdado, al que sustituyo. Ocupo el cargo de 1981 al 89.

Debo decir que fueron años bastante tranquilos a pesar de las transformaciones que se estaban sucediendo en la Enseñanza Secundaria. Me sentí siempre arropado por un grupo de profesores experimentados y respetados, de una larga trayectoria en el Instituto. Me complace citar entre ellos a los que aquí fijaron su residencia y aquí se jubilaron: al matrimonio riojano Don Rufino y M.^a Teresa, Matemáticas y Lengua y Literatura; a Don Ángel Nieto, de Mérida, profesor de Física y Química; a Don Juan Montes, baezano, Matemáticas. Su peso se hacía sentir en el Claustro de Profesores.

En esta época se nos incorpora Don Rafael Rodríguez-Moñino, el “Cónsul” –había desempeñado cargos diplomáticos–, Catedrático de Geografía e Historia. Fue notoria su labor como docente, y asumió a la vez una intensa tarea de investigación en la que implicó, y de qué manera, a un grupo de alumnos. Desempolvieron los archivos de Baeza y sus Parroquias editando un extenso

y documentado libro, “Historia de las Cofradías y Hermandades en la ciudad de Baeza” (1977), además de otras publicaciones menores. Dichos alumnos continúan su labor en Baeza y en la Universidad en la que algunos son profesores.

En medio de este clima tratábamos de continuar el prestigio del que gozaba el Instituto. El alumnado también nos facilitaba la tarea. Al ser el Instituto más antiguo de una extensa comarca, la ciudad aún disponía de algunos internados que acogían alumnos de las apartadas, o no tan apartadas, localidades de la Sierra. Estos venían decididos a terminar su Bachillerato. En cuanto a los alumnos de Baeza, si alguno no sentía atracción por los estudios tenía en muchos casos el recurso del trabajo en el campo.

Si marchábamos bien en cuanto al alumnado se refiere, el noble edificio que nos acogía, tenía notables carencias, especialmente de espacios. Carecíamos de un gimnasio en condiciones y patios para el deporte. Estos se fueron consiguiendo en el contiguo edificio del Palacio de Jabalquinto y Antiguo Seminario. También llegó a ser un poco problemático el coste que exigía su mantenimiento. Se trataba de un conjunto histórico que alguien tenía que mantener y así lo entendieron el arquitecto de la Delegación, Don Eloy Alcalá Zamora, y Don Francisco Soriano, el Delegado, con lo que el Instituto siguió en el lugar donde tenía sus raíces. Bien es verdad que, en algún momento, se nos sugirió si no sería mejor trasladarnos a un instituto nuevo que estaba por hacer. Ignoro si se había pensado en algún otro destino para ocupar este lugar.

Puesto que aquí íbamos a seguir, fue preciso renovar las techumbres, especialmente la de la Capilla de San Juan Evangelista y el Paraninfo, que se hicieron nuevas, además de otras obras de menor cuantía. Los sucesivos directores han continuado las mejoras hasta lograr el envidiable aspecto que hoy presenta. Como es obvio, también se ha mantenido, aunque en la actualidad pueda sonar un poco raro, su nombre de origen, Santísima Trinidad, al ser heredero y continuador, en cierta medida, de la Antigua Universidad (1538-1824).

Un tanto raro debió parecerle al Consejero de Educación, puesto que al saludarme me interrogó con cierta ironía, “hombre,

¿el Director del Instituto Santísima Trinidad? Ya va siendo hora de cambiarle el nombre, ¿no?”. Le expuse un poco efusivamente los títulos que patrocinaban tal denominación. El Consejero no tomó a mal la respuesta y amablemente me dijo que era sólo una broma. No me extrañaría que estuviera pensando en Antonio Machado, cuya aula teníamos enfrente.

La estancia de Antonio Machado en nuestro Instituto (1912-1919) como catedrático de Francés atrae numerosas visitas de otros institutos, algunas masivas, y más comúnmente se trata de un grupo de alumnos acompañados por su profesor y recogidos en el aula dedicada al poeta se leen algunos de sus poemas en reverente silencio.

El Paraninfo tiene un tirón especial y es solicitado para la celebración de relevantes actos, tanto de ámbito científico como literario. Por deferencia, el Director suele ser invitado a la presentación de dichos actos o incluso a participar con alguna intervención si se trata de un tema relacionado con su cometido.

Así sucedió cuando en 1987 la Fundación Ferrocarriles Españoles eligió el Paraninfo para la proclamación de los 15 finalistas del Premio de narraciones breves Antonio Machado. Se clausuró a su vez la Exposición “Los Machado y su tiempo”.

Para este acontecimiento viajaron en Talgo desde Madrid, el Presidente de Renfe, Don Julián García Valverde, el Presidente de la Fundación Antonio Machado, Don Manuel Núñez Encabo, junto a representantes del mundo de la cultura, de la política y periodistas. En el programa de actos figuraba mi nombre como Director y se me concedía una “pequeña intervención”. No fue tan breve y mucho debió de gustarle a Don Diego Orzáez, maestro de primaria, que hizo de corresponsal, que la calificó de brillantísima. La Revista de Renfe “Vía Libre” la resumió así: “el Director del Instituto, Adelino Santos, dedicó un recuerdo íntimo y nostálgico al que fuera profesor del Instituto... Por último, aludió a la fama merecida de Antonio Machado y al inmerecido olvido que se cernió en torno a la obra de Manuel”.

Si he hecho estas referencias, que parecen desviarse un poco de los fines de esta exposición, ha sido con la intención de

mostrar que ser director de este instituto va un poco más allá de lo puramente académico.

Finalmente quiero acabar esta participación agradeciendo el premio nunca esperado por mí y que me causó una gran satisfacción. El año 2015 se me concede la Medalla de Oro del Instituto a propuesta del Director, Don Rogelio Chicharro Chamorro, y la aprobación por unanimidad del Consejo Escolar. Así me informaba de la noticia el Director exponiendo los motivos de tal concesión: “por su importante vinculación con el centro –toda una vida académica y profesional dedicada al mismo– y los numerosos méritos por usted contraídos en el desarrollo de la misma desde los diferentes cargos desempeñados en él, destacando especialmente su labor como Director en años de compleja transformación de nuestro sistema educativo”.

Muy agradecido.

CONTIGO APRENDÍ...

Francisco Ruiz Juan

EXDIRECTOR DEL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD

...a ver la luz del otro lado de la luna

Aunque estás en la cuna de mis abuelos paternos y sabía de tu fama, no te conocí hasta que me asignaron tu plaza, en prácticas, en septiembre de 1984. Mi primera impresión fue de asombro por tu monumental belleza. Pronto descubrí que tenías también muchas cosas que mejorar; por ejemplo, las chicas y los chicos estaban separados por sexo en 1.º y 2.º de BUP. Los vientos de la Transición soplaban con fuerza pero había muchas resistencias a abrir tus ventanas y renovar el aire. Contigo conocí a profesoras y profesores eminentes y a otros más jóvenes, también eminentes, que me ayudaron y con los que compartí no solo las horas de clase, sino también la comida, los paseos y las tertulias. Daba clase mañana y tarde de Matemáticas a dos grupos de 1.º de BUP y también Dibujo. Agradezco la ayuda que recibí de Rufino y de Pepe Rodríguez para poder sacar adelante mis clases y elevar mi apreciación artística. Mi primer sueldo era de 80.000 pesetas y alquilé un piso en el Paseo de Baeza, después de haber desoído los consejos que me decían que “a un profesor soltero y tan joven podrían visitarlo alumnas y entonces el vecindario..., ¿qué diría?”. Recuerdo con mucho cariño este primer curso porque era el profesor más joven del instituto (Caridad me persiguió varias veces por el pasillo, fregona en alto, por pisarle lo fregado) y porque logré crear muchos lazos de amistad que han sobrevivido al paso del tiempo.

Tras dos cursos de “provisional” en Jaén (“Fuente de la Peña”) y Granada (“El Rasillo”), me incorporé a tu Claustro con

destino definitivo en septiembre de 1987; plaza que he mantenido hasta mi jubilación. Algunas personas dijeron que yo amenazaba con volver y no es cierto, estuve tres días lamentándome de mi suerte en la adjudicación, no por desamor a ti, sino porque sabía que me esperaba mucho esfuerzo y dedicación. Lo acepté y, poco tiempo después, con ayuda de muchos compañeros y compañeras, decidimos dar un paso adelante para abrir tus ventanas, y tuve el honor y el atrevimiento de dirigir el Instituto durante tres cursos y seguir ayudando como Jefe de Estudios los siete siguientes. Éramos muy jóvenes, cambiamos muchas cosas y también nos divertimos (Fiestas de Carnaval, viajes a Doñana y Valencia, Semanas Culturales...).

Hoy no me preocupa mucho si fui o no un buen directivo, pero sí me surge la duda de si he sido o no un buen profesor de Matemáticas. Sinceramente, no lo sé; pero tú sabes que he dedicado gran parte de mi vida a intentarlo.

Contigo aprendí muchas cosas: a enseñar Matemáticas; a realizar muchas tareas en todos los cargos, y sobre todo contigo aprendí a respetar a las personas y a respetarte a ti.

Agradezco a Abdón y Emilia la ayuda y la comprensión recibida desde el AMPA “San Juan de Ávila”. Una cosa que aprendí en la dirección es que el apoyo de madres y padres a lo que se haga en el Instituto es directamente proporcional al éxito educativo del alumnado.

Como es natural, esta gran parte de mi vida contigo está llena de malos y buenos momentos, de mucho esfuerzo y mucho trabajo; aunque con el tiempo, por suerte, son los buenos los que me vienen a la memoria. Los malos los superé y casi olvidé con ayuda de mi familia y de muchas compañeras y compañeros que me hicieron más fácil seguir adelante. Siento no poder citarlas a todas, pero al menos nombraré a tres de las mejores: Montse Infantes, Antonio Ruiz y Ana Montoro.

Otra cosa que me viene a la memoria es la cantidad de leyes educativas que “hemos sufrido” juntos durante estos años; hijas de mayorías absolutas que se impusieron ideológicamente sin

consenso de la comunidad educativa y que creo que han resultado contraproducentes para nuestro sistema educativo. No obstante, debo confesarte que el haber adoptado una postura abierta y positiva a cada nueva norma, me ayudó a no “quemarme” en exceso.

Tú has cambiado mucho desde que llegué en septiembre de 1984.

No tenías Gimnasio y con lluvia y frío se daba Educación Física en nuestra Capilla San Juan Evangelista. Hubo que cambiar la cubierta del Paraninfo y la estructura de todas las clases por aluminosis.

No tenías ningún ordenador: recuerdo cuando nos compraron un Sinclair ZX *Spectrum* y una tele Sanyo en blanco y negro de 14” para el Departamento. Y el primer PC con el primer Windows que compró Paco Galindo para Secretaría.

No existían móviles, ni Whatsapp, ni Instagram. Para mandar mensajes había que hacerlo en papel o en carta postal o por teléfono fijo.

Recuerdo que los exámenes, los apuntes y también los primeros números de “Esto es Jauja” había que escribirlos a mano o a máquina en clichés para pasarlos después a la multicopista. Las reproducciones de audio se hacían con cintas de casetes y las reproducciones de vídeo eran también con cintas magnéticas Beta o VHS, todo analógico. Había algún proyector para transparencias que uno tenía que fabricarse con rotuladores de color.

Muchos cambios, muchas transformaciones, mucho alumnado que ha pasado por aquí y que te recordará siempre. Y mucho profesorado, muy bueno en su profesión, en un edificio magnífico y con una historia inigualable. Todo eso eres tú.

Permíteme volver a dar las gracias al alumnado, al profesorado, conserjes, limpiadoras, administrativos, por las muestras de cariño que he recibido en mi retiro. Y un deseo: no des lugar a que se pierda mucho tiempo ni mucha salud en discusiones y peleas estériles, porque lo más importante es trabajar tranquilamente y mirarse a la cara y poder saludarse con agrado

y amabilidad. Haz a todos y todas tan felices, o más; como tú me hiciste a mí.

No me despido. Cada vez que esté cerca de ti, te visitaré y así podré disfrutar de tu belleza y saludar a mis compañeros y compañeras. No puedo olvidarte.

EL INSTITUTO DE BAEZA. 1991-2006

Antonio Ruiz Buenosvinos

EXDIRECTOR

*A la memoria de todos los que
hicieron posible este centro.*

De Baeza mis recuerdos y primeras noticias son casi míticas.

De esa bella silueta que divisaba desde Úbeda, tan espectacular al atardecer y que preside ese impresionante valle, había oído contar a mi padre cómo él con sus amigos de la quinta del 40 (del “chupete”) iban a Baeza a recibir instrucción militar para la guerra y cómo muchachos de más lejos eran acogidos amablemente por los baezanos. Era la época de la incruenta rivalidad ya extinta entre “bambollas y bacines”.

Así mismo, en octubre del 64 pisé por vez primera las calles empedradas de esta ciudad tan monumental. Acompañaba en un autobús a un grupo de jóvenes que iban al Seminario. Llegamos por una calle estrecha y de adoquines a una plaza iluminada tan solo por una pobre bombilla, y descendieron con ojos de tristeza una hilera de casi críos con sus maletas de cartón ante la presencia de unas figuras negras y, como contraste, una bellísima fachada.

En el 66 oía contar en voz baja y temerosa un hecho extraordinario. En Baeza se había intentado hacer un homenaje a un poeta rojo y la policía y la guardia civil lo habían impedido. Algún manifestante llegó exhausto por esos olivares hasta Úbeda.

En los 70 mucha gente hablaba del instituto de Baeza, bien porque se habían examinado por libre, o porque mientras estudiaban allí vivían internos en el Beato, en el Seminario... y

sonaban nombres de profesores de resonancias decimonónicas como D. Adelino, D. Conrado, D. Rufino... Es más, allí asistí al primer curso de verano de la Universidad de Baeza, cuya sede entonces estaba en el Instituto.

Aquí se encuadra el marco narrativo: ciudad monumental de resonancia militar, ciudad religiosa y la ciudad del “Instituto”.

A este centro me incorporé en septiembre de 1991 y al llegar a su puerta me reencontré con la fachada bellísima y ese farol en la esquina del centro que unieron con emoción en un instante pasado y presente.

Mi recibimiento fue emotivo, pues el director D. Luis Diosdado, tan cercano siempre, había sido profesor mío y coincidió con el claustro de inicio de curso, celebrado en la sala de profesores de verano, que supuso el principio de una nueva era por las grandes transformaciones que se iban a producir en los próximos años.

1.^a Transformación.—En ese claustro ocurrió el relevo generacional de la Dirección, encarnado en la figura de D. Francisco Ruiz. Supuso la adecuación de la dirección del centro a la nueva sociedad, cuya evolución era veloz e imparable (gobernaban los socialistas, al año siguiente vendría la Expo 92 en Sevilla y las Olimpiadas en Barcelona, y mientras aún quedaban muebles en el centro con el escudo franquista).

2.^a Transformación.—Se produjo la revolución tecnológica con la irrupción de los ordenadores (elementales y caros), primero en la organización del centro (listado de alumnos, elaboración de horarios) y posteriormente en la labor docente, lo que implicó la muerte de la multicopista, la desaparición de los casetes y proyectores de diapositivas.

3.^a Transformación.—El cambio de plan de estudios, desde el B.U.P. y C.O.U. a la E.S.O. y Bachillerato. No solo fue el cambio de denominación del centro (desde Instituto Nacional de Bachillerato a I.E.S.), sino la edad de alumnos, niveles educativos, documentos, terminología y esencialmente un nuevo concepto de la misma enseñanza. Qué gran esfuerzo de todo el profesorado para

adaptarse a este nuevo mundo; qué soporíferos cursos obligados –necesarios para sexenios– que prometían un paraíso educativo y cómo la realidad ha demostrado que todo se estaba deteriorando y hasta los mismos apóstoles de la reforma se cayeron del caballo. Este nuevo plan provocó un gran aumento de alumnos y profesores y con ello la necesidad de nuevos espacios: la ampliación de la sala de profesores, realización de los claustros en el Aula Magna, expansión del centro con la anexión de 2 casas y la construcción de un gimnasio extramuros. Otros elementos significativos fueron la llegada para el primer ciclo de maestros –una experiencia muy enriquecedora para todos–, la especialidad de informática-tecnología, un profesor de educación especial y la orientadora.

Otros hechos relevantes que acaecieron durante mi estancia:

- La guerra de los crucifijos, en la que participó todo el mundo: las fuerzas vivas y la progresía, la prensa provincial y nacional e inevitablemente la televisión local. Al final no se pudieron colocar según la ley ordenaba.
- El desplazamiento provisional a la Escuela de Artes del primer ciclo, que supuso un trastorno enorme para ambos centros.
- La privatización de la limpieza en la estela de privatizaciones de lo público llevado a cabo por el gobierno socialista.
- El Hermanamiento Baeza-Úbeda en el Paraninfo, de tan feliz resultado con la próxima declaración de Patrimonio de la Humanidad.
- El accidente del monolito dedicado a Antonio Machado, que trajo como consecuencia la celebración de la Semana Machadiana en el año 97, que tan buenos actos propició y que nos legó un bajorrelieve y un libro conmemorativo.

Volviendo la vista atrás uno se da cuenta de que estos centros funcionan por el compromiso de todos, desde el personal de

administración y servicios al profesorado y padres y que pese a la losa de todas las reformas educativo-políticas, la tenaz labor de los profesores es la que saca a flote la educación y que ninguna figura salvadora soluciona nada importante.

Y recordando estos años y a la sombra de A. Machado me viene a la memoria el sonido de los carruajes de sementales pasando por la calle Compañía. Los cascotes en el suelo, el chasquido del látigo, mientras los alumnos no saben que está agonizando una época y nosotros no somos conscientes de que todo se está transformando a una velocidad de vértigo. Estamos en la cueva de Platón, y esas sombras que vemos pasar y a las que nos sumaremos pronto es la hermosa historia de nuestro Instituto.

MEMORIAS Y BALANCES

Salvador García Ramírez

EXDIRECTOR

Como dice Yuval Noah Harari en su libro *Sapiens*, “una realidad imaginada es algo en lo que todos creen y, mientras esta creencia comunal persista, la realidad imaginada ejerce una gran fuerza en el mundo”. Como otras muchas realidades de nuestro tiempo, el Instituto Santísima Trinidad ha ejercido, sin duda, a lo largo de sus 150 años, una destacada influencia en una zona geográfica que abarcaba gran parte de la provincia de Jaén, en especial la comarca de las Sierras de Cazorla, Segura y Las Villas, a la que habría que añadir Sierra Mágina. A principios de los noventa, cuando llegué como profesor de Física, debido a la generalización de los institutos de Bachillerato en las grandes ciudades, aún permanecían los últimos alumnos de procedencias remotas. Recuerdo que, cerrados los internados de décadas anteriores, estos habían buscado alojamiento en la pensión de Adriano como último reducto.

Yo había hecho aquel exigente y multidisciplinar bachillerato de seis años en los Salesianos de Úbeda y el COU en el instituto San Juan de la Cruz, pero, como estudiante, me había llegado el eco del histórico instituto de Baeza, con una aureola de fama y trasnochada tradición al mismo tiempo. Tal vez fuera el misterio de esa contradicción, o la mirada exterior del edificio en alguna esporádica visita a Baeza, lo que me decidiera a inclinarme por él cuando tuve que elegir plaza como profesor en Bachillerato.

Cuando llegué, recuerdo que me perseguía el comentario de haber venido a ocupar la plaza de uno de los profesores más

veteranos del instituto: D. Ángel Nieto. El departamento de Física y Química había quedado bajo la dirección de D. Conrado del Barco, de quien tan grato recuerdo conservo. La primera pregunta que me hizo, tras los saludos de rigor, fue si era de Física o de Química, y, al responder que de la primera, inmediatamente me asignó los tres cursos de Física de COU que había por aquel entonces dando esa asignatura. Casi noventa alumnos, que es una cifra para reflexionar sobre la deriva y la calidad de la educación, si la comparamos con los que la cursan ahora, aunque sumemos los dos institutos de Baeza. Esta circunstancia me puso en contacto con algunas de las mejores promociones de alumnos que recuerdo, la mayoría de los cuales ocupan empleos importantes y con los que mantengo una relación de amistad. Yo tenía treinta y dos años recién cumplidos y recuerdo que mis clases se desarrollaban principalmente en las aulas que dan a la galería. Contemplar la lluvia y escuchar en los intercambios de clase las canales en el patio de columnas es un espectáculo que no olvidaré nunca, como no olvidaré tampoco mirar de reojo la torre de la catedral por la ventana mientras resolvíamos problemas de Mecánica en el aula del final del pasillo.

Recuerdo con gratitud y cariño muchos compañeros de los primeros cursos. Citarlos a todos me sería imposible por la falta de espacio. Como curiosidad, sí mencionaré que, por entonces, el instituto contaba con dos Salas de Profesores: la actual, que se usaba en invierno, y los multidespachos, que era la de verano. El claustro estaba formado solo por treinta y seis profesores y era relativamente frecuente juntarse en alguna comida, celebraciones a veces extensivas a la totalidad del alumnado que, dividido en grupos, preparaba sus guisos y paellas.

Debí mostrarme algo implicado con el centro porque en mi segundo curso fui elegido Jefe de Estudios, un puesto cargado de responsabilidad y potencialidades al mismo tiempo. Tres años más tarde pasé a ser el Director, cargo que he ocupado durante catorce años con un paréntesis de cuatro en medio. Era la época en la que la enseñanza empezaba a cambiar y nosotros éramos un centro con mucha tradición, pero que no tenía gimnasio, ni

biblioteca, ni salón de actos, entre otras carencias. En los días de lluvia, los folios húmedos se atascaban en la fotocopidora porque no había claraboya. Las ventanas eran antiguas y una calefacción deficiente provocaba huelgas de alumnos casi todos los cursos. Para colmo, el edificio nuevo de la calle Compañía, ampliación que se hizo en los años sesenta, empezó a dar síntomas de aluminosis, descolgándose las placas del techo, por lo que tuvimos que trasladarnos a la Escuela de Artes mientras se afrontaba una obra de esa envergadura. También el paraninfo perdía las tablas de su artesonado, que hubo que recomponer como un puzle.

En la parte académica, el centro pasó de tener los tres años de BUP y otro de COU, a la LOGSE con sus cuatro años de Secundaria y un pequeño Bachillerato de dos cursos. Hubo que abrirse a los nuevos estudios solicitando dos Ciclos Formativos con bastante demanda: primero el de Actividades Físicas y después el de Educación Infantil. Con ese objetivo se consiguió también la Enseñanza de Adultos para el nivel de Secundaria. El instituto procuró siempre participar e incluso liderar en algunos aspectos la vida cultural de Baeza. Con el apoyo y el esfuerzo de todos, el centro creció hasta alcanzar los sesenta y ocho profesores y casi novecientos alumnos. Se iniciaron los intercambios con liceos franceses que culminaron con un hermanamiento entre la ciudad de Carcassonne y Baeza, para continuar después con otros países y los programas Erasmus.

A pesar de todo lo conseguido, decidí no volver a presentarme a la Dirección tras soportar un largo y agobiante proceso de cambio de Equipo Directivo que olvidaba las formas y ambicionaba la inmediatez a cualquier precio. Gracias a eso, pude pasar los últimos años volviendo a mis clases con la máxima ilusión y a tiempo completo. Enseñar Física y Química a un alumnado cada vez más joven y con una metodología más tecnológica y participativa, ha sido para mí todo un reto que me ha permitido volver a descubrir la vocación y el privilegio de dedicarse a la enseñanza. Cómo olvidarme de las clases intensas con que intentaba contagiar el amor a la ciencia a los alumnos de ESO, o de los grandes momentos que me regalaron las últimas promociones de

2.º de bachillerato, momentos que tuvieron su cumbre simbólica con el viaje que hicimos a Ginebra para visitar el acelerador de partículas.

Con la perspectiva de la edad, ahora puedo ver cómo mis alumnos han sido una de las razones más importantes de mi vida. A ellos, a todos esos compañeros de los que tanto aprendí y a la colaboración de tantas familias, les debo el orgullo de haberme sentido profesor y la satisfacción con la que he vivido mi trabajo en esa realidad imaginada del Instituto Santísima Trinidad de Baeza, a la que tanto de mi vida he dedicado.

Baeza, septiembre de 2019

ANTIGUOS ALUMNOS
ALCALDES DE BAEZA

Eusebio Ortega Molina

EXALCALDE DE BAEZA

1983-2003

Quiero agradecer al director del IES Santísima Trinidad y a la comisión organizadora, su invitación para colaborar en la publicación del libro conmemorativo del 150 aniversario del Centro.

Han sido muchos los miles de alumnos que, procedentes de varios pueblos y ciudades de nuestra provincia, recibieron en nuestro Instituto su formación, dejando también su huella.



Clase de Preparatoria. Curso 1955-1956.

Mi respeto y reconocimiento a todo el personal docente y no docente que se esforzó en transmitirnos la formación de valores, en el respeto y en la solidaridad, y, como es lógico, los conocimientos académicos que son necesarios para uno mismo y para la sociedad.

Estamos convencidos de que la educación debe ser integral y completa. Para Platón, la educación consistía en dar al cuerpo y al alma la belleza y perfección de que son susceptibles.

Como se nos ha pedido brevedad en nuestra elaboración, resaltaré aquello que más huella me dejó. Mi paso por la Preparatoria (curso necesario y obligatorio para iniciar el Bachillerato) fue rico en vivencias y anécdotas.

Nuestra promoción del curso 1955-1956 era de 23 alumnos (ninguna alumna). Don Francisco Muñoz Ardoy fue nuestro profesor. De todas las materias contenidas en el programa me atraían especialmente la historia y la música.

Aprendí canciones que, ya maestro, tuve la oportunidad de enseñar a los muchos alumnos de toda la provincia de Jaén que pasaron por las aulas en las que ejercí mi tarea de docente.

Cantábamos algunas estrofas de una poesía titulada *Anda Jaleo*, encuadrada en el marco de las Canciones Populares Españolas, cuyo autor era Federico García Lorca. Tengo la impresión de que con esta y otras canciones intentaba inculcarnos el respeto a la naturaleza y a la protección de los animales.

Otra de las anécdotas que recuerdo hace referencia a los partidos de fútbol que jugábamos en la Barbacana utilizando una pelota de goma. “El campo de fútbol” estaba perfectamente empedrado de pedruscos y guijarros del río.

Al término de los partidos nuestras piernas estaban llenas de heridas y moratones, pero no nos importaba, los perdedores, que éramos siempre los mismos, esperábamos al día siguiente buscando la revancha y conseguir la victoria que nunca se producía.

Todas las mañanas éramos obsequiados con un vaso de leche en polvo y una ración de queso “amarillo”, gentileza de los

EE.UU., cuyo presidente Eisenhower firmó con Franco un Tratado por el cual España le agradecía su generosidad por la disposición a remediar en lo posible las muchas carencias de toda índole, a cambio de que Franco diera su visto bueno a la instalación de bases militares en España.

La historia de Baeza está llena de nombres prestigiosos a través de los siglos, que con sus méritos acumulados nos han regalado una cultura plena de arte y sensibilidad.

Los nombres de Andrés de Vandelvira, Alonso de Bonilla, Luis Pacheco de Narváez, Gaspar Becerra, Diego Pérez de Valdivia, Antonio Benavides, San Juan de la Cruz, Rodrigo López y San Juan de Ávila, Jorge Manrique y Antonio Machado entre otros, ponen de manifiesto la importancia de esta joya renacentista que es la ciudad de Baeza.

Desde el Siglo de Oro hasta nuestros días, con algunas excepciones, los baezanos han realizado un excelente trabajo de restauración y conservación de monumentos civiles y religiosos.

El mismo esfuerzo se llevó a cabo en otras muchas facetas del ámbito ciudadano, hasta lograr que la UNESCO nombrara hace dieciséis años a nuestra ciudad Patrimonio de la Humanidad, junto a la hermana ciudad de Úbeda.

Estoy convencido de que después de la etapa comprendida entre los finales de S. XV y la primera mitad del S. XVII (cuando se produce el máximo desarrollo de Baeza), la noticia más importante que hemos tenido los baezanos fue la citada declaración de Patrimonio de la Humanidad.

Los beneficios que de este hecho se derivan son muy importantes para el presente y futuro de Baeza en todos los sectores económicos.

Por esta poderosa razón, debemos extremar la vigilancia en el cuidado de la naturaleza (que nos viene dada) y del patrimonio cultural (creado por el hombre).

Por último, deseo dejar constancia de la colaboración del Ayuntamiento con el Instituto y Junta de Andalucía en la reali-

zación de los siguientes proyectos llevados a cabo entre los años 1983-2003:

- Iglesia San Juan Evangelista: rehabilitación de la torre y cubierta.
- Intervenciones en Paraninfo, patio interior y en diversas dependencias.
- Construcción de un gimnasio cubierto y pista al aire libre (el Ayuntamiento hizo las gestiones con la Junta de Andalucía. Su ubicación se llevó a cabo en el patio interior de la UNIA al no existir espacio en el Instituto).
- Vaciado completo del edificio de la calle Compañía (Instituto) y reconstrucción del mismo por derrumbe del techo.
- Adquisición de dos casas en la calle Compañía con fondos propios del Ayuntamiento, para la ampliación del Instituto (Aula de gestiones, cuatro aulas polivalentes, biblioteca, aseos en planta baja y porche exterior).
- Reconstrucción completa del Aula Magna.
- Restauración de cuadros, etc.

Es de justicia resaltar el gran trabajo llevado a cabo por la Escuela Taller. Comenzó a funcionar en febrero de 1986 y se ganó a pulso ser reconocida como una de las mejores a nivel estatal.

Como relación a todo lo dicho con anterioridad, en la actualidad deberíamos tener como horizontes la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948). Nos habla de patrimonio ético, que representa un conjunto de principios y valores que deben de dirigir nuestra conducta de cada día.

Deseo para nuestro querido Instituto que su honor, su nombre y su gloria perduren eternamente (Virgilio).

UNA RELACIÓN ESTRECHA Y FAMILIAR

Javier Calvente Gallego

ALUMNO 1981-1985 Y EXALCALDE DE BAEZA

Quiero en primer lugar expresar mi agradecimiento a la Comisión Organizadora del 150 Aniversario de la creación de nuestro muy querido Instituto Santísima Trinidad de Baeza, la invitación que me cursan para participar en el mismo a través del presente escrito.

La vinculación que yo tengo con el Instituto Santísima Trinidad no es personal ni aislada, sino que es auténticamente familiar, ya que mi padre, Ginés María Calvente de Quevedo, fue alumno y profesor del mismo, antes de yo nacer, e incluso cuando yo nací el año 1967 seguía dando clases en el Instituto, amén que tanto mi madre Úrsula Gallego García como mis cinco hermanos (María Teresa, Ginés Carlos, Úrsula Victoria, María de la Almudena, María Belén) y yo hemos sido alumnos. Por consiguiente, la vinculación de mi familia con el Instituto se enmarca desde los inicios de los años 40 hasta mediados de los años 80 del siglo pasado y, por tanto, es obvio reconocer el cariño que todos y cada uno de nosotros le tenemos al Instituto Santísima Trinidad.

Por otra parte, quiero resaltar que el Instituto Santísima Trinidad se ha distinguido siempre por ser un Centro plagado de extraordinarios profesores que nos han transmitido no sólo las enseñanzas regladas que correspondían, sino, lo que es más importante, que nos educaron en principios y valores que nos han ayudado a lo largo de nuestra vida personal, familiar y profesional, de ahí que exprese mi gratitud, respeto y admiración a todos ellos por la labor realizada en favor de nuestra EDUCACIÓN.

He de decir que se me agolpan en mi memoria innumerables recuerdos de muchas personas que han significado tanto en nuestras vidas y que han sido una institución a lo largo del tiempo en nuestro Instituto y entre las que resaltaré, por cuestiones personales, conocidas por todos, la figura de Doña María Teresa Esteban Garrido, conocida por “La Literata”, y su amado y muy querido esposo Don Rufino Gonzalo Romanos. Ambos representan toda una vida repleta de grandes obras y de entrega absoluta a la educación de sus alumnos y con una doble curiosidad: ambos tuvieron su único destino a lo largo de su vida en el Instituto Santísima Trinidad de Baeza, estuvieron desde finales de los años 40 a finales de los años 80 del siglo pasado; y ambos, por decisión personal, reposan en nuestra provincia de Jaén, más en concreto en el Parque Natural de Cazorla, Segura y Las Villas.

Junto a Doña María Teresa Estebán Garrido y Don Rufino Gonzalo Romanos caben destacar otros grandes profesores como ellos. Así podíamos citar a Doña Teresa Piqueras, Doña Valle Arredondo (recientemente fallecida), Don José Luis Martín, Don Enrique Ruiz, Don José Molina, Doña Ángeles Álvarez, Don Ángel Nieto, Don Conrado del Barco, Doña Antonia Ferrete, Don Pedro Martín, Don Carlos Jesús Morente, Don Juan Párraga, Don Francisco Jiménez, Don Miguel Navas, Don Diego Moreno, Doña Enriqueta Cañones, Don Manuel Ruiz (gran poeta), Don Rafael Rodríguez-Moñino, Don Demetrio Calle, Don Pedro Ponce, Doña Josefa Inés Montoro, Doña Julia María Puche, Don José Luis Chicharro, Don Juan de Dios Pérez y Doña Ginesa López Gallego, y así podría citar hasta varios cientos de extraordinarios profesionales de la enseñanza pública que han pasado por nuestro Instituto.

Igualmente merece valorarse la labor llevada a cabo por los magníficos Directores que ha tenido el Instituto Santísima Trinidad, desde Don Leopoldo Urquía, quien recibió al profesor de Francés y poeta universal Don Antonio Machado allá por el año 1912, hasta el buen amigo y querido Director actual, Don Rogelio Chicharro, y entre ellos resaltar la talla de Don Luis María Diosdado, Don Antonio Leal, Don Adelino Santos y Don Salvador García, entre otros.

Por otra parte, hemos de significar que por las aulas de nuestro Instituto han pasado toda clase de alumnos que han destacado en el mundo de la política, la enseñanza, la sanidad, la justicia, etcétera; ha habido y hay entre ellos Alcaldes y Alcaldesas, Diputados Provinciales, Diputados Autonómicos, Diputados Nacionales, Senadores, Magistrados, Jueces, Fiscales, Médicos, Enfermeras, Veterinarios, Farmacéuticos, Catedráticos y Profesores Titulares de Universidad, Profesores de Enseñanza Primaria y Secundaria, Músicos, Escritores, Poetas, Periodistas, y así un rosario de profesionales que gracias a las enseñanzas recibidas por nuestros queridos y admirados profesores del Instituto Santísima Trinidad de Baeza hemos demostrado nuestra vocación de servicio y nuestra máxima responsabilidad en las obligaciones que cada uno de nosotros hemos ido desempeñando a lo largo de nuestra vida. Nunca olvidaremos que los pilares que han sustentado nuestra formación personal y profesional se la debemos a ellos y a nuestros padres y, por tanto, a nuestro Instituto Santísima Trinidad, del que nos sentimos honrados y orgullosos de pertenecer a él como una gran familia de la que todos presumimos.

Por último, también recordar al Personal de Administración y Servicios de nuestro Instituto en donde no se nos puede olvidar la figura de Don Francisco Muñoz Ardoy, el bedel divisionario y recordado amigo Antonio, así como nuestro Fali Ferrete y las limpiadoras Cándida y Francisca. ¿Cuántos buenos recuerdos y cuántas buenas personas y grandes profesionales han pasado por nuestro Instituto?

Finalmente, quiero reiterar a la Comisión Organizadora del 150 Aniversario, al equipo directivo actual y a toda la Comunidad Educativa de todos los tiempos del Instituto Santísima Trinidad de nuestra querida Ciudad de Baeza, mi gratitud por todo lo que hemos recibido a lo largo de nuestras vidas de esta extraordinaria institución educativa, que la llevamos permanentemente en nuestro corazón y a la que nos honramos en pertenecer y de la que nos sentimos orgullosos y vinculados para siempre, independientemente de las vicisitudes que cada uno ha tenido a lo largo de las distintas etapas de su existencia. Muchas gracias a todos y

que el espíritu del Instituto Santísima Trinidad nos siga manteniendo unidos para seguir celebrando muchos más aniversarios e incorporando a él nuevas generaciones que transmitan los valores que nos distinguen y nos ha hecho únicos durante los últimos 150 años.

MI INSTITUTO

Leocadio Marín Rodríguez

EXALCALDE DE BAEZA

Fui a la escuela desde los tres años. Mi madre me mandaba con una perra gorda en una mano y una sillita en la otra a casa de Doña Antonia Masa, “maestra amiga” que tenía abierto colegio en la Calle Cubillo cerca de donde vivíamos. Lo de colegio hay que tomarlo en sentido metafórico, se trataba de un largo portal empedrado que recorría los dos primeros cuerpos de una casa de dos plantas y del que, hacia la mitad, salía la escalera que daba acceso a la planta superior. Al fondo una cocina con un fuego bajo, de palos procedentes de la poda del olivar, donde casi a diario hervía un puchero de garbanzos, lentejas o alubias que Doña Antonia vigilaba desde la distancia y que entre canción y canción se levantaba a remover y de paso atizar la lumbre. Allí cantábamos canciones, jugábamos a mil y una cosas y también aprendí las primeras letras, así que cuando a los cinco años entré en la escuela unitaria de D. Diego Berdonce tardé muy poco en “salir leyendo”.

La escuela era una enorme y alargada sala en una casa de una sola planta, hoy ya desaparecida, que tenía en sus dos extremos la pared que daba al patio y la que daba a la calle, dos ventanas que eran toda la iluminación y toda la ventilación. Sobre bancas y mesas corridas, los niños agrupados por edades nos sentábamos de manera que los más jóvenes éramos los más próximos al maestro y los mayores los más alejados. Las mesas dejaban en el centro un largo pasillo por el que deambulaba el maestro cuando la situación lo requería que casi siempre era para evitar alborotos o para dar explicaciones de carácter general. En invierno pasábamos

frío y nos martirizaban los sabañones en las manos y las orejas. En el buen tiempo sudábamos como cosacos y la mezcla del sudor y el olor característico de lápices y gomas formaban una mezcla que identifiqué siempre con el aula y me persiguió para siempre.

Aquel maestro, falangista militante, no intentó adoctrinarnos. Si podía evitaba los “actos” de carácter político a los que estaba obligado. Me refiero a izar banderas –no tenía espacio–, cantar el “cara al sol” y ese tipo de actividades. Su tiempo estaba dedicado por completo a enseñar a leer, escribir, pesar, medir y contar. Usábamos para aprender la lectoescritura el método “rayas” y la pizarra individual con nuestras correspondientes tizas, y con posterioridad, una vez que dominábamos la lectura comprensiva, tal vez impuestos por el inspector, Serrano de Haro, sus libros de lectura, “Hemos visto al Señor” y “Por el imperio hacia Dios”.

Eran las concesiones doctrinarias al fascismo reinante.

Cuando un alumno hacía bien la lectura comprensiva, escribía con adecuada caligrafía y sin faltas de ortografía y sabía las cuatro reglas, normalmente, el maestro llamaba a los padres y les decía que ya podían ponerlo a trabajar.

En aquella escuela permanecí durante cuatro cursos y, como diríamos ahora, “progresaba adecuadamente”. Un día del mes de septiembre, próximo a cumplir los nueve años pero cuando aún tenía ocho, pues como ya he dicho nací en el mes de noviembre, mi maestro llamó a mi padre y le dijo que me había matriculado en la escuela preparatoria del Instituto.

Daba por hecho que yo estaba preparado para cursar el bachillerato y ni siquiera pidió opinión a mi padre a ese respecto.

Así que a partir de octubre me incorporé al Instituto Santísima Trinidad, uno de los pocos con que contaba la provincia de Jaén en aquel entonces. El cambio de escenario fue sin duda espectacular, la magnificencia y grandiosidad del edificio que albergaba el Instituto me impresionaron sobremanera, y aun hoy, cuando visito aquel patio renacentista sin necesidad de mirar hacia arriba, veo la leyenda latina que en aquel momento no sabía interpretar: “El temor de Dios es el inicio de la sabiduría”. Allí

empecé a admirar el pasado glorioso de la ciudad en la que había nacido, allí comenzó mi interés por la historia de Baeza y de los personajes ilustres que habían pisado las piedras que ahora yo pisaba. A mi admiración por ella y por su papel en la historia contribuyeron en gran manera algunos de los profesores que en aquellos años supieron transmitirme la pasión por mi pueblo.

Nuestro maestro de la escuela preparatoria, D. José Garrido, alto y de voz poderosa, nos hizo saber que éramos unos privilegiados, que habíamos sido seleccionados de entre los mejores alumnos de la comarca y que se nos daba una oportunidad de oro para ingresar en el Instituto.

No aprendí mucho más de lo que ya sabía, tal vez perfeccioné mi ortografía, superé pronto todos los dictados que hacíamos a diario, mejoré mis conocimientos de las cuatro reglas. En definitiva, estuvimos todo el año preparando la prueba de ingreso que superamos los 15, sin problemas especiales, llegado su momento.

Guardo una mezcla de buenos y malos recuerdos de aquellos cuatro años. Los buenos recuerdos van ligados al descubrimiento de profesores a los que muy pronto profesé una admiración sin límites. De entre todos destacaré a Doña Encarnación Álvarez, profesora de Geografía e Historia a la que, sin duda, debo mi interés por esas materias y mi aspiración, finalmente cumplida, de hacer esa especialidad en la Universidad, y a Doña Teresa, “la literata”, que inculcó en mí la pasión por Don Antonio Machado y su poesía hasta el punto que ahorré para poder tener en mi poder y leer y releer las “poesías completas” que la editorial Austral había publicado. Fue mi primer libro y lo conservo como una reliquia. En las largas lecturas de los poemas de Don Antonio ni una sola referencia a la peripecia humana y política del personaje, pero sí la admiración sin límite para el poeta.

Mis gratos recuerdos van unidos también al grupo de amigos que se fue generando a lo largo de aquellos años y a nuestras pequeñas aventuras a lo “Indiana Jones”: Alfonso Tibora, José Miguel Cruz, José Villalba –desgraciadamente desaparecido muy

joven—, Juan Manuel Fernández, Paco Torres, Pepe Cano. Aquella amistad ingenua y desinteresada ha continuado durante toda la vida y aun hoy seguimos viéndonos, algunos de tarde en tarde, y hablando de nuestros hijos y nietos.

Recuerdo que por aquellos años se encontraba en obras la torre de la Catedral, algunos días en que concurrían circunstancias especiales y podíamos ausentarnos, la palabra exacta que usábamos era escaparnos, una o dos horas del Instituto, corriamos cuesta de San Felipe arriba hasta la Puerta de la Luna y mientras alguno distraía a los albañiles los demás entrábamos, furtivamente, subíamos por las escaleras de la torre y por un portillo que previamente habíamos forzado entrábamos en las bóvedas de la Catedral.

Casi a oscuras recorriamos aquellos enormes espacios subidos como funambulitas a las gruesas vigas cuyo entramado sustentaba el tejado. Una fina capa de polvo centenario lo envolvía todo, y cuando abandonábamos aquel espacio al volver a la luz del día las carcajadas de unos y otros nos delataban ante los obreros a los que habíamos burlado. Parecíamos boquerones enharinados. Los profesores mostraban su desagrado sobre nuestro aspecto, pero no llegaban a imaginar cuál era la causa.

Pero Sebastián, el bedel, sí que lo sabía. Primero lo intuyó y luego lo supo porque presionó a uno de los del grupo que cantó. Sebastián, un hombre enjuto, alto, de pasos largos y enormes orejas despegadas era, ante todo, una buena persona.

—¿Qué es el viento? —decíamos al verle.

—¡Las orejas de Sebastián en movimiento!

Hacía como que no oía, pero luego, al pasar cerca del bromista, le propinaba un pescozón a la vez que le decía:

—¡Anda gracioso!

Mis estudios de bachiller transcurrieron con normalidad. Superaba los cursos con notas ni demasiado buenas ni muy malas. Solo dos suspensos en tercero en matemáticas y latín que superé en septiembre. Por lo demás, siempre aprobando con suficiencia para que no se cumpliera la amenaza de mi padre:

–Si no apruebas tendrás que ponerte a trabajar.

De hecho los veranos él me buscaba algún tipo de ocupación. Recuerdo que me llevaba a “la vía” donde trabajaba. Así era como se conocía en Baeza a los trabajos que se llevaban a cabo en la construcción del malogrado ferrocarril Baeza-Utiel. Nos levantábamos a las cinco y media de la madrugada y caminábamos durante una hora, tal vez más, hasta llegar al “tajo”.

Durante toda la jornada mi trabajo consistía en llenar los botijos de agua. Trabajo por supuesto no remunerado, pues la intención de mi padre era que yo no holgazaneara y que descubriera la dureza del trabajo manual y me aplicara en mis estudios.

Llegó un momento en que las obras del ferrocarril se paralizaron y la empresa constructora ofreció trabajo a quienes quisieran ir a Balaguer, en la provincia de Lérida, donde le habían adjudicado las obras del ferrocarril que desde Balaguer llevaría hasta Andorra. Mi padre fue uno de los que aceptó marchar hasta aquellas tierras catalanas.

Mi madre quedó en Baeza con los cuatro hijos. Mi padre escribía una carta por semana que mi madre, analfabeta, no podía leer, así que yo era el encargado de leerla con mis hermanos y ella sentados a mi alrededor.

Mi madre sentía la necesidad de comunicarse con su marido y naturalmente había sentimientos y vivencias que solo podían compartir entre ellos. Una vez que yo había leído la carta se la guardaba en el pecho como si acariciar aquel trozo de papel la acercara al marido ausente. Por la noche me pedía que me sentara junto a ella y que le enseñara las letras, no sobre una cartilla o un libro, sino sobre la carta de mi padre.

–¿Aquí qué pone?

–Querida Ana.

–¿Entonces esta es la A?

–Sí, y ésta la ene.

–Ayúdame a dibujarlas.

Así cuando yo escribía la carta de respuesta ella la firmaba con una caligrafía insegura. Aprendió a leer y escribir por la pura necesidad de comunicarse con su marido.

Fueron dos largos y duros años hasta que de nuevo se terminó el trabajo, y mi padre no quiso irse a Santander donde le ofrecía un nuevo trabajo la misma empresa, y regresó a Baeza y abrió un puesto de frutas y verduras en el mercado municipal.

Iniciaba yo en esos momentos cuarto de bachiller, y como mi hermano el mayor ya trabajaba de meritorio, es decir, sin cobrar nada, en la oficina de recaudación de contribuciones, me tocaba a mí levantarme a las cuatro de la madrugada. A esa hora en un pequeño camión de mi tío Paco, que era pescadero, nos íbamos a Úbeda a comprar a los mayoristas lo que luego había de vender mi padre en el mercado. Quedó para siempre grabado en mi memoria el inmenso frío de las madrugadas de invierno en aquel cajón de un desvencijado camión mientras íbamos y volvíamos.

Eso nos llevaba hasta las siete de la mañana. Cuando volvíamos a Baeza descargábamos las cajas y poníamos los géneros en el puesto de la manera más vistosa posible.

—Gracias hijo. Ya te puedes ir.

Mi madre me tenía preparado un café —bueno, un sucedáneo de café hecho con cebada tostada—, a veces con un poco de leche y siempre una rebanada de pan que devoraba en dos minutos. Aseo y cambio de ropa, la cartera y a clase en el Instituto. Fue un año duro que finalmente superé bien.

Por aquel entonces, al terminar cuarto de bachiller era obligatorio aprobar una reválida ante un tribunal que se formaba para la ocasión y que presidía siempre un catedrático de la Universidad de Granada. Recuerdo al Profesor, Marine de apellido, que con exquisita amabilidad parecía ayudarnos a superar la prueba. Aprobé en junio y empezó para mí una nueva y larga etapa alejado de mi ciudad. En la distancia seguí queriendo lo que perdía deseando volver.

AMPA

HACIA EL FUTURO DESDE LA TRADICIÓN

Elena Lendínez Aranda

DOCTORA EN FARMACIA

VICEPRESIDENTA DEL A.M.P.A. "SAN JUAN DE ÁVILA"

Siempre he creído que uno de los retos más importantes que nos presenta la vida a aquellos que hemos sido bendecidos con un regalo tan preciado como el de ser padres, es el de formar a nuestros hijos e intentar hacer de ellos personas felices y de provecho, sin olvidar que cada uno de ellos es alguien maravilloso, con unos rasgos en su personalidad y en su carácter, que los hace ser únicos e irrepetibles.

Es por ello que una de las decisiones más relevantes que, como padres, tomamos es el lugar donde serán educados, complementando así la importante e ineludible labor que comenzamos en nuestros hogares.

Y es en la adolescencia, la etapa más turbulenta de sus vidas, en la que conocerán el dolor del primer desamor, las amistades más fuertes, los primeros desengaños y la constancia de que aunque sus padres sigamos siendo puertos seguros a los que volver, habrá tempestades que ellos solos tendrán que superar cuando, tal vez, la formación que reciban sea la más importante.

Al contemplar desde la calle el imponente perfil de nuestro instituto, dejándose intuir la perfecta y equilibrada belleza que atesora, alcanzo a comprender el lujo que supone que nuestros hijos se formen en un entorno que, sin duda, dejará en ellos la huella indeleble del arte que los rodea y los conocimientos que, durante años, se han impartido entre sus muros.

A veces, en el elegante claustro que circunda su impresionante patio renacentista, parecen entremezclarse los gritos y las

risas de la chiquillería con melodiosos vocablos franceses pronunciados por nuestro más insigne poeta o con verdades teológicas en boca de quien fundara la famosa universidad de Baeza, llevándonos entonces, de una manera casi mágica, a los tiempos pretéritos desde los que este lugar ha sido cuna del saber.

Son ya ciento cincuenta años educando y formando.

Ciento cincuenta años haciendo que, como nuevo barro en mano de buenos alfareros, muchos de sus jóvenes se hayan convertido en hombres y mujeres que han destacado en diversos campos de las ciencias y de las letras, no sólo en el ámbito local, sino también en el nacional e internacional, lo que da fe de la gran labor educativa que este centro ha venido desarrollando a lo largo de los años.

Un centro educativo que, sin perder la impronta que deja el regusto de sus centenarias piedras y el altísimo nivel intelectual de los ilustres profesores que han formado parte de su claustro, ha sabido modernizarse y evolucionar con el tiempo adaptándose a las nuevas tecnologías, dando respuesta a las incógnitas que la modernidad y los cambios sociales han ido planteando a los jóvenes que han cursado aquí sus estudios.

Jóvenes tolerantes y respetuosos con la pluralidad y la diversidad que cada vez es más patente en nuestra sociedad, pero también jóvenes orgullosos de sus ideales, creencias y tradiciones.

Ciento cincuenta años haciendo de nuestros hijos personas preparadas para enfrentarse a los nuevos retos que la vida les deparará al salir del calor y la protección de quienes, durante unos años, han sido parte de su familia. Un lugar donde no sólo se formarán para abrirse paso en el tan difícil y competitivo mundo laboral que los espera fuera, sino un lugar donde han crecido y han vivido momentos que quedarán para siempre en su memoria.

Y aunque el paso del tiempo no borre los sinsabores, la sabiduría que nos regalan los años para dulcificar los malos momentos y atesorar los buenos, hará que esta etapa se guarde en el joyero donde se almacenan los buenos momentos, esos que son importantes, esos que nunca se olvidan...

EL INSTITUTO

LA UNIVERSIDAD DE BAEZA EN EL URBANISMO MODERNO DE LA CIUDAD

María Dolores Higuera Quesada

PROFESORA DE GEOGRAFÍA E HISTORIA EN EL INSTITUTO
SANTÍSIMA TRINIDAD
DOCTORA EN HUMANIDADES-HISTORIA

LA PRIMERA UBICACIÓN: ATARAZANAS

Partiendo del hecho por todos conocido de que Baeza fue una de las ciudades más importantes de Castilla durante la Baja Edad Media y hasta bien entrado el siglo XVII, trazaremos en estas líneas un esbozo sobre la importancia urbanística de los enclaves en los que se va a ubicar nuestra Universidad, el primero en las Atarazanas, y el segundo en el solar del antiguo convento de San León.

En efecto, será a instancias del doctor en Derecho Rodrigo López, de familia baezana y familiar del Papa Paulo III, cuando se consiga la Bula de fundación *Altitudo Divinae Providentia* en 1538¹. Esta magna obra se sufragaría en principio con las rentas a las que Rodrigo López renunció de otras perpetuas de las que disponía en parroquias de otras ciudades, de modo que se erigió un Colegio bajo la advocación de la Santísima Trinidad. En él se enseñaría a los niños doctrina cristiana, a saber leer y escribir, y más adelante Gramática y Sagrada Escritura. Y en el edificio habría techos y habitaciones necesarios para instalar a los pupilos².

La portada del edificio seguiría los patrones renacentistas de sillería. Un amplio vano de entrada con arco de medio punto

¹ Bula Fundacional de la Universidad “*Altitudo Divinae Providentia*”, de Paulo III, del 4 de marzo de 1538. Archivo de la Universidad.

² ÁLVAREZ, María Encarnación, *La Universidad de Baeza y su tiempo*, Instituto de Estudios Giennenses, 1958. También citado en HUERGA TERUELO, Álvaro, *Los alumbrados de Baeza*, I.E.G., 1978.

sobre jambas, flanqueado por dos columnas con capiteles corintios y por alargados fustes estriados sobre pedestales. El edificio quedará ubicado ya en 1539 en la zona alta del Rastro, en las Atarazanas, lugar de tránsito comercial muy concurrido a diario, entre la antigua plaza del Pescado (hoy de los Leones) y la puerta de la Azacaya (conocida como de Jaén), y la puerta de Jaén que quedaba por bajo de las Atarazanas³. Hablamos, pues, de un espacio situado en la Baeza intramuros entre la parroquia de san Pedro, a la que pertenecía, y la de san Vicente⁴. Un lugar privilegiado para esta primera ubicación, pues la casa es además vecina de la cercana parroquia de santa María del Alcázar, de san Miguel, de san Gil, y detrás de las Carnicerías y del Matadero. Para su edificación el doctor Rodrigo López otorgará poder al Venerable Siervo de Dios Juan de Ávila, y al maestro Francisco Delgadillo, para tomar varias casas de su propiedad destinadas al alojamiento de dicho Colegio de la Santísima Trinidad, ahí en ese lugar que actualmente acoge al Museo de Baeza.

Sabemos, por tanto, que san Juan de Ávila estará en Baeza a fines de la década de los treinta y principios de los cuarenta, porque además del poder otorgado mencionado más arriba, tenemos noticia que en el día de cabildo ordinario del veintiséis de julio de 1540, el ayuntamiento de la ciudad acuerda escribir una carta al señor obispo “*dando cuenta del maestro avilés*”⁵. Tal vez aún persiguen a este santo sus problemas con la Inquisición que le mantuvo encerrado en una cárcel de Triana entre 1531 y 1533. En cualquier caso, tenemos noticias de que en la década de 1540 a 1550 san Juan de Ávila estuvo predicando en la Andalucía actual, fundando numerosos seminarios y colegios, y en el caso de Baeza, siguiendo de cerca el funcionamiento de aquel entrañable y primer Colegio.

³ HIGUERAS QUESADA, María Dolores, *Evolución urbanística y demográfica de Baeza, 150-1750*. Instituto de Estudios Giennenses, 1996.

⁴ A.H.M.B. Sala 2/ Armario 2/ Padrones de la refacción de la sal de 1591, y de la Moneda Forera de 1610.

⁵ A.H.M.B. Sala 2/ Armario 1/ Libro 1. Actas capitulares de 1540.

Como hemos señalado más arriba, la ubicación del mismo es extraordinaria, pues se encuentra en el cruce urbano entre la Colegial de Nuestra Señora del Alcázar, la santa Iglesia Catedral (ambas cuentan con cabildos muy influyentes en la ciudad), y el Mercado, testigo de multitud de oficios artesanos. En efecto, el espacio urbano del Colegio testimoniará durante siglos procesiones, traslados de imágenes, y mercaderes que vocearán sus productos en la confluencia de calles densamente habitadas. El crecimiento económico discurre paralelo a un desarrollo intelectual que es el espejo de las actividades y personajes relacionados con el mismo Colegio, la Catedral, la Colegiata y los conventos que proliferan por Baeza en sus doce parroquias.

Será en 1561 cuando el Colegio solicite al Papa San Pío V el título de Universidad, pero no es concedido hasta 1565⁶. En estos años el ayuntamiento de la ciudad siempre ayudará al funcionamiento del Colegio de la Santísima Trinidad, excepto en ocasiones puntuales por tener que dedicar el dinero a otros menesteres. Un dato que ilustra esto es la petición que realiza a la ciudad en el día veinticinco de junio de 1561 *“el ministro de la Trinidad, por la que pide limosna al cabildo municipal para hacer su casa”*. Pero este cabildo ha jurado no hacer más concesiones económicas hasta acabar con la obra de la cárcel. También acuerdan los regidores de Baeza solicitar parecer a *“personas con ciencia y conciencia”*, que serán el prior de santo Domingo, el predicador de san Francisco y el bachiller Cristóbal de Herrera⁷.

LA SEGUNDA UBICACIÓN: EL SOLAR DE SAN LEÓN

El edificio situado en las Atarazanas, parte alta del Rastro, pronto quedaría pequeño, y es por ello que se comienza a buscar, a los diez o doce años de la fundación del Colegio, otro nuevo emplazamiento, más amplio y mejor situado. La primera noticia

⁶ El Colegio toma definitivamente el nombre de Universidad de Estudios Generales en 1565 por la Bula *“Aequum reputamus et ratione consorum”* de san Pío V. Tomado de V.V.A.A., *Reivindicación universitaria de Baeza*. Ed. Comisión ejecutiva pro-reivindicación universitaria, Excmo. Ayuntamiento de Baeza, 1968, página 35.

⁷ A.H.M.B. Sala 2/ Armario 1/ Libro 2. Actas capitulares de 1561.

que tenemos sobre la segunda ubicación del Colegio será el diez de febrero de 1562, día en que el cabildo municipal acuerda “*que cuando se hubiere de tratar sobre dar los trescientos mil maravedís que su majestad manda dar del pósito para la obra del Colegio, se llame a todos los regidores*”⁸. Es así cómo documentamos que también una de las instituciones más importantes de la ciudad, como fue el Pósito, colaboró con esta nueva obra.

En el día trece de mayo de 1562, otra vez el cabildo de la ciudad trata acerca de la necesidad de hacer la obra sobre el “*solar de San León*”. El tema se repite dos días después en cabildo ordinario, y en el día veintidós, lo mismo. Es decir, en una semana el tema del traslado del Colegio a una mayor superficie y con un edificio más noble, nos hace ver la importancia del mismo en la vida de la ciudad y en su término. Será el regidor don Luis Carrillo el primero que se encargue de formar una comisión que lleve a buen término la edificación del nuevo Colegio en dicho solar y otros solares adyacentes.

Aunque no salen más datos por estas fechas de las actas municipales, sabemos que a partir de 1568, después del fallecimiento de don Rodrigo Pérez de Molina, será el nuevo administrador de la Universidad su sobrino don Pedro Fernández de Córdoba, a cuyas instancias se va construyendo el magnífico edificio al lado del arco del Barbudo, sobre el antiguo solar de san León, como se decía seis años antes. Y como muestra de su mecenazgo, su escudo de armas aparecerá en muchas partes del edificio.

En un inventario de la Universidad realizado en 1802 y conservado en el Archivo Histórico Municipal de Baeza, sección Correspondencia, leemos una obligación hecha por Pedro Fernández de Córdoba el diecinueve de julio de 1572, canónigo de la catedral de Jaén, residente en la catedral de Baeza, “*como patrono del Colegio de la Santísima Trinidad de ella, para hacer dentro de seis años los cuartos y oficinas necesarias para enseñar a leer teología, artes, gramática, doctrina cristiana y demás, que se acrecentará en un solar que solía ser de la ciudad y en unas casas que había comprado*

⁸ A.H.M.B. Sala 2/ Armario 1/ Libro 2. Actas capitulares de 1562.

Martín López de Benavides por ante Hernando de Ayala, escribano que fue del n.º. A continuación, y fechada en el mismo día, otra obligación por el mismo Fernández de Córdoba: “... sobre hacer las Escuelas desta ciudad en el solar que esta ciudad le ha hecho merced y se decía de San León. Ante Fernando de Ayala”⁹.

Por estos años el colegio antiguo tendrá capacidad para alojar a dieciocho estudiantes filósofos o teólogos, unos parientes suyos, y otros no, “en una casa que les atengo de dar aderezada en la casa que agora es Colegio de la Santísima Trinidad en la colación de San Pedro”. Y otro colegio para trece estudiantes de Gramática, Griego y Retórica, en las mismas condiciones que el primero. Incluso Fernández de Córdoba proyecta labrar casa a todos los docentes, con objeto de que no se vayan de la ciudad.

En el nuevo edificio, de líneas y patrones renacentistas, se va realizando una capilla con su sacristía, escuelas mayores con su patio muy grande y sus cuatro corredores altos y bajos, capilla del colegio, y un teatro puesto bajo la advocación de la Santísima Trinidad (será el Paraninfo). Los cinco grandes aposentos de abajo se acondicionarán para clases de facultades mayores; los altos, corredores y aposentos, para alojamiento de colegiales y familiares y oficiales, salvo la pieza que estaba sobre la sacristía de la capilla, que se usaba como secretaría de patronos¹⁰.

Serán, pues, unos treinta años en los que el enclave urbano de la Universidad sufrirá un cambio trascendental en beneficio de este nuevo y noble edificio. Anotamos como anécdota que hasta se afanaban por mantener más limpias las calles desde la primera hasta lo que sería su segunda ubicación. Así, el veinticinco de agosto de 1581 se ordena limpiar el Rastro viejo hasta la Puerta del Barbudo¹¹.

La evolución urbanística de esta zona en la segunda mitad del siglo XVI viene dictada por la ejecución del nuevo edificio de la Universidad, pues para ello hay que tomar el solar antiguo de

⁹ A.H.M.B. Sección Correspondencia. Inventario de 1802.

¹⁰ ÁLVAREZ, María Encarnación, *op. cit.*

¹¹ A.H.M.B. 2/1/ Actas de 1581.

san León, lo que hoy son los pies de san Juan Evangelista; la muralla entre el arco del Barbudo y el Pósito, que iría ocupada por la nave única de este templo; y los corralones de san León hasta santa Cruz. El lienzo de muralla que va desde lo bajo del Real de san Gil hasta la nueva Universidad, se va a ver alterado y durante muchos años las quejas de los vecinos ante el ayuntamiento son continuas, ya que se está cayendo la piedra, creemos que por no reajustarla después de los empujes sufridos por los nuevos edificios. Documentamos los *“reparos de la torre y del postiguillo de San León”*, y declaraciones de alamines de obras dando cuenta del estado del muro *“junto al Colegio”*, según anota el regidor don Ponce de Molina y Cabrera. Hasta bien entrado el siglo XVII continúan con este problema, pues en el día doce de julio de 1672 se acuerda en el ayuntamiento de la ciudad que *“los alamines de obras de los edificios vean la muralla de junto al Colegio que está por abajo del arco de la dicha iglesia, enfrente de la casa donde vive don Antonio Valcuen- de, por estar la dicha muralla empezada a hundir”*¹².

No solo se ve afectada la muralla, sino el propio Pósito de la ciudad, de importancia secular en la misma y al que se dedicará un amplio edificio, de magistral fachada, en la actual Barbacana. Dicho Pósito ocupará casi una manzana desde los corrales de la Universidad y san León, siendo conocido como el Pósito Viejo. Durante el siglo XVII se irá extendiendo hacia la torre albarrana de los Aliatares, siendo este edificio conocido como el Pósito Nuevo. Por tanto, estamos en condiciones de asegurar que la obra del nuevo edificio de la Universidad se verá limitada por el Pósito. Veamos los datos:

El dieciséis de noviembre de 1612 se anuncia al ayuntamiento que se ha reconocido el trigo que tiene el Pósito arrimado al Colegio, que es el que alinda con san León. Han inspeccionado: *“... un trox grande de trigo que estaba en la panera junto al Colegio de San León, con que paresce que avía 18.000 fanegas poco más o menos”*¹³. El

¹² A.H.M.B. 2/1/ 1672. HIGUERAS QUESADA, María Dolores, *Aproximación al estudio de la muralla de Baeza*, I.E.G., 2003.

¹³ A.H.M.B. 2/1/ Actas del ayuntamiento de Baeza en 1612, primero que se conserva del siglo XVII.

Pósito Viejo (que ocupaba los bajos del Colegio) servirá también para acomodar compañías de a caballo, como ocurrió de agosto a noviembre de 1679, y a través de esta noticia llegamos a saber que disponía de ciento ocho pesebres en las cantinas.

El día tres de diciembre del mismo año se dice que “*se ha visto la necesidad que hay de que se renueve el trigo que ay en el troj de junto a San León que se ha visto por vista de ojos el tener necesidad de desacerse del (...) en la troj que llaman de San León (...) que todo el trigo que tiene la dicha troj de san león se gaste*”.

El seis de noviembre de 1640 conservamos una declaración de cinco labradores que visitan el trigo para ver el alcance de la palomilla: “*...abiendo abierto las puertas del dicho Pósito con tres llaves en presencia y con asistencia de don Rodrigo de Ayala, que hace el oficio de depositario del, entraron en el dicho Pósito questá a la mano derecha que alinda con las Escuelas*”. En la actualidad se conserva el patio que hace de lindero, detrás de la cabecera de san Juan Evangelista, o capilla de la Universidad, y que lo documentamos en el dato obtenido por una acta de cabildo del doce de marzo de 1696, en la que se anota la ubicación del Pósito Viejo por un memorial del maestro de albañilería Mateo de Molina, pues en este habla de la obra hecha en la muralla del Pósito Viejo “*...por la parte que sale al corral de la capilla de san Juan Evangelista, dentro del marco de la Universidad, que ha costado 157'50 reales*”¹⁴.

Con todo, cerramos esta exposición con las siguientes conclusiones:

- 1.º. La Universidad de Baeza tuvo dos sedes. La primera, todavía sin la condición universitaria hasta 1565, en las Atarazanas. La segunda, en la definitiva desde 1595, cuya inauguración lamentamos no poder documentarla de primera mano.
- 2.º. Ambos edificios tienen uso en la actualidad, lo cual enriquece nuestra memoria histórica. El primero como sede del Museo de Baeza. El segundo, como

¹⁴ A.H.M.B. 2/1/ Actas de cabildo de 1696.

Instituto de Enseñanza Secundaria Santísima Trinidad desde 1869.

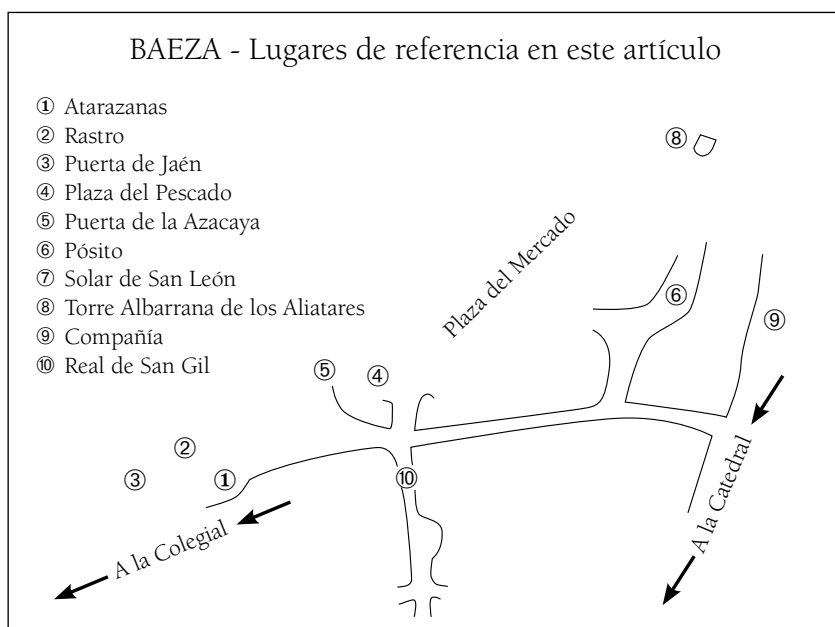
- 3.º. Para sendos edificios hubo que recurrir a la cesión, venta y ocupación de solares y corralones. En concreto, para la construcción del magnífico edificio que en la actualidad disfrutamos como Instituto, se procedió a la delineación de una nueva calle adjunta a la muralla. Este hecho cambió por completo la fisionomía de la ciudad intramuros, aportando un aire novedoso y renacentista a la estrecha calle medieval que hoy lleva el nombre de san Juan de Ávila.
- 4.º. El arco del Barbudo, conocido posteriormente como De las Escuelas, y el Pósito de la ciudad, sirvieron de elementos catalizadores para la construcción de este segundo y definitivo edificio. Para ello se aprovechó el solar en donde hasta el siglo XV estuvo ubicada la iglesia de san León. Durante casi tres siglos la Universidad de Baeza ha ocupado una zona estratégica en el urbanismo medieval y moderno: lindero a la muralla y al Pósito; frente al palacio de los señores de Jabalquinto y la románica iglesia de santa Cruz; cerca de la fundación de san Felipe y del Seminario Conciliar; en la calle del colegio de Santiago¹⁵, vía por donde las necesidades del siglo XX han hecho que se haya

¹⁵ El último claustro de la Universidad de Baeza, cuya acta se conserva en el Archivo de la Universidad, se celebró el dieciocho de octubre de 1824. Lo formaban el vicerrector, don Sebastián González López; el vicescanciller don José Grande; don Cristóbal de Tapia; el doctor don Andrés de Ortega; el maestro don Pedro Sánchez Ruiz, secretario; el maestro don Domingo Rivera; el maestro don José Moreno; y el maestro don Francisco Jurado. El lugar de reunión, la capilla (hoy Aula Magna). “El sr vicerrector don Sebastián González López, quien hizo presente que habiéndose comunicado al sr rector don Pablo Romero, en el acta del once de este mes para que fuese a la villa y corte de Madrid (desde Alcaudete, donde reside) con objeto de practicar todas las diligencias necesarias extrajudiciales y judiciales que sean conducentes para obtener la gracia de que esta universidad no se extinga, y sí permanezca con las mejoras y adelantos que se puedan conseguir de la real piedad”.

Sin embargo, la extinción de la Universidad se materializa a partir de la Real Orden del 14 de octubre de 1824: Título primero. De las Universidades:

ido ampliado con la incorporación de solares de antiguas casas. Todo un lujo para docentes y escolares.

5.º. Tanto el primero como el segundo edificio de nuestra Universidad, forman parte del conjunto histórico y artístico del patrimonio de Baeza, y han sido determinantes para la proclamación de Ciudad Patrimonio de la Humanidad por parte de la UNESCO en 2003. Por tanto, el legado de las personas que intervinieron en su fundación, edificación, aprobación de estatutos y enseñanza, a lo largo de tantos años, ha sido impagable.



Artículo 1.º El plan literario de estudios, y el arreglo general de gobierno interior y económico y de disciplina moral y religiosa serán uniformes en todas las Universidades de la península e islas adyacentes, salvo excepciones que se expresarán en esta Ley.

Art. 2.º Subsistirán en la península las Universidades siguientes: Salamanca, Valladolid, Alcalá, Valencia, Cervera, Santiago, Zaragoza, Huesca, Sevilla, Granada y Oviedo. En las islas adyacentes queda la de Mallorca, y se establecerá otra en Canarias.

EL EDIFICIO DE LA ANTIGUA UNIVERSIDAD Y SU CONSERVACIÓN¹

José Luis Chicharro Chamorro

CRONISTA DE BAEZA

1

Para un antiguo alumno y profesor es una alegría colaborar con el Instituto en el que me he formado y he tenido tantas vivencias. Agradezco, por ello, la invitación a participar en este estupendo proyecto celebrativo y me congratulo por la iniciativa.

El edificio de la antigua Universidad y sede de nuestro querido Instituto se ha convertido en un emblema de la ciudad, especialmente visitado a lo largo del año (foto 1), no solo por su interés histórico-artístico, sino por visitar el aula dedicada al que fuera profesor de francés y eximio poeta, don Antonio Machado. El inmueble es una obra recia, potente, plena de sabiduría, que fue mandada construir por el canónigo de la catedral y patrono de la Universidad, Pedro Fernández de Córdoba, en la segunda mitad del siglo XVI². Se



Foto 1.-Vista general Universidad.

¹ Las fotografías han sido hechas por el autor del artículo, salvo las antiguas, por lo que en sus pies se menciona su autoría.

² Se puede seguir el asunto en: Álvarez, María Encarnación, "La Universidad de Baeza y su Tiempo (1538-1824)", *B.I.E.G.*, Año VII, n.º 27 y 28, enero-junio de 1961, págs. 9-172 y 9-142.

sabe que fue inaugurado con mucha solemnidad el 18 de octubre de 1595 con presencia de las autoridades locales, tanto municipales como académicas.

Hasta que ha llegado a nuestros días es indudable que ha pasado por numerosas vicisitudes, con cambio en la titularidad del mismo, con diversas problemáticas, pero finalmente el edificio tiene unas buenas condiciones físicas y está garantizada su conservación. Por esto debemos estar reconocidos a nuestros mayores, que nos lo han transmitido, a pesar de las dificultades, y a todos cuantos trabajan en su favor. Precisamente, en 2019, se han reparado las cubiertas del patio de columnas con una inversión de 44.649 euros.

En cuanto al autor de las trazas de la edificación hasta el día de hoy se desconoce, aunque hay diversas hipótesis de trabajo, como la adscripción a algún maestro cantero de la familia Aranda, activa en la ciudad en aquellos años, o al arquitecto jienense Francisco del Castillo. De lo que no cabe duda es que el edificio es excelente y tiene un gran interés arquitectónico. El inmueble hay que situarlo en ese periodo avanzado del Renacimiento en que se utiliza el lenguaje arquitectónico clásico de una

manera más libre, a *su manera*. El Manierismo se observa, de manera elocuente, en la concepción de la fachada. Así una serie de cinco ejes de simetría que coinciden con los vanos, trazados con libertad, donde los tramos de separación entre ventanas tienen cada uno un tamaño distinto, lo que le facilita dinamismo al alzado (foto 2). Además, se utiliza de manera profusa la decoración de elementos geométricos tales como el cuadrado, el círculo, el rectángulo, el hexágono, el rombo, el romboide, el



Foto 2.-Fachada antigua Universidad (1913).
Enrique Romero de Torres.

trapecio, el escaleno... (foto 3). Los entablamentos se rehunden, el trasdós de la puerta principal está decorado con un despliegue de bastones y acanaladuras, que proceden del tratamiento habitual de los fustes vandelviriianos. Por otro lado, se utilizan frontones rectilíneos y mixtos en los remates de los huecos centrales y curvos en las ventanas de la torre (foto 3.1). Las columnillas



Foto 3.-San Juan.



Foto 3.1.-Portada.

pareadas jónicas de la planta principal proporcionan dinamismo y agilidad. Es de destacar cómo se rebajan los sillares de enlace de la fachada con la caja de la torre de la Capilla de San Juan Evangelista, y de esta manera inciden en su segregación del resto del muro. Es un trabajo del corte de la piedra excelente, de gran conocimiento técnico, es el triunfo de la estereotomía (foto 3.2). En la cabecera de la Capilla se observan claramente estos signos del Manierismo. Así cuando el contrafuerte, que desciende de manera vertical, da un giro y se coloca de manera oblicua al muro, al llegar a la altura de la ventana. Este viraje lo hace solamente a través de un sillar y a partir de ahí aumenta su sección el contrafuerte y se desarrolla hasta el suelo, en la ya referida posición (foto 3.3). Es un caso único en la arquitectura baezana.



Foto 3.2.–Torre.



Foto 3.3.–Cabecera capilla.

La Capilla de San Juan está conformada por una sola nave cubierta por bóveda de cañón encamonada, y en lo que correspondería con el crucero, por una cúpula sobre pechinas decoradas con los escudos del patrono, Fernández de Córdoba (foto 4, 4.1 y 4.2). El presbiterio se cubre con un gran arco de medio punto, plagado también de decoración geométrica. La profusión



Foto 4.-Capilla puerta Norte.



Foto 4.1.-Capilla de la Universidad.



Foto 4.2.-Detalle del sotocoro.

de todos estos elementos geométricos por el conjunto monumental de Universidad y Capilla no la he visto en obra alguna, ni en nuestra zona, ni en la rica arquitectura hispana de aquel tiempo, al menos que yo recuerde.



Foto 5.-Sepulcro de Fernández de Córdoba de E. Romero de Torres (1913).

En el muro del evangelio, cerca del presbiterio se ubica bajo arcosolio, el monumento funerario en mármol de Carrara, que el fundador se hizo construir en 1590, por parte del escultor ubetense Juan Vera. Aparece orante ante un atril, hoy decapitado, aunque en 1913, Enrique Romero de Torres lo pudo fotografiar completo (foto 5).

En los dos muros longitudinales se levantan sendas capillas afrontadas, de arco de triunfo de medio punto, rematadas en un pequeño frontón triangular. En los pies de la iglesia hay un coro sobre bóveda rebajada, de casetones y lunetos. La iluminación natural es diáfana y se consigue por ventanas rectangulares en altura, tanto en los muros largos como en el de los pies, y en este caso, también se abren tres claraboyas circulares.

El edificio se edificó bajo la advocación de la Santísima Trinidad y luce un medallón en medio relieve, con este tema, obra de 1782 del escultor Francisco Briones. La Universidad, que nació en 1538 a impulsos del sacerdote baezano Rodrigo López, y bajo la cobertura de una bula del papa Paulo III, apunta su sentido católico con el relieve referido, y con sendas cartelas, dispuestas a media altura entre las pilastras de la portada, que contienen las iniciales de Jesús y de María.

Quisiera citar en su interior el ámbito del paraninfo, el teatro, como lo llamaban en los documentos antiguos. Es un espacio cuadrangular, levantado en el ángulo Este del inmueble y construido con una notable elevación, lo que marca claramente su importancia. Está cubierto con un hermoso artesonado renacentista, decorado también con elementos geométricos en sus tableros centrales, y con pinturas en las paredes, ejecutadas en la primera mitad del siglo XVIII. Representan a la Trinidad, y a los grandes personajes que están en el origen de la Universidad: su fundador, Rodrigo López; San Juan de Ávila, primer patrono y alma de la institución; y el rector baezano, Diego Pérez de Valdivia. El graderío de madera y las dos cátedras son piezas también del XVIII. Espacio por antonomasia de las grandes sesiones académicas y que aún hoy día presta este servicio al Instituto (foto 6).

El patio renacentista está compuesto por un cuadrado con crujías de cinco arcos de medio punto en cada lado, en dos niveles, y se constituye en espacio distribuidor de las diferentes estancias (foto 7). Alineada con la puerta de entrada se halla una proporcionada y elegante caja de escalera de piedra, que da el acceso a la planta principal. Ésta se cubre con una bóveda cupuliforme sobre pechinas, muy proporcionada, equilibrada, y decorada (fotos 8 y 8.1).



Foto 6.-Paraninfo.



Foto 7.-Patio.



Foto 8.-Escalera.

El exorno del patio se concentra en las enjutas de los arcos, alternándose el escudo del fundador y discos o espejos circulares. Por el contrario, en las claves de los arcos hay ménsulas labradas. El escudo de don Pedro se repite en la portada principal y a lo largo de todo el edificio, mostrando muy a las claras su deseo de trascendencia en esta construcción donde gastó cuantiosos caudales propios y de su tío, el arcediano de Campos, del que recibió su herencia³. El patio exhibe sobre

³ Tradicionalmente, y en la diversa bibliografía se ha atribuido el escudo, que se repite por todo el edificio, al patrono



Foto 8.1.–Cúpula sobre escalera.

el arco central de cada panda, del cuerpo superior, cuatro cartelas epigráficas con salmos escritos en el idioma oficial de la enseñanza en aquellos tiempos, el Latín. Nos hablan de la sabiduría, amor de Dios y de la humildad. Sin duda, elementos de reflexión en sus vidas para aquellos alumnos que se dedicaban al estudio para ser sacerdotes. Traducidos, dicen así: “El principio de la sabiduría es el temor del Señor”. “Solo a Dios el honor y la gloria”. “En el alma malévola no entrará la sabiduría”. “Donde hay humildad, allí está la sabiduría”.

Este espacio de columnas ha sido para todas las personas que hemos pasado por el Centro un lugar especial. Sitio donde hemos jugado, paseado, meditado, conversado y asistido a numerosas actividades con amigos y compañeros. Ámbito, testigo desde 1595 en que se inaugurara, del bullicio juvenil y de hermosas y

don Pedro Fernández de Córdoba, aunque con diferencia del número de borlas entre los labrados en las fachadas: 10+10, y las del patio: 6+6. No obstante, Francisco Juan Martínez Rojas, lo adscribe al que fuera obispo de Jaén, Francisco Delgado (1566-1576), en “La Universidad, centro del humanismo baezano”, pág. 70, en *Baeza, Arte y Patrimonio*, María F. Moral Jimeno (coordinadora), 2010. Así mismo hay planteada otra tesis distinta a cargo de: Lorite Cruz, P.J. 2016. “Un programa de heráldica erróneo de los “Fernández de Córdoba”, armas de la universidad de Baeza”, ARGENTARIA, vol. 14: 10-19.

solemnes procesiones académicas y de otros actos que cada época ha ido organizando. Precisamente la celebración de algunos acontecimientos en él dieron ocasión para inmortalizarlos fotográficamente. Alguna de aquellas imágenes nos ha dado las evidencias precisas del estado físico del inmueble y nos ha hecho comprender los procesos de conservación hasta llegar al día de hoy.

La primera ocasión en que aparece el patio fotografiado es en 1881⁴, por obra de Domingo López Muñoz (1848-1921) (foto 9). En aquel año, y con motivo del segundo centenario del escritor Pedro Calderón de la Barca⁵, se celebraron actos culturales promovidos por el gobierno en los institutos del país. En nuestro Centro se llevaron a cabo diversas actividades que tuvieron



Foto 9.–Patio del Instituto (1881). Domingo Muñoz.

⁴ La foto de 1881 se conserva en el Archivo Histórico Municipal. Sabemos, que anteriormente a ésta, se encargaron dos fotografías a J. Laurent y Cia, en 1877, pero no aparecen. Sin embargo, sí conserva un particular la factura cursada al director del Instituto, fechada el 30 de enero de 1878 y en la que se especifica que una era de la fachada y otra del patio. Mejías Garrido, Carlos y Narváez Moreno, Pedro, *Domingo López Muñoz (1848-1921) su vida y su obra*, Baeza, Alcázar editores, 2007, págs. 32 y 39.

⁵ Cruz Rodríguez, María Alcázar, *Historia del Instituto Santísima Trinidad de Baeza (1869-1953)*, Jaén, Universidad de Jaén, 2002, págs. 191-195. Para con un conocimiento detenido de la historia del Centro, véase esta monografía.

como colofón una importante sesión académica de homenaje, el 25 de mayo, con asistencia de autoridades y público. Y esa sesión, en la que entre otras cosas se leyeron poemas, quedó inmortalizada gracias a la fotografía. Aparece el patio con unos elementos que nos llaman la atención. En primer lugar, vemos que el patio propiamente dicho, está convertido en un jardín con plantas y árboles de pequeño porte. Las paredes de las galerías están pintadas de blanco y tienen un zócalo de poco más de un metro, de color oscuro. Las galerías superiores están cercadas por una baranda de balaustres de madera sujeta a las columnas. Otro elemento significativo es que la guarnición de piedra de la caja de escalera, tanto en la planta baja como en la primera, está encalada, y por la documentación sabemos que esos gastos los hacía el Ayuntamiento puesto que de él dependía el Centro por aquel tiempo. Por último, el vano rectangular que facilita la entrada de luz a la caja de escalera, y que en la foto se ve como una gran pantalla, debía tener un cristal transparente y no la estupenda vidriera, con el tema de la Santísima Trinidad, fabricada por la casa Maumejean, de Madrid e instalada ya en pleno siglo XX.

Más adelante, en 1905, el mismo fotógrafo vuelve a sacar dos imágenes del patio, que posee el Instituto, en las que se ve mucho mejor el jardín, en este caso nevado, con palmeras y otros árboles y una pequeña cerca de madera que delimita el ámbito de las galerías con el patio propiamente dicho. Poco tiempo después, se llevó a cabo una intervención que cambió drásticamente la imagen de este lugar y que sorprende a cualquiera cuando la ve por vez primera. En la planta baja, eliminaron el jardín del que hemos hablado, y en la planta principal, sustituyeron la baranda de madera por pretilos de ladrillo, en los que se apoyan tabiques enfoscados, y en cuyo centro colocaron, por cada uno, una ventana rectangular de madera, rematada en medio punto y que podemos ver en una foto de Francisco Baras de aquella época (fotos 10 y 11), y otra más de 1913, en el *Catálogo de Monumentos de la provincia de Jaén (1913-1915)*⁶. Así el Instituto consiguió el espacio

⁶ La de Baras, en la colección Narváez-Olivera, y la otra, en el Instituto de Estudios Giennenses.

útil de las amplias galerías. También se observa que una de las puertas de acceso a la Capilla de San Juan Evangelista y la que da la entrada a la sacristía, tienen construido un muro de mampostería delante que lo impide. Esto es así porque la Capilla dependía de la Iglesia y los bajos del edificio eran de titularidad municipal. Las galerías superiores también pertenecían a la Iglesia y por ello se las alquilaron al capellán cuando se estableció el Instituto Libre de

2.^a enseñanza, en 1869⁷. La parte alta y cámaras de la Casa de los Capellanes, que es la que da acceso al patio, que llamamos blanco, estaba alquilada y esto generó no pocos roces con los inquilinos que la habitaban, puesto que accedían al Centro desde una puerta contigua, así como fricciones por escombros de unas obras, etc. El director del Instituto elevó informes al Ayuntamiento y al Ministerio para solucionar el asunto, cosa que llegó cuando unos años después, en 1910, se adquirió, por parte del Ayuntamiento a la Delegación Regia de Pósitos, por importe de 3.000 pesetas. Todo tenía su origen en el momento en que se decidió trasladar la Universidad desde el primitivo edificio, donde ahora se encuen-



Foto 10.—Patio del Instituto (enero 1905). López Muñoz.



Foto 11.—Instituto Baras. Archivo Familia Narváez Olivera.

⁷ Cruz Rodríguez, María Alcázar, *op. cit.*, págs. 129-131.

tra el museo local⁸, al nuevo inmueble. Se hicieron dos fundaciones: Una la de la Santísima Trinidad, con origen en el legado de Rodrigo López, y otra promovida por Fernández de Córdoba, con cuantiosas rentas. Acordaron los dos patronos, en 1605, tras no pocas fricciones, entre otras cosas, el reparto de espacios. Cuando la Universidad fue suprimida en 1824, todo lo procedente de la Fundación de la Santísima Trinidad pasó al Ayuntamiento y lo propio de la fundación de Fernández de Córdoba siguió siendo gestionada por el capellán de San Juan, y por lo tanto en manos de la Iglesia y así sigue hoy en día, al menos en parte.

El estado físico del inmueble no era bueno como nos lo señalan algunos escritos del director, y nosotros lo podemos apreciar directamente, merced a la fotografía, que debió hacer Francisco Baras, en el patio de columnas, en 1915, con motivo de la venida de un pequeño grupo de excursionistas de la Universidad de Granada, dirigidos por el catedrático Martín Domínguez Berrueta⁹ (foto 12). (Al año siguiente vino el joven Lorca en otra excursión y quedó prendado de la belleza de la ciudad). Si nos fijamos en la imagen, cuyo director, Leopoldo Urquía, aparece con bombín y paraguas y cogido de su hija Paquita, podemos apreciar el estado del suelo de tierra, donde hasta hacía poco había estado el jardín. Así mismo una franja de empedrado en mal estado, las paredes desconchadas y con el zócalo gris oscuro, prácticamente negro, con que en Baeza tradicionalmente se han pintado. La toma está realizada, sin duda, desde la zona del patio alineada muy próxima a la caja de escalera. La puerta que se ve entre las columnas es la que hoy día da acceso al edificio nuevo, que llamamos B, y fue construido en los años sesenta. A la derecha de la columna permite ver levemente el comienzo de la portada del paraninfo. Esta imagen me hizo comprender que la realidad de los huecos actuales no se correspondían, en su totalidad, con los paramentos originales, y la aclaración vino en 2015, al conocer el proyecto de

⁸ Cózar Martínez, Fernando, *Noticias y documentos para la Historia de Baeza*. Jaén, est. tip. de los Srs. Rubio, 1884, págs. 541-548.

⁹ Gallego Morell, Antonio, *El Renacimiento cultural de la Granada contemporánea*. Los "viajes pedagógicos" de Berrueta 1914-1919, Granada, Editorial Comares, 1989, pág. 45.



Foto 12.- Viajes de Berrueta (1914-1919).

1945, del arquitecto Juan Piqueras¹⁰. En él se recoge que se proyectaron algunos recercados de mortero de cemento.

El Instituto hasta primeros de año de 1911 se financiaba con los ingresos de algunas rentas y de las matrículas, pero sobre todo a cargo de los presupuestos municipales. Las asignaciones eran bajas y por fin consiguieron que el Estado lo adscribiera a sus presupuestos en la etapa en que Julio Burell, diputado nacional por el distrito de Baeza, era Ministro de Instrucción y Bellas Artes. Esto fue un paso de gigante ya que comenzaron a dotar cátedras y al año siguiente llegó el catedrático de Francés, Antonio Machado. A pesar de eso, las condiciones del edificio no mejoraron mucho

¹⁰ Palma Crespo, Milagros, *Baeza restaurada. La restauración del patrimonio arquitectónico baezano en el siglo XX*, Granada, Universidad de Granada, 2015, págs. 107-109.

por lo que el director, en unión del claustro, solicitó del Ayuntamiento, el 29 de marzo de 1922, que cediera al Estado el inmueble y que la administración local se encargara del blanqueo general del mismo y de las pequeñas reparaciones que necesitara. La aceptación por parte del gobierno se llevó a cabo en julio de 1934¹¹. Un año antes el Ministro había dado instrucciones al arquitecto de Jaén, Luis Berges Martínez, para que visitara el inmueble y elaborara un proyecto de saneamiento y reparación del mismo.

Hay que esperar a la posguerra para que se desarrolle un proyecto importante de conservación y restauración. El proyecto en cuestión se encargó, en esta ocasión, al arquitecto Juan Piqueiras Menéndez, a la sazón de Construcciones Civiles de la provincia de Jaén, y la cuantía de las mismas es aprobada por el Consejo de Ministros en noviembre de 1940¹². Así se lo hace saber la Dirección General de Enseñanza Superior y Media al director del Instituto, el 8 de noviembre de 1940: “Comunica la aprobación por el Consejo de Ministros del proyecto de obras en este Instituto con el presupuesto de 219.157,59 pesetas y que se ejecuten por el sistema de administración”. En 1945, en el acta del claustro de 27 de octubre, se da cuenta de la existencia de obras. Incluso en 1948 se sabe que otro proyecto de obras estaba en la Junta Facultativa del Ministerio. Hay una foto de la promoción de 1947 en el patio en que se ve que aún no habían concluido¹³. Conocemos por el acta del claustro de 10 de mayo de 1952, que el Ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz Giménez, visitó el Instituto el día 29 de abril y con ese motivo organizaron diversos actos que fueron brillantes. Por ello, y por el discurso que pronunció el director, Eliseo Fernández Cobo, el claustro lo felicitó por unanimidad. Sin lugar a dudas, ya estarían concluidas las obras fundamentales, emprendidas diez años antes.

Pero veamos en qué consistieron las referidas obras. La intervención tuvo varias vertientes. Desde el punto de vista estruc-

¹¹ Cruz Rodríguez, María Alcázar, *op. cit.*, pág. 432.

¹² Palma Crespo, Milagros, *op. cit.*, págs. 106-109, y Cruz Rodríguez, María Alcázar, *op. cit.*, págs. 510 y 511.

¹³ Cruz Rodríguez, María Alcázar, *op. cit.*, pág. 536.

tural, se actuó sobre tres columnas junto a la entrada del paraninfo, que tenían desplome, y ya se estaban agrietando las arcadas superiores. Así mismo se intervino en alguna arcada, junto a la actual aula de Antonio Machado, se sustituyeron algunos forjados y algunas cabezas de vigas de madera, que estaban podridas. En la pared de la planta baja, la que hay entre la caja de escalera y la puerta de acceso al edificio B, se abrieron dos ventanas para facilitar la luz y la iluminación de un aula (es la pared desconchada que hemos visto en la foto de 1915) (foto 13). Además estos huecos se molduraron con una decoración geométrica igual a los originales en piedra, aunque se hicieron en mortero de cemento. Están muy bien hechos porque hay que observarlos con detenimiento para darse cuenta. Se buscaba la asimilación y la verdad está muy conseguida. Es un criterio de intervención muy



Foto 13.--Ventanas.

diferente a la actualidad en que con la normativa de restauración, se debe marcar la diferencia entre lo antiguo y lo nuevo. Con ese mismo criterio se hizo también para la ventana del aula machadiana, puesto que el hueco ya existía, como lo podemos apreciar en la foto de inauguración del curso académico 1916-1917 (foto 14). Aún se hizo en otro hueco más: se trata de la ventana que está a la derecha de la entrada principal, pasada la puerta del pequeño centro de interpretación, ahora proyectado. Ese mismo criterio se utilizó para sustituir cuatro basas de columnas. En este caso reforzadas por un aro de hierro, que en la actualidad –en algún caso– se ha oxidado y ha roto el cemento (foto 15). De las cuatro, dos se hallan ubicadas en la panda de la entrada principal, hacia la izquierda, buscando el ángulo en donde está el relieve dedicado a “Poema de un día”, y las otras dos se hallan en la panda donde está la placa dedicada a Julio Burell. Una al principio y la otra pasando



Foto 14.-Inauguración curso académico 1916 1917.

la referida placa. Seguramente no se hicieron en piedra por abaratar costes, puesto que la obra se acometió por el sistema de administración.

En aquel proyecto, sin lugar a dudas, lo más significativo a efectos de imagen del



Foto 15.-Basa de columna.

patio, fue la eliminación de los tabiques y ventanas, que se habían construido en la primera década del siglo XX como cerramientos de las galerías superiores. Los pretiles creo que se aprovecharían los existentes, o la mayor parte de ellos, y fueron forrados de piedra con molduras decorativas de diseño geométrico, manteniendo la línea coherente del conjunto, aunque más esquemática. Digo que se reutilizarían los muretes, o en caso de demolición se harían más gruesos, puesto que la sección de las columnas que se ve en



Foto 16.-Galerías.



Foto 17.-Patio enchinado.



Foto 18.-Galería.

la actualidad es mucho más reducida a la que tenía, como fácilmente podemos apreciar comparando las fotografías (foto 16). Igualmente se construyeron las excelentes cristaleras de estructura de hierro, al estilo de las diseñadas por el arquitecto Prieto-Moreno para el cerramiento de las galerías del Palacio de Jabalquinto, como apunta Milagros Palma.

El suelo del patio fue pavimentado trazando una cuadrícula de losas rectangulares de piedra, que parten geométrica y visualmente de las columnas del conjunto, en cuyos espacios interiores se proyectó un enchinado de colores y formas geométricas de notable éxito (foto 17).

El suelo de las galerías de abajo se pavimentó con losas de piedra arenisca y las superiores, en la actualidad, tienen un terrado rojizo, en este caso creo que de finales de los sesenta, y que por el grosor del forjado cubrieron las basas de las columnas, en el interior, sin mucha consideración estética, cosa que en algún momento se debiera revertir, y liberarlas para ser

vistas, como así están por la parte que da al patio propiamente dicho (foto 18).

Los fustes de las columnas, tanto los de la planta baja como los de la superior, no conservan la suave terminación original de la piedra, propia del XVI, sino que fueron abujardados con lo que la pátina de su antigüedad ha desaparecido. Ahora su piel se muestra rugosa, resultado de darle el cantero con la bujarda (foto 19).

Los edificios históricos han pasado por muchas generaciones y normalmente por avatares diversos, y eso, sin duda, implica cambios. En muchos momentos pensamos que han permanecido tal y como fueron proyectados. No obstante, a medida que se estudian con cierto detenimiento comprobamos, que en no pocas ocasiones, han sufrido alteraciones de imagen notables o cambios estructurales. Es natural.



Foto 19.-Fuste abujardado.

LOS PRIMEROS MOMENTOS DE LA CREACIÓN DEL INSTITUTO DE BAEZA Y EL ACCESO DE LAS MUJERES A LA SEGUNDA ENSEÑANZA

M.^a Alcázar Cruz Rodríguez

PROFESORA JUBILADA DE LA UNIVERSIDAD DE JAÉN

Han pasado ya cincuenta años desde que abandoné las aulas del Instituto de Enseñanza Media Santísima Trinidad de Baeza, donde cursé el bachillerato. Mis recuerdos de infancia y juventud están ligados a este centro que constituye, por otra parte, un fragmento importante de mis raíces dentro de esta ciudad, a la que me unen no sólo el nacimiento, sino toda mi trayectoria vital.

Ahora que se celebran los 150 años de la creación del instituto he querido sumarme a las personas que en distintos momentos de esta larga historia del centro han formado parte del mismo. Mi formación como historiadora, junto a la actividad docente, me han llevado a aportar una breve participación en esta publicación.

Tal y como se encontraba planteada la educación en el siglo XIX, la segunda enseñanza tenía como objeto prioritario preparar para la entrada en la Universidad. En un contexto en el que las mujeres no sólo no tenían en mente acceder a unos estudios universitarios, sino que ni siquiera les era permitido poder acudir a las aulas de cualquier facultad sin pedir previamente autorización, su lugar en los institutos de segunda enseñanza carecía de sentido.

No será hasta finales de 1800 cuando se encuentren las primeras mujeres que, tímidamente, empiezan a acudir a clases en los institutos acompañadas de algún miembro de su familia y sentadas en lugar aparte y lejos de sus compañeros varones a los que ni siquiera podrán dirigir la palabra.

Tras una larga historia de esplendor, Baeza inicia el siglo XVIII sumida en una profunda crisis social y económica que no pudo remontar a lo largo del siglo, y por ello comienza el siglo XIX arrastrando los mismos problemas.

En cuanto a la educación, el siglo XIX hasta la Gloriosa, supone en Baeza una etapa de incertidumbres y balbuceos, donde se suceden las fundaciones y cierres sucesivos de distintos tipos de centros educativos acuciados por la falta de medios económicos y el escaso número de alumnos.

La Revolución de Septiembre promulgaba el famoso decreto de 21 de octubre de 1868, por el que se proclamaba la más absoluta libertad de enseñanza (Colección de Leyes de Instrucción Pública).

El Decreto de 14 de enero de 1869 autoriza a los ayuntamientos a fundar establecimientos libres de enseñanza, y esto mueve al cabildo baezano a solicitar del Ministerio de Fomento el permiso oportuno para restablecer su Instituto local de segunda enseñanza. Y, efectivamente, el 8 de abril de 1869 llega el, tan ansiado, permiso.

En el ámbito privado, la revolución de 1868 supone un giro respecto al inmediato pasado, principalmente porque el grupo de los krausistas de Sanz del Río sensibiliza hacia el problema de la instrucción, especialmente la femenina, a sectores cada vez más amplios.

El principio de la libertad de enseñanza declaró que no eran obligatorias ni la matrícula en establecimientos públicos, ni la asistencia de alumnos a sus cátedras para presentarse a examen de fin de curso. Esta circunstancia dio la posibilidad de estudiar el bachillerato o la carrera a las jóvenes de clase media que querían ampliar sus conocimientos, puesto que en España no se crearon, como en otros países, instituciones de enseñanza secundaria y superior específicos para mujeres, a excepción de las Escuelas Normales de Maestras. Dentro de este panorama general, el Instituto Libre de Segunda Enseñanza de Baeza se crea al amparo del Decreto de 14 de enero de 1869 que autorizaba a los ayuntamientos a fundar y sostener libremente establecimientos.

El año 1869 representa la puesta en funcionamiento del edificio, la dotación del material, el anuncio en el Boletín Oficial de la Provincia de cátedras vacantes y selección del profesorado, definición del carácter y asignaturas que se impartirán según el plan de estudios y, por fin, la apertura del curso el 1 de octubre de 1869.

Así comienza su andadura un centro que, ya sin interrupciones, continuará formando a las sucesivas generaciones de mujeres y hombres de la provincia de Jaén hasta la actualidad.

En 1871/72 dos hermanas, Natalia y Áurea Galindo Ortega, solicitan permiso para realizar, como así lo hacen, el examen de primera enseñanza y la asignatura de primer curso de Latín y Castellano. La presencia de estas dos hermanas, aunque por tiempo reducido, es importante porque supone la ruptura de una tradición, no cuestionada, de identificación de la segunda enseñanza con un alumnado exclusivamente masculino.

Una constante estos años es que las chicas se inscribieron sin ánimo de completar todo el plan de estudios, así lo demuestran los expedientes personales, y ello es lógico porque al cursar asignaturas de un currículum que, en conjunto, no se consideraba adecuado para la formación a la que una mujer debía aspirar, era la única salida que tenían aquellas adolescentes que buscaban una educación más amplia que la primaria y que, por otra parte, tampoco podían recibir en la Escuela Normal, puesto que en la provincia de Jaén la Escuela Normal de Maestras no comenzó a funcionar hasta 1914.

Durante todo este período únicamente se les permitió matricularse en régimen de matrícula libre o de enseñanza privada o doméstica. Al Instituto asistían en las fechas en que se realizaban los exámenes oficiales, preparando particularmente los programas exigidos.

La experiencia iniciada por las hermanas Galindo Ortega pronto anima a otras tres jóvenes que se matriculan como alumnas libres en el curso 1872/73: Emilia Weiden Portillo, M.^a del Carmen Cózar Navarrete y M.^a Loreto Bribian y Gómez.

Son, pues, cinco las chicas que se matriculan en el instituto durante el Sexenio Revolucionario. La importancia de su presencia radica en su excepcionalidad, porque hasta 1884 no volvemos a encontrarnos ninguna nueva alumna matriculada. Y, por otra parte, siendo Baeza una pequeña población, con un recién creado instituto libre, se adelanta en siete años a la primera matrícula efectuada en el instituto provincial de la capital.

CRÓNICA DE UN TESORO: EL ARCHIVO DE LA ANTIGUA UNIVERSIDAD DE BAEZA

Francisco Sánchez Villaespesa

PROFESOR DE HISTORIA DEL INSTITUTO VANDELVIRA

El archivo de la antigua universidad de Baeza, oculto en una habitación clara y luminosa, es el resto más representativo de una lejana institución que como un curioso fósil se ha superpuesto en la identidad de un moderno centro educativo, el IES Santísima Trinidad. Mi contacto con aquel tesoro, más allá de la sorpresa y el estupor que producen sus documentos innumerables, pasó por la lectura de los libros de los profesores, y antiguos miembros del claustro, Álvarez Jiménez y Rodríguez Moñino. Éste último esbozó un corpus generalista de los muchos documentos que se guardaban en un viejo armario, rodeado de libros, papeles y papelotes. La constatación del deplorable estado del archivo fue también el primer paso hacia su catalogación y conservación. Desde luego ese proceso no podría haberse producido sin la colaboración y sin la pericia y el esfuerzo generoso de un puñado de profesores que formamos *La Fénix*, y el grupo de trabajo, *Documentos y libros viejos en el aula*. El fruto de todo ese esfuerzo lo puede experimentar cualquiera que entre en la biblioteca y en el archivo del IES Santísima Trinidad de Baeza.

Si tengo que ser sincero, a mí me fascinaba un misterio, o dos, que pesaban sobre aquella suntuosa biblioteca y su Archivo. Por un lado, en algún lugar podía estar el primer libro de Claustro de la Universidad, con la firma y presencia del maestro Ávila. Por otro, entre aquellos legajos podría aparecer la singular figura del erudito Bartolome Ximénez Patón, maestro de un admiradísimo, e idolatrado incluso, poeta, el conde de Villamedina. Los misterios

no se aclararon, creo, pero aquello me permitió entrar en un reino encantado.

La fundación en el siglo XVI de un centro universitario en Baeza ha sido una parte determinante de la historia de la ciudad. Los avatares de una modesta fundación en paulatino crecimiento durante todo ese siglo y el siguiente penetran en una ciudad que sufre el apogeo y la decadencia de la Monarquía de los Austrias. Las casas de la universidad evolucionan siguiendo las pautas de sus fundadores; modestas, en el XVI, bajo la égida del maestro Ávila y de sus más directos discípulos; ricas y suntuosas, bajo la dirección de don Pedro Fernández de Córdoba, ya en el crepúsculo del reinado de Felipe II y en los albores del XVII, que no tiene reparo en ostentar sus armas en las ricas fachadas, provocando el estupor, asombro e ira de los notables del momento que nunca dejarán de criticar el orgullo de don Pedro, enterrado en una rica y labrada tumba que todavía hoy sorprende al visitante. Es evidente así, que el legado más directo de esta antigua fundación son el bellísimo claustro, el paraninfo, con sus dos cátedras, el teatro, como lo llaman los documentos y ese conjunto de fachadas, cornisas, arcos e inscripciones que convierten al hoy IES Santísima Trinidad en una joya de la ciudad de Baeza. También, en un singular continuum que alegraría a todos estos sabios fundadores, la algarabía de los niños sigue imperando en esta docta casa.

Creo que hay un elemento de prestigio, de conocimiento, más oculto pero no menos importante que los muros, claustros y dinteles del edificio. El archivo de la antigua Universidad, oculto tras una tosca puerta de madera, aún puede y debe ofrecer todos esos secretos que guarda en su interior. El archivo cuenta con una serie de documentos que en su momento constituyeron la columna vertebral de la institución. Libros de Claustro, Libros de Matrícula, Libros de los Patronos... Allí podemos encontrar una cronología completa de los hechos que dieron carácter y entidad a la Universidad desde casi su fundación. El seguimiento de los claustros, con sus actas puntuales, llenas de detalle; la provisión de catedráticos, por tres años, cabales, tras los cuales debían volver a mostrar su idoneidad para continuar en el puesto; las matrícu-

las de los alumnos, indispensables para realizar un vuelo sobre la compleja economía de una universidad de la que sabemos muy poco; las listas de clase, por estudios y procedencia, lo que nos da un perfecto muestrario de la geografía educativa del momento, no sólo de la ciudad de Baeza, sino de todo el reino de Jaén y de los reinos vecinos; también un todavía incompleto índice de catedráticos, profesores y sabios que poblaron estas aulas. Un curioso estremecimiento se apodera del lector curioso de estos legajos cuando intuye el inicio del curso en San Lucas, cuando escucha el lamento de los doctos por la cerril falta de pericia de sus discípulos, pero también cuando se recomienda al bedel que vigile la salida justa de la hora de los alumnos, la clase cabal de los profesores o la citación al claustro que el mismo bedel o alguno de sus ayudantes entrega en el domicilio de los sabios. ¿No nos resulta todo esto familiar? En estos papeles está la vida entera de una comunidad que aún late cada día, cada recreo, en cada uno de los que han tenido y tienen la suerte de poblar estas aulas.

Y como un antiguo tesoro, también quiero hablar de la magia de los soportes. Siempre en segundo lugar frente a lo que el documento dice o habla o quiere decir. Para todos aquellos que disfrutaban con el fetiche del libro y la escritura, el lugar es un paraíso. El Archivo posee infinidad de materiales de escritura, papel antiguo, tintas curiosas y una singular y detallada evolución de la escritura desde el XVI hasta el siglo XX. Es posible disfrutar con la preciosa minúscula humanística, con sus letras redondeadas, pulcras, hasta esos singulares garabatos, llenos de airoas curvas, propios de la enrevesada procesal del XVII. Nos sorprende todavía la finura de la letra del XVIII. Durante parte del siglo XIX, cuando la vieja universidad se transformó en una escuela agraria, centón de técnicas novedosas, uno de los profesores escribió un singular trabajo sobre el vino en el antiguo reino de Jaén, con esa perfecta letra alargada del XIX, pendolistas sublimes que escribieron notas, pliegos e incluso manuscritos inéditos que esperan la aparición de algún generoso mecenas que los lleve a la luz.

La creación de los Institutos y su ya larga permanencia llenaron este archivo de libros, los otros protagonistas y pobladores

de estos muros. ¿Qué sería de una Universidad, de una Escuela, de un Instituto sin libros? Sin un lugar en el que recogerse del tiempo inclemente, de los ruidos, de los necios... El archivo, por su valor incuestionable, guarda algunos volúmenes que aún hoy sorprenden y enriquecen al lector. Tenemos los plantinos, con sus dos tintas, todavía insultantemente relucientes, algunas novelas del rococó, con los grabados y frontispicios de Moreau el Joven, deliciosos relatos que harían, igual que los grandes tomos de la enciclopedia, la delicia de esos profesores del XVIII. Curiosidades como el diario *La Abeja*, publicaciones higienistas, que tanto éxito tuvieron en su tiempo, tratados de salud del I Imperio, y, como colofón a este tesoro, algún tomo de la colección francesa de los curiosos, con docto título, *La Roma de los Borgia*, y que oculta la licenciosa pluma del mago Apollinaire. Me pregunto por qué singular alquimia llegó este volumen a esta docta casa...

Yo, ahora, que no es sitio ni lugar, sino tránsito ineludible, agradezco al destino haber recalado en esta Ítaca que es Baeza, en este Instituto, que un día fue mío, y en esa comunidad de sabios que la conforma. Del tiempo matemático, lápida y centón de años y días, me acuerdo poco, pero quiero darle las gracias a todos, niños, adultos, esbeltos adolescentes y sabios profesores que conforman la trama. Gracias por el ayer y el ahora.

MI INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD, TRAS LAS HUELLAS DEL COLEGIO DE HUMANIDADES Y CUYOS BIENES TRAEN SU ORIGEN DE LA EXTINGUIDA UNIVERSIDAD LITERARIA

M.^a José Calvo Rentero

DIRECTORA ARCHIVO MUNICIPAL DE BAEZA

Poco sabía yo en los años 90, cuando cursaba mis estudios de bachillerato en el Instituto que en el año de constitución de dicho establecimiento, Baeza manejaba con arbitrariedad social las obras de la Junta Municipal de Beneficencia y la Casa de Niños Expósitos, ya que el año de 1869 fue un año catastrófico y deprimente para la urbe y el Ayuntamiento no podía hacerlo de otra manera.

Ni tampoco conocía que mientras las Hermanas de San Vicente de Paúl se hacían cargo del Hospital, numerosos vecinos y empleados públicos reclamaban sueldos y ayudas a la Junta Revolucionaria, el estado reducía considerablemente los gastos para culto en las catedrales y la Junta Local de Sanidad recibía quejas de los vecinos por la falta de salubridad pública, ya que el desmadre en las ventas de carne no oficial en la ciudad suponían una alerta de posibles pandemias.

En el atardecer de mi adolescencia, cuando mis preocupaciones eran escasas y banales propias de la edad poco avanzada, desconocía yo la historia de las piedras que me cobijaban cada día de la semana ni acertaba a saber que a mediados del siglo XIX, con un incierto marco de fondo, el Consistorio Municipal vislumbraba el desprestigio cultural que se cernía sobre la ciudad con el cierre de la Universidad y de varios establecimientos educativos, que representaban el esplendor de una época que ellos, por el contrario, se negaban a clausurar. Así que en los años 40 (con la inquietud

suscitada por los efectos de las plagas de langosta que perjudicaban a las cosechas del pueblo) y mientras el Regidor proponía al Seminario Conciliar que se aplicasen las enseñanzas al plan de estudios nacional vigente: “según las ideas de libertad bien entendida que proclamaba la nación”, y que se pusieran de acuerdo los directores de dicho Centro con el del Colegio de Humanidades para uniformar las enseñanzas que se dieran en ambos, se registraba en los anales de nuestra historia local un importante pleno de 24 de noviembre de 1840¹ donde se solicita la instalación de un Instituto² (con colegio de internos) y se comienza con ello un proceso que duraría más de veinte años hasta la consolidación definitiva del actual Centro³.

Con el tiempo y el devenir azaroso de mi trabajo en el Archivo Histórico Municipal di en leer los informes para su establecimiento⁴ de los años 1846 a 1869 donde el Ayuntamiento contaba ya con recursos suficientes para llevar a cabo tal empresa, decidiéndose elevar la petición al Gobierno para un establecimiento de segunda enseñanza de tercera clase (*donde se daba una parte de la enseñanza elemental pero la suficiente para formar al menos el primer año, en concepto de la comisión, y según la plantilla se pudiera entender la segunda enseñanza elemental hasta el tercer año inclusive*).

Documentos curiosos e interesantes donde se incluía un listado del estado de los productos del caudal del colegio de Humanidades (censos, olivas, casas, tierras, acciones en Roma y cargas de justicia, además de un préstamo que debían pagar a los particulares que en años precedentes habían ayudado a dicho colegio) y donde también se estudiaban los inventarios de los bie-

¹ Acta de Cabildo de 1840 (Sig. AHMB 2/2/158).

² Presuponiéndose ya el cierre del Colegio de Humanidades y la Escuela Superior Elemental por el mal estado en el que se encontraban y lo caro que le resultaba su mantenimiento al Ayuntamiento.

³ Hasta el 28 de agosto de 1846 no se expresa la consecución del perseguido Instituto en ningún documento oficial (Sig. AHMB Gobierno 2/2/163). Oficialmente la Real Orden vendría publicada en boletines de fechas posteriores, el 2 de septiembre de 1846 se lee en pleno la dicha Orden referente al establecimiento del Instituto.

⁴ Sig. AHMB Educación 2/10/160.

nes del suprimido Instituto de Segunda Enseñanza⁵ y los arrendamientos de sus fincas⁶ para intentar aprovechar de ello lo que se considere oportuno.

Cuando durante el verano el Instituto cerraba las puertas del saber a los estudiantes, un siglo antes, clausurado un curso más, el 10 de julio de 1869, el alcalde, D. Antonio Acuña, presentaba una nota del número y clase de profesores dado que el proyecto ya era una realidad en sí debido al interés del Consistorio y a la ayuda de más de setenta vecinos y hacendados de Baeza, que ceden gratuitamente al Ayuntamiento pastos y rastrojeras para que puedan utilizarse sus productos en los gastos que se originen en el Instituto de Segunda Enseñanza que se trataba de crear en la ciudad⁷.

El señor Juan Quirós de los Ríos (Director del Colegio de Segunda Enseñanza de San Virgilio de Antequera) expresaría su deseo de trasladarse a esta ciudad y sería nombrado Director científico y literario⁸ del Centro.

Empiezan, pues, a nombrarse a los primeros catedráticos que ocuparían plaza⁹.

La Junta del Instituto, evacuando el encargo de este Ayuntamiento, propondría como bases, en su sentir más justas e imparciales, para el nombramiento de Catedráticos de dicho establecimiento las siguientes:

- 1.^a *Que se prefiera el aspirante que tenga título.*
- 2.^a *Que en igualdad de títulos se prefieran los antecedentes científicos y morales del individuo, compensando unos con otros¹⁰.*

⁵ Sig. AHMB Educación 2/10/161.

⁶ Sig. AHMB Educación 2/10/162.

⁷ Memorial de 21 de junio de 1869 (Sig. AHMB 2/6/1565).

⁸ Otro catedrático ostentaría el cargo de secretario y el Centro además contaría con un bedel, un portero y un conserje.

⁹ Acta de Cabildo de 28 de julio de 1869 (Sig. AHMB 2/2/177). Posteriormente, hasta los años 1879-1880, se incluirán otras asignaturas como Aritmética, Geometría y Trigonometría Rectilínea, se considerarían otras como Retórica, Poética o Ética, y se prescindirán de otras como la clase de Ideología. Por otra parte, las demandas y solicitudes para ocupar plazas de profesores también serán continuadas como lo demuestra la cantidad de memoriales al respecto hasta 1871.

¹⁰ Acta de Cabildo de 28 de agosto de 1869.

Comienza así el curso y con ello la inauguración de un establecimiento arduamente perseguido por Baeza, con un somero presupuesto inicial que cubriría los gastos básicos para el curso, mientras se solicitaban presupuestos más elevados para completar con utensilios a las clases de Ciencias. Así el Centro iría encargando paulatinamente:

- Para la gestión (entre otros): sobres de diferentes tamaños, plumas de acero, una botella de tinta, sellos, un paquete de polvo de tinta, dos docenas de tizas, tres lápices y arenilla, suscripción por un trimestre a la “*Gazeta de Madrid*”¹¹, una carga de cisco, dos libras de aceite de linaza, dos escupidores, etc.
- Para la conservación y mantenimiento del centro y de las clases: goma de polvo, pimienta y alcanfor para la conservación de las aves y coleópteros de los gabinetes, una docena de escobas, diecisiete fanegas de yeso, una carga de cal, una lata, tres espuelas, dos libras de humo de pez, dos cuartillos de vinagre y ciento cincuenta tejas.
- Para el mantenimiento del jardín: un escardillo, una onza de puntas, una libra de alambre, una onza de hilo encarnado y una sogá para el pozo.

En la época de la que suscribe este texto ya no se le pagaban a los profesores en escudos y el cartero no recibía el donativo de una peseta de los años anteriores, ya existía un timbre electrónico que marcaba el inicio y final de cada clase, en sustitución a la famosa y primera campana que poseía el centro en 1882 y en las clases de música, se prescindía de los instrumentos musicales que antaño obligaban a sus estudiantes a tocar, en un examen, el rondó final de una ópera o varios rigodones. Ya no teníamos en común las preguntas existencialistas obligatorias como la de: ¿En qué se distinguen entre sí el alma del cuerpo? Ni había constitui-

¹¹ Con el tiempo, el Instituto se suscribiría a otras publicaciones de relevancia como: “*Revue de Questions Scientifiques*”, “*Boletín del Instituto de Badajoz*”, “*Magisterio Español*”, “*Boletín de Institución Libre de Enseñanza*”, “*Diccionario Geográfico*”, “*Cuadernos de la colección de las instituciones políticas y jurídicas de los pueblos modernos*”, etc. (Sig. AHMB Educación 2/8/499).

do un grupo de teatro tan famoso que representara obras clásicas como “La Tizona”¹² o “El sí de las niñas” en los teatros de la ciudad y en otros de la comarca.

Recuerdo con aprecio la educación y el trato hacia los profesores a quien le debíamos respeto con la señal de levantarnos a su llegada a clase. El apelativo de “borrego” con el que se les tachaba a los novatos, recién acabados de la EGB, y a los que se les pintaba la cara. Las salubres charlas en el Paseo en la media hora del recreo, la inexistencia de malas praxis, el compañerismo bien entendido sin confundirlo con la verdadera amistad y el buen nivel educativo con el que salíamos preparados para la Universidad.

De obligado cumplimiento era la lectura de obras clásicas de la literatura universal, nuestro siglo de oro y los grandes filósofos de la antigüedad, de manera que no se perdiera la cultura más elemental, quedando así marcada permanentemente en nuestro cerebro. Los rigurosos comentarios de texto y el estudio de las lenguas muertas (por su grandeza, preferible sería llamarlas “extintas”) como el latín y griego que con sus conjugaciones y verbos evocaban la magnificencia universitaria de nuestro Centro.

Los nuevos inventarios de una biblioteca cerrada desde hacía años se escribieron bajo mi grafía, como estudiante voluntaria apasionada por la bibliografía, pudiendo comprobar el tacto de los valiosos y antiquísimos volúmenes que guardaba el Instituto. Los tesoros escondidos en su Archivo. Acto altruista que me hizo ser afortunada y poder sentir una primitiva sensación de gozo con pocas cosas comparable. Pude contener la respiración ante lo sublime de esas páginas que mostraban la historia del Centro y que vaticinaban, sin yo saberlo, el que sería mi oficio.

Puedo presumir de haber seguido la estela de los primigenios estudiantes del Instituto que gozaban y aprendían de la sabiduría y el buen hacer de profesores catedráticos, cuyo nivel no tenía parangón a la hora de ser unos excelentes educadores, vivir en el respeto mutuo bien entendido y la educación emanada de la cuna.

¹² Expediente municipal (Sig. AHMB Gobierno 5/17/180).

Pero sobre todo recuerdo, el claustro principal del Instituto, donde se podía respirar cada experiencia sellada en esas piedras, la historia implícita en ellas de la que yo, en mi pequeñez, formaba parte (“Ubi humilitas ibi sapientia”¹³). Las cartelas que me vigilaban y me advertían del secreto universal del conocimiento “Initium sapientiae timor Domin”¹⁴, “Soli Deo honor et gloria”¹⁵.

Una historia por todos tejida en el devenir fantástico y maravilloso que ha tenido el Centro, porque no existe mácula alguna que ensombrezca la trayectoria con la que cuenta el Instituto, que sigue vigente desde los albores del conocimiento y que advierte a todo estudiante que cruza sus puertas con la última cartela del Claustro: “In malevolam animam non introibit sapientia”¹⁶.

¹³ Donde hay humildad, allí está la sabiduría.

¹⁴ El principio de la sabiduría es el temor del Señor.

¹⁵ Sólo a Dios el honor y la gloria.

¹⁶ En el alma malévolas no entrará la sabiduría.

UN ANIVERSARIO ESPECIAL

Manuel Galiano Marín

SACERDOTE

Se nos llena la boca al decir que estamos celebrando el 150 aniversario del Instituto Santísima Trinidad de Baeza.

Al pedirme que me sumara a esta efemérides gustosamente acepté, no por haber sido alumno o profesor del Centro, sino por contribuir con algo que me ha llamado la atención al escudriñar en los albores de lo que fueron los primeros años de la universidad baezana en donde nuestro Instituto está entroncado.

Y como de alguna manera, aunque en contexto distinto, la incipiente universidad tuvo un aniversario sonado, también en aquella ocasión se recopiló por algunos de los que fueron alumnos, profesores, allegados, conocidos, familiares o vecinos, lo que les llamó la atención de una manera especial de su andadura.

Ante todo, quisiera detenerme en el nombre del Centro: ¿por qué bautizarlo con tal nombre?, ¿de quién partió la idea?, ¿qué quiso poner de manifiesto?

Supongo que la mayoría han oído hablar de D. Rodrigo López, baezano, judeoconverso, doctor en derecho civil y canónico, que había hecho carrera consiguiendo establecerse en Roma llegando a ser familiar del Papa Pablo III, a quien le presentó su proyecto.

Leyendo la Bula fundacional de 1538, me llama la atención la familiaridad con que está escrita, que podemos sintetizarla así:

“Habiendo llegado a Nos, la intención que tenéis de hacer un Colegio bajo la advocación de la SANTÍSIMA TRINIDAD, contáis con mi aprobación y que se haga”.

El interés que tiene que se haga este Colegio bajo esta advocación, a mi entender se debe a que siendo él de condición judeo-converso, por si alguien se atreviera a dudar, buscando en su pasado y levantara la más mínima sospecha, quería que quedase patente, como prueba inequívoca, su auténtica conversión al Dios de los cristianos: Creo en Dios Uno y Trino.

Hecha esta aclaración quiero explicar lo que entiendo por “aniversario sonado”:

Aún no llevaba cien años funcionando, 1624, cuando se abrió el proceso del Maestro Juan de Ávila, cuya muerte acaeció en 1569. El Obispo de Jaén D. Baltasar Moscoso y Sandoval (cuyo retrato pueden contemplar en la Capilla de San Juan Evangelista) escribió una carta pidiendo que todo aquel que pudiera aportar algo importante sobre la vida y obra del Maestro lo pudiera hacer. (Entre otras cosas se pedía, se dijera lo que se supiera del Colegio de Niños y de la Universidad de Baeza).

Y, he aquí, que de los veintiuno que en Baeza tuvieron a bien aportar su testimonio (unos habían ido al Colegio de pequeños; otros eran profesores o lo habían sido; otros habían cursado los estudios mayores; otros ostentaban autoridad local o siendo simple vecinos habían visto u oído a sus mayores), ajustándome al espacio establecido, como botones de muestra, presento lo que dijeron algunos de ellos:

DIEGO DE AYALA, vecino y “venticuatro” de esta Ciudad expone: “Que el Padre Maestro Ávila fue causa principal de estas escuelas y que con ellas ha habido y hay muchos hombres insignes en letras y virtud, en bondad y santidad, como los doctores Valdivia, Panduro, Carleval, Ayala...y otros infinitos varones en virtud y letras y todo este obispado e iglesia dél está ilustrado con insignes varones de virtud y letras, todos criados en esta dicha universidad con la leche y doctrina del dicho Padre Maestro Ávila.” (755)¹*

(*) Cargo equivalente al de regidor o concejal.

¹ Los números que aparecen, corresponden a las páginas del libro *Proceso de Beatificación del Maestro Juan de Ávila*, BAC, Madrid, 2004.

PEDRO DÍAZ, natural de Baeza, licenciado y presbítero: “Que el Padre Maestro Ávila fue motivo para la fundación de un Colegio de niños donde se enseña leer, escribir, contar y la Doctrina Cristiana, sin interés alguno, a todos los niños naturales y forasteros que acuden. A los maestros, preceptores de grandísima virtud, se les unen otros ayos que acuden con niños de personas principales y en dicho colegio se ha hecho mucho provecho, así porque los pobres son socorridos como porque se les enseñaba sana doctrina y buenas costumbres.” (772)

FRANCISCO DE CUADROS ALFÉREZ, de 50 años, párroco de San Andrés de Baeza, recoge lo que en reiteradas ocasiones les oyó decir a los doctores Carleval y Valdivia, los cuales leyeron en la universidad de esta Ciudad, Artes y Teología, la gobernaron en oficio de Rectores en diversos tiempos CON TANTO CELO que no solo hicieron gran bien y provecho en los mismos estudiantes, sino también en las personas de todos los demás estados... y que en la educación de los niños de la escuela ponían especial cuidado fundados en lo que solía decir el Padre Maestro Ávila: “que ganando los corazones de los niños en su tierna edad, se ganaban las repúblicas, villas y lugares, porque ellos vendrían después a gobernarlas: los unos a ser predicadores, los otros a ser casados, regidores y tomar los demás estados que suele haber en la República Cristiana, y así, criados desde niños en virtud, cada uno cuando grande, en su estado, la favorecerían y ampararían.” (802)

Hoy, cuando se nos llena la boca al decir que celebramos el 150 aniversario del Santísima Trinidad volvemos la mirada hacia estos testimonios que he tratado de recoger como muestra, y contemplando el momento presente, no más fácil que aquél, nos sentimos un tanto desconcertados.

Poner como referente lo que testimoniaron las generaciones primeras que salieron de nuestra universidad. ¿Hay que ocultarlo? ¿Tan desorientados estaban? ¿El pensamiento que vivían y que transmitían era tan equivocado? ¿Cómo se recuerda este momento histórico en nuestra ciudad, en nuestra provincia, en nuestra nación, en el mundo entero?

Los que nos dedicamos al noble quehacer de forjar la sociedad del futuro, haríamos bien en replantearnos nuestro quehacer de cada día. Si en esta línea nos movemos, muy pronto, el tiempo pasa que vuela, nos sentiremos convocados a celebrar el 175 aniversario del Santísima Trinidad con buenas nuevas que compartir.

ANTIGUOS PROFESORES

APRENDER A VIVIR DIVIRTIÉNDOSE

José Luis Martín Rodríguez

CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA JUBILADO

Es creencia común que el Instituto de Enseñanza Media, generalmente de los 11 a los 16 años, debe servir para que el alumno adquiriera conocimientos en las disciplinas programadas por el Ministerio de Educación. Se cree que un adolescente de 16 años no necesita estar preparado para la vida común. Sin embargo, en el Instituto Santísima Trinidad de Baeza se opinaba que un bachiller debía saber comportarse en la vida; y a ello se dedicaban algunos de sus profesores. Parece que esto fue tradicional y lo advertimos muy pronto los que llegamos a adquirir automóvil al poco tiempo de llegar. Cuando fuimos al taller de reparaciones, advertimos un trato especial en el encargado; lo comprendimos en el acto nada más mirar la pared del despacho y ver en ella un Título de Bachiller, expedido por el Instituto Santísima Trinidad. En él había aprendido aquel servidor del taller a expresarse, aplicando a la conversación ordinaria los conocimientos necesarios en la conversación automovilística.

Personalmente quise que mis alumnos adquirieran esa técnica, satisfaciendo la diversión, exigida por ellos mismos, el último año de su estancia en nuestro Instituto. Iniciaban pidiendo salir de excursión. No sé por qué, los doce cursos que estuve en Baeza, me elegían para que les acompañara en ella; y yo me encargaba de los trámites “oficiales”: pidiendo el permiso exigido para suspender una semana de clases, al mismo tiempo que los emolumentos para las necesidades alimentarias de los profesores; y llevaba el viaje, como superior responsable. Tratándose de alumnos

y alumnas, para solucionar posibles necesidades de las alumnas, debía acompañarme en el viaje una profesora. El primer año, se me ofrecieron la Catedrática de Lengua y Literatura, D.^a M.^a Ángeles Álvarez Núñez y la profesora agregada de la misma asignatura, D.^a M.^a Teresa Esteban Garrido. Los otros 11 años me encargué de que me secundaran las profesoras que me acompañaban en las clases de mi propia asignatura: D.^a Octavia, otra profesora, y la profesora agregada de Filosofía D.^a Rosario Virgós Soriano. Tuve, en todas, una perfecta colaboración en las doce excursiones, de ocho días cada una.

Sin duda alguna, en la perfecta ejecución de los viajes de estudios tuvieron parte la puntualidad exacta y el perfecto comportamiento de los alumnos. En cuanto a puntualidad, todos los alumnos, sin excepción, estaban en el lugar señalado cinco minutos antes de la hora convenida (sólo una vez, en Palma de Mallorca, nos tuvo pendientes de su llegada una alumna, que solicitó permiso para ir a comer en casa de una amiga de muchos años cuyo padre, funcionario, había sido trasladado a Inca, otra ciudad de la Isla de Mallorca; no obstante, se incorporó a nosotros con tiempo suficiente para tomar el avión que nos llevó de Palma a Alicante. No se incorporaron, en cambio, un alumno y una alumna que, sin pedir permiso, quedaron en Madrid el último día de uno de los viajes). En cuanto al comportamiento perfecto de los alumnos, sirva de ejemplo este suceso: Llegamos a Madrid y concertamos alojamiento en una de las calles que salen de la Plaza de Legazpi. El dueño del establecimiento, al concertar el precio, nos dijo: “Ordinariamente cobro 40 pesetas por cama y noche; pero, cuando se trata de jóvenes estudiantes, por los posibles y frecuentes desperfectos que suelen ocurrir, cobro 5 pesetas más de las cuarenta”. Nos pareció justo y aceptamos. Pero, al día siguiente, cuando fuimos a pagar, nos dijo: “Ha sido tan perfecto el comportamiento de los jóvenes, que sólo cobraré las cuarenta pesetas corrientes; y sepan ustedes que aquí tienen su casa siempre que vengan a Madrid”. Tal fue la confianza que existió entre los alumnos de Baeza y mi propia persona. No tuve tal confianza con los alumnos en los otros cuatro Centros de Enseñanza en los que serví hasta mi jubilación forzosa, al cumplir los 70 años, en

la Universidad de Alcalá de Henares (Madrid). Allí terminó mi carrera, coincidiendo en el fin con el del siglo XX.

En cuanto a la organización del viaje de estudios, lo primero, siempre, era elegir un grupo de alumnos que formaran la delegación para llevar a cabo el viaje. Debían encargarse de elegir el punto del destino, con los lugares donde se efectuaría parada, de muy pocas horas, para visitar los monumentos o lugares de interés, y, sobre todo, los lugares en que se concertaba alojamiento para pasar la noche y tener lugar donde proceder a celebrar las comidas principales. Allí casi todos los alumnos comían lo que llevaban en su “talega”; unos pocos y los profesores se servían de algún comedor del lugar para proceder a su alimentación. Era impresionante cómo los alumnos tomaban la actitud del “hermano mayor”, que ofrecía a alguna compañera, hasta cambiar el propio menú, con tal que ella no pasara por alto la comida correspondiente. Igualmente, en los lugares de permanencia, todas las alumnas eran acompañadas para ir a visitar a sus familiares o simplemente para discurrir por el lugar. La comisión se encargaba de la economía; ellos se encargaban de que se recaudara la cantidad necesaria para pagar el transporte completo, la cama de todos los componentes de la expedición y la entrada de los alumnos en los centros culturales de los lugares visitados. Los profesores, al menos por lo que a mí afectaba, no tocaban ni una peseta de aquel dinero. Yo me encargaba de pagar las comidas y entradas de los profesores, así como el resto de los gastos, comprometidos con la Dirección del Centro, al recibir la cantidad que de la Dirección se solicitaba.

Agradezco profundamente a la Dirección del Centro su longanimidad al asignarnos la participación en los gastos de los profesores. El primer año se hizo especial atención a que del dinero que se me entregaba utilizara una cantidad, el último día, si los alumnos hubieran agotado sus existencias, y que yo, en nombre del Instituto, los invitara a una comida. Mi cuidadosa administración y el afán de los alumnos por llegar tarde a Baeza, hicieron que aquel año, el último día los invitara a la comida, en Málaga, y a la cena, en Granada.

La comisión se encargaba, también, de los problemas que pudieran surgir, incluso las posibles reclamaciones. En este punto fue ejemplar su actuación en la única reclamación que hubo lugar: Cuando llegamos a Ponferrada, en la provincia de León, en una subida hacia Galicia, nos sorprendió un copioso aguacero, al que hicimos frente con paraguas, por la deficiencia del autobús que había sido puesto a nuestra disposición. La comisión, sin notables manifestaciones de protesta, se encargó de reclamar a la dirección de la empresa de transporte; y consiguió, como compensación por la deficiencia del autobús, que la empresa de transporte nos facilitara, en un fin de semana de lo poco que restaba del curso, una excursión a la Sierra de Cazorla, con ida por Peal de Becerro y vuelta por todo el valle y Villanueva del Arzobispo. Dudo que un grupo de adultos lo hubieran hecho mejor que la comisión de alumnos que administraba nuestro viaje de estudios. Así procuré, en mis pobres posibilidades, que los alumnos de los últimos cursos aprendieran a ser y comportarse como hombres y mujeres “hechos y derechos”, hasta en lo que atañe a reclamaciones justas.

Este viaje, por ser “de Estudios”, se organizaba de la siguiente manera (en los lugares de parada diaria): Por la mañana, incorporados a la actividad a las nueve, visitábamos los lugares dignos de conocerse; por la tarde, se daba tiempo libre, para visitas a familiares y “garbeo” por la ciudad. A la hora conveniente, nos reuníamos todos; y se procedía a “ir al cine”, si una película merecía la pena, y tomar parte en una discoteca. Para ello, uno de los profesores acompañaba a los alumnos que iban al cine y el otro acompañaba a los de la discoteca. Cuando no había cine, los dos profesores participábamos en una discoteca donde, si la ocasión lo requería, entrábamos, con la acción, en el ambiente general, cuando algún alumno, o alumna, se atrevía a invitarnos a bailar. De esta manera se consiguió que los alumnos no vieran en el viaje de estudios una actividad “odiosa”, sino algo en lo que unían al conocimiento de España, en lo posible, una semana de amable diversión.

Los alumnos del Instituto Santísima Trinidad viajaron por gran parte de nuestra Patria así: Hasta cuatro veces subimos

a Santiago de Compostela, corriendo por Galicia y el trayecto: La subida o bajada, era por Ciudad Real, Toledo, Ávila, Zamora, Salamanca, Extremadura y Castilla-La Mancha. La bajada (o subida) era por Madrid, Segovia, León y Lugo. Creo que alguna vez subimos hasta La Coruña. Una vez hicimos viaje internacional, ejemplo de recorrido rápido a más no poder: esa vez, cenamos (un Viernes Santo) en Baeza, desayunamos, el sábado, en Badajoz, comimos en Lisboa, merendamos en Batalha y cenamos en Fátima. Allí dormimos y desayunamos; el día siguiente comimos en Coimbra, merendamos en Oporto y cenamos ya en Vigo. En ese viaje se dio una anécdota digna de mención: Como dos alumnos estaban en edad militar, no se les permitió entrar en Portugal. Regresaron a Madrid y, desde allí, el que era de Ibros regresó a su pueblo; y el que era baezano se reunió con nosotros en Vigo. Precisamente ese alumno, gracias a su esencia de cómico excepcional, fue el promotor de la general diversión en el resto del viaje de ida y en todo el viaje de Santiago a Baeza. Viajamos, en lo que recuerdo, a Alicante y Murcia, en varias ocasiones. A Granada, Córdoba y Sevilla, por supuesto. Fuimos hasta Barcelona, en Cataluña; las Castillas, como paso obligado; y, subiendo una vez en avión –alguno de nosotros por primera vez– hasta Mallorca en las Islas Baleares, donde el Sábado Santo coincidimos con la legalización del Partido Comunista. Ya he detallado el viaje por la vecina Portugal. Nos faltaron, por desgracia, en viajes internacionales, las vecinas Andorra y Francia.

La colaboración en los viajes de estudios es, en mi opinión, una de mis mejores colaboraciones en la fabulosa y magnífica tarea de ayudar a los alumnos del Instituto a “aprender para la vida, utilizando la diversión”. Lo más propio de la naturaleza jubilosa de los alumnos, tal vez con menor agrado para algunos profesores, fue que, el último día, se proponían (y consiguieron) llegar a Baeza muy tarde, con objeto de llamar la atención alborotando y “despertando” a los vecinos que se hubieran acostado a una hora corriente. Los padres estaban allí esperando pacientemente nuestra llegada.

ANEXO CON DATOS PERSONALES

Nombre: José Luis Martín Rodríguez

Nacido en: Cernadilla (Zamora), el 15 de abril de 1930

Tomó posesión en el Instituto el 1 de octubre de 1965, habiendo ganado Plaza de Profesor Adjunto Numerario de Filosofía en las Oposiciones Libres del verano de aquel mismo año 1965.

Ejerció como:

Profesor Interino: desde el 1 de octubre de 1965 hasta el 10 de enero de 1966.
Profesor Agregado de Filosofía: desde el 10 de enero de 1966 hasta marzo de 1967. Catedrático de Filosofía, por Oposición Libre, desde marzo de 1967 hasta el 30 de septiembre de 1977.

Advertencia.—Cuando fue necesario y el horario de Filosofía no era suficiente para cubrir las 24 horas semanales que el Ministerio asignaba a los profesores, dio clases de Lengua Francesa, Latín y Lengua Española de Primer Curso y Literatura de Cuarto Curso, Sexto Curso y Preuniversitario.

También fue encargado por un alto funcionario del Ministerio para supervisar las obras de reparación del Instituto en la parte antigua y construcción de la ampliación en aulas de la parte nueva.

Cesó el 30 de septiembre de 1977 en el Instituto de Baeza, por traslado, en Concurso, al Instituto n.º 1 de Móstoles, que se llamó “Juan Gris”.

Cargos:

Vicesecretario: los doce cursos de 1965 a 1977. Jefe de Estudios: Un mandato de dos cursos. Vicedirector: Dos mandatos de dos cursos (4 cursos en total (desde 1973 a 1977). Encargado del Gabinete Psicológico-educativo: Durante los 12 cursos de estancia en el Instituto. También actuó como Sustituto del Director, durante varios cursos, antes de ser nombrado Vice-Director (desde 1967 a 1973. N.B.)

Todo lo anterior consta en los Registros del Instituto Santísima Trinidad de Baeza.

Madrid, 5 de septiembre de 2019

MI RELACIÓN CON EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD

Imágenes y vivencias de un maestro nacional

Manuel Higuera Lorente

En el mes de octubre de 1944 abandoné la escuela de estudios primarios del inolvidable Maestro Serrano (Josico, como él quería que lo llamáramos). Por su iniciativa y consentimiento de mi padre, me matriculé en la Escuela Preparatoria del Instituto de Enseñanza Media Santísima Trinidad de Baeza. En esta escuela estuve como alumno durante el curso 1944/1945 y mi profesor fue don Antonio Fernández de Dios Ayuda. Una vez que superé los estudios pertinentes, me matriculé en el mismo Centro de primer curso de Bachillerato. Había alumnos que no hicieron este curso de la Preparatoria, pero para matricularse en el Instituto en primero de Bachiller tenían que superar un examen al que eran sometidos previamente.

El aula que ocupamos durante el curso preparatorio era precisamente la que hoy recuerda el paso de don Antonio Machado por este Centro, impartiendo clases de Francés desde 1912 hasta 1919.

Accedíamos a la referida aula por una puerta que había al final del pasillo que comunica el actual patio blanco con el patio de columnas, justo bajando las escaleras a la derecha. Por cierto, dichos patios no presentaban el aspecto majestuoso que hoy exhiben: el patio de la entrada principal del edificio era terrizo, con una pequeña fuente en el centro en la que nadaban pececillos de colores; el patio de columnas, por su parte, presentaba un aspecto deplorable. El mobiliario que había es similar al que hoy presenta

dicha aula, con los viejos pupitres, la mesa del profesor con su tarima para el brasero y alguna que otra cosilla más.

El alumnado que cursaba estudios de Bachiller durante aquellos años era de muy diversa procedencia, ya que por aquel entonces no había institutos nada más que en Baeza, Jaén y alguno que otro en la provincia. Aquí venían a estudiar de distintos lugares, unos matriculados como alumnos oficiales y otros como libres. Los oficiales solían hospedarse en su mayoría en el Colegio Internado de San Andrés, situado en la calle de San Pablo; también en El Beato, situado en la calle de Los Descalzos. Algunos, los menos, lo hacían en casas particulares. Los alumnos libres se matriculaban para examinarse en el mes de junio o en el de septiembre.

De mis años de estudiante en el Instituto, y por el tiempo que ha transcurrido, guardo unos recuerdos algo someros en mi memoria. En primer lugar, el de los distintos profesores que me dieron clase; y, en segundo lugar, el de mis compañeros de estudios, con los que me llevaba muy bien. Entre los primeros destacaría el grato recuerdo que tengo de don José López Agüero y de don José Manuel Camacho Padilla –profesor de Lengua y Literatura–; don Juan Antonio Viedma Castaño y doña Teresa R. Aranda y don Rufino –profesores de Matemáticas–; don José Bonilla –de Inglés–; don Antonio Torres –de Ciencias Naturales–; don Tomás Palacios y don Cristóbal Porras –de Latín–; don Enrique Vélez –de Griego–; doña María Teresa Esteban –de Filosofía–; don Ángel Nieto –de Física y Química–; doña Encarnita –de Geografía e Historia–... De don Cristóbal Porras tengo que decir que era ciego; vivía en la primera casa de la calle de La Merced y para poder asistir a impartir sus clases, uno de sus alumnos que tuviera Latín a primera hora le servía de guía, acompañándolo al Instituto. Una vez allí daba las clases con normalidad ayudándose de una alumna que hacía de secretaria pasando lista y llamando a los alumnos que él designaba para preguntar la lección. De regreso a casa unas veces se hacía acompañar de algún alumno que no tuviera clase a esa hora o venía su hija a recogerlo. Haré también mención especial de otro profesor: don Francisco Ruiz Jurado –de Geografía e

Historia—, por el hecho de que aún se encuentra viviendo en Jaén con sus cien años más que cumplidos.

De mis antiguos compañeros de clase sólo puedo recordar a algunos con los que tuve una mayor relación, como los hermanos Cobo Rodríguez (Cándido y Esteban), que eran de Génave, o Sisenando Serrano y Ángel Moreno Flores, todos ellos internos en el Colegio de San Andrés. Otros compañeros de Baeza, como Jorge García Lorite, José María Sierra —al que saludo cuando viene por aquí en verano—, Antonio Zafra Valverde y, cómo no, un recuerdo especialmente afectuoso a Manuel Poza Martínez, que falleció el Día de los Santos del pasado año.

He hablado de mis compañeros, pero como ya por entonces el alumnado del Centro era masculino y femenino, también debo referirme a alguna de mis compañeras con las que solo podía conversar muy someramente al finalizar las clases, ya que no había recreos ni salidas entre clase y clase. Guardo un grato recuerdo de Eloísa Romero Concha, las hermanas Villacañas de Rus (Catalina y Antonia), de Elena Jiménez Nájera...

Seguiré comentando que lo primero que hacíamos un día o dos antes de comenzar las clases era copiar el horario de las mismas que ya estaba expuesto en el tablón de anuncios del Centro, para saber los días y horas en que teníamos las distintas asignaturas. Recuerdo que podíamos elegir entre Francés o Italiano, y a partir de cuarto curso se podía optar por Inglés o Alemán. Las clases se daban en horario de mañana (creo recordar que de diez a dos) de lunes a sábado y los profesores se desplazaban de una a otra, a excepción de la clase de Dibujo, puesto que don José Santigosa fuertes tenía al suya propia. El número de alumnos era bastante reducido si lo comparamos con los números de hoy en día. En mi curso había en torno a veinticinco alumnos y predominaba en número el alumnado masculino. Los estudios de Bachiller se prolongaban a lo largo de siete años.

En lo que se refiere al comportamiento y disciplina, debo manifestar que el orden y educación del alumnado eran muy buenos. Respetábamos al máximo a los profesores y en alguna ocasión

les teníamos hasta un punto de miedo. ¡Cuánta satisfacción nos producía escuchar el tintineo de las llaves que portaba Paco, el bedel, cuando se acercaba a las aulas para decir que la clase había acabado y era el momento de cambiar a otra! Abría la puerta con extremada educación, asomaba la cabeza y decía “la hora”. El profesor se marchaba para dar entrada al siguiente y así nuestro estado de ánimo mejoraba.

Igual respeto mostrábamos por el material y mobiliario de clase. No se oía nunca una voz, ni ninguna clase de ruido por los pasillos (ya he dicho antes que no había recreo). Se notaba mucho la influencia que ejercían los padres con sus hijos en lo que a educación se refiere. Siempre he entendido que la E de EGB y ESO debe significar Enseñanza y no Educación, ya que esta última ha de recibirse en los hogares y la primera en los centros de estudios.

Las clases no tenían calefacción. Pasábamos mucho frío durante el período invernal. En aquellos años los inviernos eran especialmente duros y en más de una ocasión no podíamos ir a clase a causa de la nieve caída durante la noche anterior. Recuerdo nevadas de medio metro de espesor, con lo que está dicho todo. Los profesores sí disponían de la cercanía de un brasero de cisco, colocado en la tarima de su mesa. Estos braseros los preparaba Agustín, el bedel compañero de Paco, en una habitación situada al final de la galería de la planta baja, con la ayuda de su mujer, que tenía un especial arte para encender este tipo de braseros.

Apenas había exámenes de final de curso, puesto que la mayoría de los profesores calificaban a los alumnos por las notas que de ellos habían obtenido a lo largo del curso. En caso de duda sí se recurría al examen. Es lo que ahora conocemos como “evaluación continua”.

A modo de epílogo sólo me quedan por señalar dos reflexiones relacionadas con el Instituto Santísima Trinidad. La primera es que me siento muy orgulloso de haber permanecido durante varios años como alumno de este Centro de Enseñanza Media, y después, con el paso del tiempo –quién me lo iba a decir– y habiendo desempeñado mi labor pedagógica como Maes-

tro Nacional durante treinta y ocho años, los dos últimos de mi vida profesional impartí clase en el mismo a los alumnos de primer y segundo curso de la Educación Secundaria Obligatoria, pasando en el año 2000 a la situación de jubilado, después de haber dedicado cuarenta años de mi vida a la enseñanza. Y la segunda ha sido comprobar que la labor formativa que tuve la suerte de recibir en mi juventud en este Centro ha tenido su continuidad con la formación académica que mis hijos disfrutaron pasando igualmente por las aulas del Instituto Santísima Trinidad, posibilitándoles con éxito sus posteriores estudios universitarios y, en el caso de dos de ellos, pudiendo ejercer la docencia actualmente en sus aulas.

Con motivo de esta efeméride, he querido dejar constancia de mi gratitud por la inmensa labor pedagógica que esta institución ha realizado a lo largo de muchas décadas, formando a generaciones y generaciones de jóvenes estudiantes, tanto locales como provinciales o incluso –como ocurría en el siglo pasado- de toda la Andalucía Oriental, que presumen de guardar en lo más hondo de su memoria su paso por el Santísima Trinidad.

Baeza y octubre de 2019.

RECUERDOS DE UN ANTIGUO PROFESOR

Francisco Bombín García

PROFESOR DESDE OCTUBRE DE 1967 HASTA SETIEMBRE DE 1974

Cuando en el verano del 67 aprobé las oposiciones al Instituto de Baeza mis conocimientos sobre el mismo se limitaban a que en ese centro Antonio Machado había sido profesor de francés. A decir verdad, tampoco me interesé en averiguar sus orígenes durante mi docencia en Baeza.

La celebración de sus CIENTO CINCUENTA AÑOS me ha llevado a deducir que fue creado sólo 32 años después del primero, el de Palma de Mallorca (enero de 1837), lo que considero un mérito indescriptible y, en cierto sentido asombroso, que una población tan modesta, como lo era Baeza en esa fecha, consiguiera un Instituto. Sabiendo, además, que en aquellos años los institutos aumentaban de forma muy ralentizada (en el curso siguiente –1837-38– solamente se crearon el de Guadalajara y el de Murcia.

En todo caso lo importante, para una enseñanza de calidad, son el alumnado y los profesores. Y ambos se daban de forma sumamente significativa durante mi docencia en Baeza.

Recuerdo a los alumnos como muy estudiosos, sencillos, cercanos, respetuosos y formales. No faltaban, incluso, algunos con una madurez muy de celebrar para esa etapa escolar.

Me gustaría resaltar, de forma especial, a varios de los profesores que consumieron toda su vida en Baeza. Y eso porque, además de beneficiar a la enseñanza y la población, contrasta con la fiebre, sumamente generaliza entre los docentes, de residir en capitales y, si es posible, próximas al lugar de su nacimiento.

En Baeza recaló, finalizada su licenciatura, M.^a Teresa, siempre afable, muy culta, muy comedida... Y lo mismo hizo, también riojano, Rufino pocos años después. No he convivido, a lo largo de mi vida, con una persona tan humana como Rufino.

Asimismo Ángel Nieto dejó, siendo muy joven, su tierra para trabajar infatigablemente en Baeza durante toda su vida. Encantador tanto por su buen humor como por ser muy asequible, propicio incluso a confiar algunas de sus intimidades.

¡Qué decir del profesor de francés José Molina, gran conocedor de los monumentos de Baeza y de los de la Úbeda de sus amores! Era todo un caballero, muy elegante y muy servicial!

También pertenece al grupo de los que han pasado toda su vida en Baeza mi buen amigo entonces, y también ahora, Adelinio Santos. Y allí se fraguó mi amistad con José Luis Martín, que perdura todavía, a pesar de haber pasado tanto tiempo y de vivir a mucha distancia. Me siento honrado así de que los dos hayan sido condecorados con la medalla de oro del Instituto Santísima Trinidad.

Buen compañero y no menos amigo fue también el profesor de Religión y, a su vez, Director del Colegio Menor San Felipe Neri, el cura Párraga. Con él y con un grupo de alumnos de su colegio viajé, como invitado, a Roma, durante unas vacaciones de Semana Santa. Aunque la idea era pernoctar en campings, hubo de todo. En Montpellier, por ejemplo, dormimos en el Seminario de pura suerte, y en Niza en un internado de Salesianos gracias a las diligencias de Párraga. Una vez asegurado el alojamiento decidimos visitar Montecarlo. El autobús tomó una carretera de montaña muy estrecha y con multitud de curvas. En más de una ocasión se temió que el autobús volcara. Después de pasar mucho miedo y no pocos sobresaltos, al recalar en Montecarlo solamente descendió uno para preguntar la vuelta a Niza por una vía fuera de peligro.

En Venecia algunos durmieron en el autobús, otros pasaron la noche deambulando por plazas y calles de la ciudad de la Laguna, y unos pocos descansamos en hotel.

Hasta Florencia no montamos las tiendas. Paseando esa tarde-noche por la ciudad de los Médicis, me extrañó no topar con ningún alumno. El enigma me lo desveló el cura Párraga en el camping de Roma, al recriminar a los alumnos haber ido a ver una película de alto contenido erótico. Tal era su enfado que amenazó con regresar de inmediato a España.

Calmada la tormenta conocimos, gracias a las visitas organizadas por Párraga, numerosos monumentos –incluidas las catacumbas– y se cumplió el objetivo principal del viaje: asistir a la audiencia que el Papa ofrecía los miércoles a los peregrinos.

De vuelta, mientras montábamos las tiendas en un pueblo de Francia, un alumno puso música con tanto disgusto del cura que hizo pedazos al disco. Evitaba así, según me comentó, problemas al pasar la frontera, ya que el disco había sido proporcionado por alguno de los muchos exiliados que pululaban, llegada la noche, por la plaza de España.

Años después Baltasar Garzón confesaba en una entrevista que su primer viaje al extranjero había sido con el Colegio San Felipe Neri. En mi caso no lo era, pero ninguno tan enriquecedor como ése.

Para los habitantes de Baeza, hasta la Ley General de Enseñanza todos los profesores del Instituto eran catedráticos. Al pasar el Bachillerato con esa ley de siete cursos a sólo cuatro, el profesorado, lógicamente, mermaría. Los *interinos* se sintieron afectados y se pusieron en paro con lo que desapareció ese mito. Dado que entre los que no eran catedráticos me encontraba yo, empleaba muchas horas de estudio para ingresar en el cuerpo de catedráticos. El esfuerzo no fue en vano. Y así cuando se cumplían seis años de mi incorporación al Instituto de Baeza como profesor adjunto obtuve plaza de catedrático en un Instituto de Murcia.

Hace unos años la confederación de regantes de Murcia patrocinó la emisión de “El Cascabel” desde la plaza de la Catedral. Me pareció una ocasión óptima para verme con el moderador. No fue posible. Conseguí, no obstante, abordarlo a punto de subir al estrado. Repuesto de la sorpresa de encontrarse, de

forma tan inesperada, con su profesor de latín, intercambiamos sólo unas pocas palabras, muy amables por su parte y sumamente gratificantes para mí, por venir de un profesional de la categoría de Antonio Jiménez, ex-alumno del Instituto Santísima Trinidad de Baeza.

“...CUANDO NO TE VEA”

Miguel Conejero Rodríguez

PROFESOR EN EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD

DURANTE LOS CURSOS 1978/79 Y 1979/80

ASIGNATURA: GEOGRAFÍA E HISTORIA

El azar dispuso que, aprobadas las oposiciones al entonces denominado Cuerpo de Agregados de Bachillerato, me destinaran al Instituto Santísima Trinidad de Baeza donde realicé mis prácticas (curso 1978-1979) y donde me asignaron como destino definitivo para el curso siguiente. Eran tiempos social y políticamente convulsos, en los que lo viejo no acababa de morir ni lo nuevo acababa de nacer, y esa disyuntiva estaba presente en todos los ámbitos y por tanto en la educación. Me sobraba entusiasmo para afrontar mi primera experiencia docente y, además, en un centro donde habían impartido clases dos figuras de primera categoría, cada uno en su campo: Antonio Machado, recién llegado de Soria, que impartía francés y Vicens Vives que desembarcó en Baeza como profesor consecuencia de la política de depuración ideológica del régimen franquista.

La primera impresión del edificio que alberga el Instituto (en otros tiempos Universidad) fue de majestuosidad fuera de lo común para un centro de secundaria; resaltaba especialmente el patio renacentista de inspiración vandelviriiana, el Aula Magna, de una solemnidad equiparable a la de Alcalá de Henares y la Iglesia en esos momentos muy descuidada en cuanto a su mantenimiento. En torno al patio se organizaban parte de las aulas, en una de las cuales impartía docencia Antonio Machado (en aquel tiempo albergaba a 1.º E de BUP) que hoy acertadamente se ha musealizado); llamaba poderosamente la atención el impresionante Laboratorio-Museo de Ciencias Naturales testigo de épocas

pasadas, con un claro sabor decimonónico. En la primera planta se encontraba la Sala de Profesores de no muy amplias proporciones y con la presencia, más que curiosa, de una mesa de camilla para combatir los rigores del invierno baezano que en esta parte antigua del centro se dejaban notar; las vistas desde la misma son impresionantes: Iglesia de Santa Cruz, Palacio de Jabalquinto, Catedral... Llamó también mi atención la sirena utilizada para marcar los cambios de hora con un sonido desproporcionado en intensidad lo que hacía que también sirviera de referencia horaria a esa parte de la ciudad.

La descripción material del histórico edificio la completaba la enjuta figura de Antonio, el conserje, excombatiente de la División Azul, con sus andares lentos, casi fantasmales por aquellos pasillos frecuentemente inundados por la característica niebla baezana; no era extraño llegar al aula y encontrar a Antonio hablándole al alumnado de sus experiencias en el frente ruso durante la Segunda Guerra Mundial; en estos casos, al profesor no le quedaba más remedio que esperar pacientemente a que terminara el relato, por supuesto con el beneplácito de los alumnos/as que a pesar de haber oído las historias mil veces, las utilizaban como pretexto para retrasar algo el comienzo de la clase.

Mi inexperiencia propició que desde el inicio me aproximara a los profesores insignia del centro: Rufino Gonzalo, M.^a Teresa Esteban, Ángel Nieto, Juan Montes... , y especial mención merece, por la cordial acogida que me dispensó, José Molina Hipólito, catedrático de francés (curiosamente igual que Antonio Machado), de figura elegante (siempre con pajarita), profundo conocedor del Arte de Baeza (me regaló dedicadas sus guías de Úbeda y Baeza que conservo con esmero), autor de unas impresionantes actas de las sesiones de claustro de la época, que fue secretario del centro, que en más una ocasión me deleitaba leyéndolas, plagadas de frases latinas y con una corrección sintáctica total; de Pepe Molina, como le llamábamos, aprendí infinidad de aspectos de la historia de Baeza durante los largos paseos que realizábamos aprovechando mis abundantes horas libres y que generalmente terminaban en el Mercantil, alrededor de un café con leche servido con esme-

ro especial por ser profesores del Instituto; esta relación con Pepe Molina me permitió conocer no solamente el inconmensurable arte de Baeza (en aquel tiempo muy abandonado, como norma general), sino también la idiosincrasia de sus habitantes analizada con rigor desde su origen levantino.

Desde aquel entonces hasta el momento de escribir estas notas han transcurrido nada más ni nada menos que 40 años, coincidiendo con el final de mi actividad docente que con tantas ilusiones e inseguridades comenzaba en el Santísima Trinidad. Era imposible que ante la petición de colaboración que se me formuló para la conmemoración del 150 aniversario del Instituto me negara, porque, aunque muy modestamente, me corresponde una mínima parte de esa historia por los dos años que permanecí en el centro y que, al ser los primeros de mi experiencia docente y por vivirlos en el Instituto Santísima Trinidad, me dejaron una profunda huella que siempre he intentado reavivar, bien visitando el Instituto, o bien con mis alumnos/as, o bien con visitas de amigos y familiares, ante los cuales siempre me enorgullezco de haber compartido dos años de mi vida docente entre esos históricos muros que tantas lecciones magistrales de insignes profesores han escuchado a lo largo de siglo y medio.

Cuando abandoné el centro en 1980 con rumbo a mi nuevo destino, sabía que el recuerdo del Santísima Trinidad iba a permanecer vivo en el tiempo, y así ha sido, AUNQUE NO LO VEA.

UN EMBLEMA DE BAEZA

M.^a Dolores Rincón González

CATEDRÁTICA DE FILOLOGÍA LATINA

UNIVERSIDAD DE JAÉN

Sin duda una institución que prevalece sin menoscabo de su prestigio durante 150 años, sin perder el puesto de referente cultural en su localidad, sin verse relevada en sus funciones como ocurre con el Instituto Santísima Trinidad de Baeza, es un orgullo para todos los que un día hemos formado parte de la institución. Es un orgullo y un compromiso para quienes siguen haciéndolo, porque se trata de uno de los emblemas vivos y vitales de Baeza. Mi experiencia como profesora de latín me permitió percibir que su trayectoria de más de un siglo había creado su escuela, su modo de ser profesor, como me los transmitieron algunos de mis compañeros.

Comenzaba a cerrarse el decenio de los años setenta cuando llegué al Instituto de Bachillerato Santísima Trinidad de Baeza. Comenzaba mi andadura como funcionaria del Ministerio de Educación. Era muy joven y aún mantenía frescas las clases de literatura que un machadiano fervoroso me había dado en bachillerato. Por esta razón, el Instituto de Baeza me significaba el contacto directo con D. Antonio Machado. Mis clases de latín las simultaneaba con las evocaciones de Machado, y buscaba su rastro en los archivos del Instituto o asomándome a la serpentina del Guadalquivir desde la Muralla. Y descubrí entonces que a la ciudad y su entorno los envolvía, al anochecer y a primeras horas del día, una gasa de niebla que debió acariciar cada mañana y cada amanecida la nostalgia triste del poeta. Poco hablaba Machado de esto, y para nada mencionaba la belleza de los edificios, de las

calles de este pueblo entre andaluz y manchego. Tuve que descubrir Baeza. Me asomaba al paisaje desde el balcón de la geografía lírica machadiana, pero me volvía al caserío haciendo sonar los empedrados de Baeza al compás que me marcaban mis alumnos aquellas tardes de invierno tan cuajadas de horas lentas. Ellos fueron sin saberlo mis guías. Y sin saberlo, me hicieron baezana a mí, que soy tan enamorada del lugar en donde nací. Baeza ya no fue solo Machado. Baeza eran mis alumnos, con quienes todavía mantengo contacto y de los que podría dar sus nombres y relatar sus anécdotas. Con ellos organizamos un homenaje a Machado y nos lanzamos a recoger materiales, fotos, recortes de prensa... Todavía vivía Doña Reposo, y Antonio Tornero, un machadiano de Baeza, nos reprodujo *gratia et amore*, algunas fotografías para introducirlas en unas vitrinas en lo que ahora es el Aula de Machado, pero que en aquel momento era un improvisado almacén de trastes viejos. Reconozco con gratitud que aquellos alumnos me han proporcionado algunas de las satisfacciones más compensatorias de mi larga vida docente. La historia personal del docente, en su mayor parte, la fraguan los alumnos, y su reconocimiento es la recompensa más apreciada.

De aquellos dos cursos recuerdo a mis compañeros-profesores de los que tanto aprendí: la dignidad del oficio de enseñar que me inculcaron para siempre Rufino, M.^a Teresa, Ángel, Enrique, Ofelia..., el compromiso de unos, el cariño de todos. Yo empezaba prácticamente mi carrera docente y ellos me incorporaban su experiencia. De Luis Diosdado, el director, aprendí la dedicación y la previsión que exige el convencimiento de lo que puede implicar una institución como el Santísima Trinidad en una localidad como entonces era Baeza.

Y no solo los compañeros profesores o mis alumnos, los conserjes, la administrativa, todos se sabían haciendo una tarea importante, porque trabajaban en algo que les era suyo como la mejor manera de ser baezano. Y es que el Santísima Trinidad no se puede entender sin Baeza, porque Baeza proyectó, transfirió en él todo su pasado de Escuelas y Universidad, y esto le imprimía su carácter.

Es mucho lo que debo a este instituto. Después de Baeza vino mi etapa docente en Alemania, y allí, bajo un cielo gris de plomo, yo también soñaba con añoranza caminos de la tarde acariciados por la levedad de la niebla de mi Baeza. Quienes me conocen lo saben, siempre he dicho que una parte de mi corazón ajustó su compás al reloj de la Torre de los Aliatares.

Por todas estas razones, mucho agradezco a quienes me han brindado la oportunidad de participar en este libro que evoca y homenajea a un centro centenario que de una manera tan profunda sentí.

LA EDUCACIÓN FÍSICA EN EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD (1973-74 AL 1985-86)

Carlos J. Morente Rodríguez

PROFESOR DE EDUCACIÓN FÍSICA JUBILADO

En primer lugar, quisiera agradecer al actual Director y Presidente de la Comisión Organizadora del 150 aniversario de la creación del Instituto Santísima Trinidad, la ocasión que me brinda para participar en este evento y exponer mis humildes experiencias como miembro del Claustro, ejerciendo de profesor de Educación Física (asignatura poco valorada en las fechas que ejercí la docencia en ese centro).

Mi llegada a Baeza se produjo en el curso 1972-73, yendo destinado como Maestro instructor de Educación Física Escolar al Colegio Público José Antonio (actual San Juan de la Cruz). Por esas fechas solicité la compatibilidad para impartir clase de Educación Física, como profesor habilitado, en la Enseñanza Media. En ese curso no pude ejercer como tal en el Instituto Santísima Trinidad por no haber ninguna vacante. Fue en el siguiente curso 1973-74, cuando me incorporé al claustro de este centro, hasta el curso 1985-86, en el que, después de haber hecho la licenciatura de Educación Física en el INEF de Madrid, aprobé las oposiciones de Agregado de Enseñanzas Medias y ocupé plaza, sucesivamente, en Úbeda (un año) y definitivamente en el IES Generalife de Granada.

Cuando me incorporé, la penuria de medios era casi absoluta y esto, para un profesor que se inicia en su labor docente, supuso un serio golpe a la euforia y ganas de trabajar. Rápidamente tomé conciencia de los medios de los que disponía el centro y adapté mis clases a las instalaciones y material de que se disponía:

- * Como gimnasio, una pequeña aula ubicada en la planta baja, que en la actualidad está dedicada al AMPA/Tutoría y que se encuentra muy próxima al aula del Poeta Antonio Machado. Este gimnasio contaba únicamente con 8/10 cuerpos de espalderas y, creo recordar, con un potro de saltos, un plinto y un plinto de cajones desvencijados.
- * Algunos balones, casi todos desinflados y pinchados, tanto de fútbol como de balonmano y baloncesto.

Posteriormente utilizamos de gimnasio durante algún tiempo la capilla de la antigua Universidad, la cual carecía de cualquier tipo de equipamiento. Lo habitual era que las clases las impartiéramos en el Campo Municipal de Fútbol, al cual los alumnos tenían que desplazarse en “carrera continua” para realizar “el calentamiento” y que, seguidamente, pudiéramos desarrollar los correspondientes ejercicios programados.

También usábamos para los calentamientos y para la adquisición de fondo, recorridos por el paraje denominado “las murallas”.

En la última etapa, las clases las desarrollábamos en los patios e instalaciones deportivas del Antiguo Seminario Conciliar y Palacio de Jabalquinto, actual sede de la UNIA. En dichas instalaciones contábamos con un pequeño campo de fútbol, una pista de baloncesto y otra de voleibol, cuya red apareció, en alguna ocasión, cortada de parte a parte por debajo de la cinta en la que se inserta el cable para tensarla.

La enseñanza y práctica de la Educación Física estaba, en aquellos momentos, separada por sexos: los chicos tenían “un profesor” y las chicas “una profesora”, de tal manera que, si determinados grupos del mismo nivel (ejemplo 1.º A y 1.º B) eran mixtos para el resto de las asignaturas, para la Educación Física se juntaban los chicos del A y del B para recibir la clase del profesor correspondiente, al igual que las chicas que la recibían de su profesora. No fue hasta el curso 1987-88 cuando las clases de Educación Física también se hicieron mixtas y podían ser impartidas “indistintamente” por un profesor o una profesora.

La propia ciudad de Baeza contaba en aquellos momentos con una infraestructura deportiva muy elemental, tanto en comercios especializados (ninguna tienda en el principio, hasta llegar a tres cuando dejé la ciudad) como en instalaciones y en actividades. Nada que ver con las instalaciones actuales y actividades ofertadas por el Patronato Municipal y algunas entidades privadas. Por nuestra parte, iniciamos con el Instituto la participación en los Juegos Deportivos Escolares con equipos inscritos en Baloncesto, Balonmano, Fútbol y Voleibol, consiguiendo algunos trofeos y, lo más destacado, la participación en la Fase de Sector andaluza de Atletismo Juvenil (nacidos en 1966, 67 y 68), celebrada en Lucena (Córdoba) en representación de la provincia de Jaén.

Para canalizar la afición y propiciar la participación de chicos y chicas fuera del Instituto, fundamos (junto con otros profesores de los colegios de la ciudad) el Club Polideportivo “Biatia”.

En cualquier caso, tanto en las clases como en la realización de las actividades deportivas extraescolares, siempre tratamos de inculcar los valores intrínsecos al DEPORTE con mayúsculas: trabajo, esfuerzo, disciplina, respeto al contrario, saber aceptar la derrota y gestionar la victoria, colaboración máxima con los compañeros de equipo, practicar siempre el juego limpio, usar siempre las normas o reglamento de cada deporte al límite, ...

Granada, 11 de septiembre de 2019

UNA RELACIÓN SINGULAR: INGLATERRA Y FRANCIA EN BAEZA

Sophie Loyer

PROFESORA VOLUNTARIA EN EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD EN ABRIL 2013 / INTERCAMBIO CON EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD ENTRE 2014-2018 (KING ALFRED'S, INGLATERRA)

MI relación con el Instituto Santísima Trinidad no tiene sentido, sin embargo parece completamente lógica.

Empezó cuando vine a Baeza por primera vez con mi abuelo. Tenía 84 años y necesitaba a alguien para ayudarle a andar por las viejas calles de Baeza. Pasamos un día estupendo, admirando el casco histórico y escuchando a nuestro guía, hablando con él de educación, historia y la transmisión del patrimonio cultural. Mi abuelo venía de una familia de granjeros y acabó su carrera como director de un gran instituto francés. Para él la educación era esencial y no pasaba un día sin que hiciera preguntas, leyera y continuara aumentando su propio conocimiento. Me acuerdo que le prometí volver a Baeza y Úbeda para pasar más tiempo descubriendo esas maravillosas ciudades.

Diez años después, tras dejar mi trabajo como profesora de inglés en Francia para mudarme a Inglaterra y trabajar como profesora de francés y español, volví a Baeza en circunstancias muy raras. Estaba de baja por maternidad. Quería pasar tiempo en España para entender mejor el sistema educativo y mejorar mis competencias lingüísticas. Primero tenía que buscar un apartamento. Quería hacer un intercambio de viviendas para que mi inmersión fuese más auténtica. Fue una baezana quien respondió a mi anuncio. Entonces escribí un correo electrónico a todos los institutos de Jaén pidiendo permiso para asistir a clase y ayudar a los profesores en sus clases de inglés o francés para observar

y comparar la vida de los alumnos y docentes españoles con las que conocía en Inglaterra y Francia. El director del IES Santísima Trinidad me respondió y me invitó a venir. Durante más de un mes viví con mi familia en Baeza, disfrutando de la Semana Santa y descubriendo el sistema educativo español.

Pasé unos días inolvidables. El Departamento de Francés me abrió los brazos y así conocí a muchos colegas de idiomas. Me sorprendió la pasión de los profesores para abrir la mente de sus alumnos, quienes tenían problemas similares a los que se pueden encontrar en Francia o Inglaterra. La solidaridad evidente dentro del instituto me revitalizó. El Instituto Santísima Trinidad era un lugar donde se valoraba el conocimiento. Un instituto tal y como todos los institutos deberían ser. Me sentía dentro de un sistema donde los colegas reflexionaban y cuestionaban los programas y leyes por el bienestar de sus alumnos. Un instituto donde la Misión Educativa seguía viva.

Pasó lo que debía pasar. Conocí a una profesora de inglés increíble, y juntas, con el apoyo del director del centro y del equipo directivo, logramos empezar un intercambio de estudiantes. No fue fácil. En una era donde la política no siempre es sinónimo de sentido común, lograr abrir las puertas a adolescentes extranjeros y compartir su vida, sus proyectos y convivir en familia podía ser problemático. Pero queríamos un intercambio auténtico.

Nuestro proyecto funcionó simplemente porque podía confiar en mis colegas, con quienes compartía la misma vocación educativa. Viajar para descubrir, compartir y aprender. Me imagino que cientos de alumnos formaron parte de nuestro pequeño intento de compartir valores, ideas, cultura e identidad. Esos adolescentes volvieron a viajar a Inglaterra o España, mejorando sus competencias lingüísticas, descubriendo el mundo, aumentando su conocimiento y sin quedarse dentro de su zona de confianza. ¡A Baeza bien se sabe que no hay camino!

DE ROMA A BAEZA

Joaquín Cruz Quintás

PROFESOR DE LENGUA Y LITERATURA DEL
INSTITUTO VIRGEN DEL CARMEN DE JAÉN

*A la memoria de Paco Viedma.
Mi amigo.*

*Nadie querría vivir sin amigos, aun estando
en posesión de todos los otros bienes.*

ARISTÓTELES

Desde que en 1953 William Wyller estrenara *Vacaciones en Roma*, comedia romántica de culto, *Via Margutta* se fue erigiendo paulatinamente en un nuevo símbolo cinematográfico de la ciudad eterna. Esta calle de decadencia evocadora, fértil de bellezas de andar por casa, de ocre calcinados por el paso de la Historia y fontanas adosadas a tapias donde florecen los jazmines, es el rincón del Campo de Marte donde Federico Fellini pasó los años más fecundos de su vida. En *Via Margutta* siempre hay una fragancia opulenta de primavera presentida en sus jardines, en sus fachadas mortecinas, en la transparencia luminosa de sus yedras; y las mujeres romanas, carmín y azabache en las pupilas, pasean su prisa laboral y matutina bajo los tendales de barracas con lienzos de pintura y pequeñas obras de anticuario, rescatándonos del tiempo suspendido.

En *Vacaciones en Roma*, Audrey Hepburn encarna a Anna, la princesa de un país indefinido, quien, aprovechando su estancia en la capital italiana por motivos diplomáticos, escapa de las obligaciones de la rutina cortesana y decide, sencillamente, vivir. Una sensación de liberación similar a la que, al obtener nuestra plaza, hemos experimentado todos los opositores tras dedicar al menos un año de nuestra vida a negar esta, y a sustituir la luz solar por la redondez pajiza proyectada por el flexo. Así que, en el verano de 2008, recién aprobadas las oposiciones, yo

me sentía un ser liberado y feliz, paseando de vacaciones por Roma en compañía de mi novia, que poco después decidió dejar de serlo; de modo que hoy es mi mujer. Fue ella la que, meses atrás y en soledad, había ido preparando ese viaje que presentía de celebración, de inicio de ciclo, de proyectos nuevos y reseteo emocional. Y fue precisamente paseando por *Via Margutta*, junto a ella, cuando sonó en mi teléfono un aviso de SMS. Era Emilio Lara, desde Jaén: “Te han dado el Santísima Trinidad de Baeza. Enhorabuena”. Lo leí en voz alta, sin dejar de caminar, y a los pocos minutos estábamos celebrándolo en *Babbette*, entre brindis de *Verdicchio* y *Chardonnay* con pasta al dente.

El Santísima Trinidad de Baeza siempre será *mi* instituto. Solo fueron dos años, pero de tal intensidad que hicieron que germinara en mí un vínculo afectivo inquebrantable. En nuestro instituto sentí culminada mi vocación de ser profesor de Lengua y Literatura, que palpitaba en mí desde la adolescencia temprana. Allí descubrí la excelencia en unos docentes de los que, cada día de trabajo, aprendí nuevos horizontes. Viví el orgullo íntimo (e inconfesable) de debutar en un centro por donde tantos personajes ilustres habían pasado. Disfruté impartiendo clase entre los muros de la universidad más antigua de mi provincia, y los crujidos de las gradas de madera del paraninfo me sonaron a himnos antiguos y latinos, aletargados o enronquecidos. Recibí el cariño de muchos de mis alumnos y, en el día de mi boda en Jaén, escuché sus vítores en la plaza de naranjos mientras me sacudía el arroz de la cabeza. Pero, por encima de todo, el Instituto Santísima Trinidad fue para mí un semillero de amistades.

Platón, en su diálogo *Lisis*, analiza los fundamentos de la amistad y, por boca de Sócrates, afirma que aquella descansa en el amor y se disciplina por la virtud. Nos dice que es imprescindible velar por el bien del que consideramos amigo, y que esta entrega ha de ser recíproca. Su discípulo Aristóteles, en *Ética a Nicómaco*, asegura que la amistad es una virtud, la más necesaria, y también un abrigo sin el que nadie querría vivir: “La presencia de los amigos en la buena fortuna lleva a pasar el tiempo agradablemente y a tener conciencia de que aquellos gozan con nuestro bien. Por eso

debemos invitarlos a nuestras alegrías, porque es noble hacer bien a otros, y rehuir invitarlos a participar en nuestros infortunios, pues los males se deben compartir lo menos posible. Con todo, debemos llamarlos a nuestro lado cuando han de sernos de ayuda, y recíprocamente está bien acudir de buena voluntad a los que pasan alguna adversidad aunque no nos llamen, porque es propio del amigo hacer bien, sobre todo a los que lo necesitan y no lo han pedido, lo cual es para ambos más virtuoso. De todos modos, no es noble estar ansioso de recibir favores, por más que igualmente hemos de evitar ser displicentes por rechazarlos”. Nuestro instituto me regaló la posibilidad de conocer a magníficos portadores de todas estas virtudes. Allí traté con compañeros de diferentes ramas del saber con quienes fui anudando amistades eternas, animados por nuestra devoción por una vida intensa y plena de vocaciones, y que me siguen obsequiando con la doble belleza de la cultura y la bonhomía.

El Santísima Trinidad fue el punto de partida de mi etapa, ahora recién terminada, como baezano adoptivo. Allí llevé a familiares y amigos muchos sábados por la mañana, bajo los arcos de su armónico claustro les expliqué, con entusiasmo de *baezano viejo*, sus bellezas y sus ritmos, y juntos intentamos descifrar sus inscripciones latinas. A él dirigí la mirada cada mañana cuando aparcaba mi coche frente al colegio de mi hijos, e intenté adivinar la silueta de antiguos compañeros tras las banderas del balcón de la sala de profesores, imaginando que llegaría el día en que pudiera regresar, y perderme por sus galerías porticadas camino de la biblioteca y el archivo: la estancia, en cuyas sombras luminosas quise sumergirme tantas veces, que guarda entre sus muros el pergamino de la *Bula Altitudo Divine Providentie*, del Papa Paulo III, firmada en Roma en 1539, por la que se constituyó la Universidad de Baeza.

Fue en Roma. Todo comenzó en Roma.

PROFESORES ACTUALES

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: DOS PILARES BÁSICOS EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Manuel Higuera Quesada

JEFE DE ESTUDIOS

Entendimiento, civilización y progreso son algunos términos que han ido ligados indisolublemente a la historia del ser humano. Incluso antes de que los primeros homínidos empezaran a articular sonidos para configurar poco a poco sistemas de comunicación más complejos, ya se pueden atisbar esos conceptos en nuestra propia evolución como seres pensantes. Esa racionalidad de la que participa el ser humano cobra especial relevancia cuando se utiliza para el compromiso de avanzar sobre lo ya construido, cuando se toma conciencia de la necesidad de que todo importa si con ello se fijan los logros y perfilan las ambiciones. Casi sin darnos cuenta estrechamos relaciones y consolidamos afectos por medio de esos términos a los que aludí al principio y nadie se muestra ajeno –de manera consciente o inconsciente– a que en ellos radica lo que como especie nos distingue de las demás.

No hay ejercicio más genuinamente humano que actuar como eslabón en esa cadena de transmisión de conocimientos y valores. En ella todos somos igualmente necesarios; podemos aportar desde cualquier ámbito nuestro granito de arena en el proceso infinito de la enseñanza y el aprendizaje. Y en ese engranaje diseñado casi de manera natural en grupos tribales, familiares y comunidades de diversa índole, cobran especial relevancia las instituciones que nacieron con esta finalidad, y en las que adquieren pleno sentido las palabras discípulo y maestro. El orden no es casual, puesto que todos hemos sido antes lo uno que lo otro.

Ya los clásicos de nuestra actual cultura occidental teorizaban sobre estos conceptos y, por citar algún ejemplo, podemos aludir a figuras clave en la historia de la psicopedagogía. Me refiero a personajes de la talla de Sócrates o de Platón. Ambos, unidos por un común deseo, tenían muy clara la importancia de la transmisión de conocimientos vía maestro-discípulo. Bien fuera a través de la dialéctica o a través de debates, en los que siguiendo un proceso inductivo el maestro guiaba al discípulo para aprender de forma activa las diferentes disciplinas, se fueron poniendo las bases de instituciones –academias, liceos...– que con el devenir de los siglos se erigieron en baluartes de la educación.

El Instituto Santísima Trinidad de Baeza celebra este curso académico 2019/2020 su centésimo quincuagésimo aniversario como centro en el que se han impartido de forma ininterrumpida estudios de segunda enseñanza desde 1869. Heredero de la Universidad, fundada en 1538 por Bula del Papa Paulo III, este centro educativo ha experimentado a lo largo de su historia numerosas transformaciones, ha recibido distintas denominaciones, por sus aulas han desfilado ilustres profesores y no menos ilustres estudiantes, ha sido testigo de profundas transformaciones sociales y cambios políticos, ha superado negros años de nuestra historia contemporánea y ha sabido también estar a la altura en tiempos de bonanza. La clave hay que encontrarla en su finalidad inmediata: servir como foco irradiador de conocimiento, devolviendo a la sociedad todo lo que ésta le aporta de continuo. Como vemos, un ejemplo más de eslabón actuando en el devenir del tiempo, en un marco geográfico concreto y con unas expectativas que siempre se han visto cumplidas sobradamente.

Asistimos a toda una labor pedagógica que se ha ido desarrollando a lo largo de tantos años de forma callada, siguiendo en cierto modo una de las máximas que coronan su patio renacentista: *ubi humilitas, ibi sapientia* (donde hay humildad, allí está la sabiduría) y teniendo claro que la formación del alumnado es un proceso lento y pausado que necesita, por un lado, la vocación del docente y, por otro, la aquiescencia de los alumnos, en una especie de simbiosis espiritual que se ve culminada cuando estos últi-

mos abandonan su instituto con la certeza de que están preparados para afrontar otros retos, seguir otros caminos, profundizar en conocimientos que de otro modo le hubieran parecido imposibles de alcanzar y poder llegar a convertirse nuevamente en eslabones de la cadena. Los conceptos de enseñanza y educación, en este contexto, se entrelazan y complementan; dejan en cierto modo de exhibir sus difusas diferencias para manifestar lo que las une y complementa, que no es sino la transmisión de conocimientos en el seno de una sociedad con unos valores y normas que la rigen. Una labor sorda, callada, llena de escollos que la misma sociedad se encarga de bendecir cuando desde fuera nos quieren vender ídolos de barro que tienen poco que ver con el progreso.

El Instituto Santísima Trinidad ha conocido numerosos modelos educativos; se han tomado apuntes con pluma o con ordenador personal; los estudiantes habrán asistido a clase con o sin uniforme; los profesores habrán manejado la tiza o la pizarra electrónica; las aulas se habrán calentado con brasero de ascuas o con avanzados sistemas de calefacción, los libros de texto habrán pasado de los monótonos tonos grises a las atractivas composiciones a todo color con profusión de fotografías, mapas y esquemas conceptuales... Pero su esencia ha sido y es hoy la misma: servir de elemento vertebrador para generaciones de estudiantes y, al mismo tiempo, convertirse en referente local, provincial y comarcal de un sistema educativo que transfunde en la sociedad el trabajo realizado en sus aulas.

Sirva esta breve reflexión como reconocimiento a las comunidades educativas, que desde todo tiempo y en todo lugar han tenido como ideario no sólo hacer que no se pierda el legado de nuestros mayores, sino hacer lo posible por acrecentarlo, perfeccionarlo y dotarlo de los suficientes atractivos pedagógicos para que en sus destinatarios nunca se apague la llama de la curiosidad y del saber.

Febrero de 2020

RECUERDOS DESDE EL OLIMPO

Alejandro Valverde García

PROFESOR DE LATÍN

No recuerdo exactamente en qué curso fue, pero un buen día a algún alumno se le ocurrió que el aula en la que se impartían las clases de Latín y Griego, en la planta más alta del Instituto se llamara Olimpo. Desde ese momento el Departamento –mal llamado “de Cultura Clásica”– quedó inmortalizado con ese nombre y el alumnado de Humanidades ascendió a la categoría de héroes y de dioses.

En nuestro empeño por mejorar nuestras instalaciones, así como la renovación metodológica y la dinamización de actividades que aumentasen la motivación de nuestro alumnado y que abriese el horizonte de nuestro Instituto a otras organizaciones educativas nacionales e internacionales, desde el año 2008, codo a codo con el equipo directivo de aquel momento, y con la inestimable ayuda del entonces director, Salvador García Ramírez, se trabajó sin descanso en la habilitación de un nuevo espacio que resultase adecuado para acoger a los nuevos grupos que se iban matriculando en nuestras asignaturas, procurando siempre que viesan su aula de trabajo como una segunda casa. De hecho, parte de la decoración del aula y la distribución de las mesas y las sillas en círculo partieron de iniciativas de los propios alumnos. Además, al tratarse de un Instituto con tantos años de vida, se hizo imprescindible en 2018 la catalogación de unos fondos bibliográficos de incalculable valor histórico, tarea ésta en la que el propio alumnado de Bachillerato intervino con mucho interés.

Quizá por el hecho de que nos consideramos, en cierto sentido, los herederos espirituales de la Antigua Universidad de Baeza, hemos luchado porque no cayeran en el olvido ni la herencia de San Juan de Ávila¹ ni tampoco los nombres de todos aquellos profesores que, durante más de cien años, impartieron en nuestro Instituto las Lenguas Clásicas. Gracias a un pequeño trabajo de investigación que pudimos realizar el año 2011², descubrimos que por nuestras aulas habían pasado filólogos de la talla de José Manuel Pabón Suárez de Urbina³, a quien Miguel de Unamuno reclamó para llevárselo a la Universidad de Salamanca, o el humanista Antonio Montilla y Ramón⁴, que antes de dar clases de Latín y de Geografía e Historia primero había sido alumno de nuestro Centro. A ambos les dedicamos sendos homenajes durante la celebración del Abril Cultural de los años 2012 y 2019, contando con familiares de los ilustres profesores, Carmen Teresa Pabón de Acuña, hija del primero, y Victoria Monserrat Gago, bisnieta del segundo.

Pero a la tradición que pesa sobre la historia de nuestro Instituto se une, en igual medida, la modernidad, de forma que las



Trabajos de catalogación en el Departamento.

nuevas tecnologías han entrado de lleno en nuestra metodología y el acercamiento a los antiguos textos homéricos se realiza hoy de forma digital, enriqueciendo los contenidos mor-

¹ Valverde García, A., “Theotokos: el Misterio de la Madre de Dios en nuestras aulas”, *Ecclesia* 3551 (1 enero 2011), 36.

² Valverde García, A., “Magister dixit”: *el Profesorado de Lenguas Clásicas del Instituto Santísima Trinidad de Baeza*, Baeza, Instituto Santísima Trinidad, 2012.

³ Valverde García, A., “José Manuel Pabón de Urbina y Baeza, otro encuentro imprescindible”, *Baeza actualidad*, Mayo 2012, 16-17.

⁴ Monserrat Gago, V., *Antonio Montilla y Ramón. Poeta y latinista*, Madrid, Ayto. Arjonilla – Instituto Santísima Trinidad, 2019.



Las Musas.

fosintácticos y la traducción de los inmortales clásicos grecolatinos con adaptaciones cinematográficas⁵ e incluso con la representación de obras clásicas realizadas por el propio alumnado. En este sentido, además de coordinar el Concurso de Teatro Grecolatino “Catarsis”, en colaboración con la Universidad de Jaén, en el que participan institutos de Secundaria de toda la provincia, nuestros alumnos han participado en estos últimos años en concursos de vídeos escolares para dar a conocer la obra de autores antiguos como Aristófanes o Herodas, resultando ganadores en el III Certamen Hermes de 2016, organizado por la Asociación Prósopon de Sagunto y CulturaClásica.com⁶, y en el Concurso Internacional “Agón Armonías” de 2018, donde interpretaban una canción en griego inspirada en un texto del filósofo Aristóteles⁷.

Los alumnos son los verdaderos protagonistas en esta odisea nuestra de la educación. Ellos dan sentido a nuestros esfuerzos y nos contagian su alegría y sus ganas por aprender. En su día algunos decidieron que no se podían contentar con estudiar la cultura griega con tantos kilómetros de separación y, de su empeño por conocer Atenas y sus alrededores, surgieron

⁵ Valverde García, “De Hesíodo a Kazantzakis: desarrollo de la competencia comunicativa en lengua griega a través del cine”, *Thamyris n. s.*,8 (2017), 79-90.

⁶ *Andalucía Educativa*, 22 de abril de 2016.

⁷ <https://tironiana.wordpress.com/tag/ies-santisima-trinidad-de-baeza/>

dos apasionantes viajes a Grecia, aunque no menos interesantes resultaron los viajes de estudio a Cástulo, Itálica o Mérida en los que nos vimos inmersos en la romanización de la Bética. Son ellos los que piden que se les enseñe el griego moderno como complemento a sus lecciones de griego clásico y algunos terminan como becarios o incluso trabajando en suelo helénico. Gracias a la colaboración y al apoyo de las Embajadas de Grecia y Chipre en Madrid, al Centro de Estudios Neogriegos de Granada, a la Sociedad Española de Estudios Clásicos y a otras muchas instituciones a lo largo de estos últimos años hemos realizado homenajes al poeta Cavafis, al novelista Nikos Kazantzakis, al compositor Manos Hadzidakis, a la actriz Melina Mercuri y a los directores de cine Michael Cacoyannis y Yorgos Lanthimos. Se han organizado conciertos de música griega, recreaciones de juegos de gladiadores, exposiciones, conferencias, concursos, juegos mitológicos para 1.º de ESO y obras de teatro. Y todo esto por y para el alumnado.

Alguna vez les he oído quejarse de que sus compañeros los menosprecian cuando los ven disfrazados de personajes mitológicos, bailando danzas griegas o preparando platos típicos helénicos, como si nunca trabajaran en serio, pero su expediente y las calificaciones que obtienen en las pruebas de Selectividad hablan por sí solas. Y es que, al final de nuestro viaje, cada curso escolar conseguimos llegar a Ítaca algo más sabios.



Viaje a Grecia.

IMPRESIONES INFANTILES DEL INSTITUTO

Ginesa López Gallego

ALUMNA DEL I.E.S. SANTÍSIMA TRINIDAD DESDE EL CURSO 1989/1990

HASTA EL CURSO 1992/1993

PROFESORA DE BIOLOGÍA Y GEOLOGÍA EN EL I.E.S. SANTÍSIMA TRINIDAD

DESDE EL CURSO 2010/2011

Cuando se me presentó la oportunidad hace unos meses de escribir unas líneas sobre el Instituto Santísima Trinidad en su 150 aniversario, dudé entre orientarlo hacia mi experiencia como docente del centro o como alumna en él. Sin embargo, al pensar en el Instituto me surgían los recuerdos de la niñez, por eso, me he decantado finalmente por esta última opción. Imagino que cualquier baezano o baezana ha experimentado algo muy parecido a lo que intento pobrementemente redactar en el siguiente relato.

Las luces encendidas en casa, mañana temprana, porque apenas se vislumbraba la claridad en las calles. Una espesa niebla se veía, desde la ventana con el cristal roto que tenía el balcón de casa, al mirar la Fuente de la Estrella.

–Venga, bebeos la leche que vais a llegar tarde.

Un beso de mi madre en la mejilla y la mano fina y alargada de mi hermano mayor cogía mi pequeña y regordeta manecilla, que apenas conseguía sobresalir del abrigo grande, que mi madre siempre me compraba cuando llegaban las lluvias del otoño.

Bajábamos las escaleras de casa y salíamos a los Portales Tundidores. Cruzábamos el paseo con la niebla alrededor, que mojaba nuestras caras y casi calaba nuestras ropas. Atravesábamos el paseo en diagonal para aliviar y, mientras andábamos, yo me entretenía mirando mi falda de tablas azul marino con líneas grises que dibujaban cuadros, al golpear ligeramente mis rodillas de forma rítmica a cada paso.

Frente a nosotros, el Bar Romualdo esquinaba nuestra subida por la Cuesta de las Escuelas. El suelo mojado, de aspecto resbaladizo con groseros adoquines pulidos por el paso de los años. Y al subir la mirada, aparecía ese edificio alto de piedra caliza cuyas puertas estaban guardadas por cancelas de hierro fundido. Entre junta y junta de sillares aparecía el verde musgo, de hojas minúsculas. El coche de reparto de las gaseosas Lozano aparcado junto a las escaleras. Yo me soltaba de la mano de mi hermano y subía y bajaba los escalones que daban acceso a la verja. La torre de la capilla de San Juan Evangelista emergía decadente, triste, borrosa entre la niebla que apenas dejaba ver los huecos de la torre.

—¡Vamos nena!

Mi hermano seguía andando, pero me esperaba en el arco. Y al agarrarme de nuevo a la mano, atravesábamos el Arco de las Escuelas. Justo en ese instante, un viento helado dirigido hacia nosotros golpeaba nuestras caras, de lleno, sin posibilidad de escapatoria.

Aparecía ante nosotros un inmenso edificio de sillares húmedos, líneas rectas y puertas altas. ¡Qué larga la calle! En mitad de la acera, las escaleras de acceso a la capilla. El primer escalón, el más alto. A el que me subía, pero mi hermano ya no me soltaba la mano. Ni subida al escalón era más alta que él. Frente a nosotros un letrero metálico, pintado en negro con las letras en blanco decía, Bar el Estudiante. Y al final del escalón, un pequeño salto. La puerta de la capilla quedaba tras nosotros.

Delante otros muchachos guiaban nuestro camino. Charlaban poco, iban como dormidos. Yo miraba hacia arriba al llegar a la puerta, ¡qué grande el Instituto! El abrigo se abría un poco y el aire penetraba en mi cuello. Frío, frío de mañana de invierno. Los estudiantes entraban en la primera de las puertas de acceso al Instituto. Las dos hojas abiertas dejaban ver un patio enmarcado por columnas con el suelo sembrado de chinias.

Nosotros seguíamos andando, yo ensimismada mirando hacia arriba a una enorme fachada con grandes letras pintadas en tonos rojos. Intentaba leer las letras, pero no podía leerlas,

faltaban vocales, faltaban letras. Frente a ellas, otra fachada alta y desgarbada impedía que la niebla pudiera retirarse, con grandes ventanas simétricas y persianas verdes de lamas deterioradas, abandonadas. Al frente, una ventana, redonda como un ojo, parecía observarnos.

Una profesora llegaba a la puerta del Instituto en la Plaza de Santa Cruz. Era una señora mayor, bajita y con gafas, con vestido de dibujos simétricos y chaquetón. Entraba, no sin esfuerzo, por un gran escalón que delimitaba la entrada.

Mi hermano se quedaba en la puerta.

—Venga, vete al cole, que te miro.

Frente a mí, la plaza de Santa Cruz, con su Iglesia y el palacio Jabalquinto rodeados por la niebla. Siempre la niebla del invierno. Siempre la niebla de Baeza. Y un poco más arriba, mi cole.

Yo soltaba la mano segura de mi hermano para seguir sola hasta el colegio. Pero antes de subir la cuesta de San Felipe, desde la misma puerta con el escalón alto, volvía la mirada hacia el camino recorrido. ¡Qué larga la calle! ¡Y qué grande el Instituto!

ANTIGUOS ALUMNOS

EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DE BAEZA EN AÑOS DE PLENITUD (1958-1965)

Dámaso Chicharro Chamorro

UNIVERSIDAD DE JAÉN

Cuando los alumnos de mi curso entramos en el Instituto, octubre de 1958, ya llevaba yo dos años dentro, valga la paradoja, por la sencilla razón de que había cursado el ingreso de bachillerato en la Escuela Preparatoria, que estaba entonces dentro del Instituto, en lugar privilegiado (primera puerta del gran patio renacentista, entrando a mano izquierda). En esos dos cursos tuve ocasión de acostumbrarme, casi sin querer y por supuesto sin saber, a las “obligaciones inexcusables” del centro de entonces; es decir, a cantar el “Cara al sol” brazo en alto, exactamente a las 8.30 de la mañana, bajo la atenta mirada de Don Herminio Recacha y Don Ernesto Alcázar, siempre ineludible comienzo de las actividades de todos los días sin excepción. Lo de mi estancia en la Preparatoria durante dos cursos completos tiene una explicación coherente. No se debió a mi particular inepticia o a la saña de los dos profesores que disfruté (Don Francisco Muñoz Ardo y Don José Garrido Arroquia, Paco Ardo y Pepín Arroquia para todos) sino a la dureza de la legislación vigente (no transgredible bajo ninguna excusa) según la cual un alumno, aunque supiese más que el profesor, que no era el caso, no se podía examinar de ingreso hasta que no tenía diez años o los cumpliera dentro del año natural. Como yo los cumplía el 30 de diciembre de 1958 y ya tenía nivel para lo que se exigía en ingreso, tuve que permanecer dos años allí, y con suerte, porque si los llego a cumplir el 1 de enero hubiera tenido que permanecer en la Preparatoria durante tres cursos cantando el “Cara al sol” y haciendo cuentas

de dividir, además de batir un dudoso récord de permanencia a tan corta edad.

Claro que tan larga estancia me permitió atesorar un bagaje cultural nada desdeñable (visto desde hoy) para un niño de nueve años, más que suficiente para estar durante 1.º e incluso parte de 2.º tocándome la nariz en algunas asignaturas, además de conocer al dedillo los reyes godos, los profetas de Israel, los grandes ríos de España, con sus correspondientes afluentes, y otras minucias que no hacen al caso. Mejor fue que esta formación básica y la abundancia de lecturas contra el aburrimiento me permitieron aprender de memoria (como entonces se hacía) bastantes poemas de Rubén Darío, Espronceda, “El pastor poeta” y no sé cuántos más, los cuales permanecen de modo imborrable en mi cabeza probablemente hasta el día de mi muerte. Aquella prolongada estadía me permitió también obtener la “matrícula de honor”, discutida en “reñido examen” entre los tres alumnos de mayor nivel, lo que me propició aparecer como “justo vencedor” en el periódico JAÉN, ya con nueve añitos, para deleite de mis padres y familiares en general, que vieron mi nombre por vez primera en letra impresa.

A partir de octubre de ese 1958 tuvimos la suerte de contar con un plantel de profesores de altísimo nivel, entre los cuales destacaba con mucho “La Directora” del centro, María Encarnación Álvarez Giménez, mujer de amplísima cultura, capacidad, vocación y dedicación que merece un pertinente excursus. Pero acaso importe referir primero algo de los grandes profesores que ya se habían jubilado o habían marchado de Baeza, pero cuyo recuerdo permanecía vivo y llegaba hasta los alumnos. Era el caso del alicantino Don Francisco Escolano Gómez (1901-1962). Destaca su labor como crítico de arte, investigador y erudito local giennense. Muchos de sus trabajos vieron la luz precisamente en el *Boletín del Instituto de Estudio Giennenses*, autor de un recordado trabajo, tal vez el primero de cierta enjundia sobre asunto luego tan repetido (*Antonio Machado en Baeza*). Pergeñó también un excelente estudio sobre las *Tablas sevillanas en San Andrés de Baeza* (Madrid, 1944), *La iglesia de San Andrés de Baeza* (Granada, 1944) y una no menor *Aportación al estudio de la Santa Iglesia catedral de*

Baeza y, aún más, fue el primero que se interesó seriamente por nuestra institución universitaria en sus *Documentos y noticias para la historia de la Universidad de Baeza*, que vio la luz en Madrid pocos años antes de su estancia en nuestro Instituto (1945). También se ocupó del púlpito y la custodia de nuestra catedral; o sea, enfocó bastantes temas baezanos de primer nivel. Como lírico lo fue de tono menor, aunque nada desdeñable tampoco.

También oíamos hablar del catedrático de Lengua y Literatura Don José Manuel Camacho Padilla, que llegó a Baeza tras haber desempeñado su cátedra en varios centros. Luego se trasladó a Córdoba, su tierra, donde murió años después, tras una jubilación tan fructífera, que le permitió ser nombrado académico de la Real de su ciudad natal; hombre amable, de fino humor, siempre contó con la estima de sus compañeros. Fue autor de un famoso *Manual de literatura*, con el profesor Blecua, y organizador de la *Semana cervantina de 1947*, que constituyó un verdadero éxito para el Instituto. Fue poeta de alto vuelo en la lírica popular, como demuestra su conocido *Cancionerillo de Baeza*, y en la poesía religiosa de posguerra y autor de un excelente soneto a la Custodia de nuestra ciudad, dedicado a otro ilustre profesor que tuvimos la suerte de disfrutar, Don José María Muñoz Martínez, que comienza: “Maravilla de sol y arquitectura,/ triunfo de luz, alcázar de consuelo;/ brillante sueño del azul del cielo/ que funde en filigrana su estructura.”

También había pasado por el Instituto –y aún se recordaba por aquellos años– el gran historiador Don Jaime Vicéns Vives, que ejerció en Baeza un fecundo magisterio (por ejemplo, sobre Paco Ruiz Jurado, que lo consideraba su auténtico maestro). Murió en Lyon en 1960. Aquí fue catedrático entre 1942 y 1947, y acabó en Barcelona como figura señera entre los historiadores de talla. Tampoco podemos olvidar entre los grandes de verdad al profesor Don Jesús Pabón, catedrático de griego durante muchos años, autor de numerosos libros de su especialidad, entre ellos una maravillosa traducción de la *Odisea* en métrica cuantitativa, o su conocidísimo *Diccionario*, que todos los estudiantes de griego hemos manejado alguna vez.

Habría que citar también –y en lugar preferente– a Don Samuel Gili Gaya (cuyos apellidos por cierto vienen mal escritos en bastantes documentos relacionados con el Instituto de Baeza, en los que aparece erradamente como Gil y Gaya). También fue aquí catedrático, cosa muy poco sabida (al menos poco citado como merece, pues pasa por ser uno de los grandes filólogos españoles de todos los tiempos); fue autor del famoso *Curso Superior de Sintaxis Española*. Permaneció en Baeza la década de los cuarenta y parte de los cincuenta. Su libro epónimo, probablemente la mejor sintaxis española del siglo XX, fue “libro de texto y cabecera” de todos los filólogos que estudiamos en la universidad durante la segunda mitad del siglo XX. Fue una primera figura de la filología y con todo merecimiento miembro de la *Real Academia Española de la Lengua*. Pues bien, este insigne maestro, fue gran colaborador del padre de la filología, Menéndez Pidal, en el *Centro de Estudios Históricos*, en el *Seminario de lexicografía* de la Academia, y permanecía en el recuerdo de muchos profesores y algunos alumnos cuando nosotros entramos en el Instituto. Murió en Madrid en 1976.

Respecto a la primera gran profesora que tuvimos nosotros lo fue desde primero de bachillerato (la precitada María Encarnación Álvarez). Habría que comentar que se trata de una de las grandes figuras de la nutrida historia del brillante profesorado de este centro, porque logró reunir las calidades personales, científicas, administrativas y de gestión que todo gran catedrático debe poseer. Puso por obra la misión de agrandar y mejorar el Instituto durante muchos años. Fue conocida de manera epónima como “La Directora”, aunque ella simplemente quería que la llamáramos “Encarnita” o “señorita” (jamás “señora”). Tuve la suerte de disfrutarla como profesora en 1.º y 2.º de bachillerato, en Geografía, y luego en 4.º como profesora de Historia, antes de la temida reválida. Recuerdo muy bien su enorme dedicación a los alumnos, con qué facilidad transmitía sus conocimientos, que permanecen en nosotros para siempre. Nos “asentaba”, con el mayor rigor pero sin especial cuidado aparente, todas las comarcas de las cincuenta y una provincias españolas de entonces. Aún recuerdo las de León (Bierzo, Maragatería, Babia, Laciana y la Ribera del Esla); con la

mayor normalidad del mundo podemos evocar todos los ríos de España (mayores y menores) con sus respectivos afluentes, sin faltar, por pequeños que fueran, los de cualquier vertiente (la mediterránea, Júcar, Turia y Segura, además de los catalanes Ter, Prat y Llobregat), los tan “cortos y caudalosos” de la cantábrica, etc. etc. Pero, sobre todo, los conceptos que nos inculcó para siempre: la diferencia entre “Reconquista y Repoblación”, la importancia de la cronología, que nos permitía saber desde niños y sin ningún esfuerzo, que Baeza, conquistada en 1227, lo fue casi tres siglos antes que Granada y que, si no entendíamos esto, nunca sabríamos Historia, y otras precisiones que muchos universitarios de hoy son incapaces de conocer (y lo dice un catedrático de universidad con conocimiento de causa después de cuarenta y siete años de dedicación a la enseñanza oficial).

Recuerdo también algunas anécdotas que no me resisto a relatar. Como casi todas las profesoras del Instituto de entonces, la “señorita Encarnita” estaba “ardiente y perdidamente” enamorada de Don Rufino Gonzalo, inteligente, joven y apuesto profesor de matemáticas, norteño, biemparlante, jovial y dicharachero como pocos. En la competencia y rivalidad última por su “ansiada mano” quedaron dos finalistas: “La Directora” y María Teresa Esteban, “La Literata”. Nosotros, los alumnos de primer curso en 1958, entramos justo cuando aquella sonada rivalidad puntera estaba en su momento álgido y asistimos en directo a la “resolución”. Don Rufino, que nos impartía clases de matemáticas a los de primero a la hora inicial (las 9 de la mañana) cuando terminaba su explicación, borraba la pizarra a toda prisa y pausada y solemnemente escribía con letra muy cuidada: “Rufino quiere a Teresa”. Ni que decir tiene que Teresa, que entraba a explicar Lengua y Literatura a la hora siguiente, con fingida pero bien disimulada indignación, nos conminaba de forma casi violenta, con los ojos encendidos en rojo: “¿Quién ha escrito eso? Borradlo inmediatamente”. Todos callados mirábamos para otra parte o silbábamos con disimulo, conscientes como éramos de que ella bien lo sabía y nosotros también. Aquella sonada competencia, no tan “*in partibus*”, concluyó con el “brillante y sonoro” triunfo de Teresa, que se llevó el gato al agua, se casó con Rufino y vivieron muchos años de feliz matri-

monio en Baeza, hasta su jubilación. A ellos me unió, ya muchos años después, una cordialísima amistad que se prolongó hasta su muerte.

Pero aquel sonado triunfo tuvo una poco imaginable entonces y nada feliz consecuencia. Encarnita, “La Directora”, duramente despechada y desconsolada, solicitó y obtuvo inmediato traslado al recién creado Instituto de Úbeda, incluso con funciones técnicas y directivas para ponerlo definitivamente en marcha, con la sonora protesta de todas las “fuerzas vivas”, como se decía entonces, de Baeza, que no se resignaban a que su instituto, uno de los mejores de España, perdiera “por despecho” a una de las mejores profesoras de toda su historia, que incluso había redactado aquí, con materiales del centro, un brillante estudio, que presentó como tesis doctoral con aplauso unánime y máxima calificación, sobre *La Universidad de Baeza y su tiempo*, que publicó muy pronto el Instituto de Estudios Giennenses, en 1953, y que sigue siendo para los estudiosos de asuntos baezanos obra de obligada consulta y referencia inexcusable.

Pero a esta triste anécdota para ella se sumó otra muy feliz mía. Cuando obtuve la Cátedra de Literatura del Rey Pastor de Madrid me la encontré casualmente en una reunión de la Asociación de Doctores Catedráticos en aquellos convulsos años, tras la muerte de Franco. No puedo precisar la fecha, pero debió de ser en 1976 ó 1977, en una de aquellas malhadadas reformas de la Ley General de Educación. Nos reconocimos de inmediato y nos dimos uno de los abrazos más sentidos que recuerdo en mi ya larga vida, que hizo aflorar en ambos gozosas lágrimas. Después no la volví a ver. Acaso muriera en Madrid, pues ella era castellana y de lo que cuento hace más de cuarenta años.

Si he comenzado por la primera gran profesora que dejó en mí huella indeleble, debería continuar por el gran broche áureo, el último gran profesor que tuve aquí y que tal vez sea el mejor que haya pasado por nuestro Instituto. Se llamaba Miguel Avilés Fernández y llegó a Baeza exactamente en 1964, comisionado para apaciguar las revueltas aguas que de vez en cuando se removían en el Colegio femenino de El Alcázar, donde residían

alumnas dependientes del Ministerio de Justicia, al cuidado de las monjas, protegidas por un consiliario de confianza episcopal. Ese fue Miguel Avilés, que al propio tiempo impartía clases de Religión en el Instituto. Era el curso 64-65, nuestro preuniversitario. Nada más llegar se desahogó con un poema sobre la realidad baezana de entonces, la cual presentaba como una frustrante y nada feliz “canción de tumba para salmodiarla en Baeza, en aquella curva del camino donde se comienza a descender para Andalucía desde el norte horizontal de las Castillas”. Los versos que dedica a Baeza son de una dureza extrema, pues aparece a sus ojos como la “ciudad vestida de harapos de piedra/, la que pide limosnas de vida/ sentada en los quicios/ de oscuras iglesias”. Nada machadiano precisamente. Por cierto que yo mismo concluí muchos años después y a sus instancias el durísimo poema.

Miguel era, pues, un joven sacerdote, vestido con lucida sotana, de apenas treinta años, de una vitalidad y capacidad fuera de lo común. A nosotros, alumnos ya de Preuniversitario, como digo, nos impartía una interesantísima *Doctrina social de la iglesia*, que nos abría a mundos y espacios jamás hollados, que nos permitían familiarizarnos con los teóricos utópicos como Thomas Hobbes (el que decía que la primera y fundamental ley de la naturaleza es buscar la paz) o Bentham (el que pretendía que la sociedad evolucionara para conseguir la felicidad de todos sus miembros) o con Freud. Cómo sería su capacidad intelectual que, tras un año en Roma estudiando historia (de Teología ya sabía bastante, como le dijo al Obispo), se presentó a cátedra de universidad sin padrino y obtuvo la primera cátedra de Historia de la incipiente Universidad de Cantabria. Luego pasó a Córdoba y, finalmente, a la UNED en su Sede Central. Allí fue comisionado para apaciguar las aguas del centro asociado “Andrés de Vandelvira” en nuestra tierra. Años después, le sorprendió aquí entre Úbeda y Baeza su trágica muerte, en un estúpido accidente de automóvil, cuando celebrábamos el IV centenario de San Juan de la Cruz, en 1991. Venía hacia Baeza cuando un joven de la Academia de la Guardia Civil se empotró en su coche, falleciendo en el acto junto con su mujer, María Palacios Alcalde. Apenas tenía cincuenta años.

Sus alumnos recordamos su enorme capacidad creativa. A él debemos lecturas impensables para estudiantes de bachillerato, viajes a Cástulo cuando nadie por aquí sabía dónde estaba, charlas interminables fuera de clase, que nos hicieron entender, si así puede decirse, algo de nuestro destino y una formación que nos marcó para siempre. Sus estudios sobre *La Sinapia (una utopía española del siglo XVIII)* son todavía de lectura obligada para los especialistas, o los referidos a las *Nuevas Poblaciones de Sierra Morena*. También están vigentes otros trabajos suyos sobre *La Inquisición en Jaén de 1526 y 1834* o *Los alumbrados en Andalucía* o *La Inquisición en la España borbónica (1700-1808)* y tantos y tantos más. Aunque sólo estuvo en Baeza un curso, tanto sus compañeros como los alumnos de entonces lo recordamos cuando nos vemos. Tenemos que hablar de Miguel Avilés. Sirvan estas líneas de más que merecido homenaje.

Pero en el largo paréntesis que va de María Encarnación Álvarez a Miguel Avilés hubo decenas de profesores de primer nivel, que dieron prestigio al Instituto y de cuya labor fui testigo directo. En apretada síntesis me permitiré recordar a unos cuantos, mínimamente en principio, realizando como digo una frustrante síntesis, incompleta e injusta, pues todos no caben aquí y el anecdótico que ahora mismo se despierta en mi mente sería prolijo de reseñar. Por eso fijaré mi atención en unos pocos, por orden alfabético para mayor asepsia. Comienzo por *Don José de Bonilla*, profesor de filosofía y de francés, hombre competente y ecuánime. Cuando lo conocí ya era una persona mayor, al final de su carrera administrativa, cansado aunque muy afable, buen conversador, nos enseñó el poco francés que entonces se estudiaba en el bachillerato. Sigo con *María Teresa Esteban Garrido* (“*La Literata*”), durísima profesora de Literatura, competente como pocas en su materia, que tenía la virtud de asustarnos con el rigor cuasi inquisitorial de sus preguntas, que más de una vez concluía con la inoportuna micción del alumno o el inesperado mareo provocado por la ansiedad. No exagero nada, pues fui sujeto paciente de una de estas circunstancias. Luego, en el trato directo, era una excelente persona, afable y atractiva, de singular encanto en su amena conversación. Pero nos hizo pasar miedo a todos los alumnos sin excepción, a los buenos y a los malos.

Citaré también a *Don Antonio Fuentes Nuño*, sacerdote, muy competente en su materia. Aún recordamos sus alumnos de 1.º los nombres de las doce tribus de Israel (Rubén, Simeón, Leví, Judá...), la serie completa de los profetas menores (Joel, Abdías, Miqueas...) o la cronología exacta del Antiguo Testamento. Teníamos entonces entre nueve y diez años, pero él lo explicaba todo con una claridad y un rigor incuestionables, pese a la apariencia de cuento elemental. También recuerdo al citado *Rufino Gonzalo Romanos*, un profesor de matemáticas de la vieja escuela, clarísimo en sus explicaciones, cordial y afable, aunque muy duro a la hora de calificar. Era el objeto de admiración de alumnas y compañeras. Algo tendría.

Evoco en esta apretada síntesis a *Doña Carmen Jiménez Martínez*, excelente profesora de Literatura, aunque de carácter antitético a María Teresa Esteban. Era en clase la suavidad personificada y la exquisitez retórica, con una voz suave y meliflua, convincente y cortés, que ilustraba y adormecía al propio tiempo, de exquisito trato con los alumnos. Nada digamos de su marido, *Don Antonio Leal Sánchez*, competéntísimo catedrático de dibujo. Mayor espacio requiere *Don José Molina Hipólito*, polifacético personaje, cuya mínima referencia daría para un libro entero. Hombre de finísimo y recalcitrante humor en clase, que lo mismo designaba a un alumno como “bárbaro de Vilches” que repartía caramelos (entonces) para evitar las inoportunas o forzadas toses en clase de idioma; era muy competente en historia del arte, hasta el punto de pergeñar una gran *Guía artística y monumental de Baeza*, con gran visión de futuro, cuando aún no se soñaba con los avances del turismo posterior. Todavía se sigue manejando con fruto. En cambio su francés –según decían algunos compañeros– solo valía para “andar por casa” pero poco más. Su ingenio, su cumplida retórica y su simpatía, rebosantes.

No puedo olvidar en este sucinto repaso a *Don Juan Montes Concha*, cariñoso, respetuoso, cachazudo y excelente profesor de matemáticas. Como tampoco a *Don José María Muñoz Martínez*, para todos “Don José el cura”, vicedirector del centro durante muchos años, arcipreste de Baeza y quisquilloso con las notas hasta

el extremo de poner “seis con nueve” por no dar el notable. Un compañero, catedrático de universidad y ejemplo de moderación, me comentaba no hace mucho que fue el profesor más meticuloso que tuvo en toda su vida académica y que aún leía con dolor el 8.4 que le asestó por no ponerle el Sobresaliente que creía merecer. Hoy no se repara en estas “minucias”.

Algo deberé decir de *Don Ángel Nieto Muriano*, prototipo del buen profesor a la antigua usanza, exigente pero cumplidor. De él conservo una anécdota personal curiosa. Debían de haberle hablado “maravillas” de mí como alumno brillante y con futuro, de manera que el primer día de clase me sacó a la palestra y me preguntó la lección. Yo, que había estudiado más bien poco ese día, me defendí con astucia lo mejor que pude, pero sin duda defraudé las grandes expectativas que tenía puestas en mi persona, mientras que le oí por bajini rezongar el siguiente comentario: “Joer, bien, pero no es para tanto”. Menos mal que me aprobó.

También recuerdo con cariño a *Don Manuel Oteros Gutiérrez*, excelente orador, competente sacerdote y buen docente, pero sobre todo gran bebedor, que mejor se entonaba en clase cuando nos cogía después de comer en tardes de primavera y había “ligado”. Daba gusto entonces oírlo explicar. Y, por fin, de *Don Francisco Ruiz Jurado*. Aunque nacido en Marcha Real se considera baezano de pro. Fue catedrático de historia en Baeza bastantes años, hasta que lo nombraron comisario director para poner en marcha el instituto de Andújar, tarea que llevó a cabo con tal éxito, que lo nombraron hijo predilecto de la ciudad. Tuve la suerte de encontrarlo muchos años después en el Instituto Santa Catalina de Jaén, donde trabajamos indeleble amistad, que nos une para siempre. Aún lo veo con sus ciento tres años paseando cerca de su casa por Jaén; conoce a todo el mundo y su charla es tan amena como afable su carácter. Tiene una memoria prodigiosa.

Habría que recordar también a *Don Enrique Vélez Garrido*, uno de los profesores más inteligentes pero menos laboriosos que he tenido en mi vida. Era profesor de latín y solía “ejercitarse” más bien poco en los dos primeros cursos (3.º y 4.º), donde no pasábamos de traducir a Julio César y poco más. Pero cuando comen-

zamos el Preuniversitario nos dijo el primer día de clase: “¿cara o cruz?”. Lanzó una moneda al aire y añadió: “¿pares o nones?”. Así decidió que tradujéramos todos los libros “pares” de la *Eneida* de Virgilio y de camino que nos saliera en la temida “prueba de madurez” del “preu”, en la Universidad de Granada, un texto conocido, razón por la cual aprobamos casi todos los alumnos de Baeza el ejercicio “específico”, sin mayor dificultad, pues nos salió un texto conocido y traducido previamente, gracias a aquella suerte matinal de primeros de Octubre.

Tras este somero repaso a aquellos ya tan lejanos siete años en el Instituto de Baeza y habiendo conocido algunos más, la conclusión no puede ser otra que estamos acaso ante uno de los grandes centros que recoge la impronta universitaria de sus paredes de siempre. En sus aulas se formaron estudiantes que fueron y son modélicos en tantas materias, con una historia que le permite presumir entre los más grandes, cosa que nadie discute de España. Cuando uno recuerda que por aquí han pasado Vicéns Vives o el académico Gili Gaya cualquier otra consideración se desvanece. Ahora que cumple ciento cincuenta años efectivos de historia administrativa, aunque en realidad sean bastantes más, bien está recordar, incluso con indisimulado orgullo, la calidad y nivel de un centro que se puede considerar como modélico entre los de su clase y que todos los alumnos sin excepción, cuando hablamos entre nosotros y sale a colación el Instituto por antonomasia (el nuestro) sabemos que dejó huella imborrable en cuantos pasamos por él. Acaso se nos han olvidado los universitarios, las estancias en el extranjero y tantas otras cosas, pero el recuerdo del Instituto de Baeza permanece indeleble en nuestra mente. De él recordamos al dedillo nombres y anécdotas de los profesores, las aulas donde nos dieron clase cada curso, como si las hubiéramos vivido ayer mismo. Y han transcurrido en mi caso casi sesenta años.

CURSOS QUE DEJAN HUELLA

Gabino Puche Rodríguez-Acosta

ECONOMISTA. EXDIPUTADO DEL PARLAMENTO EUROPEO

Recuerdo como algo muy especial en mi vida aquel día que crucé por primera vez el umbral de ese magnífico edificio renacentista que albergaba y alberga nuestro querido Instituto de Enseñanza Secundaria Santísima Trinidad y que suponía mi primer contacto con él. Fue un día cargado de nervios, de incertidumbre y de responsabilidad. Se trataba de cumplir con el trámite, necesario entonces para todos los niños de mi edad, aproximadamente 10 años, del llamado examen de ingreso. Prueba decisiva, obligatoria y que, previa superación, daba el pase para poder iniciar el bachiller y convertirte en consecuencia en alumno del codiciado centro, de tanto prestigio, heredero de tanta historia y de tan larga trayectoria educativa.

No sé si fue un día soleado o lo contrario, ventoso o calmado, frío o caluroso, lo que sí sé y que jamás podré olvidar es que fue un día ciertamente emocionante e inolvidable y que desde luego marcó un antes y un después en mi infancia y en la que a partir de ese momento iba a ser mi vida estudiantil. Era la apertura de una nueva etapa, desconocida, que se presentaba apasionante y sin duda alguna anunciaba que algo en mi vida iba a cambiar.

Algunos meses después de la que había sido mi primera experiencia, aproximadamente por el mes de septiembre u octubre del año 1960, inicié ya como alumno de pleno derecho el primer curso de bachillerato. Curso que, por cierto, iba a ser el único que cursara en Baeza, dado que al año siguiente, segundo curso de bachiller, mi familia decidió internarme en el colegio de los

Hermanos Maristas de Jaén. Decisión que, estoy convencido, nada tuvo que ver con mi carácter nervioso, travieso y revoltosillo. En Jaén permanecí hasta la finalización del bachiller y el preuniversitario. Desde allí di el salto a la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de Málaga, donde obtuve la Licenciatura.

Si bien es cierto, como apunté anteriormente, que mi estancia en el Instituto de Baeza fue relativamente corta, no es menos cierto que ese año marcó significativamente mi camino formativo, disciplinario, educacional y mi trayectoria personal. Muchos son los recuerdos de aquel primer curso de bachillerato. Jamás olvidaré aquella apertura de curso, los nervios de la noche anterior, el despertador por la mañana anunciando que el día había llegado, la comprobación de la cartera con todo preparado (libros, cuadernos, plumier), vistiéndome con el uniforme, seña de identidad del centro (pantalón corto gris, camisa blanca, jersey burdeos, calcetines altos a juego y zapatos marrones). Por cierto que casi todos los alumnos llevábamos el calzado de la marca 'Gorila' adquiridos la mayoría de ellos en la conocida zapatería Manjón, con los que regalaban una pelota maciza de color verde, con un gorila impreso y que hacía las delicias de todos los alumnos. Qué grandes *partidillos* con aquellas pelotas en los recreos y grave peligro para las cristaleras del 'Insti', que era como lo llamábamos, y que era la gran preocupación del recordado, querido y magnífico bedel de entonces, Sebastián, que por cierto era el alma del centro y que cuidaba como si de su propia casa se tratara.

Las asignaturas que se impartían en aquel primer curso de bachiller eran Matemáticas, Gramática española, Geografía española, Religión, Dibujo, Educación Física y Formación del Espíritu Nacional. Todavía tengo en la memoria la categoría profesional y humana de los que fueron mis profesores, de los que siempre he tenido un grato recuerdo y a los que siempre he agradecido sus enseñanzas, sus consejos, su disciplina y también sus reprimendas, que de todo hubo en la viña del Señor y que mucho me han servido a lo largo de mi vida. Eran Don Rufino Gonzalo Romanos, Doña María Teresa Esteban Garrido, una gran señora conocida

por los alumnos de la época como 'la literata', y Doña María del Carmen Vargas Muñoz, otra excelente mujer.

Fue un año no solamente de aprendizaje de las distintas materias, sino también un año de nuevas experiencias, de nuevas relaciones, de nuevas amistades, de las que afortunadamente algunas conservo y con las que he seguido manteniendo contacto a lo largo de todos estos años.

Para terminar puedo decir, y lo hago con enorme orgullo y satisfacción, que mi Instituto, nuestro Instituto de siempre, el prestigioso Instituto Santísima Trinidad de Baeza, fue un punto de referencia en mi formación como persona, básico en mi formación educativa, que viví desde el principio con muchísima ilusión, que lo recuerdo siempre con enorme alegría y del que siempre me he sentido profundamente orgulloso por haber formado parte de él.

LOS ARABISMOS EN LAS ORDENANZAS MUNICIPALES DE BAEZA (1524)

Pilar Carrasco Cantos

ALUMNA DEL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DESDE 1963 A 1967.
CATEDRÁTICA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Las *Ordenanzas de Baeza* se encuentran recogidas en un manuscrito de 1524, revisado y confirmado en 1536, de setenta y seis hojas y conservado en el Archivo Municipal de Baeza. Este ordenamiento es una fuente documental de gran interés, ya que nos informa sobre las características diferenciales de la actividad ciudadana en diversos ámbitos: económico, administrativo, penal, etc.¹. A partir de este texto tan significativo para la ciudad, en el sesquicentenario de la creación del Instituto de enseñanza secundaria, centro fundamental en el desarrollo intelectual de la provincia, he considerado interesante destacar ciertos aspectos léxicos que reflejan la sociedad baezana del quinientos organizada en torno del Concejo municipal².

1. LOS ARABISMOS LÉXICOS Y SU PRIMERA DATACIÓN

En la vida cotidiana baezana los términos de procedencia árabe tienen gran vitalidad en los campos del mundo agrícola y doméstico: indumentaria, alimentación, ajuar, etc., pues, aunque después de la conquista de Baeza (1227) por parte de Fernando III se inició la repoblación del territorio con gentes procedentes de

¹ Fueron editadas por Argente del Castillo y Rodríguez Molina en 1983 y por Peláez Santamaría en 2015.

² Este texto forma parte del corpus de ordenanzas municipales que hemos utilizado para la confección del *Diccionario de Textos Concejiles de Andalucía* elaborado en colaboración con Inés Carrasco. Se puede consultar en <<http://www.arinta>>.

Soria, Cuenca, Toledo, etc., a las que el rey concedió privilegios y franquezas para hacer más atractiva su repoblación, esta empresa no conllevó la rápida expulsión de la población musulmana. Existen noticias referidas a musulmanes y judíos entre 1230 y 1256 que los muestran como grupos integrados. De modo que podemos hablar de una cohabitación, aunque fuera minoritaria, de cristianos, musulmanes y judíos hasta la expulsión de los mudéjares por Alfonso X. Es esta situación de adstrato lingüístico la que permite el intercambio cultural en Al-Andalús entre los mozárabes y los andalusíes, y de esta simbiosis cultural es testimonio el arabismo, entendido como la ‘palabra que procede directamente del árabe aunque no fuese en su origen voz de este idioma’³.

Hemos localizado en el texto de las ordenanzas 39 arabismos cuya clasificación cronológica es la siguiente⁴:

S. XI: *acémila, albalá, alcalde, aldea, alhóndiga, alquiler, arrabal, almoneda, arrelde, arroba azote, badana, maquila.*

S. XII: *alcabala, alguacil, bellota, hanega.*

S. XIII: *acebuche, aceite, aceituna, albañil, alcacer, almotacén, arancel, azúcar, balde, baldío, celemín, maravedí, recuero, rehala.*

S. XIV: *taraje.*

S. XV: *alfage, borceguí, borceguinero, candil, tarea.*

S. XVI: *engarrañador, jamila.*

2. CLASIFICACIÓN DE LOS TÉRMINOS EN CAMPOS NOCIONALES

TÉRMINOS TOPOGRÁFICOS: *Aldea* ‘lugar corto que no tiene jurisdicción sobre sí’. *Arrabal* ‘población contigua y adyacente a las ciudades’. *Baldío* ‘lo que no se labra y cultiva’.

³ F. Maíllo, *Los arabismos del castellano en la Baja Edad Media*. Salamanca: Universidad, ²1991, p. 467.

⁴ Según el DCECH de J. Corominas y J.A. Pascual. Madrid, 2012 (CDRom), y el corpus CORDE <<http://www.rae.es>>.

FITÓNIMOS. PRODUCTOS VEGETALES: *Acebuche* ‘olivo silvestre’. *Aceituna* ‘fruto de las olivas de diferentes variedades’. *Alcacer* ‘cebada verde y en hierba’. *Bellota* ‘fruto de la encina’. *Taraje* ‘Arbusto tamaricáceo’. *Aceite* ‘grasa líquida de color verde amarillento, que se obtiene por presión de las aceitunas’. *Azúcar rosado* ‘azúcar elaborado con extracto de rosas’. *Jamila* ‘alpechín’.

AGRICULTURA. GANADERÍA: *Acémila* ‘mulo o macho de carga grande’. *Alfage* ‘piedra baja del molino de aceite’. *Alhóndiga* ‘casa pública destinada para la compra y venta del trigo’. *Rehala* ‘jauría’.

AJUAR DOMÉSTICO: *Candil* ‘lamparilla manual de aceite’.

INDUMENTARIA. PRODUCTOS TEXTILES: *Borceguí* ‘calzado que llega hasta más arriba del tobillo’. *Jubón* ‘vestidura que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo’. *Badana* ‘piel curtida y fina de carnero u oveja’.

MEDIDAS. PESOS. MONEDAS: *Arrelde* ‘peso de cuatro libras’. *Arroba* ‘pesa de veinte y cinco libras’. *Celemín* ‘medida de capacidad para áridos’. *Hanega* ‘fanega’. *Maravedí* ‘moneda de diferentes valores’. *Tarea* ‘siete fanegas de aceituna’.

COSTUMBRES: *Azote* ‘el golpe que se da con el azote’.

ECONOMÍA. OFICIOS: *Engarrafador* ‘cada uno de los obreros que en los molinos de aceite manejan las seras o capachos’. *Albañil* ‘persona que se dedica a la albañilería’. *Borceguinero* ‘el que hace o vende borceguíes’. *Jubetero* ‘el que hace, compone y adereza jubones y otras ropas’. *Recuero* ‘harriero’. *Maquila* ‘porción de grano, harina o aceite que corresponde al molinero por la molienda’.

POLÍTICA. OFICIOS CONCEJILES: *Alcalde* ‘autoridad municipal’ y ‘juez ordinario’. *Alguacil* ‘oficial inferior de justicia’. *Almotacén* ‘fiel de pesos y medidas’.

TÉRMINOS JURÍDICOS: *Albalá* ‘documento público o privado en que se hacía constar algo’. *Alquiler* ‘precio en que se alquila algo’. *Almoneda* ‘la venta de las cosas que públicamente se hacen’. *Arancel* ‘tarifa oficial determinante de los derechos que se han de pagar en varios servicios’.

La mayor parte de los términos se introducen en nuestra lengua a lo largo de los siglos XI, XII y XIII, pero a partir de esta época decrece su incorporación considerablemente, como era de esperar, sobre todo a partir del s. XV, por razones diversas, entre otras la competencia con el cultismo latino o con los extranje-rismos europeos. Además, conviene también considerar el grado de obsolescencia que muchos de ellos adquirieron por diferentes motivos: unos, porque desapareció el referente al que designaban, por ejemplo los oficios de *engarrafador*, *borceguinero*, *jubonero*; las medidas como *arrelde*, etc.; otros, porque fueron sustituidos por el término romance que designaba las nuevas tendencias como *jubón* (esta prenda estuvo de moda en España hasta el s. XVII), *borceguí* (hoy relegado al español de Argentina y Perú). En general, la desaparición estuvo motivada por razones extralingüísticas. El texto de las ordenanzas corresponde a una etapa de decadencia de penetración del arabismo, pero aun así registra algunos de ellos que no se habían documentado antes, según nuestras consultas, como *jamila* y *engarrafador*.

EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD EN LA MEMORIA: “Y PODRÁS CONOCERTE RECORDANDO...”

Bartolomé Lara Fernández

ALUMNO DE LA PROMOCIÓN 1967-1974.
CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA JUBILADO

I

Parece como si el sonido de la campana ausente de la espadaña que simboliza los actos de conmemoración del 150 aniversario del Instituto Santísima Trinidad de Baeza (1869-2019) llegara a mí como la nota de entrada que da el director de un coro que procura su unidad sonora; y la he tomado como un sonido de referencia que quiere afinar mi alma, ese ámbito en el que escuchamos tantas voces y no siempre en armonía; o tal vez ella haya abierto el poro justo para entrar de nuevo en aquel mundo en el que vivimos y en aquel horizonte en el que todavía permanecemos, porque «¡...ni el pasado ha muerto,/ ni está el mañana –ni el ayer– escrito!»¹.

Recurrir a Machado para nosotros no es una opción literaria, ni una moda o una simple preferencia, no. Su obra vivía y se alimentaba en la atmosfera espiritual de las aulas, lugares de encuentro; en los pasillos, que eran cruces de caminos que se hacían y desaparecían como estelas en la mar; en sus silencios; en los patios, llenos de voces de adolescentes y de ecos antiguos; todo se conformaba como un trasunto de la ciudad de Baeza y de sus campos. Hemos podido comprobar con la experiencia, que la suya es una palabra sencilla y honda, modelada por los contornos de la vida, palpitante, con su misma melodía y naturalidad, y lo más decisivo de la palabra verdadera, la hemos hecho vida y nos ayuda a concebir otras con las que expresarnos. María Zambrano

¹ Antonio Machado, «El Dios ibero», Campos de Castilla, CI.

que lo conoció en Segovia, dice que nuestro poeta es: «patria indeleble que no hay que sostener sino respirar con ella»², qué bien recoge lo que sentíamos y sentimos. Es cierto que «todo pasa», también lo decía el oscuro Heráclito cuando nos advertía que nunca podríamos bañarnos dos veces en las mismas aguas, pero no podemos olvidar que el cauce de nuestra vida persiste y nosotros seguimos siendo lo que allí vivimos. En él todavía estamos, hasta que... «...ella/ no faltará a la cita»³.

II

Fui convocado al examen de ingreso. La noción de examen adquiere ahora un sentido existencial profundo, no se equivocaba Sócrates cuando afirmaba que «una vida sin examen no merece la pena ser vivida». Entonces la mayoría de nosotros teníamos nueve o diez años. Apareció mi nombre en una lista fijada en la pilastra derecha de la entrada del Aula Magna, una estancia de techos altos, entarimada y separada en dos espacios bien definidos. El destinado a los alumnos; y el estrado ocupado por una amplia mesa que los distanciaba aún más si cabe. Situada en el ala este del edificio y coronada su cubierta por la espadaña de lo que quizás fue la antigua capilla de la Universidad. Entrar en ella era una primicia de que una nueva etapa de nuestra vida se inauguraba, abandonábamos definitivamente la infancia y pasábamos a la adolescencia. Era un acto prometedor, el alba de un nuevo día, heredera de otras auroras que atesoraba aquel antiguo edificio, otrora universidad. Aquel examen se componía de pruebas escritas, el célebre dictado y el manejo de las operaciones matemáticas. Y otras orales. Subíamos, cuando se nos llamaba, aquellos escalones hasta el estrado en el que estaban sentados una serie de profesores. Ibas pasando a lo largo de la mesa y debías responder a las preguntas que te formulaban; desde lo tangible, como era el caso de la geografía, tenías que acercarte al vetusto mapa que descansaba en un atril y señalar por ejemplo las cordilleras y los ríos, las provincias y las regiones de España, ¡qué bien nos lo sabíamos!;

² María Zambrano, «Sobre Antonio Machado», Obras completas, VI, pág. 793.

³ Antonio Machado, «Al borde del sendero un día nos sentamos», Del camino, XXXV.

hasta llegar a lo inmaterial, en mi caso el profesor de religión fue el último que me formuló una pregunta que deslizaba una respuesta casi inmediata, ¿cuántos dioses hay?, ¡qué fácil! ¿Y era realmente tan sencilla? Quizás sea una pregunta para toda una vida.

El edificio custodiaba secretos que nos aguardaban pacientemente para que nosotros, neófitos en un viejo universo que reestrenábamos, pudiéramos entender en algún momento de nuestras vidas. De nuevo nuestro poeta habla al oído del alma: «y podrás conocerte recordando»⁴.

III

Porque recordar significa volver a pasar lo sucedido por el corazón. Qué de cosas podríamos narrar de todos aquellos años..., las entradas separadas para alumnas y alumnos, como mundos separados y paralelos, cada uno con su propia vida, aunque siempre los sentimos unidos, hasta que finalmente compartimos las aulas. Vestíamos uniforme. Entonces lo aceptamos con reticencia, pantalón gris marengo, faldas del mismo color para las chicas; camisa blanca y corbata, jersey granate, con el escudo con el símbolo de la Trinidad, bajo cuya advocación estaba la antigua universidad y entonces instituto, que supo transmitirnos desde el comienzo el espíritu universitario.

Llegábamos a las aulas a aprender de oído, a aprender a escuchar la reflexión y las enseñanzas de los profesores, a sentir la voz cálida del compañero, ¡a entender!, ¡a entendernos! Cuántas veces hemos escuchado esta expresión “entrar en razón”, debemos entrar en razón; como si ella fuera un espacio, una casa..., efectivamente lo era, en la que encontrábamos todos y cada uno de nosotros nuestro lugar y también a veces nuestro no-lugar, ese es el espacio del aula, de sus pasillos y escaleras, caminos de vida, en los que convivíamos los profesores, los alumnos, los bedeles, las limpiadoras, y en contadas ocasiones nos acercábamos a la administración a matricularnos o a realizar alguna gestión. Entonces era todo solemne, importante, lo que no impedía el sentido del humor casi siempre con respeto, las bromas, los apodosos y aquellos

⁴ Antonio Machado, «Y podrás conocerte recordando», Galerías, LXXXIX.

despertares a la vida adulta. Quizás no me equivoque al señalar los célebres pololos en el uniforme de deporte de las alumnas como la prenda más impactante para nosotros, un icono forzoso del imaginario del alumno de bachillerato de aquel tiempo. Era nuestro instituto un amparo que amortiguaba el invierno crudo de Baeza, nos libraba del frío cierzo, aliviaba los sabañones que a veces nos visitaban; y protegía del húmedo y amable ábrego. Acudíamos con nuestros abrigos y bufandas, con nuestros zapatos Gorila que cambiábamos por las botas katiuskas cuando el tiempo así lo exigía, a veces incluso las usábamos en las clases de “gimnasia”, todo valía para resistir a los rigurosos inviernos. Y también creaba espacios de fresco para los meses en los que la primavera se dejaba seducir por el solano. Un patio con soportales, lo primero que buscamos en una ciudad cuando la visitamos son los soportales, y cuando no los hallamos, puede que digamos: ¿cómo podrán vivir sin ellos?

IV

Y las escaleras situadas al norte te permitían dejar abajo “la cárcel” de alumnos de la antigua universidad, que era algo así como elevarnos sobre el patio, expuesto a los elementos, para acceder a las galerías superiores acristaladas. Otro mundo. Los rayos solares creaban un ambiente amable para la tertulia, ámbitos de la dicha y de los sueños, cuando la vida tiende ante nosotros los espejismos del tiempo. Ensimismados fantaseábamos cuando la niebla lo envolvía todo; incluso a veces nos abandonábamos a un sentimiento de honda tristeza cuando llovía, y se asomaban tímidamente para quedarse la nostalgia y la melancolía.

Galerías del alma. Como un mundo platónico de las ideas, coronado por cuatro cartelas en su cornisa, como quintaesencia de los libros sapienciales del Antiguo Testamento. Todo el edificio se convertía en una brújula que llevábamos y llevamos en el corazón, a veces de efectos retardados, al servicio no solo de la ciencia, sino de la sabiduría, ese saber de la vida y para la vida, tan preciso para nuestro viaje. De las cuatro, tres estaban dedicadas a la sabiduría. En el Norte la llamada al temor que no es miedo, sino conocimiento de nuestra propia naturaleza, como si los propios arquitectos y autores de este edificio al terminarlo se hubieran sobrecogido: «El

principio de la sabiduría es el temor del Señor»⁵. Si doblamos y pasamos a la galería Oeste, paralela al templo universitario de San Juan Evangelista, nos recuerda que todo día tendrá su crepúsculo, y declara que «Donde hay humildad hay sabiduría»⁶, la virtud cristiana que tanto procuró Santa Teresa, y de la que da cuenta en su Libro de la Vida (1561-1562), que mandó en 1568 al maestro Juan de Ávila, que fuera patrono de la Universidad Santísima Trinidad de Baeza, para su examen. La mística de Ávila recibe en una carta ese mismo año su parecer, que contiene una lección de humildad y sabiduría, digna de un Doctor de la Iglesia: «Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fue tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podría yo, con el favor de nuestro Señor, aprovecharme algo con la doctrina de él; y gracias a Cristo, que, aunque lo he leído no con el reposo que era menester, mas heme consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda»⁷. En el Sur se expresa cómo hemos de cuidarnos para que la sabiduría nos visite: «En el alma malévolá no entra la sabiduría»⁸. Y finalmente el Este, la cartela responde a una antigua pregunta que se me hiciera en aquel examen de ingreso, a su sombra, en el Aula Magna que, como un fanal del albor, da cuenta de nuestro ser y del peligro que corre el ser humano siempre y, especialmente, en la época presente: no te endioses, porque «Sólo a Dios el honor y la gloria»⁹.

V

Y ya en las apaciguadas aguas de nuestra vida, recuerdo mi Instituto cuando tañe la campana ausente para ejercitar la buena memoria esperanzada. De ella «sólo vale el don preclaro de evocar los sueños»¹⁰.

⁵ «Initium sapientiae timor domini», Proverbios, 1:7; también en Eclesiástico, 1: 15.

⁶ «Ubi humilitas, ibi sapientia», Proverbios, 11:2.

⁷ Juan de Ávila, Obras completas, V, BAC, pág. 573.

⁸ «In malevolam animam no introbit sapientia».

⁹ «Soli Deo honor et gloria».

¹⁰ Antonio Machado, «Y podrás conocerte recordando», Galerías, LXXXIX.

VIVENCIAS DE UN BACHILLER EN EL INSTITUTO DE BAEZA

Antonio Jiménez Martínez

PERIODISTA TRECE-TV

Ni la inocencia o bisoñez, ni el desconocimiento de la vida y de la historia impidieron que el niño de 10 años que acababa de dejar su Siles natal y el confort familiar, no fuera consciente del peso histórico, cultural y patrimonial del entorno académico en el que recaló para hacer el bachillerato en un colegio interno. Tutelado por mi hermano José Félix, tres años mayor, nos instalamos en el colegio de los padres carmelitas descalzos San Juan de la Cruz de Baeza, hoy reconvertido en hotel para frustración de cuantos añoramos los recreos en su patio de arcos y los sueños por cumplir en sus dormitorios con camas dispuestas una tras otra, separadas por una pequeña mesilla. Ahí discurrirían los siguientes siete años de mi vida, de 1968 a 1974, en los que se fraguó una relación de amor, entremezclado con momentos de desazón, tristeza y también de grandes alegrías, con Baeza a la que llevo en el corazón desde entonces.

Fueron siete años de ida y vuelta permanente, mañana y tarde, entre el internado en el que los padres carmelitas nos imponían, a veces con castigos y sopapos, la disciplina del estudio y del comportamiento social, y el Instituto Santísima Trinidad donde nos impartían las asignaturas. No negaré la añoranza de mis padres y lo mucho que eché de menos el calor de mi casa y las comidas caseras de mi madre por el frío que se pasaba en el colegio y por los menús poco apetecibles que nos servían.

Desde primero de bachillerato a C.O.U., durante siete años, mientras recorría el camino que separaba el internado del

instituto, pasé de la infancia a la adolescencia y de la indiferencia por las cosas de los mayores a los primeros troteos y roneos con las compañeras de curso. Y así también fui alimentando el deseo de llegar al objetivo que me había fijado, que no era otro que terminar el bachillerato y estudiar periodismo, cosa que conseguí gracias a mi decidida actitud y la involuntaria complicidad de todos los profesores que hicieron posible mi formación académica.

Requerido por el actual director del instituto, Rogelio Chicharro Chamorro, ex alumno como yo, para escribir este artículo con motivo del 150 aniversario del centro, aprovecho para rendirles a todos ellos un público reconocimiento y agradecimiento por su estimable labor docente.

Hace unos años, encontrándome en Murcia por motivos de trabajo, pude decírselo personalmente a mi profesor de latín D. Francisco Bombín, quien amablemente se acercó a saludarme tras la emisión con público de mi programa en TRECE . El profe Bombín era una persona que reflejaba bonhomía en su rostro y nos transmitía mucha tranquilidad durante sus clases. No recuerdo que tuviera apodo como otros profesores a los que cariñosamente los identificábamos con un inocente mote. Tampoco es el caso de D. Herminio Recacha, titular de educación física, a quien no olvido desde que un día de intensa nevada me ayudó a superar el miedo al potro y lo salté como un puma. Será cosa de la nieve que no veía desde hace años y me alegró el ánimo, le dije. A Doña María Teresa Esteban, “la literata”, la rememoro con su abrigo de visón echado sobre los hombros mientras disfrutaba de un caramelo de menta en la boca. Casada con D. Rufino Gonzalo, profesor de Matemáticas, aún los observo tomando el aperitivo los fines de semana en Juanito, cuando el excelente hostelero, Juanito Salcedo, tenía el establecimiento en los soportales del paseo. Mi profe de Matemáticas, sin embargo, era D. Juan Montes, “la cosa”. Dos palabras que D. Juan repetía como muletilla durante sus explicaciones . En el primer examen de tercero, siempre fui un torpe en mates, obtuve un sobresaliente de carambola y D. Juan creyó descubrir a uno de los empollones de la clase distinguiéndome en la primera fila junto a otros avezados compa-

ñeros en la materia. Pueden imaginarse la desazón y nerviosismo que me producían las preguntas que me lanzaba D. Juan y que yo despejaba, mientras tragaba saliva, hacia mi compañero y paisano, Joaquín Ginel, “el sabio”, para que las respondiera. En los siguientes exámenes no pasé de aprobados pelados y algún bien. La “Vargas” era Dña. Maricarmen Vargas, profesora de Geografía e Historia, mientras D. José Molina se ocupaba de la Literatura y Lengua de Molière. Guardaba un parecido razonable con un actor, Antonio Garisa, y todavía puedo evocarlo con su pajarita a bordo de un “tiburón” Citroën y por las frases jocosas con las que levantaba nuestra hilaridad a pesar de zaherirnos con su ironía. “Eso es concordancia vizcaína” o “al primer tapón, zurrapa” solía espetarnos tras responder incorrecta y absurdamente a sus preguntas. De D. Conrado, “el boxe”, profesor de Ciencias, Física y Química, apenas tengo más recuerdo que el de una persona fornida con una nariz propia de un púgil. Aparentemente frágil y menudo, sin embargo, era D. José Luis Martín, profesor de Filosofía, a quien apodamos “el filósofo” por razones obvias, y del que retengo su sonrisa tras unas gafas y su buen hacer pedagógico. No quiero dejar de mencionar a D. Antonio Ariza, profesor de Dibujo, asignatura que disfruté mucho, y persona que proyectaba enorme campechanía y confianza, y al cura D. Juan de Dios, el titular de Religión, que también era un excelente fotógrafo. Del páter D. Juan de Dios aún conservo un excelente retrato que me hizo con 11 años.

Estas vivencias de bachiller me llevan también a rememorar las pintorescas protestas de rebeldía y reivindicación estudiantiles consistentes en no acudir a clase ante la negativa de la dirección del instituto a concedernos algunos de los “puentes”, ya fuera el de los Santos, la Inmaculada o San José, que jalaban el curso escolar. Los alumnos escenificábamos la extravagante protesta marchando todos juntos hacia el monumento, entonces inacabado, de Antonio Machado en las murallas, o en dirección a la cercana zona residencial de La Yedra, aprovechando la irrupción primaveral de marzo. Aquello se convertía en una marea uniformada de colores burdeos y gris.

Es sabido que el paso de los años suele amortiguar y relativizar los malos recuerdos y ensalzar por el contrario los buenos. En mi balance de esos años fueron muchos más los segundos que los primeros, y siempre que puedo hago una escapada a Baeza para reencontrarme con esa etapa de mi vida y recorrer los escenarios que fueron testigos mudos del paso de mi infancia a la adolescencia empezando por el instituto y el aula donde Antonio Machado impartió sus clases de Gramática francesa. La huella dejada por el aclamado poeta sevillano en Baeza, a la que recaló tras la muerte de su querida Leonor en Soria, sigue muy viva en el Instituto Santísima Trinidad en su 150 aniversario. Un motivo más para que los miles de alumnos que hemos pasado por sus aulas nos sintamos orgullosos del siglo y medio que este año celebra nuestro instituto desde su fundación.

EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DE BAEZA: RECUERDOS Y AÑORANZAS

José Policarpo Cruz Cabrera

PROFESOR TITULAR DE HISTORIA DEL ARTE
UNIVERSIDAD DE GRANADA

No creo en determinismos, pero sí en condicionamientos que nos dirigen hacia una finalidad, como el objeto que flota a la deriva hasta que las olas dirigidas por el viento lo dejan varado en la orilla; cual bulano o vilano esparcido por el mar de olivos, símil quizás más apropiado para estas tierras. Pasé toda mi infancia a la sombra de la Capilla de San Juan Evangelista y su torre, faro de los *studia humanitatis* de la antigua universidad beaciense que acogería al instituto desde 1869. Nada sabía yo entonces de tan egregia historia, al contemplar el conjunto desde la terraza de mi casa, en los Portales de la Carbonería, jugueteando por la Barbacana o al visitar a mis abuelos cabe el Arco del Barbudo, pero el desconocimiento sirvió de estímulo a la curiosidad, al tiempo que ésta abrió los ojos a la sensibilidad estética, a la contemplación ensimismada de aquel buque de elegantes proporciones y formas armoniosas. Hoy me dedico a impartir clases de historia del arte, y mucho debo mi trabajo –y mi afición– a haber vivido junto a los señeros edificios del barrio catedralicio, Patrimonio Mundial por la UNESCO desde el año 2003. Es posible que de haber sido oriundo de otra ciudad hubiese terminado ejerciendo otra actividad profesional; o no, quién sabe, pero el ambiente ayuda.

Tiempo después el hedonismo sensorial daría paso al placer por el conocimiento, en cualquiera de sus facetas. Me incorporé al instituto en el curso 1981-82, con una mirada multidisciplinar. Lo mismo leía a Homero que improvisaba un laboratorio químico; ahora promovía un grupo arqueológico juvenil, al igual

que luego coleccionaba minerales, participaba en un certamen literario o ayudaba en una exposición de enseres de Semana Santa. El instituto era por aquel tiempo el epicentro de toda actividad cultural, marmita de jóvenes inquietos para cocinar todo tipo de ideas y materializarlas en platos bien servidos, cuando las tardes se hacían muy largas y no existía internet. Recuerdo en este sentido haber participado tanto en una exposición de bibliografía local como en otra de fósiles y rocas, al tiempo de la semana cultural, en el propio centro educativo. Toda una suerte estar integrado en un edificio histórico, que contaba –y cuenta– con una excelente biblioteca, así como con un museo de ciencias naturales tan interesante como variopinto, donde compartían espacio un esqueleto humano de carne y hueso (quiero decir, auténtico, y desde luego con más hueso que carne), útiles de laboratorio, piezas entomológicas, curiosidades geológicas y hasta un par de hachas neolíticas de piedra pulimentada que en alguna ocasión vi usar a un profesor de dibujo para machacar pigmentos: tal era la familiaridad, la naturalidad con que se vivía la actividad docente. En cualquier caso, para alumnos curiosos las contadas visitas al museo, a la biblioteca, a la monumental capilla habitualmente cerrada o al teatral paraninfo, que no anodino salón de actos, eran sentidas como un acontecimiento especial, con la sensación de pertenecer a una comunidad privilegiada con maravillas o tesoros aún por descubrir.

El espacio condiciona, también los actores de este teatro docente. Un instituto histórico no es uno más, ni lo era entonces, cuando entre el alumnado tenía fama de ser uno de los centros más duros y rigurosos de la comarca. Se sentía ciertamente el rigor invernal cuando tocaba asistir a una de las viejas aulas del edificio universitario, auténticas “neveras” y fábricas de sabañones; como duro era también asistir a las clases de gimnasia de don Carlos en el Polideportivo Municipal, porque trasladarse rápido hasta allí ya era en sí misma una notable actividad física. Pero no, el rigor y la dureza tenían más que ver con la presencia de asentados profesores y catedráticos que no precisaban alzar la voz para hacerse oír, pues bastaba enarcar las cejas para imponer orden y concierto, como don Ángel, don Rufino, don Conrado, doña Teresa, “la Literata”, don Adelino, que compartían docencia con otros más

jóvenes, más cercanos en el trato, pero también entregados a su trabajo: cómo no recordar las clases de historia de Loli Canis o aquella excursión de don Demetrio al Torcal de Antequera.

Un profesor puede moldear la vocación tardía, inexistente o por descubrir. Yo era un alumno polivocacional, que se había decantado por la rama de ciencias y por las múltiples salidas profesionales que ésta deparaba, cuando las clases de Historia de España de Tercero de BUP, de don Rafael Rodríguez-Moniño, “el Cónsul”, me embelesaron y me ayudaron a destilar mi postrera inclinación: la historia de la cultura, el arte y las mentalidades. Al curso siguiente estudié COU por la rama de letras, para iniciar después mis estudios universitarios de geografía e historia. Aquel profesor no sólo me enseñó la materia académica, sino que me transmitió dos cosas que aún hoy día llevo conmigo y espero no me abandonen nunca: la pasión por la investigación histórica y la pasión por enseñar. El docente que ejerce el magisterio no como una mera profesión, sino como una forma de vida, tiene el poder de despertar o forjar vocaciones, al tiempo que una gran responsabilidad: *vivat Academia, vivant profesores*.

Desde entonces he disfrutado mucho con la investigación de archivo, con la crítica documental y la interpretación de nuestro rico patrimonio. He escrito varias obras sobre la historia y el arte de Baeza para transmitir conocimiento –también, como me gusta a veces comentar socarronamente, para poder olvidar lo aprendido–. Y en el fondo sigo siendo ese mismo alumno (calvo, cano y achacoso) que se esmeraba por desentrañar el sentido cultural de las epigrafías latinas en los sobreclaustros del instituto o se emocionaba al descubrir que los pretendidos autores del edificio según la *Historia de Baeza* de Fernando de Cózar (1884) no eran sino los apellidos de vótores académicos expuestos en sus muros. El Instituto de Baeza condiciona, no determina. O quizás sí...

AQUELLOS CURSOS

Juan Luis Rascón Ortega

MAGISTRADO Y ESCRITOR

ESTUDIÓ EN EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DE BAEZA

ENTRE LOS AÑOS 1974 Y 1978

Baeza, castellana y fría, tan callada, gavilana y sola. Tierra solemne, orgullosa y sonora, a ratos sencilla, humilde y popular. Siempre sugerente, eternamente cautiva...

Corren entonces tiempos nuevos para la patria toda y un puñado de garrulos adolescentes de acné y paja andan prestos a llenar las aulas de la antigua Universidad. Llegan desde los rincones más perdidos de la provincia arrastrando todavía besos de alpargata. Y traen olor a jámila y sueños de colores en la maleta. Buscan un futuro por escribir con trazo firme y tinta nueva. Nuevos tiempos para una nueva historia. *Les Temps Modernes* o algo así.

Es la primera generación de bachilleres BUP que viene de beber las frescas aguas de la EGB de la tecnocracia. La recibe con displicente indiferencia el patio renacentista del Instituto Santísima Trinidad. El director da su formal bienvenida, la de todos los años al inicio de curso, a esos zagalones diamantes en bruto que nada entienden del discurso académico que oyen. En permanente algarabía, más pendientes que de esas palabras huecas están unos de otros, unos de otras, otras de unos y unas de otras. Natural. Y eso pese al refunfuñar de aquel bedel requeté División Azul, fino bigote y pelo negro engominado, que, escoltando a su señor, trata sin éxito hacer callar a la turba. A poca distancia y desde el aula cuyo ventanal filtra la limpia luz de una mañana de septiembre, Machado sonrío, expectante y cómplice.

Comenzarán las clases y pronto todos se van a adaptar a la normalidad del curso lejos de la familia de origen pero en el seno de la nueva familia de acogida, intereses y convenciones incluidos: al fin, la normalidad de la vida. Llegarán las horas interminables de clase, la mañana retozona y fresca, y la tarde de otoño que se cae oscura. Vendrán horas interminables de estudio en el Beato, en San Felipe, en las Filipenses, en Los Carmelitas... raudas moscas divertidas por amor a lo que vuela. Aparecerán horas interminables de Paseo, arriba y abajo, por los Soportales cuando llueve, siempre con el juego rotundo de las vivas pipas y el caracoleo del amor enamorado, que en algún momento tornado furtivo en un rincón perdido. Y horas interminables de fiesta y pasión en las estancias de la Casa de la OJE y en la disco de Los Curas. Horas interminables de vida...

El conocimiento llega y es recibido por estos imberbes, cada uno a su manera, mientras el tiempo los ve pasar. Para eso, para moldear maneras, unos profesores que hacen lo que pueden. Más o menos, lo que pueden: la Literata, excelsa y elegante en el arte de enseñar arte de juntar palabras con voz; el Pitito, desinhibido y feliz en aquello del aprendizaje del griego lengua muerta; aquel cura comunista que practica con nosotros sermón conciliar (puro y vivo Vaticano II) y democracia, y que en COU nos descubre la Constitución pendiente de *referendum* —¡bendito seas!—; la Janeiro y su feliz rezagado *modern style of life*, que nos enseña a ser *birds on the wire* de la tolerancia; un pistolero del Somatén que dice formar el Espíritu Nacional (FEN) tras dejar el caballo atado a la puerta y el cincho con la pistola en lo alto de la mesa de clase; la Vargas, profunda, precisa e implacable para aquello de las piedras y sus estilos, que nos atora de filminas y exigencias; Don Ángel o la fuerza de la tiza que vuela y el roscó que atiza; la Fuencisla y sus precisas matemáticas castellanas; aquella carnal y lozana profesora de francés cuyos sensuales acordes de cadera hacían enloquecer en los pasillos de novicios en que los buscábamos, ay, ay, ay... Tan-tos y tantas, por suerte más tantas que tantos, que así vinieron a edulcorar de femineidad el macho Régimen, quienes dejaron una huella indeleble en esa juventud esforzada en sí misma en busca de un futuro común que ahora, perpleja ante el fenómeno de la

postmodernidad que la sobrepasa, peina canas mientras mira con inevitable nostalgia el espejo de la historia que fue.

A lo lejos, el eco infinito de la canción “Europa”, de Santana, que, desde aquella máquina viva del bar El Estudiante, un *single* a 5 ptas, suena una y otra vez, perseverante, como la banda sonora de una edad felizmente compartida.

AQUELLOS LEJANOS AÑOS

Andrés Medina Gómez

DIRECTOR DEL CENTRO ASOCIADO DE LA UNED
“ANDRÉS DE VANDELVIRA” DE LA PROVINCIA DE JAÉN

Aún visualizo nítidamente aquellas lejanas escenas donde una mañana, de finales de enero de 1964, un grupo de niños y niñas, con los ojos abiertos por el asombro y la novedad, así como encogidos levemente, tanto por la situación (para muchos de nosotros era de las primeras veces que salíamos del pueblo), como por la incertidumbre a la que nos enfrentábamos, cuando escuchábamos las palabras de bienvenida al Instituto Santísima Trinidad de un sacerdote (D. Manuel) y del secretario del Centro (D. Juan Montes). Pero permitidme que haga una breve reseña de cómo llegamos a esa situación.

Allá por el verano de 1963 un grupo de alumnos de mi pueblo (Bedmar), realizábamos con mucha ilusión las pruebas de acceso al Bachillerato. En mi caso, como el de la mayoría de mis compañeros, el examen de ingreso fue realizado con buenas notas en el Instituto “Virgen del Carmen de Jaén”, ilusión cercenada al tener que decirles mis padres al maestro que no podían enviarme a estudiar por motivos económicos.

Comenzamos el nuevo curso escolar y finalizando el otoño los maestros del pueblo llaman a nuestros padres para comunicarnos que se está organizando un transporte escolar que recogería alumnos y alumnas de Bedmar, Jimena, Albanchez de Mágina (en aquel entonces Albanchez de Úbeda), Torres y Garciez saliendo a las 7'30 horas y volviendo aproximadamente a las 18'30 horas. Nuestros padres y madres, a pesar de su falta de formación, supie-

ron vislumbrar las posibilidades que aquella oferta implicaba para sus hijos y pusieron su empeño en que estudiáramos y nos formáramos, porque entendían que era la mejor manera de prosperar en la vida y mejorarla en relación a la que ellos estaban viviendo.

No recuerdo muy bien cómo, pero sí intuyo el por qué fuimos elegidos para formar parte de aquel grupo de chavales y chavalas, muchos más niños que niñas, y entiendo que éramos los y las que de alguna forma destacábamos dentro de grupo de nuestros compañeros. Por todo ello no puedo sino agradecer eternamente a aquellos maestros y maestras que nos eligieron para que tuviéramos esa oportunidad de acceso a la educación. El grado de implicación de nuestros padres para que pudiéramos estudiar era muy alto, toda vez que íbamos chavales desde los 10 años de edad hasta los 14 años y a esa edad muchos niños y niñas debían ayudar a su familia bien en el campo o en la casa.

Recuerdo aquella mañana fría de invierno con nubes y algún que otro rayo de sol que empezamos una incierta aventura para la mayoría de nosotros. Nuestros cuerpos tensos por la situación y alguna que otra risa nerviosa que dejaba escapar la tensión del momento.

Para nosotros era como un juego donde en el trayecto de autobús compartíamos confidencias con los amigos, después estábamos en las clases intentando no perder el hilo de las mismas, ya que habíamos empezado tarde el curso. En aquel primer año la hora de la comida era un picnic en toda regla, ya que veníamos con una talega y realizábamos la misma en los escalones de las calles aledañas al instituto, hasta que un día el director del mismo nos vio y desde entonces comíamos en los bancos del patio central del mismo. El segundo año la situación se normalizó, ya que almorzábamos en casa Adriano, corriendo una parte del gasto a cargo del estado y la otra a cargo de las familias. Pues bien, la mayoría de aquel grupo de niños y niñas (llamados coloquialmente “los señores transportistas”), que realizaban aquella aventura, se aferraron, cual náufragos en el mar, a la oportunidad brindada y pudieron realizar sus sueños y los sueños de su familia.

Una vez descrito el inicio de nuestra aventura, quiero recordar el magnífico plantel de profesorado que nos guiaba por los serpenteantes vericuetos del conocimiento y el aprendizaje. Recuerdo agradecido a D. Rufino, D.^a María Dolores, D. Ángel Nieto (aún guardo las libretas con los apuntes de Física y Química), D. José Luis Martín (qué gran persona, cuánta humanidad y sabiduría derrochaba), etc. He personalizado en ellos porque fueron los que más cursos estuvieron conmigo, pero esta percepción es extensible, en general, a todo el profesorado del Centro.

Desde mi humilde opinión, Baeza y su Instituto Santísima Trinidad han marcado mi vida, ya que allí hice el tránsito de la infancia a la adolescencia y hay hechos, detalles (como diría el gran Nabokov “detalles, benditos detalles”) que han marcado ese proceso, las primeras confianzas con las “amigas”, el influjo del profesorado a través de aquello que hacía, manifestado en la pasión por su trabajo, por ejemplo la avidez por la lectura. De aquella época recuerdo mi empeño en conocer los realistas rusos, etc., o la curiosidad por descubrir el “por qué”, curiosidad que aún conservo y que hace que la pasión impregne nuestro trabajo.

Creo que debo, debemos, dar las gracias por varias cosas; en primer lugar a nuestra familia y maestros/as que nos dieron el primer empujón para comenzar a escribir el libro de nuestra vida, en segundo lugar al estado que, aunque de una manera puntual, articuló un mecanismo que nos permitió a un grupo de niños y niñas encauzarnos por la senda del conocimiento, y en tercer lugar, gracias a Baeza, gracias al Instituto Santísima Trinidad por ayudarnos a construir nuestro conocimiento poniendo a nuestro alcance aquello que nos resultaba muchas veces árido e inhóspito. Pero, sobre todo, gracias por ayudarnos a conocer la mejor herramienta para mejorar a la persona y mejorar a nuestra sociedad: la educación y el conocimiento.

LA MÚSICA DE AQUELLOS AÑOS

Filomena Garrido Curiel

COORDINADORA DE CULTURA DEL AYUNTAMIENTO DE BAEZA

A la hora de plasmar en unas breves líneas una colaboración para esta efemérides he querido hacer un viaje sonoro sentimental, con algunas canciones y la música que escuché en aquellos años como hilo conductor.

Fui alumna del instituto entre 1975 y 1979, entre los 14 y 18 años de edad, un periodo decisivo en la vida de cualquier persona en la que se va moldeando y configurando su personalidad y en la que tomará unas decisiones que estarán presentes en el resto de su vida. Fue allí donde decidí hacer Filosofía Pura, aún contraviniendo la opinión de muchos, ya que era una “carrera para locos”. Mi padre, que no pudo hacer una carrera porque la guerra civil le cambió –como a muchos– la vida, dejó que hiciera lo que quisiera y con mucho esfuerzo “costeó” mi estancia en Granada. Nunca me dediqué a la que creía que era mi vocación y mi vida profesional, alejada completamente de la filosofía, se desarrolla en el ámbito de la Gestión Cultural en Baeza, lejos de aquellos sueños, en un trabajo que me ha llenado de enormes satisfacciones pero, que ya acercándome a la casi edad del júbilo, se está convirtiendo en un camino tortuoso como nunca imaginé.

A la hora de mirar atrás a ¿aquellos felices años?, como si de una visión retrospectiva se tratara, se agolpan multitud de recuerdos y curiosamente desaparecen los sucesos dolorosos o tristes, las noches en blanco, las montañas que no eran más que pequeñas colinas, así es la memoria selectiva que tenemos. Poco

a poco se van difuminando rostros, nombres, pasajes y circunstancias y todo aparece envuelto en un halo de nostalgia, en unas cuantas anécdotas, pero que sin lugar a dudas, mirando desde la lejanía volvería a vivir, porque soy el fruto de aquellos aciertos y errores.

Al igual que la mayoría no tenía muy claro el concepto ni el valor del tiempo, de su importancia, de ¿aprovechar o perder el tiempo?, como tampoco tenía claro la repercusión de mis decisiones en mi propio futuro y si éstas eran por mi propia voluntad o dictadas sin saberlo; no teníamos claro nuestras oportunidades, ni la trascendencia de nuestros juicios.

Coincidió con la edad de los descubrimientos, de los grandes cambios, “de niña a mujer”, como cantaba Julio Iglesias, los primeros tacones, los primeros cigarrillos, las pandillas y guateques jugando a ser mayores, los viajes de estudio... Coincidió con un importante cambio político y recuerdo la incertidumbre de aquellos días, de sentimientos encontrados, desconfianza para unos e ilusión para otros; aún no podía entender la repercusión de aquella muerte que traía consigo un cambio de régimen, una apertura democrática y el comienzo de una nueva etapa para todo el país. Pasamos de una Dictadura a una Monarquía Democrática. Coincidió, en otro orden de cosas, con un nuevo pontificado, en un corto espacio de tiempo, conocimos tres Papas.

Queríamos cambiar el mundo, ilusión no nos faltaba, y cantábamos en nuestras reuniones *Te recuerdo Amanda* de Víctor Jara o el *Padrenuestro* de Simon & Garfunkel, una adaptación de *Los sonidos del silencio*, pero apenas si cambiamos nosotros. Por aquellos años descubrí *El Principito*, que todavía conservo y leí en francés y al que vuelvo de vez en cuando como si en sus páginas estuviera todavía mi adolescencia.

Enfrente del instituto había, aún lo hay, un bar llamado El Estudiante, al frente del cual se encontraba Antonio. Allí empezamos a tomar nuestros primeros “cortos” y a hacernos algo mayores. Había dos máquinas recreativas y una máquina de discos donde sonaban las canciones del momento. Aquel primer curso

sonaba una canción de Jarcha, *Libertad sin ira*, en plena Transición. Una canción que se repetía bastante y que proclamaba algo que muchos llevaban décadas perdida. Este instituto nos mantenía seguros, la solidez de sus muros y de su historia nos transmitía esa convicción.

Pertenecí a la primera promoción de BUP, al igual que antes de EGB, época de cambios estudiantiles, de adaptaciones, de clases. Guardo un grato recuerdo de los que fueron mis profesores, muchos de ellos desaparecidos, otros en paradero desconocido y con otros, a pesar del tiempo y la distancia, mantengo una buena amistad, surgida en aquellos días. Lo mismo puedo decir de los compañeros, de muchos de los cuales nos separó o distanció primero la continuidad de los estudios y después el trabajo u otras circunstancias, sin embargo otros siguen estando aquí, como el primer día en el que tejimos unos lazos que perduran.

No quiero ser injusta al nombrar o recordar a los profesores, porque de todos ellos puedo decir algo, he de señalar que por aquellos años era obligatorio anteponerles don o doña a la hora de nombrarlos, una señal de respeto y distanciamiento, como era el caso de don Juan Montes, don Rufino, don José Luis Martín, don Ángel Nieto, don Adelino, don Conrado o don Antonio Leal, tratamiento que luego se relajó en los últimos cursos con los profesores más jóvenes, aunque no por ello menos respetados o admirados. Pido sinceramente perdón por las omisiones involuntarias, no obstante que sepan que algo de ellos quedó en mí, de Ofelia Janeiro, Fuencisla, Charo Virgós, Matilde Pajares, Esther Recacha, María Gámez, Maite, Justo Martínez. De todos ellos llevo algo en mi ligero equipaje, que diría uno de los más ilustres profesores del instituto, don Antonio Machado, pero sirvan los que nombro como homenaje a todos, como parte, salvando las distancias de “la canción de los nombres olvidados”.

En primer curso, en la clase de Literatura, estábamos sentados por orden alfabético; a pesar de los años todavía soy capaz de decir parte de aquella lista que, la recordada doña M.^a Teresa Esteban, nombraba con solemnidad antes de comenzar. Cuando iniciaba la clase, y si me nombraba para salir a exponer, ¡“tierra

trágame”!, aquella elegante mujer era capaz de intimidar y dejarme muda, ¿quién lo diría ahora? Ella me transmitió el amor por la literatura, por la lectura, por la poesía. Su cantante preferida era Joan Báez con su *Swing Low, Sweet Chariot*, entre otras. También me dieron Lengua y Literatura Mercedes de la Cruz, María José Navarro y Antonio López.

También de aquel curso recuerdo a todo un señor, don José Molina y su gran ironía, al que le tuve que entregar miles de copias de verbos durante el año, ya que cuando “te pillaba” hablando su castigo era mandar copiar diez verbos. Sin embargo, fuera de clase, era todo cordialidad, me recordaba a Errol Flynn. Aprendí mucho de la historia de Baeza en aquellas conversaciones y me enseñó a valorar nuestros monumentos, la importancia de protegerlos y también, nuevamente, el amor a los libros. Otra profesora que despertó en mí el interés por la historia y el arte fue doña María del Carmen Vargas, con la que hacíamos salidas por Baeza para conocer in situ los distintos estilos arquitectónicos de nuestro patrimonio. También tuve la suerte de tener en francés a otro gran hombre y profesor, don Luis María Diosdado.

En latín tuve a don Pedro Ponce, que además nos dio un taller de fotografía, y al año siguiente a don Vicente Moreno; su clase estaba en una de las aulas de la galería del patio de columnas, hacía calor y se abría la ventana situada sobre el heráldico medallón de la Santísima Trinidad. En la maquina tocadiscos del Bar El Estudiante sonaba a todo volumen *Corazón destrozado* de Bonny Tailer, y sus notas se entrecruzaban con la declinación de rosa-rosae. Curiosamente, a la misma hora, todos los días. ¿Casualidad? No, programación y cálculo. Con 5 pts. nos daba para reproducir la canción un par de veces. Con ambos profesores hicimos la excursión de fin de curso en 3.º de BUP a Ceuta y Benalmádena, donde con su ayuda me compré mi primera cámara fotográfica. También tuve otra inolvidable profesora de Latín, doña M.^a Dolores Rincón, con la que aprendimos no solo de Roma y el mundo clásico, a través de la serie “Yo Claudio”, sino que junto a un grupo de compañeros “nos adosamos” a ella y a otros profesores y compartíamos cervezas, tertulias, aprendizaje,

amistad y diversión. Con ellos hicimos el viaje de fin de curso a Galicia, y durante el trayecto, en el autobús, sonaba *Chiquitita* de Abba. Fue también con Lola Rincón con la que organizamos los primeros actos machadianos y terminé de enamorarme para siempre del poeta, que nunca me abandona; Joan Manuel Serrat nos acompañaba con su disco *Cantares*.

Y así, “golpe a golpe, verso a verso”, fueron pasando los días y los años. Ahora, nosotros, los de ayer, ya no somos los mismos, pero tuvimos una época común, donde fuimos parte de esa intrahistoria de este instituto que cumple 150 años y que antes, cuando ese mismo edificio era sede de la universidad de Baeza, otros, como nosotros, construyeron sus sueños o simplemente soñaron.

Llegó 1979, finalicé COU, de nuevo se cerraba un ciclo y se abriría otro; nuevas expectativas y esperanzas, nuevos retos y un volver a empezar. Aquel verano volví al instituto, formaba parte del Coro Catedral de Baeza y participaba en el acto solemne del regreso de la Universidad a nuestra Ciudad. Entonamos una nueva canción, el himno *Gaudeamus Igitur*. Para Baeza y para mí, la universidad entraba en nuestras vidas.

En este momento, en este año 2020, donde nuestra vida se ha frenado bruscamente y hemos tenido tiempo para reflexionar sobre demasiadas cosas, otra canción ha sonado en nuestro entorno y en mis oídos, *Resistiré*. Y así seguirá este instituto, resistiendo y adaptándose al paso del tiempo, mientras desde sus aulas, como dijo Antonio Machado...

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.*

LOS AÑOS DECISIVOS

José Rogelio Muñoz Oya

TENIENTE FISCAL. FISCALÍA SUPERIOR DE ANDALUCÍA

Cualquier edad es decisiva para el hombre, pero hay algunos años, quizá por la traza de esos andamios ocultos de la existencia que aún no sabemos comprender, que son más decisivos que los demás, son los años que impulsan nuestra forma de ser y nos encauzan hacia ese destino que procura dar sentido a todos los sueños, ilusiones y temores que desencadena la juventud. Decía Miguel Torga, el gran poeta de Coimbra que tanto admiraba a don Antonio Machado, que un hombre no es más que la juventud que queda dentro de él, y para mí *esa juventud*, no entendida como un mero recuento aritmético de los años, sino entendida como una *cualidad* de nuestra inquietud, se asocia con mi estancia en esta maravillosa ciudad de Baeza, cuando en 1974 iniciaba mis estudios de Bachillerato en el Instituto de la Santísima Trinidad, un espacio histórico emblemático que sigo recordando con tanto cariño como agradecimiento y orgullo.

Si decisivos son los años de cualquier bachiller, a veces la fortuna los hace coincidir con otros acontecimientos sociales que revisten una especial importancia y un valor singular, con una atmósfera de cambio y esperanza que enciende las virtudes y señala los defectos o peligros de cualquier sociedad. Podemos hablar entonces de auténticos *años de encrucijada*, de instantes en los que un pueblo decide el rumbo que debe trazar. Nosotros fuimos los primeros alumnos, ciertamente privilegiados, del recién instaurado *Bachillerato Unificado Polivalente*, aquel BUP que pretendía que la enseñanza secundaria española se homologara, de una vez

por todas, con la de los países más avanzados de nuestro entorno, otorgando un mayor peso a los años formativos del bachillerato. Fuimos afortunados por comparar aquel tiempo con un pasado más limitado y gris y por vivirlo en un lugar como Baeza, un espacio de armonía que sostiene un enriquecedor diálogo con sus habitantes y les proporciona una mayor capacidad para interpretar el presente con acierto y buscar un futuro mejor sin renunciar a todo aquello que merece la pena conservar.

Conocimos la promulgación de nuestra vigente Constitución y asistimos a una serie de cambios sociales que aún hoy me sorprenden por su altura y por la capacidad de adaptación que demostró nuestro pueblo para encontrar soluciones eficaces ante un reto tan difícil y complejo como el que nos tocó vivir. Mi añorada estancia en las venerables aulas de este Instituto no solo es un grato recuerdo: Es una de las mayores riquezas que sigo encontrando cada día en la valija de *esa juventud* que aún queda dentro de mí o, si lo prefieren, dentro de esa maleta invisible que todos llevamos y en la que guardamos lo que sigue siendo útil para sostener nuestras más limpias ilusiones.

Granada, 20 de noviembre de 2019

MEMORIAS DE UNA ADOLESCENTE EN MAYO DEL 68

Marina Alfonso Mola

PROFESORA TITULAR DE HISTORIA MODERNA
UNED

Aún recuerdo con nitidez la primera vez que traspuse el umbral del Instituto. Con mis catorce años recién cumplidos, iba literalmente muerta de miedo a enfrentarme con las pruebas de la Reválida de Cuarto después de haber pasado una noche de pesadilla, no porque me bailasen los troqueos y los espondeos, me quedase en blanco por no ver un ablativo absoluto, un cum histórico o cum con subjuntivo o me desesperase porque no fuese capaz de articular palabra en el examen oral de Francés, sino porque una u otra vez aquella noche en mis sueños casi febriles me quedaba sin tinta en mi estilográfica cromada azul zafiro y elegante capuchón incrustado de filamentos dorados, por lo que no podía entregar a tiempo las dos pruebas escritas (Geografía, Historia, Latín y Lengua y Literatura españolas, por un lado, y Matemáticas, Física, Química, Ciencias Naturales y Dibujo, por otro) que certificaban mi aprovechamiento en las tres partes evaluables del grado, que se debían aprobar por separado antes de hacer la media ponderada (amén de las ‘Tres Marías’ cuya puntuación era tenida en la calificación de conjunto, aunque no tengo muy claro cómo se hacía el cómputo).

Las niñas que habíamos estudiado el Bachillerato Elemental en las Filipenses estábamos en desventaja con las que ya estaban familiarizadas con las dimensiones, que a mí me resultaron descomunales, de aquel patio renacentista lleno de hileras de pupitres esperando a que con toda solemnidad el Tribunal enviado por la Inspección nos asignase un lugar y se repartiesen los pa-

peles oficiales para realizar las pruebas que nos abrirían las puertas al Bachillerato Superior o nos facultarían para realizar algunas carreras (que todavía no tenían categoría universitaria) a las que se podía acceder con el título de Bachiller Elemental, toda una proeza en un mundo en el que el analfabetismo aún estaba muy presente, sobre todo en el ámbito femenino (en los años cincuenta había en Andalucía casi un 28% de analfabetismo entre las mujeres aunque en los sesenta se logró descender al 7%, pese a que en Jaén la tasa de partida era superior, el 34,89%). Las niñas de mi generación fuimos las grandes beneficiarias de la generalización de la escolaridad hasta los catorce años, lo cual no era óbice para que todavía se refirieran a nosotras como 'las estudiantas', una vulgaridad plena de retintín, que hoy no sonaría tan mal después de la perversión producida por los aberrantes desdobles de los discursos políticos (el lenguaje inclusivo es otra cosa).

Pues bien, pese a los malos presagios de la víspera, superé la reválida en la convocatoria ordinaria y se me abrió un trienio (de octubre del 67 a junio del 70) en que mi universo se amplió entre los tutelares muros del INB Santísima Trinidad, los préstamos de libros de su Biblioteca y los concursos literarios entre el alumnado, que se fallaban en el *sancta sanctorum* del Paraninfo. Me sentía ya una persona mayor a la que su padre había entregado la potestad para que realizara por sí misma los trámites de la matrícula, incluida la adquisición en el estanco de la preceptiva póliza de veinticinco pesetas. La verdad es que era tímida, padecía todos los complejos propios de la edad y me encontraba bastante perdida, aunque tuve la inestimable ayuda de un buen samaritano, Antonio, un chico de sexto que me allanó el camino, lo que fue el inicio de una larga amistad pese a la distancia.

El concepto de coeducación no existía en los años finales de los sesenta. Realmente no se podía hablar de segregación entre chicos y chicas. En el Instituto, que era mixto, recibíamos una rara educación ya que las clases eran las mismas para todos y se impartían en la misma aula, pero sin que esto supusiera la erradicación de los roles tradicionales, ya que teníamos recreos distintos y los contenidos específicos de algunas materias eran diferentes en

función del dimorfismo de los estudiantes, como la Formación del Espíritu Nacional y la Educación Física, pues se había de servir de forma diferente a la Patria. En la FEN masculina predominaban los contenidos de teoría política y en la femenina los que afianzaban la disposición de servicio a través de la familia como transmisora de los valores e ideario del régimen a las nuevas generaciones. Así, la diferenciación de programas se fundamentaba en unos objetivos diseñados en función del papel que debía desempeñar cada sexo en la sociedad: formación para la vida pública, en el caso de los varones, y para la familiar, en el de las mujeres.

Por lo que respecta a la Educación Física, mientras los jóvenes se ejercitaban en una disciplina corporal tendente a desarrollar la resistencia física, los ejercicios gimnásticos de las jóvenes estaban programados (teniendo en cuenta su frágil naturaleza) para lograr que fueran gráciles en sus movimientos, sanas y aptas para las continuas maternidades del futuro, de ahí que en el adiestramiento se prescindiera de aquellas disciplinas deportivas que pudieran masculinizar su estructura corporal. Tanto la Política como la Gimnasia eran impartidas por instructoras de la Sección Femenina, organización cuya sola mención nos induce a evocar un estereotipo de mujer muy particular (en línea con el lema de esta sección de la Falange: ‘mujeres para Dios, la Patria y el Hogar’). Ahora bien, si Angustias Becerra, la profe de Política, se adecuaba al paradigma de la institución, las monitoras deportivas, Nieves Almansa y ¿Toni? (me falla la memoria), eran modernas, elásticas y bastante cercanas a las ‘gansas’ con quienes tenían que lidiar.

El Instituto era nuestro hábitat adolescente de referencia, debido al tiempo que pasábamos en él para cursar las 27 unidades didácticas semanales impartidas en clases de hora y cuarto. Eran 45 ó 48 horas lectivas semanales de lunes a sábado y eso que al hacer ‘semana inglesa’ teníamos las tardes sabáticas libres. Casi se podría hablar de que percibíamos el centro docente como nuestra segunda casa, y eso que lo hago desde la perspectiva de quien lo abandonaba durante las dos horas que separaban la jornada de mañana de la de tarde. Esta circunstancia me ha hecho recordar la situación de algunos de mis condiscípulos, que ve-



nían en la camioneta de libros o en bicicleta o andando desde lugares no tan próximos y que se traían la fiambrera para comer en cualquier tras-cacho durante los fríos y húmedos inviernos de la Baeza de mi infancia (la de los sabañones en las manos y hasta en las orejas). Bendita la hora en que el Director se apiadó de estos intrépidos estudiantes y les permitió refugiarse en los soportales del patio y hasta les habilitó un espacio exiguo y poco acondicionado para no estar a la intemperie (¿cómo no iban a aprovechar el aprendizaje, con lo que les costaba acceder a la formación!).

Las promociones que accedimos al Santísima Trinidad estábamos, como era lógico, divididas en dos ramas, Ciencias y Letras. La verdad es que no teníamos muchas materias, pero las abordábamos exhaustivamente. Las asignaturas comunes de Quinto eran Ciencias Naturales, Francés, Dibujo, Gimnasia, Religión y Política. Luego nos desdoblábamos, siendo mucho más numerosos los de Ciencias (que cursaban Matemáticas y Química) que los de Letras (Latín y Griego). Yo fui una chica de Letras en unos tiempos en que la enseñanza, aun dentro del nacional-catolicismo, ya había atenuado sus connotaciones patrióticas de tiempos pretéritos (aunque perduraba en el imaginario colectivo del régimen la educación de la mujer como soporte del hombre, como reproductora y como educadora de las nuevas generaciones). Como alumna de Quinto quedé fascinada por el encanto de 'Palas Atenea' (apelativo de la profesora Pilar Redondo, discípula de Pabón de Urbina, quien también había formado parte del claustro del Instituto de Baeza y era el autor del diccionario VOX que todos manejamos y que conservo en la primera edición de 1967), cuya sonrisa hacía fácil asumir el espíritu áspero y el suave en la declinación de los artículos definidos, familiarizarnos con el aoristo, conjugar los verbos en activa, pasiva y perifrástica, detec-

tar los quiasmos y traducir la lengua de Homero. Una agregada en su primer destino que amaba el Griego y nos enganchaba con la utilidad de la etimología de las palabras. Su juventud y entusiasmo me contagiaron el deseo de ser una docente como ella, capaz de comunicar a los alumnos la pasión por la materia impartida.

Tampoco en Sexto las materias eran muchas, aunque si fundamentales para el desarrollo de la mente, del sentido de la estética y del gusto por los grandes escritores. Las comunes incluían Filosofía, Lengua y Literatura española, Historia del Arte y la Cultura y las consabidas ‘Tres Marías’. Los de Letras continuábamos profundizando en Latín y Griego, mientras los de Ciencias tenían Matemáticas y Física. Sin olvidar que en ambos cursos las chicas teníamos un plus de casi cuatro horas semanales de permanencia en unas aulas especiales donde se impartían las tres unidades didácticas dedicadas a perfeccionarnos en las llamadas Enseñanzas del Hogar, dentro del programa de preparación al ser-

vicio de la Patria a través de la adquisición de “los conocimientos básicos que debe poseer toda mujer con el fin de estar capacitada para cumplir su misión como ama de casa” (según rezaba en los textos). El proceso de capacitación para afrontar los problemas domésticos incluía clases para aprender a guisar, planchar, coser, confeccionar y adaptar ropa (es significativo que en los patrones de los manuales la talla más pequeña era la 44); además se impartían nociones sobre la vivienda (el cuidado del

LENCERIA, CORTE Y CONFECCION			
MATERIAL QUE NECESITA LA ALUMNA AL EMPEZAR ESTE ESTUDIO			
Cinta métrica.			
Libreta de anotar medidas.			
Papel blanco y azul. Hojas de 65 cms. ancho, por 90 cms. largo, para el corte de patrones.			
Papel amarillo para monturas. Hojas de 65 cms. ancho por 90 cms. largo.			
Escuadra numerada (imprescindible) de 50 cms. largo, por 25 cms. ancho.			
Regla de 80 cms. largo.			
Lápizera núm. 1 clase superior.			
Goma borradora.			
Buena goma o cola para pegar.			
Género de algodón blanco barato, para ensayos y monturas.			
Rúlete. Tijeras. Aguja y alfileres, etc.			
Medidas de las Tallas 44 y 46			
Talla 44		Talla 46	
CUERPO			
Talle espalda	39	Talle espalda	40
Cuello	37	Cuello	39
Espalda	38	Espalda	39
Cadera	35	Cadera	36
Siso	17	Siso	18
Tórax 85 (holgura 5) total	90	Tórax 90 (holgura 5) total	95
Cintura	65	Cintura	72
Cadera 93 (holgura 5) total	98	Cadera 100 (holgura 5) total	105
Altura	20	Altura	20
Talle delantero	43	Talle delantero	45
Altura pecho	26	Altura pecho	26
Pecho 46 (holgura 2 1/2) total	48 1/2	Pecho 49 (holgura 2 1/2) total	51 1/2
MANGA			
Largo codo 35, total	60	Largo codo 35, total	60
Largo bajo brazo	48	Largo bajo brazo	48
Contorno brazo	36	Contorno brazo	37
Contorno muñeca	20	Contorno muñeca	21
PANTALON		PANTALON	
Cintura	65	Cintura	72
Cadera 93 (holgura 5) total	98	Cadera 100 (holgura 5) total	105
Altura	20	Altura	20
Entrepierna	28	Entrepierna	30
Cuerpo	68	Cuerpo	72
Largo rodilla	58	Largo rodilla	60
Contorno rodilla	35	Contorno rodilla	36
Largo pantorrilla	78	Largo pantorrilla	79
Contorno pantorrilla	34	Contorno pantorrilla	35
Largo tobillo a total	96	Largo tobillo a total	98
Contorno tobillo	20	Contorno tobillo	21



mobiliario y las ropas, la limpieza, iluminación y decoración del hogar), la alimentación (incluida la conservación de los alimentos o disponer y servir la mesa), la higiene y la salud, así como someras nociones de economía doméstica para administrar el presupuesto familiar. Así, asistíamos a clases de cocina y repostería con Josefina Hurtado y de corte y confección con Magdalena Ruiz.

En teoría, el Instituto nos preparaba para la vida moderna, pero si el objetivo era formar a los jóvenes en todo aquello considerado como necesario para su destino en el hogar, el fracaso fue obvio y manifiesto (aunque algo quedó y nos alegramos de esta instrucción cuando nos independizamos). Los dechados de perfección en las habilidades de ojales, presillas, zurcidos, pieceo, dobladillos, bieses, sobrehilados, costuras vueltas o dobladas, vainicas ciegas y dobles, filtrés, festones, bodoques, entredoses, frunces, lorzas, puntos de abeja, etcétera, nos los hicieron nuestras madres. Doña Magdalena era comprensiva cuando presentábamos la labor del examen muy diferente a la de la muestra: unos ojales de pestaña de santo con un hilo convertido en gris por obra y gracia de los sudores que pasábamos para superar la prueba.

Y nuestras madres fueron también providenciales en la confección de la canastilla para cumplir con el trámite del Servicio Social (¡vigente hasta 1978!), el colofón de una época tan próxima en el tiempo y tan lejana en sus prácticas e ideologías, imprescindible para solicitar el título de Bachiller (así como para todas las que querían obtener títulos profesionales, puestos en la administración pública, pasaporte y carnet de conducir, éstos últimos si habías alcanzado la mayoría de edad que para las mujeres era a los 21 años). Pese a que el Servicio Social tenía una duración de seis meses (generalmente en campamentos de la Sección Femenina) para cursar las materias teóricas (Escuela del Hogar, Política y Religión), a las 'bachilleras' se nos convalidaban porque ya habíamos recibido los contenidos formativos en la enseñanza reglada del Instituto, así como se nos eximía de la parte práctica (en hospitales, en comedores escolares y en preventorios, que se publicitaban como colonias o casas de salud infantiles cuando fueron más bien centros de reclusión y adoctrinamiento hasta 1975), si confeccionábamos una canastilla (cosida y tejida, en la mayoría de los casos, por nuestras progenitoras).

En una época en que la disciplina era un valor y en la que aún había tarimas para subrayar la diferencia de categoría entre los docentes y los educandos, tuvimos un buen plantel de profesores, muchos recién llegados a su destino. De algunos sólo recuerdo su nombre o su aspecto físico, y aún hoy he de luchar conmigo misma para no poner el don o el doña ante sus nombres (Francisco Bombín, José Luis Ortega, Antonio Tintoré, Ginés Calvente, Antonio Leal...). Todos contribuyeron a marcar una impronta fuerte en el proceso de moldeado de nuestras capacidades juveniles como el pensamiento crítico, la importancia de la curiosidad, la observación y la reflexión para el aprendizaje, el interés de la argumentación en el debate, el respeto a las opiniones diferentes y la independencia de criterio para no ser fácilmente manipulables. En suma, gracias a los profesores, el centro académico se convirtió en un lugar de confrontación de ideas (el primero para la mayoría del alumnado) para huir del aborregamiento y del adocenamiento.

Merecen una especial mención José Luis Martín, cuyas clases de Filosofía eran un soplo de sabiduría y un paso hacia la madurez, mucho más allá de la adquisición de conocimientos para superar la reválida de Sexto o la prueba de madurez al final del 'Preu'. María Ángeles Álvarez, que nos hizo amar la buena literatura y nos insufló la curiosidad por descubrir nuevas lecturas que abrieran nuestras mentes y perfeccionaran nuestra capacidad de comunicación oral y escrita. Por otra parte, pese a su especial sentido del humor y su socarronería particular, que a veces nos hacía sentir incómodos en clase, he de romper una lanza en favor de José Molina y su empeño porque diéramos un salto en nuestro nivel de Francés, completando los contenidos de los manuales con la lectura de los artículos de la revista *Paris Match*, contraponiendo así el lenguaje periodístico con el literario de *Vol de nuit* de Antoine de Saint-Exupéry. También son inolvidables y entrañables las clases de arte en las que Carmen Vargas se sentía en la obligación de comentar que si ante los desnudos de las esculturas clásicas alguien se sentía violento (nunca se refirió a alteraciones físicas) estaba autorizado a abandonar el aula.

Superar la Reválida de Sexto fue para la mayoría de nosotros una experiencia casi tan importante como la que supuso para Neil Armstrong el pisar la luna en el verano del 69. Tras aprobar la segunda Reválida de nuestras cortas existencias hubo una gran desbandada de estudiantes que se derivaron hacia Magisterio, hasta el punto de que en el 'Preu' de Letras éramos cinco alumnos (tres chicos y dos chicas) y dábamos las clases de Latín y Griego en torno a una mesa camilla de faldillas verdes (no te podías arriesgar a no llevar la traducción preparada porque todos los días intervenías). De todas formas, una gozada porque eran las únicas horas en las que no padecíamos el frío del aula (hoy dedicada al recuerdo del paso de Antonio Machado por el Instituto) en la que nos reuníamos los de Ciencias y Letras para las asignaturas comunes (Filosofía, Francés, Biología, Historia de España, Lengua y Literatura y Doctrina Social Católica) y en la que los focos de calor eran el brasero del profesor (¿el mismo de los tiempos machadianos?) y nuestros juveniles cuerpos.

Los internos del Beato y de los Carmelitas, los que venían a diario de los pueblos de los alrededores y las pocas internas de las Filipenses, más los del pueblo componíamos una pandilla de lo más variopinta, con un amplio abanico de edad (unos porque habían repetido curso –mucho más habitual que en tiempos posteriores, los profes eran unos ‘huesos’– o habían perdido curso a causa de las dichosas reválidas o porque al tener que ir a un internado los padres habían demorado la hora de la separación), donde reinaba la alegría de vivir propia de la juventud, los primeros amores y las miraditas en el aula o a la entrada y salida de clase, sin faltar en las tardes soleadas el hacer novillos o la rabona escapándonos a las Murallas. Y es que tuvimos una adolescencia austera, lo cual no nos impidió ser felices, pues aún no estábamos inficionados del consumismo y primaba el ser sobre el tener. No sé si esta evocación resulta demasiado idílica por la añoranza de los años de juventud y la realidad era menos atractiva y entrañable al estar distorsionada por la pátina amable de los recuerdos.

Además, la camaradería presidía nuestras relaciones y se mostraba especialmente en torno a los recreos de ‘Preu’, en que podíamos salir del Instituto y se hacía colecta para poner en funcionamiento la máquina de discos del bar de Romualdo y bailar, sin desdoro, al ritmo del *Baúl de los recuerdos* de Karina o las canciones del Dúo Dinámico y hasta de Mocedades, aunque preferíamos el rock & roll de Elvis, el twist de Johnny Hallyday o el de la *Chica yeyé*, sin olvidar a los Jackson Five. No obstante, los discos que se llevaban la palma eran los de rock y pop de los conjuntos españoles (Canarios, Brincos, Sirex, Pekenikes, Relámpagos, Fórmula V). Y en los días grises escuchábamos soul, blues y el folk de los grupos estadounidenses como Peter, Paul & Mary o The Mamas & the Papas y las baladas y boleros del portorriqueño invidente José Feliciano.

No todo se aprendía en las aulas y el oído se nos iba haciendo al inglés a través del *Black is Black* de los Bravos y las letras de las canciones de los Beatles, Simon & Garfunkel, Carlos Santana y su *Black Magic Woman* (aunque también es verdad que acudíamos con frecuencia a las versiones de canciones extranjeras traducidas

al español por los Mustang, inolvidable su *Submarino amarillo*). Y como es lógico estábamos contaminados (e inspirados, ¿por qué no?) por la estética hippy y, sobre todo, por la música que nos iban trayendo los amigos más progres, ya que los adolescentes del tardofranquismo sentíamos cierta aversión (boba e injusta) por la copla, el flamenco y hasta la zarzuela, pues cualquier manifestación remotamente vinculada a las esencias patrias nos olía a vieju-no y pretendíamos ser el no va más de la modernidad.

Los años del Instituto fueron providenciales para moldear nuestros gustos con los discos que socializábamos porque eran difíciles de adquirir (no se vendían en Baeza y eran caros para nuestros exiguos presupuestos) como el éxito del 68 *In-A-Gadda-Da-Vida* de los Iron Butterfly, sobre todo, de las bandas de rock británico Pink Floyd, Rolling Stones y Led Zeppelin, que amenizaban los castos guateques dominicales (en las casas, donde se dejaban caer de improviso las mamás, o incluso en un salón del internado de los Carmelitas), así como en los contados bailes del Instituto, creo que escasos porque para organizarlos era necesario ir a pedir permiso a la Guardia Civil y eso que no actuaban conjuntos, sino que bailábamos con la música del ‘picú’ (*pick up*, un tocadiscos, no un tipo de vehículo), sin pinchadiscos profesional y en los que el mayor atentado a la moralidad era poner *Tus manos en mi cintura* de Adamo o *Anduriña* de Juan y Junior, después de haber loqueado con Miguel Ríos, Eric Clapton, Beach Boys y los grupos con pedigrí nacional.

No puedo hablar en nombre de los compañeros de Instituto que compartimos clases, ilusiones, risas, apertura a un nuevo universo, pero no creo distorsionar en exceso la realidad si digo que pasamos de puntillas sobre el mayo del 68, que apenas nos enteramos. Difícilmente a las chicas a las que se nos habían inoculado los valores femeninos del régimen y a las que se nos había preparado para ser el ‘descanso del guerrero’ y el ‘ángel del hogar’ en las asignaturas de Política y Hogar podíamos entender en nuestra adolescencia la conmoción de los valores conservadores que supuso el mayo del 68. Como mucho, al igual que nuestros condiscípulos varones, manifestamos simpatía por los maravillosos eslóganes

del movimiento parisino: ‘la imaginación al poder’, ‘prohibido prohibir’, ‘bajo los adoquines, la playa’. No obstante, no fuimos conscientes del espíritu que los animaba como revulsivo de las costumbres y las mentalidades, y de la crítica al capitalismo, la burocracia y los valores burgueses, ni nos sumamos a los movimientos estudiantiles que se produjeron en otros lugares y de los que se hablaba en voz baja. Sí es verdad que a través de la música nos fueron llegando realidades como la Nova Cançó, sobre todo cuando la dictadura franquista se opuso a que Joan Manuel Serrat (cuyas canciones nos atraían por su mensaje rompedor, incluso cuando las letras nos ponían en contacto con Antonio Machado, un poeta maldito muerto en el exilio) cantara una parte del *La, la, la* en catalán en el festival de Eurovisión del 68, que ganó Massiel, y de esto se habló bastante en el Instituto. También formó parte de nuestras conversaciones el movimiento antibelicista surgido al calor de la guerra de Vietnam a través de la canción protesta de la década de los 60, con intérpretes pacifistas o activistas de la talla de Pete Seeger, Joan Baez, Bob Dylan o Stevie Wonder. Incluso nos llegó por esta vía el tema del *apartheid* a través de la activista sudafricana Miriam Makeba y su universal *Pata Pata*. Por otro lado, el auge internacional del movimiento hippy (contracultural, libertario y pacifista) en la década de los 60 cristalizó en el festival de Woodstock del verano del 69, e hicimos nuestros a Janis Joplin, Joe Cocker y Jimi Hendrix, entre otros, cuyos ecos lejanos ampliaron nuestra curiosidad por nuevos ritmos mestizos como el blues rock, el rock psicodélico, el hard rock, el folk rock, el jazz fusión, etcétera.

Aunque no nos sumamos a la contracultura, se iban filtrando determinados aspectos en los jóvenes como el pelo largo, las barbas de los alumnos más mayores, las faldas que milagrosamente decrecían a los pocos minutos de salir de casa y los jeans en las chicas, y germinaron las semillas de rebeldía que eclosionarían cuando abandonamos el Instituto y nos zafamos de la coerción social y familiar al dar el salto a la Universidad, donde no tardamos en quitarnos la combinación, la fajita, el sujetador, los pendientes y dejamos de depilarnos (afortunadamente, la actitud libertaria nos duró poco). Fueron los años de Instituto los que nos permi-

tieron evolucionar desde el modelo cinematográfico de Doris Day al ideal de chicas modernas, frágiles y dulces, pero independientes, del tipo Audrey Hepburn, Natalie Wood o Julie Andrews (en cuya estela se inscribieron Enriqueta Carballeira y Sonia Bruno) e incluso nos adherimos a la estética pop de las chicas ye-yes de la mano de los personajes interpretados por Concha Velasco y Teresa Gimpera, ya que el mito erótico encarnado por Marilyn Monroe era demasiado rompedor en la sociedad que vivíamos, todavía un tanto mojígata.

Visto con la perspectiva de los años, las jóvenes de mis tiempos de Instituto fuimos unas privilegiadas. Pese al paradigma dominante del ideal femenino que se sustentaba en el sacrificio, la modestia, la obediencia, la sumisión, la subordinación y la glorificación de la maternidad, virtudes exaltadas mientras se menospreciaba a la mujer erudita, preocupada por su desarrollo cultural y profesional, e incluso la Iglesia condenaba a las mujeres independientes y críticas planteando que, frente a las ‘Bachilleras’, presuntuosas y sabiondas, debían formarse para desempeñar su papel tradicional de esposa, madre y reserva de los valores espirituales de occidente. Cuando los ideales más reaccionarios definían a la mujer en relación con su esencia y destino natural (madre asexuada, patriota, abnegada, piadosa, ejemplar, ahorradora, laboriosa, recatada, decente, alegre, dulce y atractiva) y considerada como perpetua menor de edad desde el punto de vista de la legislación (civil, penal y laboral), el incremento lento, constante e imparable de la incorporación de las chicas a la instrucción superior y al ámbito universitario echó por tierra las aviesas intenciones inmovilistas del patriarcado y la Iglesia. Y es que si el algodón no engaña, las cifras lo dicen todo: si en 1950 sólo el 35% de las niñas accedían a los estudios de primaria y secundaria, en 1970 ya éramos el 45,60%. Y lo que es más, la presencia femenina en la enseñanza universitaria pasó del 14,50% de 1950 al 26,60% en 1970, aún lejos de las cifras de la siguiente centuria, pero significativas del cambio de tendencia y la evolución del papel de la mujer intelectual en la sociedad pre-democrática.

Mi agradecimiento al claustro de profesores que nos educó por hacernos sentir que a nivel intelectual no había diferencias

entre chicos y chicas y que las mujeres podíamos pensar como los hombres, aunque hiciéramos preguntas incómodas. Y una efusión última para nuestras profesoras que en un amplio abanico de edad y estado se nos brindaron como modelos de mujeres independientes a través de un trabajo que amaban, que ejercían en plan de igualdad con los colegas varones y que nos abrieron una vía para transgredir determinados clichés o códigos sin dejar de ser decentes. Se podía ser una mujer intelectual y fumar en público sin desdoro de ser femenina, se podía preocupar por ir vestida a la moda, por la belleza, por la tersura de la piel y por llevar los labios pintados de rojo sin ser frívola y sin entrar en contradicción con el desempeño de su profesión. Un soplo de aire fresco en tiempos del estilo que trató de imponer el patriarcado de la época franquista.

INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD

“UNA INSTITUCIÓN QUE DEJA HUELLA”

Pedro Narváez Moreno

FOTÓGRAFO

*“Cuida tus Pensamientos
porque se volverán Actos.
Cuida tus Actos
Porque se harán Costumbre.
Cuida tus Costumbres
porque formarán tu Carácter.
Cuida tu Carácter
porque formará tu Destino.
Y tu Destino será tu Vida.”*

Con esta reflexión de Gandhi, que da comienzo a estas líneas, quisiera transmitir lo mucho que esta institución nos marcó. En ella aprendimos a cuidar nuestros pensamientos, que se volvieron actos y actos que se hicieron costumbres, que cuidamos en estas aulas centenarias y que formarían nuestro carácter, destino y vida.

Me siento muy afortunado de haber pasado por las aulas del Santísima, “designación que las nuevas generaciones le dan a esta antigua e histórica institución que, en 2019, cumplía 150 años”. En una Ciudad Patrimonio Mundial, es un lujo formarse en un edificio que forma parte de ese rico patrimonio. Patrimonio arquitectónico y patrimonio cultural, no podemos olvidar que este edificio fue el heredero de la importante Universidad que se fundó en el siglo XVI y que escribiría líneas de oro en la espiritualidad de esa centuria, gracias a la doctrina del Apóstol de Andalucía y Doctor de la Iglesia, San Juan de Ávila.

Ya, como Instituto, ha tenido el privilegio de contar con docentes y grandes personajes del nivel de Vicens Vives o el poeta Antonio Machado, hijo adoptivo de la ciudad, que escribiría en Baeza parte de sus mejores obras, declaradas Patrimonio Mundial. En este contexto, es fácil aprender a cuidar y querer nuestro patrimonio. Pertenezco a una generación que además, durante la década de los 80-90, recibimos el influjo de grandes docentes que marcaron los pensamientos, actos y costumbres de varias generaciones, entre ellos el poeta, ensayista y profesor Manuel Ruiz Amezcua, y el recordado Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, que dedicaría 15 años de su vida a la investigación de nuestro pasado junto a un grupo de alumnos que, desde entonces, sentirían un amor tan grande por la historia que, algunos de ellos, lo convirtieron en su modo de vida. Publicaron tal cantidad de trabajos que, aún, los historiadores actuales beben de las rentas de sus investigaciones. Tuve la suerte de gozar de su cordial amistad y el honor de colaborar en la mayoría de sus publicaciones con mi aportación fotográfica.

Desde entonces tuve la motivación de recopilar, en imágenes, los rincones y tradiciones más representativos de nuestra Baeza, de tal forma que, en mi etapa universitaria, sentí esa necesidad de hacer “patria chica” llevando a mis compañeros diapositivas de mi ciudad.

Y fue así lo que Gandhi postula, como “mi carácter formaría mi destino que se convertiría en mi vida”... la fotografía. Primero recibiría formación en la Escuela de Artes de Baeza y, posteriormente, realizando el Ciclo Superior de Fotografía en Jaén. Y es a través de ella como quiero hacer un viaje en el tiempo y palpar la Baeza coetánea o cercana a la fundación del Instituto.

Son muchos los legados fotográficos, procedentes de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX, que nos podrían definir la Baeza de los primeros años de esta institución. Pero me quiero centrar en la obra del fotógrafo Domingo López Muñoz. A él debemos un amplio archivo de fotografía documental, de gran calidad y nitidez, de las plazas, calles y edificios más significativos de la ciudad. Revelan una gran maestría en la selec-

ción de los lugares y de la perspectivas utilizadas, se vale, a veces, de balcones o puntos elevados para realizar la imagen y, así, transmitir una visión más completa del entorno que quiere describir. A él se debe la siguiente selección de imágenes que nos permitirán viajar en el tiempo dando con ello validez a una de las definiciones más acertadas del arte fotográfico, aportada por Cartier-Bresson: “Impulso espontáneo de una atención visual y perpetua, que atrapa el instante y su eternidad”.

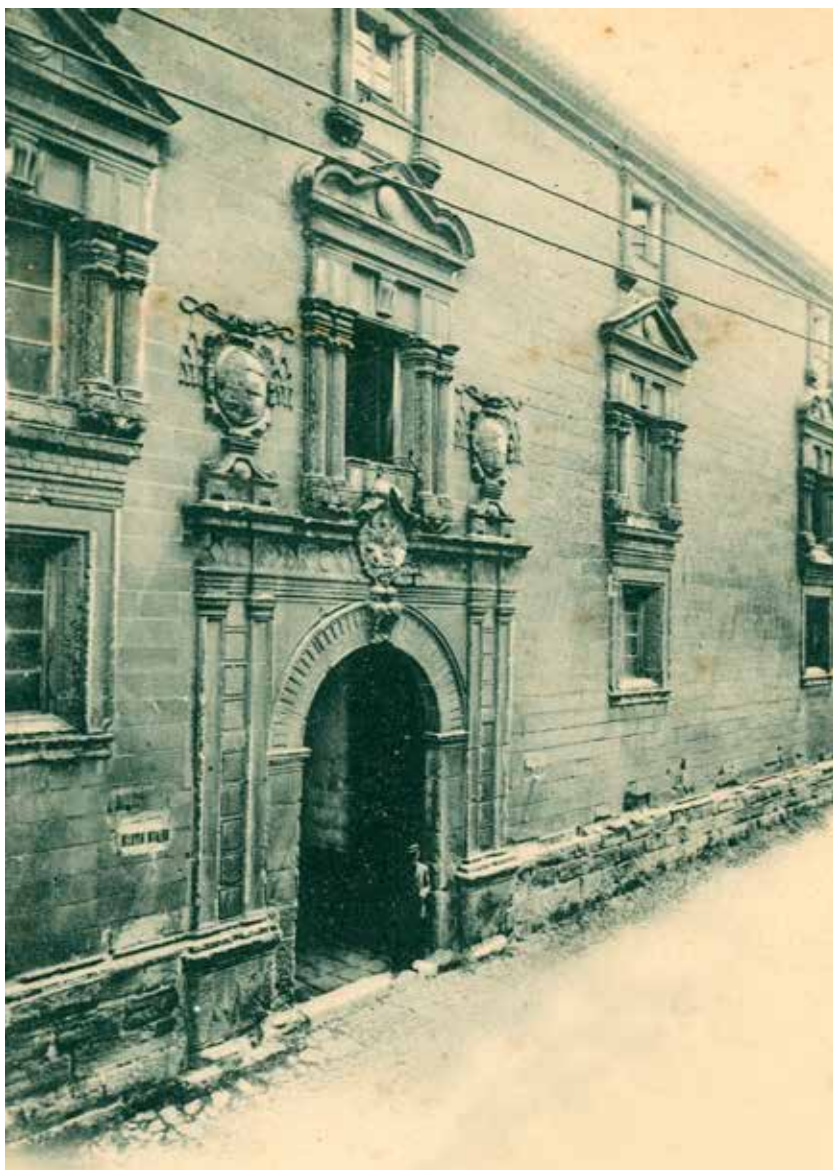
ANEXO FOTOGRÁFICO



Plaza de Alfonso XII. Foto Domingo López Muñoz. Postal H. 1902. Colección Narváez Olivera.



Casas Consistoriales y Puerta de la Virgen del Pópulo. Foto Domingo López Muñoz.
Panorama Nacional. 1896-1898. Colección Narváez Olivera.



Antigua fachada del Instituto (antigua Universidad Católica). Foto Domingo López Muñoz.
Postal H. 1902. Colección Narváez Olivera.



Seminario de San Felipe Neri. Foto Domingo López Muñoz. Panorama Nacional. 1896-1898. Colección Narváez Olivera.



Plaza de Santa María. Foto Domingo López Muñoz. Postal H. 1902. Colección Narváez Olivera.



Calle de San Pablo. Foto Domingo López Muñoz. Postal H. 1902. Colección Narváez Olivera.



Ayuntamiento actual. Foto Domingo López Muñoz. Panorama Nacional. 1896-1898. Colección Narváez Olivera.



Ejido. Foto Domingo Lopéz Muñoz. Álbum Fotográfico. 1882. Archivo Histórico Municipal de Baeza.



Patio del Instituto. Foto Domingo Lopéz Muñoz. Álbum Fotográfico. 1882. Archivo Histórico Municipal de Baeza.



Fachada del Instituto. Foto Domingo Lopéz Muñoz. Álbum Fotográfico. 1882. Archivo Histórico Municipal de Baeza.

MI PASO POR EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DE BAEZA (1954-1962)

Antonio Carrasco Cantos

GEÓLOGO

Recibo una invitación del director del Instituto, Rogelio Chicharro, para escribir unas notas sobre las vivencias de mi paso por el mismo, para su posterior publicación con motivo del 150 aniversario de su fundación, a la que acepto gustoso.

Tengo en mis manos el Libro de Calificación Escolar (que conservo como una reliquia) y tras empezar a ojearlo me vienen muchos recuerdos de aquella feliz etapa, y eso que han pasado nada menos que 65 años desde aquel examen de Ingreso, corría el año 1954. Yo procedía de la Enseñanza Primaria desde el Colegio Religiosas Filipenses. Cómo no mencionar a la Madre Josefa, quien con tanto interés y acierto nos preparaba para dicho examen.

Recuerdo momentos entrañables con los nuevos compañeros y profesores, conferencias en el magnífico Paraninfo, actividades deportivas, representaciones teatrales, excursiones y viajes de estudios (especialmente a Madrid y Mallorca) y otros momentos no tan buenos como la preparación de exámenes para las Re-vádas (4.º y 6.º curso); era un verdadero trauma el saber que con un suspenso no se podía pasar al curso siguiente.

Para estos menesteres existían los llamados Colegios Menores como refuerzo de estudios y las Academias Internados, entre ellas la Academia Beato Juan de Ávila y la Academia San Andrés.

La adquisición de libros de texto y material escolar para cada nuevo curso se hacía en dos establecimientos: la papelería de Juan Chamorro, en calle Barreras, y la antigua imprenta de

Raimundo Alhambra, casa fundada por su abuelo en el año 1868 en Cardenal Benavides, muy próxima a la vivienda de Antonio Machado, por lo que es de suponer sus frecuentes visitas. Actualmente ya no existe ninguna de ellas.

En la primera página del citado libro de calificación aparece el n.º de REGISTRO: SERIE D-79361 y la primera fotografía de carnet, realizada por el recordado Cristóbal, resalto una curiosidad de la época. Aparezco de riguroso luto con apenas 11 años, corbata negra y cinta negra en la solapa de la chaqueta, significaba exteriorizar el fallecimiento de un familiar, en este caso de mi abuelo materno, Diego.

En aquellos años de 1950, Baeza era una ciudad principalmente agrícola. El jornal era el sustento económico en una familia, bien en labores de las cosechas de cereales y trilla en verano o bien en la recolección de aceituna en invierno. En mi memoria permanecen los grupos de recuas de animales entre caminos de olivares cargados con capachos de esparto de aceituna para su molienda. Cuadrillas de hombres y mujeres arropadas hasta la cabeza con aquellos chales de lana negra. La propiedad de un automóvil era impensable, solo al alcance de unos pocos.

Paralelamente las pandillas de niños aprovechaban cualquier calle para convertirla en campo de fútbol en donde, por cierto, la pelota se convertía en objeto de persecución por parte de los agentes municipales, bien para incautarse de ella o destruirla.

Al llegar a 5.º curso ya había que tomar una decisión, elegir la rama de Ciencias o de Letras. Yo opté por la primera, aunque asignaturas como Geografía e Historia, Literatura o Historia del Arte me atraían especialmente, y si bien en todos los cursos alternaban diferentes asignaturas, las de Religión y Formación del Espíritu Nacional eran obligatorias en todos.

Aparece siempre a pie de las calificaciones la firma del Secretario, entonces era Ángel Nieto, profesor de Química y Física, y como Directora, M.^a Encarnación Álvarez, catedrática de Geografía e Historia.

De todo el profesorado que a lo largo de los siete cursos impartieron clase quisiera resaltar algunos de ellos que tuvieron una mayor influencia en mi formación:

Al catedrático de Ciencias Naturales, Luis Morcillo, por sus explicaciones tanto teóricas como prácticas. Activó el laboratorio de ciencias, rico en minerales y rocas, aves, mamíferos, insectos, ensayos en microscopio, etc., haciendo de éste un verdadero museo.

Al catedrático de Matemáticas, Rufino Gonzalo, por su claridad en los razonamientos para explicar esta materia.

A M.^a Encarnación Álvarez, por hacer tan amenas sus clases de Historia del Arte y Geografía.

M.^a Teresa Esteban y Manuel Cano, catedráticos de Lengua Española y Literatura, despertaron mi afición a la lectura.

Y, por último, aquel joven profesor almeriense, Ernesto Alcázar, quien nos enseñaba nuevas técnicas competitivas para los deportes de pelota, especialmente baloncesto y balonmano.

Una vez terminado el curso de Preuniversitario toca decir adiós al Instituto para empezar la etapa universitaria. Elegí la carrera de Ciencias en su rama de Geológicas, esta nueva Sección había sido aprobada por el Ministerio solo ocho años atrás en la Universidad de Granada, siendo la cabeza visible el catedrático Jose M.^a Fontboté. Yo me dediqué a la Geología Aplicada, principalmente a prospecciones mineras y estudios de Hidrogeología en empresa pública.

Otros alumnos del instituto también eligen esta carrera, entre ellos Enrique Ruiz (compañero de promoción) y que posteriormente alcanzaría el título de catedrático en Baeza.

Unos años más tarde Francisco Carrasco y M.^a Dolores Ruiz (recientemente fallecida) obtendrían los dos una cátedra en la Universidad de Málaga.

Quizás debí comenzar estas notas mencionando que todos los profesores que tuve en Bachiller ya no están con nosotros, pero

he preferido recordarles ahora como verdaderos profesionales de la enseñanza y cuya obra permanecerá viva, igual que permanecerá viva la labor de este Instituto que sigue siendo como un faro que irradia cultura con luz propia.

Baeza y el Instituto Santísima Trinidad siempre irán de la mano en los temas del CONOCIMIENTO para la formación de nuestros nietos y los hijos de los nietos.

Finalmente, quisiera mencionar a mis padres (José y Alcázar) y resaltar el enorme sacrificio que significó para ellos sacar adelante los estudios universitarios de sus cinco hijos: José, Antonio, Francisco, Inés y Pilar, que sin ellos no hubieran alcanzado sus objetivos y aspiraciones. Mi reconocimiento a su incalculable ayuda.

Baeza, octubre, 2019

HACIENDO MEMORIA...

150 aniversario de la creación del Instituto Santísima Trinidad de Baeza

M.^a Águeda Moreno Moreno

DOCTORA EN FILOLOGÍA HISPÁNICA.

DIRECTORA DEL DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA
DE LA UNIVERSIDAD DE JAÉN

Haciendo uso de las tres potencias del *alma racional*, esto es, el entendimiento, la imaginativa y la memoria, según el maestro Juan Huarte de San Juan, es que pretendo escribir estas líneas, a fin de unir impresiones sensoriales dispersas en unidades perceptivas complejas. Huellas que, almacenadas, casi aletargadas, esperaban para ser reproducidas y sacadas cuando la oportunidad lo pidiera, tal es la ocasión. Y en esta categorización la *memoria* es la que doblemente me es ventajosa: lo primero, por su dimensión de reflexión, en este caso, voluntaria; lo segundo, porque, según el mismo Huarte, es a esta a la que corresponde la tarea de la gramática y estudio de la lengua, disciplina que ha guiado mi ingenio, habilidad y mi profesión académica. Y aunque, como bien recordaba Don Quijote a su estimado Sancho en su desventurada salida de Barcelona (*Segunda Parte*: cap. LXVI), aquello de que: “cada uno es artífice de su propia ventura”, lo cierto es que en este camino ese “viejo” edificio, que allá, por los finales de los años 80, otros conocíamos como “nuevo”, representaría un foco extraordinariamente activo para mi orientación profesional: el estudio de la lengua española.

Muy lejos aún de saber qué era la *Filología*, entre esas viejas paredes se determinó mi inclinación hacia *las letras*. Más que una elección fue una motivación desarrollada con rendimiento y desempeño, una trayectoria vital que sin saberlo condiciona inexorablemente la forma en que nos aproximamos a las cosas y que deja en nosotros la impronta de los docentes con los que tuvimos contactos, de los amigos y de sus voces.

El final de esa etapa de formación me llevaría al establecimiento en la profesión docente como compromiso personal y opción de vida, y a saber, ahora sí, que *Filología* es, como así describe la RAE, «ciencia que estudia las culturas tal como se manifiestan en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos» (DEL 2014: s. v.)

Y precisamente serán los textos escritos, la cultura y la lengua los que de nuevo me reencontrarán con esta institución, ahora ya en este nuevo siglo, como miembro de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de Jaén y el compromiso del desarrollo de transferencia del conocimiento más allá de la institución académica. En esta ocasión, con la organización del que fue el *I Congreso de Humanismo Español en Baeza (22-25 de noviembre de 2006)*. Una actividad científica que nacía en el seno de la Universidad de Jaén y que volvía sus ojos a su lugar de origen con el ánimo de construir un espacio de encuentro e intercambio científico que, lejos del mero interés localista, abarcase un contexto ecuménico más amplio. Lo ambicioso del propósito fue demostrar que, a pesar de la distancia histórica que nos separa de la *Muy Noble, Leal y Antigua Ciudad de Baeza*, tal y como aparece en nuestra antigua documentación de archivo, en ella aún permanece latente el sentir de una ciudad cuyo paisaje subyugó a naturales y viajeros, pintores y poetas, inspiró a expertos maestros de obras y músicos, una ciudad que, sin afectación, concedió permiso para su adoctrinamiento de la mano de los grandes maestros teólogos y humanistas. Los nombres de todos componen la nómina de un importante caudal de investigaciones modernas. Es por esto por lo que se planteó como necesidad inminente volver a mostrar una ciudad, que ayer y hoy, noble y señora, fuese anfitriona de ese nuevo quehacer intelectual. Y como no podía ser de otro modo, contar, como así fue, con ese viejo y hermoso edificio en donde volver a dar maestría universitaria. El Instituto Santísima Trinidad no olvida su pasado como primera universidad de la provincia (1538-1824) o como Colegio de Humanidades (1835), de modo que, gracias a la actitud siempre solícita del equipo directivo para favorecer las relaciones entre los distintos colectivos, volvimos a sus aulas y a su Paraninfo.

En ocho secciones temáticas que fueron: las *Letras* (lengua, poesía, novela y teatro), las *Artes* (la arquitectura y el urbanismo, la pintura y la escultura, la música), la *Religión* (el pensamiento teológico y formas de religiosidad), la *Filosofía*, *Ciencia y Pensamiento científico*, *Pensamiento económico, político y social*, la *Historia* y la *Historiografía*, se presentaron más de cincuenta contribuciones con un rico panorama de diversidad no solo metodológica, sino también geográfica. Y en la clausura, la ponencia plenaria: *Orígenes de la lengua. ¿Un debate dialéctico en la Universidad de Baeza (s. XVI)?*, a cargo de la Dra. D.^a M.^a Ángeles García Aranda, de la Universidad Complutense de Madrid, y la Dra. D.^a M.^a Águeda Moreno Moreno, de la Universidad de Jaén, una servidora. La lección magistral de clausura (foto 1), por su parte, a cargo del Dr. D. Ignacio Ahumada Lara, Catedrático de la Lengua Española de la Universidad de Jaén y Miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española, versó sobre *Ideología en la lexicografía humanística del español*.

Años después, volvíamos a la magnífica sala del Parainfo (foto 2) para clausurar nuestro curso de formación universitaria, *Curso de Paleografía para filólogos (20 noviembre-1 diciembre de 2017)*, en esta ocasión de la mano del Dr. D. Pedro Sánchez-Prieto Borja, Catedrático de la Lengua Española de la Universidad de Alcalá de Henares, con la lección magistral sobre: *La escritura de la beneficencia madrileña (ss. XVI-XVIII)*, y tras haber disfrutado de manera privilegiada de una visita privada a su patrimonio archivístico y bibliográfico atesorado.

No me caben más que palabras de agradecimiento a su siempre amable acogida y a permitirme seguir, de una manera u otra, estrechamente vinculada a la vida del *Santísima Trinidad*. Pues esta adhesión de la institución a estas actividades ha significado el conjunto de trabajos en los que aparecen unidos nuestros nombres siempre en el noble empeño de reflejar la situación de una época de esplendor de nuestro pasado y patrimonio común, cuyo cuidado e investigación corresponde a todos por igual, sin que nadie pueda presumir de tener algún título que le permita constituirse en modelo, ya que el único modelo es su empleo cuidado.



Intervención de D. Ignacio Ahumada en el Congreso de Humanismo Español. Noviembre de 2006.



D.ª Águeda Moreno interviene en el Curso de Paleografía para filólogos. Noviembre de 2017.

Por todo ello, en esta ocasión, vamos a festejar este hecho, a reconocerle la importancia que quizás no captemos todos los días, sino solo en ocasiones como esta, en que dejando de lado nuestras labores habituales, nos paramos a rememorar la línea de nuestro trabajo ante nuestros padres. Segura de que, al leer estas líneas, recordaremos estos días y podremos evocar las palabras de Quevedo: “... y solamente lo fugitivo permanece y dura”.

¡SOY BACHILLER POR EL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DE BAEZA!

Francisco Clavijo Viózquez

MAESTRO JUBILADO

¡Cuántas veces habré presumido soltando esta frase! Una frase que en realidad es una verdad a medias. Sí, hice el Bachiller en ese Instituto pero como alumno “Libre” desde 1964 a 1967. Me preparaba en el “Sagrado Corazón” de Castellar o el “Colegio de la Señorita” como lo llamábamos en mi pueblo y me examinaba en el Santísima Trinidad. Todavía resuenan en mis oídos las palabras de D.^a María, nuestra Señorita: *“Debéis sentirnos orgullosos de examinarnos en el Instituto donde impartió clases D. Antonio Machado, en el Instituto que fue la antigua Universidad de Baeza”*. Como también, continuaba diciéndonos, debíamos sentirnos orgullosos de alojarnos en el Hotel Comercio, porque en una de sus habitaciones, creo recordar que era la 15, se alojó el gran poeta.

Poco sabía yo por aquel entonces de Machado, la Universidad y otros abolengos de Baeza. Yo tenía once años cuando pisé por primera vez esa pequeña ciudad que tanto ensalzaba mi Señorita y del hotel Comercio lo que recuerdo es el alboroto de carreras, risas, gritos y golpes en las puertas. Cosas que no parecían hacerles mucha gracia a los otros huéspedes.

Y nunca olvidaré el trayecto del hotel al instituto, un verdadero martirio para mí. En la calle Compañía comenzaban las náuseas que siempre tendré asociadas al sordo sonido de los cascos de los caballos del Cuartel de Sementales, lo que me hizo rebautizar dicha calle con el nombre de “Calle de la Amargura”.

Mi examen de Ingreso de Bachiller, en mayo de 1964, lo realicé en la actual Aula de Machado, que por entonces no existía.

Por aquellos años tenía un odio mortal a la Real Academia de la Lengua por sus ganas de fastidiar con la “b” y la “v”. No me entraba en la cabeza que sonando igual se escribiesen unas palabras con una y otras con la otra. Pero el profesor que me examinó de Lengua debía ser de Valladolid o de algún otro lugar de la más pura Castilla porque diferenciaba perfectamente la pronunciación de una y otra. Lo que trajo para mí dos consecuencias: el que yo hiciese un excelente dictado y las paces con la Real Academia, pues comprendí que esas dos letras tenían identidad propia y ya nunca más volví a quejarme. También se me quedó grabado el gimnasio, era la primera vez que veía unas espalderas y el profesor que me examinaba me mandó hacer el pino apoyándome en ellas. Del batacazo que me di aún me duele la espalda, pero me desquité trepando como un mono por la cuerda, porque eso sí que estaba harto de practicarle en la soga que colgábamos del árbol de la era de D. Senén, que en mi colegio era nuestro particular gimnasio.

Y cómo olvidar el último día de exámenes cuando ya anocheado nos escondíamos bajo las ventanas del instituto, esas que hacen esquina entre la “Calle de la Amargura” y la Plaza de la Santa Cruz, porque descubrimos que a esas horas alguien estaba dictando nuestras notas para que otro alguien las escribiera. Pacientemente aguardábamos que pronunciasen nuestros nombres hasta que los gritos de alegría o las maldiciones de uno de nosotros provocaba un portazo en la ventana, el fin de nuestro espionaje y la bronca al bocazas que nos había descubierto.

Pero si tuviera que destacar lo que a mí más me impresionó, quedándoseme cincelado en la mente, tengo que admitir que fue el lugar donde nos examinábamos.

*Aquellas aulas añejas,
esos arcos tan perfectos,
esas columnas esbeltas,
esas ventanas al cielo,
los vítores escarlatas,
esas piedras caramelo,
esa torre achaparrada,
ese paraninfo austero.*

*Vetustas piedras aquellas
que en el alma se metieron
y causantes ellas fueron
de dejar en mí hondas huellas.*

Y esas huellas me marcaron de por vida. Aquellas viejas aulas sin duda me encaminaron a elegir la profesión más noble que existe, la docencia. Y esas columnas, esos arcos y frontones despertaron en mí la pasión por la historia y la arquitectura, sobre todo la relacionada con la Antigüedad Clásica y el Renacimiento. Y aquella continua referencia al gran poeta, aquella sutil presencia suya en aulas y corredores, aquella habitación de hotel siempre cerrada, seguramente influyeron para que hoy día sea Antonio Machado mi poeta preferido. Y esos paseos que dábamos con la Señorita por el casco antiguo es indudable que estimularon en mí la veneración que siento por Baeza. No residó en ella, pero sí la visito muy a menudo. Y en esas visitas no me puede faltar un paseo por las murallas, mientras en mi cabeza rondan unos versos del poeta. El sentarme en un banco del patio del Palacio de Jabalquinto y arrullado por el rumor de la fuente dejar transcurrir el tiempo, mientras el sol juega con los arcos. El deambular por esos pasajes surgidos del túnel del tiempo que hay tras la Catedral, sobre todo si el día está neblinoso. Y tomarme un café, cuando está abierto al público, en ese oasis de paz y serenidad que es el patio del Palacio de los Salcedo. Ese palacio que tan a menudo contemplaba desde la cama de la habitación en el hotel y que a través de sus ventanas podía contemplarse el cielo, de la pura ruina en que se encontraba.

Y hasta parece que el destino se esfuerza en unirme aún más a Baeza. Hoy mi hija es profesora de inglés en el Santísima Trinidad y tiene un piso antidepresivo por las vistas que ofrece del valle del Guadalquivir y a un paso del casco histórico. Y por si esto fuera poco me ha dado un nieto baezano. ¿Se puede pedir más? Lástima que esto último no lo haya podido ver mi querida esposa..., pero esa es otra historia. Una historia que me une aún más al gran Machado.

IBROS, BAEZA Y JAÉN, MI SANTÍSIMA TRINIDAD

Asensio López López

ALUMNO DEL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DE BAEZA
ENTRE 1982 Y 1986

Ibros, Baeza y Jaén, además de mi periplo universitario en Madrid, han configurado mi trayectoria vital, mi Santísima Trinidad, nunca mejor dicho. En Ibros nací y me crié; Baeza y Madrid marcaron mi devenir en mi formación, y en Jaén moro y pazco.

Abrí los ojos a la vida y salí del cascarón en el colegio Virgen de los Remedios de mi querido Ibros natal, pero el Instituto Santísima Trinidad de Baeza, aunque sólo fueron cuatro años de vida académica, me marcó para toda la vida para bien. Me dio alas y aprendí a volar, desde premisas tan esenciales como la pedagogía, el pensamiento crítico y la responsabilidad. No sólo fueron cuatro años intensos y afilados en ilusión, desbordantes en entusiasmo y rebosantes en apertura al mundo; fueron mucho más, muchísimo más que eso, una época de gran valor añadido que me ha dejado profunda huella.

Viví aquí unos años que los de mi generación (los nacidos en el año 1968) compartiremos de una u otra forma, que nos lo bebíamos a tragos, a pequeños sorbos, como se viven las grandes historias, en pequeñas dosis y sin grandes alharacas, pero saboreándolas sensorialmente con ponderada medida. ¡Qué grandes recuerdos! ¡Qué bueno mirar por el retrovisor de la vida!

Agradezco honestamente la invitación que se me formula por parte de la comisión organizadora del 150 aniversario de nuestro querido y respetado instituto para colaborar en el libro conmemorativo a cuenta de tan histórica fecha, una iniciativa

plausible y que a corazón abierto quiero corresponder con algunos apuntes vivenciales, sin nostalgia y sin melancolía, aunque orgulloso por lo vivido y aprendido.

Sin ajustar cuentas con el pasado, sin caer en lo ñoño ni en un discurso de manual, reflexionando con naturalidad y con la perspectiva que dan los años, y sobre todo muy agradecido a la vida, a la gente con la que compartí alegrías y sinsabores, y al Santísima Trinidad, en mayúsculas, por haberme dado la oportunidad de ser alumno de este faro transmisor y generador de conocimiento y por haber tenido la suerte de completar la formación secundaria con grandes mimbres y sólidos cimientos en este icono de la enseñanza en Jaén.

Corría el año 1982. Había terminado octavo de EGB, la educación Primaria. Así que tenía que continuar la etapa educativa en Secundaria, por lo que había que trasladarse hasta Baeza a cursar BUP y COU en este instituto nuestro. Me retrotaigo a 1982, un año de cambios en España, un país que se abría a la modernidad y al impulso del estado del bienestar. Y eso empezaba a palparse también en Baeza, una sociedad que por aquel entonces era más rural, más conservadora y quizás más anodina que la Baeza universal, avanzada y extraordinariamente asombrosa que hoy conocemos y disfrutamos.

Una ciudad que prácticamente ha cambiado su cara como cuando se le da la vuelta a un calcetín. La noche y el día. Y en eso han tenido mucha parte de culpa la UNIA, la Academia de la Guardia Civil, el marchamo de la declaración como ciudad Patrimonio de la Humanidad y ser la máxima potencia en la elaboración de los excelsos AOVEs. Ha sido tal el salto cualitativo y cuantitativo a todos los niveles que es difícil contextualizarlo en su justa medida. Baeza ha experimentado en este periodo una revolución silenciosa y ha mudado su piel varias veces para bien. Y en ese histórico cambió también ha podido contribuir el Santísima Trinidad y la legión de alumnos que el centro ha proyectado para la sociedad a lo largo de todas estas décadas.

Esos vientos de cambio a todos los niveles los experimenté en nuestro querido instituto, en el que por cierto me libré de las

novatadas que por aquellos tiempos se celebraban al inicio de cada curso. Nuestro instituto, situado en plena almendra monumental de Baeza que conforman las calles San Juan de Ávila, Compañía, Plaza de Santa Cruz, Cuesta de San Felipe Neri y Plaza de Santa María, me dio la oportunidad de conocer multitud de personas: profesores, alumnos procedentes de territorios que incluso desconocía en aquellos años hasta su nombre, personal de servicios y muchos vecinos de Baeza, una ciudad a la que llegábamos los ibreños con la “camioneta” de Miguel Martos en un instituto en el que cursaba estudios en los primeros años con jornada partida, lo que motivaba que comiéramos muchas veces en el incomparable marco de la Puerta de Jaén y de la Plaza del Pópulo, o que el Mercantil y los salones recreativos fueran como nuestra segunda casa. Eso nos curtió. Lo mismo que hacer a veces autostop, hiciera frío o calor.

No menos importante fue el gran grupo humano que tuve la fortuna de conocer entre los compañeros durante esos cuatro años y cuyos nombres omito por ser tan larga su relación. Me quedo con las brillantes lecciones del diplomático, historiador y catedrático Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, “El Cónsul”, con sus deliciosas clases y su bonhomía. Tampoco me puedo olvidar de profesores tan ilustres como el poeta Manuel Ruiz Amecua, las intensas clases de Educación Física de Carlos Morente o las de María Teresa Esteban, más conocida como “La Literata”, entre un largo etcétera que me inculcaron su docto magisterio y su saber en este centro que no es un instituto más ni en el fondo ni en la forma.

Huelga explicar los argumentos sobre la especial y singular relevancia del instituto. De ésta dan fe su estratégica ubicación, su rico patrimonio, su fecunda historia y su vasto legado para colocarlo en la justa dimensión que merece, máxime en un año declarado Año Jubilar Avilista al cumplirse el 450 aniversario de la muerte de San Juan de Ávila, el artífice e impulsor de la antigua Universidad sobre cuyo monumental inmueble se ubican las aulas y las dependencias de este centro docente que ha sido, es y será referente tanto en contenido como en continente. ¡Feliz cumpleaños y enhorabuena por esta centena y media de años!

EN EL RECUERDO

Juan Gámez Carmona

PSICÓLOGO

Me comunican que este año 2019 el Instituto Santísima Trinidad de Baeza cumple 150 años y se desea celebrar tal evento con múltiples actos acordes a la importancia de tal celebración, uno de ellos es la elaboración de un Libro Conmemorativo, para el cual se me pide colaboración como alumno que he sido de dicho Instituto.

Es enorme la satisfacción que siento al pensar que se puede aportar algunas de mis vivencias a la historia de nuestro querido Centro.

El plan educativo que regulaba los estudios en mi época, década de los sesenta, se establecía con una prueba de Ingreso, bastante exigente, a la que se accedía con diez años, para continuar los estudios con un bachiller elemental, de 1.º a 4.º y su Reválida, si la superabas y querías continuar estudios, pasabas al bachiller superior, de dos años: 5.º, 6.º y Reválida; para continuar con estudios universitarios había que cursar el Preuniversitario, de un año de duración, superado el mismo se accedía a la Universidad.

Así pues, pasé siete años de mi vida en el Instituto Santísima Trinidad, de los 10 a los 17, para posteriormente continuar mis estudios en la Universidad de Granada.

Cuando empiezas en el Instituto eres muy pequeño y son los de los cursos superiores los que van estableciendo las normas de convivencia diaria y los demás acatamos lo establecido, con-

formándonos, de mejor o peor grado, con los espacios que nos dejaban en el patio de las columnas, único sitio de recreo para todos los cursos. No cabía protestar, pues en estas edades, siempre prevalece la voluntad del mayor, nos quedaba la esperanza de que, con el tiempo, nosotros seríamos los mayores del Instituto, pero esta situación no se veía como un afán de revancha y dominación, sino algo natural donde cada uno, según su edad, tenía un dominio o autoridad.

Recuerdo aquellos años cargados de una gran convivencia, sin mayores problemas que pudieran generar envidias o enemistades profundas.

Desde un principio entendí la exactitud del horario, la complejidad y diversidad de asignaturas con sus correspondientes profesores y todos mandaban “deberes”, había clase de mañana y tarde.

Era tradición cuando se aproximaban las vacaciones de Navidad, un par de días antes de lo establecido, que los mayores se ponían en la puerta de entrada y a la voz de “queremos vacaciones de Navidad ya”, se impedía el paso al Centro, poco se podía hacer aunque nadie manifestaba intención contraria, así que marchábamos hacia el paseo de las murallas para manifestar que las vacaciones las empezábamos los estudiantes. Ya en la plaza de la Catedral, pícaramente, mirábamos hacia el Instituto donde el profesorado, desde el balcón principal, miraba a los alumnos alejarse y con cierta resignación, parecía que aceptaban la situación. Durante mi estancia en el Instituto todas las Navidades se repetía este acto de “huelga”; supongo que con el paso del tiempo habrá ido desapareciendo esta costumbre, ya que todo tiene un proceso de evolución y con el cambio de planes educativos esto no tiene sentido.

Durante el Bachiller Elemental el tiempo transcurrió con bastante normalidad; de aquella época recuerdo, de forma particular, algunos profesores por su manera de entender o dar las clases. Así, el profesor de dibujo D. José Santigosa, el de Ciencias Naturales D. Mariano, D. Herminio Recacha de Educación Física, la profesora de Geografía e Historia D.^a Encarnación y, cómo no,

los profes de Lengua y Literatura, de Matemáticas y de Física y Química: D.^a M.^a Teresa, D. Rufino y D. Ángel, respectivamente, que seguirían dándome clase en el Bachiller Superior y Preuniversitario, así como otros más profesores que también ayudaron a formarme académicamente.

En la etapa superior tuvimos una profesora, bióloga, me parece que procedía de Madrid, que a los alumnos de Preu nos pasó unas pruebas de Inteligencia y de Aptitudes Vocacionales, supongo que aquella novedad, en esa época, y la posterior información que nos fue dando a cada uno, me impactó de tal manera que supongo determinó mis estudios posteriores e hice Psicología con ejercicio en la labor docente.

Durante este periodo del Bachiller Superior, aparte de los estudios, viví, junto a otros compañeros, experiencias muy interesantes. Nos gustaba el deporte, y aunque el gimnasio que teníamos era muy pequeño, no por ello dejamos de hacer actividades dentro y fuera. Así se organizó el primer equipo de balonmano del Instituto. Subíamos a entrenar y competir en el antiguo campo de fútbol, donde hoy está el Centro de Salud y la Estación de Autobuses; eran compañeros como Villamor, Vicente, Recacha, Pérez Agua, Sánchez y algunos más. Este grupo de jóvenes deportistas, me parece que alcanzamos un buen nivel, cada final de curso, en los actos de celebración, en el patio de las columnas, hacíamos demostraciones de atletismo: saltos, equilibrio, anillas, volteretas y algún otro ejercicio que el resto de los alumnos aplaudían. Nos sentíamos importantes creyéndonos atletas en una época que aún no había llegado a tener la popularidad que la televisión y la mejora de la calidad de vida nos ha mostrado.

Cuando hacemos uso del recuerdo para evocar etapas anteriores de nuestra historia personal, podemos caer en el peligro de intentar justificar lo actual diciendo que “tiempos pasados fueron mejores”. Cada época tiene sus aspectos más o menos aprovechables o útiles; nos hacemos con nuestra relación social, cultural y académica que estamos viviendo en esa edad.

Mi época del Instituto, la década de los 60, tuvo sus luces y sombras, pero desde mi perspectiva actual no le quito ni pongo nada, fue un momento de mi vida que sirvió para ayudarme a seguir formándome y afrontar la situación actual.

Como Psicólogo no me resisto a ofrecer una pequeña reflexión: “en la vida es importante tener objetivos o metas, proyecta tu actividad en el logro de las mismas y que las premisas: respeto, honradez, lealtad y solidaridad, vayan siempre en tu mochila”.

ANEXO

Juan Gámez Carmona, natural de Baeza

Alumno del Instituto desde el año 1959 al 1966, realizando los estudios de Bachiller Elemental, Superior y Preuniversitario.

Estudio Magisterio Plan 67, en Granada, con acceso directo.

Profesor de Pedagogía Terapéutica.

Realizo los estudios de Psicología en la Universidad de Valencia.

A partir del año 1984 formo parte de los Equipos de Orientación Educativa de la provincia de Jaén, coordinando el Equipo Comarcal de Baeza-Úbeda.

Hasta la creación de los Departamentos de Orientación en los Centros de Secundaria, intervengo en el Instituto Santísima Trinidad de Baeza como Orientador Escolar.

COLABORACIÓN PARA EL LIBRO CONMEMORATIVO DEL 150 ANIVERSARIO DE LA CREACIÓN DEL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DE BAEZA

Gregoria Bazuelo Anguís

PROFESORA DE EDUCACIÓN FÍSICA JUBILADA

“El sentimiento no es una creación del sujeto individual, una elaboración cordial del Yo con materiales del mundo externo. Hay siempre en él una colaboración del Tú, es decir, de otros sujetos...”. “Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien Nuestro...”.

D. ANTONIO MACHADO RUIZ

“Problemas de la lírica” (de los Complementarios)

fechado el 1 de mayo de 1917

Entiendo que nuestros sentimientos siempre van unidos a nuestro entorno, son inseparables. Ese entorno, que hizo que mi vida estudiantil, en el Instituto Santísima Trinidad de Baeza, fuera muy plena y hoy día llena de muy buenos recuerdos de compañeros y profesores. He sido profesora de instituto, durante treinta y tres años y siempre he utilizado mis recuerdos de esa época para mejorar el trabajo con mis alumnos.

Recuerdo un día en clase de Literatura, con D.^a M.^a Teresa Esteban, estudiábamos a D. Antonio Machado y sabíamos que la profesora amaba su obra, por lo que temíamos que nos eligiera a cualquiera de nosotros para hablar de Él. Por el carácter perfeccionista de dicha amada y recordada profesora, la suerte hizo que me eligiera a mí. Me temblaban las piernas y la voz, pero empecé a hablar de Machado. A los cinco minutos empezó ella a hablar y estuvo toda la hora de la clase sin parar, y yo en la tarima sentada en una silla, disfrutando de esa clase magistral de la Profesora. Al terminar se dirigió a mí y me dijo: “Muy bien Bazuelo”.

Casi no había dicho nada, pero había empezado y eso fue suficiente para que ella continuara y no parara hasta el final. A

partir de ahí amé la obra y vida de D. Antonio Machado Ruiz, hasta tal punto que, en mayo de 2008, aprovechando el puente de ese mes, me fui a Colliure a visitar su tumba, con una gran emoción de estar allí. Ahí recordé la anécdota, anteriormente narrada.

Mi vida estudiantil en este Centro Educativo, tan importante para nuestra ciudad, estuvo llena de experiencias muy enriquecedoras, que me han acompañado a lo largo de mi vida, profesional y personal.

El marco arquitectónico e histórico incomparables en el que estábamos, más la situación personal de los estudiantes, en su mayoría becarios, y muchos de ellos de fuera de nuestra ciudad, hacía que el objetivo prioritario fuera el estudio y trabajo, para poder sacar nuestros cursos, mantener nuestra beca y disfrutar del entorno en el que nos encontrábamos.

Yo disfruté y trabajé mucho. Mi padre me dijo que si suspendía una asignatura me sacaba del Instituto. Eso hizo que yo no me permitiera suspender.

Se nos exigía mucho, por parte de los profesores y de la Dirección del Centro, en cuestión de disciplina y trabajo, pero estábamos preparados para ello.

Otra anécdota que marcó mi vida profesional fue mi relación con la asignatura de Educación Física y la profesora D.^a Toni López. Primero de bachillerato lo hice libre y me suspendieron Educación Física y Francés. No pude ni supe preparármelas. En septiembre las aprobé y entré en segundo de bachillerato, ya oficial, hasta terminar COU. Esa circunstancia me marcó, me gustaba mucho la actividad física, y a través de los años en el Instituto decidí que sería mi profesión. Hice la licenciatura en Educación Física en Madrid, después las oposiciones y he sido feliz en mi trabajo.

También recuerdo con mucho cariño y admiración a mi profesor de Matemáticas durante todo el bachillerato, D. Juan Montes. Me comentó que D. José Luis Martín, en ese tiempo Jefe de Estudios, le había comentado que, cómo iba yo a hacer esos estudios, si podía hacer lo que quisiera, a lo que D. Juan Montes le contestó: “si le gusta y es feliz, es lo que debe hacer”, y tenía razón.

Estos 150 años de vida de nuestro Instituto han marcado a sus estudiantes, profesores y ciudadanos de esta mi bella ciudad.

Es sin duda un inmenso honor hacer esta colaboración para este libro conmemorativo, por lo que estoy muy agradecida a la Dirección del Centro y a la Comisión Organizadora del 150 Aniversario de la creación del Instituto Santísima Trinidad de Baeza.

Para terminar esta reflexión, no puedo dejar de reproducir un poema de D. Antonio, está en la mente de todos los baezanos y, sobre todo de los que no vivimos ahí:

*Sobre el olivar,
se vio a la lechuza
volar y volar.*

*A Santa María
un ramito verde
volando traía.*

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

D. ANTONIO MACHADO RUIZ
*Poesías Completas. Nuevas canciones.
Apuntes: Poema IV*

LA HUELLA Y LA MARCA DEL INSTITUTO

Pedro Muelas Navarrete

ALUMNO DE LA PROMOCIÓN 67-74

ESTUDIÉ EN EL INSTITUTO LOS TRES ÚLTIMOS CURSOS.

PERIODISTA

Venía del pueblo, Vilches. Todos los que estaban a mi alrededor procedíamos de un pueblo. Éramos residentes –todos chicos– de San Felipe Neri y allí, en su bellissimo patio, en los pasillos, en sus monumentales escaleras, en el comedor y entre las literas, empecé a escuchar nombres de pueblos de la provincia de los que jamás había oído hablar. Hasta me parecían algunos gente rara. No sé. Unos rostros que podrían ser de otro país. Y un hablar y unas palabras que a veces me sonaban raro.

Estudiábamos mucho, éramos felices, aprendimos mucho. Y, ahora lo sé, nos quisimos mucho... y para toda la vida.

La inconsciencia de la juventud hizo que no tuviera ni idea de la trascendencia ni del origen de nuestro instituto, de mi instituto. (Max Aub, ya lo saben, dijo aquello de que uno es de donde hace el bachillerato).

No tenía ni idea de la relevancia de mi instituto, entre otras cosas porque cada jornada –no se lo van a creer– era interesante, motivadora y no me quedaba mucho tiempo ni ganas de mirar a otra cosa que el día a día, en el que cada hora estaba ocupada por el saber, la diversión, la amistad, el ambiente...

Sus fachadas, sus muros, sus escudos, sus escaleras, su patio... y el aula, cómo no, de Antonio Machado... De las pocas cosas de las que me he ufano en esta vida con propios y extraños ha sido que en alguna ocasión fui a clase en la histórica aula.

Me veo ahora en el pasado recorriendo inquieto sus rincones, yendo de un lado para otro... más chico de lo que era realmente entonces, más infantil... de puro inquieto y curioso.

Todos sabemos que entonces había que ir con uniforme. Igual a muchos les pudo molestar, pero para mí fue un código integrador y democrático. No había clases. No había linajes. Los alumnos pijos no podían destacar y la gente como yo se sentía como pez en el agua.

Pero aquello trascendía la estética. Había algo que después he sabido identificar que no estaba en los papeles de la matrícula, ni en los libros. Eran otros tiempos, desde luego, pero aquello nos acercaba a la libertad, a sentirnos libres. No sabía el origen ni cómo se fundó ni por qué el instituto de nombre tan católico, pero las clases, la enseñanza tenían un espíritu –salvando la distancia del tiempo– abierto, igualitario. Y eso marca.

Prueba de ello es que, pese a ser más reciente, y pese a que algunos de los docentes que tuve en la Facultad de Periodismo adquirieron después fama, mis recuerdos han estado siempre allí, en Baeza: los nombres, los profesores, las profesoras, las aulas, la educación... habían dejado huella perdurable en la memoria de aquel chaval de Vilches.

Gracias a internet y a whatsapp hemos podido reunirnos en Baeza varias veces –y pensamos seguir haciéndolo– un gran número de exalumnos. Además de la lógica y esperada emoción de volver a encontrarte con los rostros del instituto, me quedo con la constatación de que aquella marca, aquella enseñanza, seguirá para siempre entre todos nosotros. Gracias.

“STUDIORUM GENERALIUM BIATIENSIS UNIVERSITAS - AD ASTRA”

José Vicente Siles Pérez

INGENIERO EN NASA JET PROPULSION LABORATORY

Era una típica mañana de invierno a finales de 1995. Seguramente uno de esos días en los que Baeza se levanta cubierta bajo un manto de niebla, dotando a su casco histórico de un halo misterioso, casi místico, más típico de una novela ambientada en el Londres de principios del siglo XX, o de los días de invierno de la Segovia de los años 20. Esa ciudad castellana por la que tantas veces paseó Don Antonio Machado añorando Baeza, envuelto en sus recuerdos y pensando seguramente en su “*¡campo de Baeza: soñaré contigo cuando no te vea!*”. Yo tenía 15 años, y a pesar de mi corta edad había tenido ya el privilegio de haber vivido en dos de las ciudades más bonitas de España, al igual que Machado, Segovia y Baeza. En mi caso en orden inverso.

Como solía decir Cesare Pavese, “*no recordamos los días, recordamos los momentos*”. Yo tampoco recuerdo el día exacto, pero recuerdo perfectamente el momento. Cómo cada mañana, aquel niño de 15 años bajaba por el Callejón de los Dientes en dirección al I.E.S. Santísima Trinidad, entonces todavía conocido como Instituto de Bachillerato. Al final del Callejón, como si de una estampa medieval se tratara, aparecía entre la niebla la Iglesia románica de Santa Cruz, edificada en el siglo XIII, y uno de los edificios más bonitos de Baeza. Una belleza enigmática diría, por ese estilo románico-tardío tan común en el norte de España, pero tan inusual en Andalucía. Otro ejemplo más de la especial conexión entre Castilla y Baeza. Pasando Santa Cruz, el estrecho callejón se abre a la pequeña plaza donde conviven Santa Cruz, el Palacio de

Jabalquinto con su impresionante fachada de picos, y la Antigua Universidad de Baeza, fundada en 1538, y desde 1869 sede de nuestro Instituto. Un paseo lleno de historia para cualquiera de los estudiantes que seguíamos ese camino cada día para asistir a clase. Recuerdo la melodía de una canción de un gran músico Baezano de nuestra generación, Pachi García, “Alis”: “*Qué bueno fue crecer con tanto arte en todas partes*”. Una gran verdad, aunque por aquel entonces todavía no fuéramos totalmente conscientes de ello.

Sin embargo, aquella mañana fría baezana, aquel niño no tenía la mente en todo el arte que acompaña ese paseo hasta el Instituto. Aquel niño tenía la mente y la mirada perdida en el espacio. Justo la noche anterior, dos de mis mejores amigos y yo, como muchas otras noches de invierno, nos habíamos refugiado del frío en un vacío Teatro Montemar de Baeza. Proyectaban la película Apolo XIII, protagonizada por Tom Hanks, y que narraba el increíble viaje de vuelta de tres astronautas tras un problema en la nave que les transportaba a la Luna: “*Houston, tenemos un problema*”, en palabras de Jim Lovell. Contra todos los pronósticos, y gracias al espíritu de superación y de trabajo en equipo de los ingenieros y astronautas de la NASA, el viaje del Apolo XIII se convirtió en el fallo más exitoso de NASA. Todo un ejemplo para los jóvenes de entonces, y desde aquel momento, en un sueño que jamás pensé que podría hacerse realidad. ¿Cómo un niño de una ciudad pequeña como Baeza, sin relación alguna con Estados Unidos, podría tener la más mínima posibilidad de trabajar en un sitio como NASA, con los científicos e ingenieros mejor preparados del mundo? Quizás en otra vida pensó aquel niño...

Pero la única certeza absoluta es que los únicos sueños imposibles son aquellos que no se intentan. Aquel niño se equivocaba, y hoy puedo decir que es para mí un privilegio enorme el poder trabajar, desde hace ya casi diez años, en el Jet Propulsion Laboratory de la NASA, contribuyendo a la investigación y exploración espacial para el beneficio de la humanidad. Un sueño hecho realidad que tengo que agradecer en una gran parte a la excelente formación y educación recibida en el I.E.S. Santísima Trinidad, tanto a nivel académico como personal. En retrospectiva, los mejo-

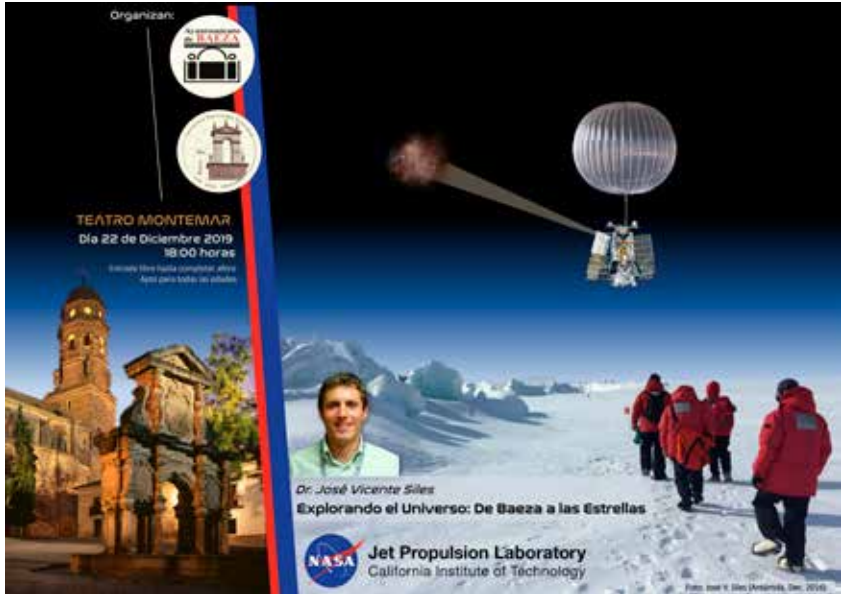
res consejos que he recibido y que más me han ayudado en mi camino profesional hasta llegar a NASA me los han dado profesores del Instituto. Si uno se para a pensar que cuando Neil Armstrong pisó la luna por primera vez en 1969 (durante la misión Apolo XI) nuestro Instituto tenía ya 100 años de historia, uno entiende aún mejor la verdadera dimensión del Santísima Trinidad.

Durante mis diez años en NASA he podido vivir desde dentro dos aterrizajes en Marte de misiones no tripuladas, he desarrollado tecnología para detectar agua y su composición en cometas y lunas de otros planetas del Sistema Solar con el objetivo de poder encontrar formas de vida fuera de la Tierra, y he pasado cinco meses en Antártida construyendo y lanzando un radiotelescopio a la estratosfera para estudiar cómo se forman las estrellas (recibiendo la Medalla de los Estados Unidos por Servicio en Antártida). Hace tres años tuve también el honor de conversar con el Dr. Harrison “Jack” Schmitt, astronauta de la misión Apollo XVII y el último hombre en pisar la Luna –la próxima persona será la primera mujer, en 2024, gracias a la misión Artemis de NASA–. El Dr. Schmitt, al igual que yo, consiguió llegar a NASA gracias a una beca de investigación Fulbright, y comentaba que aquella experiencia (en Noruega en su caso) fue lo que aceleró su camino hacia la Luna, aunque en aquel momento él no fuera consciente de ello. En mi caso, fue aquella noche en Baeza y mi paso por el Instituto Santísima Trinidad lo que hizo en gran parte posible que llegara a cumplir mi sueño de trabajar en NASA, aunque yo tampoco fuera consciente en aquel momento.

Este año 2019, coincidiendo con el 150 aniversario de nuestro Instituto, he tenido el inmenso honor de recibir el premio más prestigioso para investigadores jóvenes del Jet Propulsion Laboratory de la NASA (Lew Allen Award for Excellence). Una casualidad muy especial para mí y que quisiera aprovechar para dedicar el premio al I.E.S. Santísima Trinidad y a mis profesores y compañeros, que tanto me ayudaron a cumplir este sueño, aunque en aquellos momentos no fuéramos conscientes de ello.

“Studiorum Generalium Biatiensis Universitas - Ad Astra”.

29 de noviembre de 2019
en Pasadena, California (Estados Unidos de América)



ANEXO

José Vicente Siles Pérez.

Ingeniero en NASA Jet Propulsion Laboratory desde 2010.

Antiguo alumno del I.E.S. Santísima Trinidad de Baeza, septiembre 1994-junio 1998.

Premio Lew Allen de Excelencia en Investigación de NASA/JPL, 2019.

Premio Voyager de NASA/JPL, 2018 y 2016.

Premio NASA para Equipos de Investigación, 2014.

Premio al Mejor Investigador Postdoctoral de NASA/JPL en 2012.

DE DONDE SE HACE EL BACHILLERATO

Manuel José Garrido Moreno

ARQUITECTO TÉCNICO.

COORDINADOR PROVINCIAL DE EMERGENCIAS

En el acto solemne de celebración del 150 aniversario de nuestro Instituto Santísima Trinidad escuchamos de boca del profesor Antonio Chicharro una famosa frase del escritor Max Aub: “uno es de donde hace el bachillerato”. Francamente no la conocía, pero me hizo pensar... ¡qué gran verdad! Esa etapa vivida en nuestra primera juventud nos genera con el lugar y el tiempo en que se produce un vínculo que es para siempre. Es precisamente en esa época donde se cultivan algunas de las amistades más sinceras que permanecen y te acompañan a lo largo de toda la vida, en mi caso desde luego ha sido así.

Sin embargo, mi relación con el Instituto Santísima Trinidad de Baeza no se ha limitado al bachillerato. Éste ha formado parte del paisaje de mi vida desde que tengo uso de razón y todavía sigue estando ahí. Cuando aún no tenía edad para poder recordarlo, mis padres se mudaron a vivir a la Plaza de Santa Cruz. Siempre he dicho que es un enorme privilegio vivir en esta plaza, pues está conformada por la Iglesia de Santa Cruz, el Colegio Filipenses, el Palacio de Jabalquinto, el Instituto Santísima Trinidad y la casa de mis padres.

Naturalmente el Instituto está en las imágenes que conforman los primeros recuerdos de mi vida, era algo cotidiano en el entorno desde mi infancia más temprana. Los alumnos con sus uniformes de pantalón o falda gris y jersey granate, los profesores, los sucesivos directores, el personal de secretaría, los conserjes,

las mujeres de la limpieza... Todos ellos eran personas conocidas con las que compartíamos de manera cotidiana aquel espacio de la “plazoleta”. Eran nuestros vecinos.

Especial relación de vecindad teníamos con Antonio, el bedel, pues él vivía en el Instituto, en la vivienda que por entonces existía dentro del mismo Centro. Como buenos vecinos Antonio nos ofrecía visitar el instituto cuando quisiéramos. De hecho, no tendría yo más de 6-7 años cuando una tarde Antonio quiso enseñarme algunas dependencias que eran menos conocidas y que para mí resultaron fascinantes: los laboratorios de ciencias. Disfruté mucho viendo algunos animalillos e insectos disecados, pero especialmente me interesó la colección de minerales. Sin embargo, terminé aquella visita un tanto asustado cuando contemplé por primera vez un esqueleto humano completo, allí, como si estuviera de pie, un elemento muy útil para estudiar anatomía pero que a mí, en aquel entonces, me impactó.

Cuando inicié primero de BUP el instituto era para mí un contexto físico completamente conocido. Además me ofrecía la ventaja de que no necesitaba más de unos segundos para llegar desde mi casa a la puerta del mismo. Eso permitió que en aquel curso, el día 24 de febrero de 1981, en la clase de historia con la profesora Loli Canis, ofrecí ir a mi casa a por una radio, un “transistor”, para poder vivir en aquella clase la historia en directo que se estaba produciendo esa mañana en España. Tan solo unos minutos después, con una radio situada en el centro de la clase y todos alrededor de la misma, escuchamos desde el Congreso de los Diputados el afortunado desenlace de la intentona de golpe de estado que se había producido la tarde anterior.

De mis cuatro años en el instituto recuerdo especialmente ese de primero de BUP, quizás porque muchos profesores aseguraban que nuestro grupo, 1.º D, sólo de chicos, pasaría a la historia, pero por ser el más gamberro que había habido hasta el momento. Ciertamente fueron muchas las travesuras que hicimos, algunas de ellas con una enorme dosis de ingenio, pero ocuparía muchas páginas relatarlas con cierto nivel de detalle.

Aquella generación que iniciamos juntos primero de BUP volvimos 36 años después al instituto para celebrar que cumplíamos 50 años. Aquella celebración sirvió para comprobar que, finalmente, esa que llamamos #cosechadel66 no había sido tan mala.

Otro recuerdo anecdótico de aquellos años y mi vecindad con el instituto debió ocurrir en tercero de BUP o COU. Eran los exámenes finales, hacía calor y las ventanas de las aulas solían estar abiertas. Tanta cercanía me hacía apurar demasiado el tiempo. Así ocurrió que en un examen el profesor estaba ya pasando lista en el aula y yo aún estaba en mi dormitorio recogiendo las cosas. Cuando pronunció mi nombre, me asomé a la ventana y desde ella dije “aquí estoy, pero ya voy”. La ventana de mi dormitorio y la del aula de aquel año apenas estaban separadas unos 5 metros. Con apuro pude hacer finalmente el examen, gracias a la benevolencia de aquel profesor y a que llegué antes de que este terminara de pasar lista.

Después del Instituto llegó la etapa universitaria en Granada. En esta también se generan unos vínculos y unos afectos que igualmente pasan a ser un elemento permanente en la mochila de tu vida. Pero el Instituto no desapareció, seguía en mi paisaje cotidiano cada vez que regresaba al hogar paterno. Cuando definitivamente me emancipé para tener una vida independiente y formar una familia, el Instituto siempre seguía en el paisaje. Años más tarde, además, pasó a formar parte también del ámbito familiar, era una nueva época en la que fueron mis dos hijos los que pasaron igualmente por las Aulas del Santísima Trinidad. Hubo también numerosas anécdotas relacionadas con algunas de sus actividades en el Instituto y la cercanía de la vivienda de sus abuelos.

Y así pasa el tiempo y las sucesivas generaciones, pero el Instituto sigue ahí, en nuestro paisaje habitual, el de toda nuestra familia, porque mis padres aún siguen viviendo en la Plaza de Santa Cruz, aún siguen siendo sus vecinos.

ANEXO

Vecino de siempre del Instituto y alumno del mismo desde 1980 a 1984 (de 1.º de BUP a COU).

Actualmente Arquitecto Técnico, Ingeniero de Edificación y Máster en Sostenibilidad y Eficiencia Energética en los edificios y en la Industria.

Arquitecto Técnico Municipal del Ayuntamiento de Baeza (en excedencia) y Coordinador provincial de Emergencias 112 Andalucía en Jaén (en activo).

INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD. CURSO 1969/70. TERCERO DE BACHILLER, SECCIÓN C

Juan José Merino Megías

PROFESOR DE SECUNDARIA

Cuando he sabido que el Instituto Santísima Trinidad de Baeza cumple en estos días 150 años desde su fundación, me he puesto a recordar aquellos lejanos tiempos de mi Bachiller Elemental. Hace justo 50 años que yo entré en el centro, en el curso 1969-70, para cursar 3.º de Bachiller, el mismo año en que empezó a funcionar el Colegio Menor San Felipe Neri, donde residí ése y todos los cursos posteriores, hasta acabar el Bachiller Superior en 1974. Por tanto, este 2019 se cumple también el 50 Aniversario de mi cole.

Recordar esos mismos lugares, hoy tan cambiados y bellos como son, y hacerlo reviviendo aquellas otras fechas, ahora tan lejanas... a mí, que ya de por sí soy un sentimental, me emociona. Siempre me pasa: evocar tantos recuerdos, tantas vivencias; rememorar aquellas personas, algunos hechos y circunstancias que a la postre marcaron tan profundamente a la persona en la que me convertí, me produce una sensación melancólica. El tiempo se achica y los días se deshacen como el humo de un cigarro, pasan los años pero a veces los recuerdos vuelven con pujanza; la memoria nos da el regalo de revivir el pasado, viajar en el tiempo y volver a Baeza en aquel comienzo del curso 1969-70.

Una pequeña libreta azul, con el logotipo de un casco en el centro, de la marca Guerrero, que guardo cariñosamente en un cajón de mi despacho junto a otros muchos testigos de mi devenir, es un recordatorio de aquel mi primer curso en el Instituto San-

tísima Trinidad. En su primera hoja está el horario de mi curso, 3.º Sección C, primorosamente copiado con bolígrafos de varios colores. Un horario de mañana, con cuatro sesiones de una hora, y de tarde, con 1 ó 2 sesiones, dependiendo del día de la semana, de la misma duración. Eran 10 asignaturas y 26 horas lectivas en total. Aquel curso librábamos los miércoles por la tarde.

La Sección C era un curso mixto, de niños y niñas, creo que el único de todo el centro, por la sencilla razón de que estábamos alumnos de ambos sexos provenientes de otros institutos que habíamos cursado inglés y esa era la mejor manera de cuadrar el horario del centro, aparte de otras posibles razones de matrícula. Esta circunstancia, en principio atractiva y envidiable, en realidad pienso que no lo era tanto para los que estábamos dentro, porque las relaciones entre chicos y chicas en esa edad de 13 años no son muy fluidas y las circunstancias de las clases condicionaban más aún esas relaciones.

En la segunda hoja están anotados todos los profesores del curso en cuestión y la asignatura que impartieron, y aunque la memoria me hace dudar y puede ser que los confunda con muchos otros profesores que tuve a lo largo de los cinco años que estudié en Baeza, quiero aquí dejar constancia del recuerdo que aún me llega de ellos, más o menos edulcorado por las notas que sacaba en cada materia. El orden lo marca la aparición en la pequeña libreta, que no era otro que el de la aparición de la materia en el horario y es el siguiente:

- Religión: D. Juan de Dios, un hombre de Dios, valga la redundancia, que hacía clases bastante amenas. Solíamos leer un poco del libro de texto y el profesor a menudo nos contaba con su graciosa cercanía alguna que otra anécdota o chiste, y casi siempre nos dejaba un poco de tiempo libre para que jugáramos a los barquitos o el ahorcado.
- Literatura: Dña. María Teresa, alias “la literata”, siempre arregladita, impecablemente peinada y pintada. Su inveterada fama de profe dura hacía que sus clases fueran

particularmente tensas, con el terror inicial de ser el elegido para que le preguntara la lección.

- Física y Química: D. Ángel Nieto, otro temible y temido profesor. Era el director de otro colegio de internos, “El Beato”, con fama de acoger a alumnos poco aplicados, y la disciplina impuesta era mano de santo. D. Ángel era el artífice y responsable de la reconversión de los escolares. Con su sempiterno traje oscuro y sus gafas de “culo de vaso”, se pasaba las clases paseando y fumando “Ducados”, mientras dictaba los apuntes (siempre idénticos año tras año), o dibujaba en la pizarra algo de la materia, que mandaba no borrar hasta la clase siguiente si no terminaba la explicación en esa sesión.
- Educación Física: D. Pedro Lillo, un joven profesor cuyo tono agrio al dirigirse a nosotros y su mirada estrábica lo convertía en un profesor poco apreciado por mí. Además era demasiado exigente y nos forzaba a realizar ejercicios y actividades que yo realizaba a duras penas.
- Inglés: D. Adelino. Su acento delataba su procedencia de allende Baeza y los alumnos a menudo le parodiábamos su habla grave y ahuecada: “Merino, le ‘vo’ a poner un roscó”. No era especialista en el tema, pero sus clases eran gratas. En esa clase estábamos sólo 11 ó 12 alumnos y la metodología era bastante burda, pues la mayoría del tiempo la dedicábamos a traducir textos del inglés y a realizar ejercicios escritos de ese idioma.
- Historia: Srta. Vargas, de la que recuerdo vagamente su bien cuidado aspecto físico y su afabilidad en el trato. La dinámica de sus clases solía ser la misma siempre: preguntar la lección del día anterior y después explicar nuevos contenidos.
- Matemáticas: D. Juan Montes, profesor del que decíamos que se acostaba en la mesa, donde se instalaba nada más entrar, a menudo con retraso, y sólo se levantaba al finalizar la clase. Era raro verlo usar la pizarra y se servía

de alguno de nosotros para copiar lo que dictaba en sus explicaciones. Pero éstas eran siempre claras y precisas y a mí se me daban muy bien.

- Latín: Sr. Bombín, mi profesor preferido en aquel curso y los siguientes, y responsable en parte de que eligiera la modalidad de letras cuando hice el Bachillerato Superior, que me llevó después a escoger la carrera de Filología Hispánica y dedicarme a la enseñanza de la Lengua y la Literatura. Por tanto, mi vocación surgió un poco de su mano. Un tanto desgarrado, con chaqueta y jersey de cuello alto, también se instalaba en la mesa de manera cómoda. Su peculiar acento revelaba que no era de Baeza.
- F.E.N. (Formación del Espíritu Nacional): D. Lázaro Cardenete, un personaje singular, cercano, que conversaba con nosotros de diferentes temas más o menos interesantes y conseguía hacernos unas clases agradables.
- Trabajos Manuales: D. Antonio, nuestro insigne director, cuyas lúdicas clases de dibujo lineal y artístico constituyeron un suplicio para mí, poco diestro en labores manuales. Era, junto a la Gimnasia, mi talón de Aquiles.

Los condicionantes de esta colaboración hacen que se hayan quedado en el tintero algunas impresiones y recuerdos, tanto de aquel curso como de los siguientes. Otros profesores, compañeros, momentos, experiencias, emociones, ... vividas en Baeza, en el Instituto Santísima Trinidad. En suma, un universo de vivencias que de, alguna manera, han influido en la persona que he sido.

Octubre de 2019

HOY ES FIESTA (BUERO VALLEJO)

Francisca Ortiz Rentero

MAESTRA.

ÁREA DE CULTURA Y DEPORTES DE LA DIPUTACIÓN DE JAÉN

In memóriam de Martín Morales.

Hoy es fiesta es una obra de teatro escrita por Antonio Buero Vallejo en el año 1955.

En el año 1976, en nuestro Instituto Santísima Trinidad de Baeza, un numeroso grupo del alumnado y profesorado, hicimos posible la representación de esta obra en el teatro MONTEMAR de esta ciudad, con la finalidad de recaudar fondos para el viaje de fin de curso del alumnado de C.O.U.

TEATRO-CINE
MONTEMAR
B A E Z A

MIÉRCOLES 7 8 TARDE REPRESENTACION TEATRAL JUEVES 8 6'30 TARDE

DE LA OBRA
HOY ES FIESTA
DE BUERO VALLEJO

A CARGO DE LOS ALUMNOS DEL INSTITUTO DE ESTA CIUDAD

INTERPRETES

SILVERIO	José Ochoa
PILAR	Pepi Criza
DOÑA BALBINA	M. del Mar Fernández
DANIELA	Lorena Alarcón
TOMASA	Carra Motta
MANCHA	Pepi Mantón
DOÑA NEVES	Milite Rodríguez
RENEIDOS	Gaty Molina
NATI	Pili Francés
SABAS	Juan Ruiz Garrido
PALEJ	José Tajuelo
PIEL	Marta Palomares
CRISTOBAL	Bernardo Alarcón
ELIAS	Carlos Chamorro

PIENSOS NUTROTON ELABORADOS POR: IJINASA - BAEZA

La importancia de esta actividad, radica en que nos vimos involucrados tanto personal docente como educandos, en todo el proceso.

Como aporte documental, adjunto el cartel de difusión, impreso (pie de foto), en gráficas Chamorro, Barreras, 31, Baeza, 1976. Analizándolo, veo que faltan los nombres, del director y del productor, que hoy quiero recordar por su valiosa aportación a esta actividad.

El alumnado del curso superior organizaba su último año. El delegado, Martín Morales, siempre activo, imaginativo, participativo y conocido por los alumnos de todos los cursos, actuó como productor de la obra de teatro. En las clases de sexto de bachiller hacía el castings de actores y actrices para una obra de teatro que en ese mismo día teníamos que ensayar, bajo la dirección de D. José Luis Martín (profesor de Filosofía).

En este curso 1975-76, el horario de clases del Instituto, era de mañana y tarde. En horario libre teníamos nuestros ensayos, en los que estaba siempre presente nuestro querido profesor. Recuerdo cómo, con total delicadeza, nos explicaba los movimientos en el escenario, los gestos, las expresiones adecuadas, el tono de voz, cómo memorizar los textos y todos los detalles para su puesta en escena como si fuésemos auténticos profesionales del mundo del teatro.

Era un gran equipo el que participaba. Unos se encargaban de escribir a mano los textos de cada personaje de la obra a representar, otros de los ensayos de la representación, del vestuario, de la cartelería, de la búsqueda de patrocinadores, de la solicitud del uso del Teatro al Ayuntamiento, de la venta de entradas, ¡todo era ilusión y ganas de que llegara el día de la representación! El primer problema se nos presentó cuando nos enteramos de que las obras del dramaturgo Buero Vallejo, en esos años, necesitaban permiso para ser representadas, algo que el profesorado implicado, con su buen hacer, gestionó correctamente.

La obra se representó en dos días consecutivos. Por la cantidad de entradas vendidas, fue todo un éxito, al menos así lo vivimos el grupo teatral: nos hicieron sentir como grandes profesionales y ¡no era para menos! En primera fila de butacas estaban compañeros, familiares y nuestros profesores, D. José Luis, D. Adelino, Señorita Mari Carmen Vargas, Doña Teresa (a la que cariñosamente le decíamos “La Literata”) aplaudiendo nuestra actuación. Nos llenaron de orgullo y emoción cuando en el escenario nos entregaron un ramo de flores, de parte del profesorado. Su labor docente no acababa en las aulas, allí estaban siempre, apoyando cualquier actividad e iniciativa en la que los alumnos y alumnas necesitábamos su presencia.

El viaje de fin de estudios de C.O.U. se hizo realidad y la compañía teatral de sexto de bachiller fuimos invitados a un viaje de fin de semana a la feria de Sevilla, del que también guardo gratos recuerdos.

Tengo multitud de anécdotas, pero todos coincidimos en el sentido de compañerismo, esfuerzo y la motivación que existía entre nosotros y los profesores. Fue un privilegio estar durante los años del 1970 al 1977 en el Instituto Santísima Trinidad de Baeza, en unas fechas históricas, que vivimos en plena adolescencia, descubriendo multitud de cambios sociales, políticos y culturales. Los profesores eran conscientes de que tenían sentado al futuro en sus aulas. Como ejemplos de rigor en su magisterio y excelencia en el saber, nos trasmitían valores, abriendo nuevos horizontes en nuestras mentes y, en definitiva, enseñándonos a vivir con respeto y educación. Quienes tuvimos la oportunidad de conocerlos, hemos sentido que siempre nos han acompañado.

Sirva este texto de gratitud para todo el claustro de profesores de la promoción del 70-77 y a todos los compañeros y compañeras de curso, a los que están y a los que faltan, muy especialmente a Martín Morales Lozano que, en estos momentos de celebración del 150 Aniversario del Centro, nos ha dejado huérfanos de su apoyo, dedicación y entusiasmo, pues con sus continuos comentarios de recuerdos, nos sumergía a todos en un cálido ambiente.

Mis agradecimientos a D. Rogelio Chicharro Chamorro, actual Director del Instituto Santísima Trinidad, por la oportunidad que nos ha dado al antiguo alumnado de participar en los actos de 150 Aniversario.

EL INSTITUTO DE NUESTRAS VIDAS

Ricardo Castillo Huertas

ALUMNO 1970-1977. MÉDICO.
DIRECTOR DE RADIO SIERRA FM

Una tarde de primavera se presentó en la escuela un sonriente sacerdote, de sotana generosa, para hablarnos de un colegio que iniciaba su andadura junto al Instituto de Baeza. Corría el año 1970, nuestro maestro era Inocencio Vera Jiménez, el cuarto curso de primaria vislumbraba su final y el futuro de aquellos niños estaba en el aire. La Puerta de Segura, como tantos pueblos de la provincia, no disponía entonces de un centro para continuar estudiando. Para animarnos, haciéndonos a la idea de salir del pueblo y nuestras casas, aquel cura jovial no escatimó en dibujarnos una etapa prometedora, con muchos compañeros y un plantel de profesores que nos enseñarían de lo lindo. Además, si nos inclinábamos por Baeza, ofrecían diez becas de diez mil pesetas, pasando pronto un examen en el majestuoso e imponente Palacio de Jabalquinto, donde se había habilitado el Colegio Menor San Felipe Neri, anterior Seminario.

El afable presbítero que se pateó la Sierra de Segura y otras comarcas jiennenses para encaminarnos hasta el Instituto Santísima Trinidad era Juan Párraga Barranco, cariñosamente apodado después, por los alumnos del colegio, como “El Dólares”, por las cábalas y peripecias que hubo de diligenciar, con los dineros, en los años posteriores. Le acompañó en la singladura Manuel Valenzuela Díaz, compañero y director de San Felipe Neri, conformando un tándem que nos impulsó, con disciplina y esfuerzo, a lo largo de un bachillerato inolvidable, culminado con el Curso de

Orientación Universitaria (COU) y la Selectividad. Juan Párraga era originario de Mengíbar y Manuel Valenzuela de Navas de San Juan, inquietos, emprendedores y bienhumorados ambos.

Teníamos once años cuando iniciamos aquella etapa en tierras baezanas, compartiendo clases, andanzas y mucho más en los largos inviernos de los setenta. La “sirena” sonaba rotunda a las siete de la mañana. Nos poníamos en marcha, muchas veces con agua fría en la ducha, para afrontar cinco horas de estudio vigilado cada día, aparte de las clases en el Instituto. La monumental y neblinosa Baeza era un hervidero de niños y niñas que crecían y se formaban, salían y paseaban por sus calles, por Las Murallas y el Paseo de la Constitución, con la Fuente de la Estrella. Entre las becas del PIO, las propias del colegio y el esfuerzo de aquellos padres, los chiquillos pudieron estudiar en un estupendo centro, el Instituto Santísima Trinidad de Baeza, donde conocieron que impartió clases de francés Antonio Machado, cuando acababa de perder a Leonor.

Nuestro vetusto Instituto, antigua Universidad, nos acogía cada jornada; allí conocimos leyes, teoremas y formulación química, mejoramos nuestra lengua y ortografía, disfrutamos de la literatura, filosofía, geografía y geología, hablamos latín, griego y francés, dibujamos en quinto curso, pulimos nuestra formación manual, tuvimos divertidos escauceos en política (la asignatura rezaba como formación del espíritu nacional), estudiamos la célula y las claves genéticas, nos acercamos a la esencia de las cosas en un centro exigente. Por entonces era su director Antonio Leal, y jefe de estudios José Luís Martín Rodríguez que, entre otras tareas, vigilaba apostado en la escalera la entrada de alumnos a clase, haciéndonos marchar si llevábamos el pelo largo, directos a la barbería para poder reunirnos cuanto antes en las aulas. A mí me volvió en una ocasión. También tuve la oportunidad de pertenecer al equipo de fútbol oficial del Santísima Trinidad, junto a unos compañeros estupendos, paseando nuestras camisetas celestes y calzones azules por toda la provincia, quedando subcampeones en 1975.

Fuimos varios chavales, desde mi pueblo, a cursar la secundaria en el Instituto Nacional de Enseñanza Media Santísima Trinidad. Compañeros del alma como José Simón Collados, Juan Carlos Martínez Manjón, Gabriel Marín González y Jesús Martínez Soria. Jesús y yo ejercimos de monaguillos en la Capilla de San Felipe varios años, en cuyo coro cantaba como los ángeles Serafín Fernández Gil, tan menudo él como gentil su voz, natural de Pontones. Aparte de ayudar en misa, recogíamos las hostias y el vino en el Convento de La Encarnación, de las Carmelitas Descalzas, cuando apenas llegábamos a la altura del torno. Para consolar nuestros jóvenes estómagos, aquellos intrépidos acólitos idearon el “mejunje”, mezcla de formas sin consagrar y vinillo que, en poca cantidad para que no se notara, sabía a gloria.

Se agolpan en el recuerdo nombres de internados como el Beato, Los Carmelitas, Las Filipenses, La Milagrosa; de profesores añorados como Teresa Piqueras, Mercedes Cobo, Juan de Dios Muñoz, Manuel Valenzuela, Enrique Ruiz, Herminio y Esther Recacha, M. Carmen Gámez, Julia Cañada, Rufino Gonzalo, M. Teresa Esteban, M. Carmen Vargas, Adelino, Fuencisla, Ángel Nieto, Juan Montes, José Molina, Luis Diosdado, Ofelia Janeiro, Lázaro Cardenete; así como los maestros Jerónimo y Martín Morales que dinamizaron la cultura musical y el Miserere que nos emociona cada Martes Santo, las clases de inglés en la Casa del Pópulo, el Bul-Lari (equipo de fútbol titular de la ciudad durante años), el Cine Primitivo, el Teatro Montemar, bares como el Tocinillo, el Sali, Juanito, Mercantil, Estudiante o Romualdo, el trigo frito de Joaquinica y los bollos con chocolate de los soportales.

Tras décadas sin vernos, varios encuentros, ya sin el uniforme preceptivo (camisa blanca, jersey burdeos y pantalón gris) y sin la colonia Prime Minister, han fructificado en la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio Menor San Felipe Neri, “Alsafen 77” constituida en abril de 2012. En la galería de aquel palacio, muchas noches nos reuníamos y entonábamos una canción del dúo “Cuerpos y Almas”; nos aprendimos entera la letra de “Hoy estoy sufriendo”, que terminaba así: “Yo canto al recuerdo que me dio aquel amor, aquel amor que nos teníamos los dos”. Así vivi-

mos y sentimos Baeza. Siempre he admirado el mimo y el cariño que brindan los baezanos a su ciudad, todo un ejemplo a seguir, algo parecido a la ilusión y los valores que nos guían desde que anduvimos en el “Instituto de nuestras vidas”.

¡Felicitaciones en tu 150 Aniversario!

RECUERDOS DE UNOS AÑOS TRASCENDENTALES

Rodrigo Checa Jódar

INSPECTOR DE EDUCACIÓN

Recordar el inicio de los años ochenta del siglo pasado, al cabo del tiempo, supone volver a vivir con emoción una época maravillosa. De repente aparecen imágenes perdidas en la memoria, compañeros que vivimos experiencias inolvidables, profesores que marcaron nuestras vidas y, sobre todo, amigos para toda la vida. Todo ello enmarcado en el seno de una institución centenaria, signo de identidad y orgullo de la ciudad de Baeza, el Instituto Santísima Trinidad.

Recuerdo el primer día que entramos al Instituto, cuando don Luis María Diosdado, el Director, nos recibió en el Paraninfo. Recién acabada la E.G.B. nos disponíamos a estudiar el B.U.P. en un lugar privilegiado, que había sido Universidad y donde don Antonio Machado fue catedrático de francés. Todos llegamos aquel día como niños para salir al cabo de cuatro años como adultos. No éramos conscientes del poder que la educación estaba ejerciendo sobre nosotros, transformándonos en personas responsables que en muy poco tiempo tomaríamos las riendas de la sociedad. La solemnidad de la inauguración del curso, el recibimiento que nos brindaron y la acogida tan humana del Director nos hizo sentir a todos que ya no éramos niños.

Los tres cursos del Bachillerato y el curso de C.O.U no pasaron muy rápido. Fueron tantas las emociones, las experiencias y los descubrimientos, en plena adolescencia, que visto ahora parece una vida aparte. En las aulas del Instituto nos tocó vivir la

transición de una dictadura a la Democracia. Fuimos testigos del golpe de estado de 1981 cuando estábamos en primero de B.U.P., del primer gobierno socialista por mayoría absoluta, de la barbarie terrorista, ¡del mundial de fútbol del 82! En fin, quién nos iba a decir entonces que nos tocaría vivir en la era de la información y del conocimiento, cuando solo manejábamos enciclopedias. Pero esa no fue la única transición. La más importante, el cambio más esperado, se produjo en nuestras familias. Fuimos la generación soñada por nuestros padres. Por primera vez en la historia de tantas familias humildes, sus hijos tuvimos la oportunidad de estudiar. Por primera vez, sus hijos acabaron el Colegio, fueron al Instituto y después consiguieron llegar a la Universidad. Somos afortunados porque nuestros padres vieron en la educación la mejor herencia que nos podían dejar. Consiguieron para nosotros lo que siempre anhelaron para ellos. Ahora han de sentirse orgullosos porque su esfuerzo ha merecido la pena. A todos ellos, gracias.

La impronta dejada por el Instituto en cada uno de nosotros ha sido fundamental para el resto de nuestras vidas. Afortunadamente, para cada uno habrá sido diferente. En mi caso, nunca olvidaré la influencia que tuvieron en mí algunos profesores, a los cuales tengo aún presentes en mi memoria. Fueron capaces de encontrar en mí inquietudes que yo solo nunca hubiera pensado, consiguiendo formarme como persona capaz de asumir retos inalcanzables. El alcance de sus enseñanzas llegó más allá de lo que fijaban los libros de texto, ya que su pasión por transmitir el amor hacia la cultura y la ciencia sembró en nosotros la curiosidad. Ellos apreciaron en mí una especial sensibilidad para la Música, me animaron para iniciar un camino inexplorado que forma desde entonces parte de mi personalidad. En mis años del Instituto descubrí junto con mis compañeros la riqueza de nuestro patrimonio musical. Disfrutábamos cantando tanto la polifonía del Renacimiento como las canciones de Jarcha. Participábamos en todos los actos académicos del Instituto creando la banda sonora de una época maravillosa. Ya entonces comencé a pensar que los palacios y las iglesias monumentales de nuestra ciudad llevaban siglos en silencio y que sería apasionante descubrir los sonidos que antaño resonaron en sus bóvedas. Aquellos profesores sem-

braron mi pasión por la Música. Años después, tuve la inmensa suerte de llevar a cabo aquel sueño gracias al Festival de Música Antigua de Úbeda y Baeza, el cual me hizo recobrar de nuevo el halo humanista de nuestra ciudad.

Ahora, cuando escribo estas líneas, soy consciente del poder de transformación de la educación en la sociedad actual y de la responsabilidad que tienen los centros educativos en la formación de nuestros jóvenes. Vivimos en una época vertiginosa que requiere una adaptación constante, lo que exige que la educación y formación que ofrezcamos en el sistema educativo se adapte a los cambios sociales, aunque no podemos olvidar que las personas tenemos la capacidad de aprender a lo largo de toda la vida. Por ello, esta etapa en la vida de los alumnos es tan importante, tanto por lo que pueden aprender como por las capacidades que deben adquirir para enfrentarse con garantías a los problemas del futuro. Con el paso del tiempo el Instituto ha logrado engrandecer la cultura de los alumnos que hemos pasado por sus aulas, por eso es para mí un motivo de orgullo colaborar de nuevo con mi Instituto y transmitir el ánimo para que siga en el empeño secular de conseguir el éxito para todos sus alumnos, que será el éxito para toda la sociedad.

ANEXO

Rodrigo Checa Jódar (Baeza, 1966).

Alumno del Instituto Santísima Trinidad durante los cursos 1980/81 a 1983/84, cursando B.U.P. y C.O.U.

He sido Profesor y Director del Conservatorio Profesional de Música “Músico Ziryab”, de Córdoba.

Actualmente soy Inspector de Educación.

RECUERDOS

Isabel María Parrilla Lucena

PSICÓLOGA. PROMOCIÓN 1975-1979

Siempre he pensado que los alumnos que hemos tenido la suerte de estudiar en el Instituto Santísima Trinidad y el haber estado rodeados de tanta belleza e historia en este edificio, nos ha marcado de manera singular, además de habernos influido en nuestra personalidad, en nuestra sensibilidad a la belleza, a la poesía, a las humanidades.

Estudié psicología y actualmente soy profesora de Centro Universitario SAFA de Úbeda en donde imparto las asignaturas de psicología a futuros maestros (mis dos grandes pasiones: la educación y la psicología).

Es una suerte nacer y crecer en un pueblo patrimonio de la humanidad, rodeados de monumentos y plazas con encanto, con edificios como la Universidad, la iglesia San Juan Evangelista, Santa Cruz... Cuando a lo largo de estos años he visitado Baeza con amigos de otras ciudades y nos hemos adentrado en el patio de este centro, en aquella aula de Machado o en su magnífico Paraninfo, una envidia sana se atisbaba en sus gestos y expresiones: “todo un privilegio Isabel, haber podido estudiar en un lugar de tanta belleza y cargado de una historia tan rica”.

Gracias a mis estudios de psicología descubrí a Juan Huarte de San Juan, padre de la psicología diferencial, que por el siglo XVI, fue médico y miembro del cabildo de nuestra S.I. Catedral, mientras que a su vez, se dedicaba a escribir su pionera y controvertida obra “Examen de Ingenios para las Ciencias”, reconocido

como el primer tratado de la psicología diferencial, y estuvo allí, posiblemente recorriendo los mismos pasillos y estancias de las que yo disfruté de estudiante. Desde entonces a todos mis alumnos se lo comento orgullosa.

Yo fui de la primera promoción de BUP y mi trayectoria estuvo marcada por importantes momentos de nuestra historia, una época de grandes cambios. Mi primer examen en el centro Santísima Trinidad fue con la profesora D.^a Teresa Piqueras, coincidió con el día que fallece Franco. Este día está en mi memoria episódica, por supuesto ese primer examen no se realizó (recordaréis, mis coetáneos, que estuvimos tres días sin clase), examen que se queda en mis recuerdos para toda la vida. Era una época de cambio. En España comenzamos una nueva etapa, recuerdo la proclamación del Rey y los principios de la democracia.

Coincidiendo por aquellos años se realizó un homenaje a Antonio Machado y el Instituto organizó un concurso de composiciones musicales, basadas e inspiradas en su poesía. Todos mis amigos le pusimos música a uno de sus poemas y nos lanzamos a cantarlo. Era una de las grandes aficiones de los jóvenes de aquella época, emulando en aquellas juntas, con alguna guitarra y en cualquier rincón, canciones de Jarcha, de Mocedades, de Serrat... Aún recuerdo ese poema:

“Campo, campo, campo, entre los olivos los cortijos blancos”...

Los profesores de aquella época marcaron mi formación y la trayectoria que después he seguido.

Aprendí a amar el arte y apasionarme con él de la mano de D.^a Teresa Vargas, quien me ayudó a “aprender a aprender”, es decir, a llegar a querer las asignaturas y a interiorizarlas (hacerlas mías), no solo a estudiarlas. Hoy día, cuando imparto clase a futuros maestros, siempre me acuerdo de ella y le comento a mis alumnos que estudiar es aprender, es enamorarse de las asignaturas, llegar a hacerlas nuestras con afectividad. Todo lo que aprendí con ella hoy está en vigencia y se trabaja en la educación: la importancia de la afectividad cuando los alumnos aprenden, el aprendizaje autorregulado por el alumno (estrategias cognitivas,

de apoyo) y la metacognición (reflexionar sobre nuestro conocimiento, la regulación personal del aprendizaje...).

D.^a Teresa Esteban, quien me enseñó a apasionarme por la literatura, por los místicos San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús, la generación del 27, Antonio Machado, el autor por excelencia de este Instituto que tanto nos ha marcado a los que en nuestros años adolescentes pasamos por este centro.

Encontré las primeras tutorías por parte de algunas profesoras como D.^a María José Navarro, persona empática y que intentaba ir más allá de lo académico. Siempre se preocupaba por los alumnos y su vertiente como personas. Hoy día hasta en los centros y en algunas universidades se realiza la mentoría (un alumno más experimentado ayuda a otro menos experimentado y le acompaña en sus estudios). Actualmente las tutorías no solo están dirigidas al ámbito académico, sino a la formación de la persona (valores, actitudes, emociones, etc.).

En aquella época, Aurora Rus (mi inseparable compañera y amiga) y yo, nos apuntamos para colaborar en la biblioteca y confeccionar las fichas de los libros con D.^a Josefa Inés Montoro, realizando el servicio social en el recreo (actualmente voluntariado).

Los profesores me inculcaron, entre otras muchas cosas, los dos grandes valores que han sido el motor de mi vida personal y profesional: el esfuerzo y la responsabilidad. Sus exigencias me enseñaron lo importante que es el valor del esfuerzo, y que tenemos que luchar por nuestros sueños, para ello, ineludiblemente hay que formarse y trabajar. Y cómo no, la responsabilidad de afrontar los retos de la vida de una forma madura y positiva.

Jacques Delors nos dice que para que la educación pueda cumplir todas las misiones que tiene, debe de estructurarse en cuatro pilares: Aprender a conocer, Aprender a Hacer, Aprender a vivir Juntos y Aprender a Ser. Mi experiencia evidencia que en este centro fue donde aprendí a conocerme, a trabajar con responsabilidad y exigencia, a convivir con compañeros increíbles y donde me inculcaron a contemplar los valores como algo determinante

en mi contexto personal y profesional, marcando los grandes ejes de mi vida.

Para terminar expresar mi más sincero y emocionado agradecimiento a todos aquellos profesores de mi añorado Instituto Santísima Trinidad de Baeza, que despertaron en mí la vocación de educar y de acompañar a las personas en su camino.

CUANDO NADIE TE PIENSE

José Manuel Mesa Cabrera

ALUMNO DE LA PROMOCIÓN 2010-2016

En el momento en el que el lector esté leyendo esta pieza puede que hayan transcurrido varios años, siendo generosos, desde el momento en el que fue escrita. Podría incluso darse el caso en el que este libro conmemorativo esté expuesto en un lugar distinto al propio instituto dada la eventualidad en la que el envejecimiento poblacional y la extracción de capital humano de los entornos rurales hacia las urbes haya terminado de completarse con éxito. Estirando mucho la imaginación, podríamos llegar a pensar que este texto está siendo analizado por historiadores del futuro que encontraron este libro en una cápsula del tiempo y tratan de entender y redactar de la manera más fiel posible cuál fue nuestro *Zeitgeist*, esto es, el espíritu de nuestra época.

Solo si nos encontráramos en esta disparatada tercera hipótesis, quisiera facilitarle el trabajo a este grupo de académicos que acaba de encontrar este libro muchos años después de su publicación en octubre de 2019, *anno domini*. Para presentarles mis credenciales y otorgarles unas ciertas garantías, me gustaría decirles que cuando terminé mi etapa de bachiller en el instituto emprendí el estudio de lo que en aquel momento se conocía como *ciencias jurídicas*. Estas estaban basadas en su mayoría en la hermenéutica, que consiste en la interpretación de los textos. Así, quiero aproximar al lector en los próximos párrafos a la comprensión del viaje que recorrió el escritor antes, durante y más allá de su paso por el centro.

Mientras escribía el esbozo del cuerpo de este escrito, tres conceptos de cierta antigüedad vinieron a mi cabeza: El “*velo de la ignorancia*” de John Rawls, la noción en economía del “*coste de oportunidad*” y el “*empirismo delicado*” de Johann W. Von Goethe. Todos ellos se relacionan en mayor o menor medida con cómo vivió el autor su etapa estudiantil. No obstante, al desconocer si en el momento en que ustedes leen estas líneas tuvieron relación o no con ellos, procedo a desempolvarlos mínimamente de mi mente.

El *velo de la ignorancia* formaba parte de un contrato social que proponía el filósofo John Rawls, nacido en un país llamado Estados Unidos de América (aunque les gustaba jugar con la metonimia y se hacían llamar americanos). Con esta teoría nos invitaba a asumir que ignoráramos por un momento nuestra clase social, nuestra riqueza o nuestros talentos. Si nos abstraíamos del lugar que ocupábamos y mirábamos a nuestro alrededor, nuestra visión estaría más inclinada a ver a aquellos que habían sido más desafortunados en nuestra sociedad. Como probablemente habréis podido investigar, el I.E.S. Santísima Trinidad nació por medio de un decreto que permitía a los ayuntamientos crear sus propios Institutos de Segunda Enseñanza. A juicio de este escritor, esta era una de las principales funciones de los centros educativos de aquella época: El sacrificio por dotar a los ciudadanos de unas herramientas básicas con las que aquel que las recibía podía hacer disipar esas diferencias con las que entraba. El autor cursó sus estudios en una época en la que existía un acuerdo tácito y extendido que apoyaba esta función de los centros educativos. Sin embargo, también comprendió con el tiempo que existían grandes diferencias en las herramientas que se adquirían en función no solo del tipo de centro en el que se estudiaba sino también del lugar donde se nacía.

Asumo que los historiadores ya habrán encuadrado la etapa histórica en la que se escribe este texto en la *tercera ola de globalización* que vive nuestro planeta. Tras la extendida liberalización de las barreras comerciales, la apertura internacional de los negocios llevó de la mano la necesidad de conocer el idioma con el que venían asociados, el inglés. Tras años de aislamiento

internacional y de una fuerte política monolingüística, en nuestro país costó mucho hacerles hueco a otras lenguas. Si hay algo que destacar en el instituto en la época en la que el autor cursó sus estudios fue la carrera por la adaptación a un entorno cambiante, a la en ocasiones incómoda mezcla de los programas de estudios existentes con la necesidad de implantación de un nuevo currículo en otro idioma. Por aquel entonces, tanto familias como profesores quebraron en más de alguna ocasión sus cabezas intentando evaluar el *coste de oportunidad* que les ocasionaría dejar de invertir su tiempo en los currículos en castellano, o en la educación en otras artes como la música o en actividades como el deporte por tener que comenzar a invertir tiempo y dinero en el aprendizaje, con mayor o menor éxito, de la lengua inglesa. Esta fue, en cierto modo, la reacción de resistencia que tuvo el entorno local ante las sacudidas de una globalización salvaje que no esperaba a nada ni a nadie y que amenazaba con succionar el estilo de vida que hasta entonces había imperado allí.

Mencionaba antes que quizás ustedes historiadores estén intentando interpretar cuál fue el *Zeitgeist* de nuestra época. Personalmente, traje a colación el concepto de *empirismo delicado* de Johann W. Von Goethe por una razón: La polarización de nuestro tiempo. Este escritor y científico proponía teorizar sobre la naturaleza no imponiendo modelos, sino entrando en un *diálogo amable* del que podría surgir un cierto entendimiento. Aquellos eran años en los que gritar más alto parecía otorgar la razón, en los que valores como la moderación y la templanza habían adquirido connotaciones negativas, en los que mirar más allá era arrogante y quedarse de brazos cruzados era aplaudido.

Fue, en definitiva, bajo este *Zeitgeist*, que el autor conoció a través de su paso por el centro a sus primeros referentes, en los que gestó sus primeras ideas sobre cómo debía ser el orden de las cosas, en los que aprendió a agradecer y a descartar, y lo que le dio el impulso definitivo para atreverse a no conformarse con lo que le había sido dado. Sin embargo, no hago más que preguntarme algo. ¿Qué importa que leas esto, si eres el último en leerme y el primero en recordarme?

ALUMNOS ACTUALES

“SCHOLA MAGISTRA VITAE”

Pablo Valverde Nieto

ALUMNO DE 2.º DE BACHILLERATO

La gaviota despliega las alas y se dispone a precipitarse por el edificio, con la seguridad que le da la experiencia. Esto me lleva a imaginarme la primera vez que se lanzó. Las primeras veces suelen dar más respeto y miedo, son difíciles de llevar a cabo. No obstante son también las que más se recuerdan.

No puedo evitar hacer una reflexión sobre el tiempo, aquello que más anhelamos y que se nos escapa de las manos. ¿Quién no quisiera arreglar los errores del pasado o pasar más tiempo con algún familiar querido que ya no está?

Sentado en un banco del puerto de un pequeño pueblo gallego, veo la gaviota ya a lo lejos, que no pierde el tiempo en cruzar los lindes de mi vista. Tiempo, tiempo... Miro a mi alrededor y todo lo cuantifico con tiempo. El asfalto son días y días que tardaron en ponerlo por todas las calles. El puerto es una vida entera de tradición pesquera. La puerta de esa casa, es el tiempo que se tardó en talar un árbol, llevarlo al maderero y que el carpintero terminara la labor de darle forma. ¿Cuánto tiempo pudo ser eso? ¿Seis meses? Aquello que parece más cercano puede ser realmente lejano si lo miramos según perspectiva del tiempo.

En un mundo de continuo alboroto, azotado por las inseguridades, las preocupaciones y los problemas, una cosa permanece. La historia se encuentra en los muros, resguardo de hechos pasados y defensor de los presentes. Roca por roca, una encima de otra, se forma la estructura encargada de defender nuestro legado

al mundo, nuestro pequeño grano de arena en la tela de araña que se forma naturalmente.

Lo que vivimos no es solo para nosotros, sino que enseña y demuestra ideas a los demás. ¿Quién diría que el mismo instituto donde me relaciono y estudio, había servido años atrás para formar a José Vicente Siles, un gran físico currante como el que más, que se encuentra en posición de prestigio en una institución internacionalmente honrada y famosa como la NASA, y que inspira a la gente a cumplir sus objetivos y mejorar sus vidas?... Uno se para a pensarlo y parecen palabras mayores en manos menores.

Pero eso es una reflexión muy estúpida. Ya está demostrado que el mundo es un pañuelo y que aquellos que están en lo más alto no se han criado en prestigiosas ciudades distintas a las del resto del mundo. Las oportunidades, fortuitamente, pueden aparecer a todo el mundo por igual. Y sé con certeza que no me voy a equivocar al decir que Siles ha caminado por las mismas calles que yo al salir de clase, y que también ha dejado su mente flotar mientras degustaba las vistas que ofrece el Paseo de las Murallas de Baeza. Incluso atrasando más hacia atrás las agujas del reloj nos encontraríamos con Antonio Machado en la misma escena.

El poeta sevillano, enigmático y pensativo, mira a través de la ventana del tren, como si fuera víctima de una enfermedad o de un profundo sueño. También yo he sentido esa magia en persona como si el mismísimo George Stephenson hubiera concebido la locomotora más como una fábrica de ideas que un transporte. Esta fábrica se encuentra actualmente en su esplendor y siento que no soy no capaz de controlarla. Me arrastra cual caballo al auriga sin riendas.

Me conduce a cuestionarme cuáles son aquellas cualidades que considero más importantes respecto al desarrollo académico tras mi experiencia como estudiante.

La primera de todas es la paciencia. El arte de saber esperar es imprescindible para cualquier persona y le hará ser capaz de sentirse más tranquila sabiendo que el progreso no se produce de la noche a la mañana, que hay que esperar a que surja efecto. Al

fin y al cabo, son seis años de formación y los que se estresan los primeros años, al chocarse con el hielo, no son capaces de distinguir las dimensiones del iceberg que les espera.

La segunda sería la perseverancia. Esta la practicamos a diario, desde que suena el despertador cada mañana a la misma hora para desencadenar la misma serie de acontecimientos, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Es complicado ser riguroso con los horarios, sobre todo con los de las actividades extraescolares, porque un fallo de los más comunes es pensar que el trabajo termina con el timbre de las 14:45. El hecho de tener que imponerse uno a sí mismo el trabajo necesario demuestra una perseverancia digna.

La tercera sería la motivación. Es posiblemente la más escasa según lo que se encuentra uno en los pasillos. Las caras largas y las piernas estiradas, abriendo la boca para exhalar el sonido del aburrimiento profundo, son el pan nuestro de cada día. Y hay algo que parece no entenderse, que es que durante las clases los profesores no te están enseñando únicamente matemáticas, inglés o lengua. Te están enseñando nada más y nada menos que a vivir. Cada enseñanza recibida debería ser agradecida, ya que es un centímetro más que ganas de altura. Es importante saber cuál es tu meta, qué es aquello que tú admiras y sueñas con hacer alguna vez, porque, una vez que sabes cuál es tu objetivo, solo tienes que apuntar y disparar, y no malgastar balas a discreción.

Por último, yo escogería la personalidad. En una sociedad en la que escasea una verdadera originalidad, llena de marionetas de hilos de cobre, se necesita saber cuál es tu lugar y no tener miedo por mostrarlo. Si hay algo que puedo agradecer al tiempo que he estudiado en el I.E.S. Santísima Trinidad es que me ha mostrado cómo era realmente ese niño de 12 años que entró por la puerta teniendo el pomo todavía por encima. No debería de haber temor por mostrar lo que te gusta y enseñar lo que haces y se te da bien. Pero también hay que saber que es una realidad el que habrá gente que te hará dudar. Serán como piedras en el camino que van a tratar de convencerte de que tu forma de ser debería ser como la suya. He aquí el verdadero reto: averiguar quién eres tú.

Con todo y con eso, un consejo para futuros estudiantes sería este: conoced gente y mostradles cómo sois, tratad de mantener vuestra esencia mientras que aprendéis las virtudes de los demás y nunca penséis que tenéis más valor que los otros.

REFLEXIONES DE UN ALUMNO

Diego Sebastián Moreno Ceacero

ALUMNO DE 2.º BACHILLERATO A

Cuando me pregunten en un futuro dónde estudié secundaria y bachillerato podré sin duda responder con orgullo que fue en el Instituto Santísima Trinidad. Y es que son varias las razones por las que un alumno de este instituto puede presumir de haber pertenecido a él durante años, seis en mi caso. En primer lugar, cualquiera resaltaría que estudiar en el Santísima significa estudiar en un lugar histórico y de preciado valor cultural, aunque muchas veces los alumnos no seamos conscientes de ello. Casi sin darnos cuenta, mis compañeros y yo hemos jugado y pasado los recreos en un patio renacentista visitado por turistas de todo el mundo justo al lado del aula donde Machado impartía clase, hemos dado el último repaso a algún examen en una gran biblioteca, hemos escuchado numerosas charlas y conferencias en un magnífico paraninfo o hemos podido disfrutar del Museo de Ciencias prácticamente cuando queríamos. Pero, seguramente, el edificio en sí no es la más importante razón por la que recordar con cariño el paso por este instituto.

Lo principal, lo que ha hecho posible que el instituto perdure todo este tiempo y lo que marca el paso de cualquier persona por un centro educativo son las personas que forman parte de este, ya sean, profesores, alumnos o equipo no docente. Por una parte, estas personas se convierten guste o no en una segunda familia al compartir horas y horas durante algunos años, y por ello influyen en cada uno de los alumnos en varios aspectos. Han sido esas clases apasionantes de cierto profesor las que nos han

hecho interesarnos por una asignatura hasta el punto de querer dedicarnos en el futuro a algo relacionado con ella. Son esas horas con compañeros y profesores, producidas durante una etapa de crecimiento en todos los aspectos del alumno, las que han forjado nuestro carácter, nuestra forma de ser. Con todas estas personas nos hemos reído, entretenido, hemos recibido buenas, pero también malas noticias, hemos sufrido e incluso alguno llorado.

Por otra parte, la gente que pertenece a este centro educativo realiza un gran trabajo respecto al principal objetivo de un lugar de enseñanza, educar, educar en todos los ámbitos. Primeramente, hay que agradecer a todos los profesores que han intentado explicar su lección, ya sea de lengua, matemáticas o francés, y hacernos conocer de tantos temas, y es que su labor pedagógica muchas veces es muy difícil. Y es que no es simplemente intentar hacer a un grupo amplio de jóvenes atender en clase, que generalmente se encuentran dormidos a primera hora y nerviosos y cansados a última. Además, hay que agradecer el esfuerzo que realizan aquellos que se esfuerzan en que el instituto no sea solo un lugar donde se dé clase en un pupitre, sino que sea un lugar donde sea posible aprender también a través de actividades diferentes: viajes, intercambios, charlas, carreras solidarias, prácticas en los laboratorios, concursos de cocina o de fotografía... Y también, agradecer a los que se esfuerzan por educar en valores, impulsando iniciativas para luchar contra cualquier tipo de discriminación, ya sea por raza, orientación sexual o género, para luchar contra el cambio climático o para promover la paz y la solidaridad.

Por todas estas razones es por lo que yo puedo estar muy alegre de haber estudiado en el Santísima. Recordaré siempre felizmente estos años en “mi” instituto donde al fin y al cabo he crecido, y a pesar de algún típico momento difícil o malo, en realidad nada importante. Recordaré las muchas clases divertidas, interesantes, a los profesores, a mis compañeros, los intercambios de clase, etc. Recordaré las frías mañanas de invierno en las antiguas clases de cuarto y las calurosas clases en junio en las clases de tercero y el trayecto hacia el instituto de todas las mañanas por la calle de San Juan de Ávila acompañado con la habitual niebla de Baeza.

Es muy normal ver cómo antiguos alumnos vuelven y visitan el instituto donde vivieron gran parte de su juventud después de haber conseguido alcanzar sus metas y objetivos. Espero profundamente que muchos seamos en el futuro esos antiguos alumnos.

APÉNDICES

ÁLBUM FOTOGRÁFICO

Nuestro agradecimiento a Jaime Fotógrafos, Fernando Viedma, Pedro Narváez y Javier Nieto por su amabilidad al haber aportado estas fotografías.



Leopoldo Urquia y Martin con bombin y paraguas. 1915.



Inauguración curso académico 1916-1917.



Grupo de Catedraticos. 1920.



Claustro del Instituto. 1922.



Alumnos del Instituto. 1936.



Grupo de profesores y alumnos del Instituto en torno a 1944.



Alumnos y profesores. 1945.



Profesores en Corpus. 1954. En el centro la directora D.ª Encarnación Álvarez.



Cuerpo de baile. 1958.



Equipo de balonmano del instituto. 1958.



Coro del instituto en el Paraninfo. 1960.



Biblioteca (Francisco Vico, Antonio Leal, Fernando Viedma...). Años 60.



Partido fútbol contra alumnos. 1971.



Alumnos en clase de Educación Física. 1963.



Inauguración de un monolito dedicado a A. Machado. Mayo 1966.



Comida Sto. Tomás. Parador de Bailén. 1970-71.



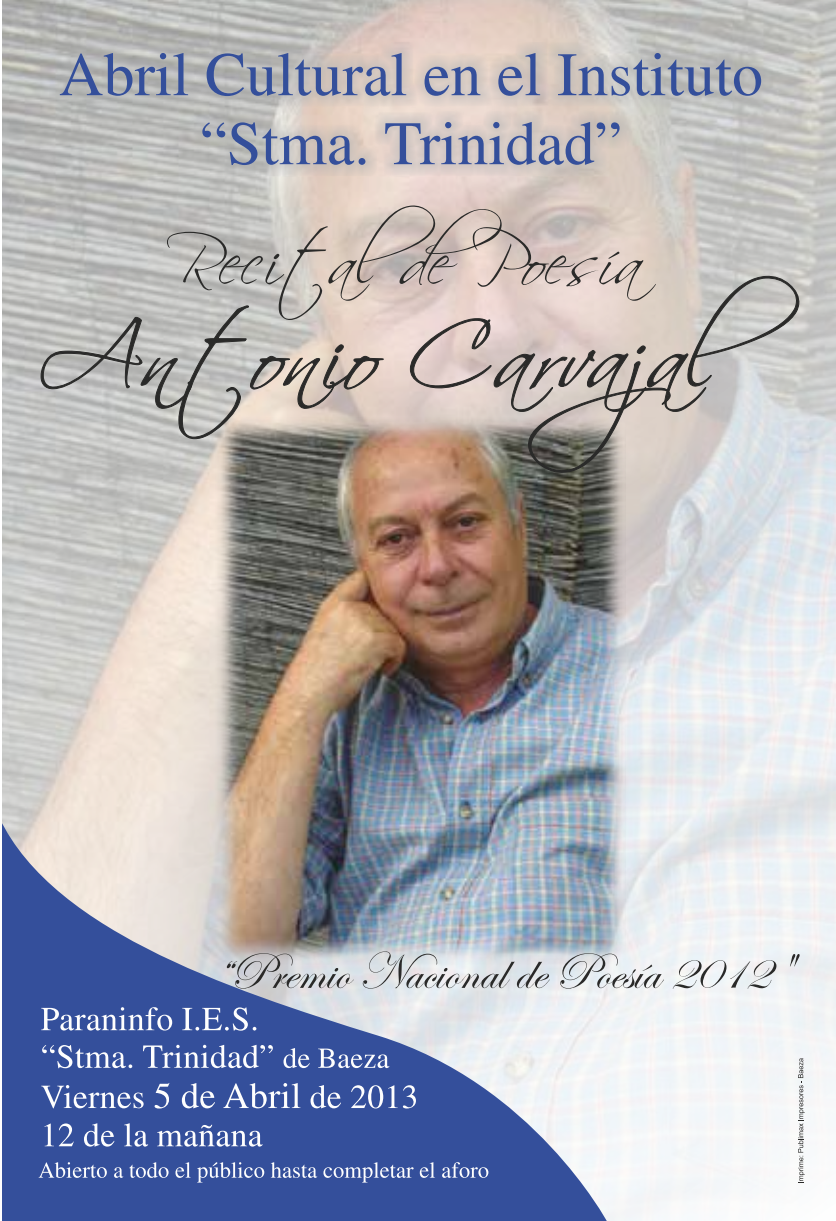
Alumnos promoción 1970-1977.



Equipo de fútbol del instituto. Año 1975.



Hermanamiento Carcassonne. Visita de autoridades al Instituto. 10 de octubre de 2013.



Abril Cultural en el Instituto
"Stma. Trinidad"

*Recital de Poesía
Antonio Carvajal*

"Premio Nacional de Poesía 2012"

Paraninfo I.E.S.
"Stma. Trinidad" de Baeza
Viernes 5 de Abril de 2013
12 de la mañana

Abierto a todo el público hasta completar el aforo

Imagen: Ediciones Espinosa - Baeza

I.E.S. Santísima Trinidad. Cartel Antonio Carvajal.



**Acto de Inauguración
del Curso 2013 -2014
IES “Santísima Trinidad”
Baeza (Jaén)**

**LECCIÓN INAUGURAL:
“El Greco: entre el mito y la realidad”
D^a.PALMA MARTÍNEZ-BURGOS
(Universidad Castilla-La Mancha)**

**Entrega de la Medalla de Oro del
Instituto al antiguo profesor
D. FRANCISCO RUIZ JURADO**

**Viernes 20 de Septiembre / Hora: 13:00 /
Lugar: Paraninfo de la Antigua
Universidad**



ENTRADA LIBRE HASTA COMPLETAR AFORO

Cartel Inauguración curso 2013.



Jean-Claude Pérez, alcalde de Carcassonne, firma en el Libro de visitantes ilustres. Octubre 2013.



Alumnos del Instituto Gucheng de Pekín en el Santísima Trinidad. Enero 2015.
Primer Intercambio de un instituto público de Andalucía con un centro de China.



ACTO DE APERTURA DEL CURSO

2016-2017

I.E.S. "Santísima Trinidad" de Baeza

PRESENTACIÓN

D. Rogelio Chicharro Chamorro

Director del Instituto "Santísima Trinidad"

LECCIÓN INAUGURAL A CARGO DEL

Dr. D. Ildefonso Castro López

Profesor Titular de Matemáticas de la Universidad de Jaén
con el título

"Un Teorema es para siempre"

CLAUSURA DEL ACTO

D^a. María Dolores Marín Torres

Alcaldesa del Excmo. Ayuntamiento de Baeza

JUEVES 15 DE SEPTIEMBRE DE 2016

A LAS 12:30 HORAS

EN EL PARANINFO DEL INSTITUTO

Entrada libre hasta completar aforo



Portal de entrada del Instituto.



Inicio curso. Septiembre 2017. De izquierda a derecha: Rogelio Chicharro, Director; Lola Marín, Alcaldesa de Baeza; Francisco Reyes, Presidente de la Diputación; Leocadio Marín, ex-Alcalde; Adelino Santos, ex-Director; Yolanda Caballero, Delegada de Educación; José Luis Martín, 1ª Medalla de Oro del Instituto; Andrés Medina, Director UNED, y Trinidad López, Jefa Ordenación Educativa.



Alumnos. 2019.



Ciclo G.S. Ed. Infantil.



Claustro. 2019.



Alumnos del Ciclo G.M. Actividades.



Celebración del Día de la Paz. Enero 2020.



Orla profesores Santísima Trinidad 2020.



Orla Bachillerato Santísima Trinidad 2020.

CARTEL DEL ACTO CENTRAL DEL
150 ANIVERSARIO

**CONMEMORACIÓN
150 ANIVERSARIO**

de Antiguos Alumnos y Profesores
Comida de Convivencia
14:30 horas

Preside Consejero D. Javier Imbrocchi

Entrega Medalla de Oro de la Ciudad
por la Alcaldesa D^a M. Dolores Marin

Conferencia Dr. Antonio Chicharro

**I
S
T
R
I
N
I
D
A
D**

Concierto Grupo Juglares

Sábado 26
octubre 2019
12 horas

Patio de Columnas
del Instituto

© 2019 I.S.T.

CONFERENCIA ACTO CENTRAL*

Ficción Literaria y Conciencia

Antonio Chicharro

UNIVERSIDAD DE GRANADA

PALABRAS PRELIMINARES

Es un honor intervenir en el presente acto en el que se conmemora el 150 aniversario de la vida del instituto en el que me formé. En este sentido, hago mías las palabras del escritor Max Aub quien al ser preguntado que de dónde se sentía, dado que había nacido en París en 1903, hijo de padre alemán y madre francesa, y adquirido nuestra lengua a partir de 1914 en Valencia, nacionalizándose español dos años después, para terminar siendo un exiliado en México tras la guerra civil, respondió:

Lo he dicho muchas veces y lo han repetido hasta la saciedad: uno es de donde hace el bachillerato, que es decir que uno es de donde nace conscientemente al mundo, a los sentidos, al amor.

Tal vez por eso, a pesar del bilingüismo en su alemán y francés familiares, no encontrara mejor salida que usar el español para su escritura porque con ella formó su relación, comprensión y razón del mundo. Pues bien, puedo afirmar en este sentido que, además de ser de Baeza por nacimiento, no puedo sino sentirme de aquí por haber cursado el bachillerato en este centro más que

* Conferencia impartida con motivo del acto de entrega de la Medalla de Oro de Baeza al instituto Sma. Trinidad de Baeza el día 26 de octubre de 2019. Está basada en dos textos del autor: «Introducción. Acerca del valor de la literatura como ficción y como discurso de la conciencia» y «“En esta nuestra edad de hierro”: notas sobre el fracaso y la gloria de Don Quijote, un héroe inverso», de 2013 y 2018 respectivamente.

centenario, lo que sin duda y mirado desde la atalaya de la edad fue un privilegio. Y no me refiero con ello sólo a haber sido usuario de estos espacios arquitectónicos, más en concreto el aula de Antonio Machado donde recibí clases en sexto, la biblioteca, el museo de ciencias, además de haber jugado a balonmano en la capilla de San Juan Evangelista en una suerte de forzada alianza entre deporte y renacimiento. Hablo de personas, esto es, de profesores y profesoras bien preparados y más pacientes que autoritarios, a pesar de los tiempos en que se vivía, con aquel adolescente que apuraba hasta el último segundo y algo más los treinta minutos de recreo en este mismo patio en compañía de sus leales amigos ya bajo un dulce sol de invierno ya entre nieblas que borraban la espadaña ya, con la naciente primavera, respirando el fragante aire de hojas y flores nuevas que hasta aquí mismo penetraba dado el privilegiado enclave natural en que se asienta la ciudad, una de las más formidables alianzas del sur de Europa entre naturaleza, arte y vida.

Tal vez esta afirmación mía pueda servir para que se hagan una idea de lo mucho que agradezco la invitación para, al tiempo que celebro yo también este aniversario, dirigirme a ustedes en este patio que presidió mi vida durante los cruciales años de formación. Además, quiero hacerles una confidencia: esa máxima lapidaria que ustedes ven, VBI HUMILITAS IBI SAPIENTA (Donde hay humildad, allí hay sabiduría), ha presidido desde esa altura no sólo los largos años de mi adolescencia y juventud de cuando era aprendiz de hombre, sino también los años restantes de mi vida, lo que confirma que las palabras escritas en la piedra también acaban por escribirse indeleblemente en el corazón.

Así pues, con humildad, condición de todo aprendizaje, y con lo que he ido conociendo del arte literario, vengo a hablarles en esta luminosa mañana de conmemoración, un día más que añadir a la memoria de Baeza, de lo que vale la literatura para la vida, de lo que importan los mundos de ficción, y en ellos los de la ficción literaria, así como de qué manera los escritores acaban tejiendo sus obras verbales con el hilo de su propia conciencia, bastidor de palabras donde emergen lo inconsciente y lo no cons-

ciente, sirviendo además estos textos para conformar luego las conciencias de sus lectores.

FICCIÓN LITERARIA

A partir del esquema dual que introduce en nuestra cultura el pensamiento clásico de los griegos, hablo de Platón más en concreto, se reconoce y nombra ya, varios siglos antes de nuestra era, no sólo las fundamentales ideas que determinaron el desarrollo de la cultura occidental que, según Emilio Lledó nombra, fueron las de naturaleza (*physis*), política (*pólis*), lenguaje (*lógos*), saber (*epistéme*, *sophía*), educación (*paideía*), bien (*agathón*) y justicia (*díke*) (Lledó, 2001), entre otras, sino que también nombraron la *poiesis*, esto es, la capacidad humana de creación y, con en ella pudieron especificar la existencia de los discursos ficcionales. Así, la *Poética* de Aristóteles no sólo es importante al estar en la base del realismo artístico y sus teorías y al proporcionar los fundamentos de un concepto de la literatura como conocimiento, puesto que la creación al imitar verosímilmente la realidad nos da una suerte de conocimiento de la misma, sino que lo que está planteando es que la creación en cuanto a la realidad imitada no es lo que suele entenderse por realidad, es decir, que la realidad resultante de la mimesis es otra clase de realidad, una realidad de naturaleza ficcional, el dominio o territorio del que se ocupan los estudios literarios, la razón última de esta clase de quehacer teórico. Queda nombrada así la radical capacidad humana de creación y conceptuada la naturaleza ficcional de los resultados de la misma. Aquí halla su sustento, por citar un caso concreto y próximo a nosotros, el impresionante comienzo del poema «Espacio» de Juan Ramón Jiménez:

Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo. Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir. No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin. Y lo que veo a un lado y otro, en esta fuga, rosas, estos de alas, sombra y luz, es sólo mío, recuerdo y ansia míos, presentimiento, olvido. (Juan Ramón Jiménez, 1954).

No obstante, hablar así no debe suponer un reconocimiento de esta capacidad creadora en un sentido adánico, claro está. Nada más lejos por cuanto la originalidad de los autores es fruto

de múltiples mediaciones pues al fin y al cabo cualquier sujeto humano es un ser de cultura y cuando decimos cultura decimos grupo social, sociedad, historia y, cómo no, una lengua natural.

Ahora bien, dando un paso más, cabe hacerse algunas preguntas a este respecto como las que siguen: ¿Tienen utilidad estas ficciones y, en el caso de que así fuera, de qué utilidad se trata? ¿A dónde apuntan estos mundos verbales de ficción en cuanto resultados discursivos de una conciencia creadora? ¿Qué papel tiene en su activación el receptor y cómo actúan las ficciones en los sujetos lectores?

Voy a tratar de responder a estas preguntas si bien con brevedad lógica. Como suele decirse comúnmente, la literatura no sirve para nada, inequívoco signo por otra parte de su incalculable valor, paralelo por lo demás a lo que afirma aquel antiguo adagio castellano que hiciera suyo el poeta Antonio Machado: «Por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser un hombre». Cabría afirmar así análogamente que por mucho que valga una ficción, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser una ficción. Pues bien, la radical inutilidad del arte, y de la literatura, ha sido sancionada por la moderna filosofía de Kant al hablar del arte como una finalidad sin fin, presupuesto en que se han sustentado las modernas poéticas formales. Pero, a su vez, el reconocimiento de su naturaleza y gratuidad estéticas supone la aceptación de la existencia de un excedente social que hace posible dicha superior práctica de cultura en determinadas sociedades, al no satisfacer la mismas necesidades sociales primarias (v. Matamoro, 1980). No obstante, el hecho de que aceptemos que la literatura es una actividad artística, inútil o no primaria a simple vista, insisto, no debe hacernos suponer que realmente lo sea, como ahora razonaré. En este sentido cabe hablar de que esta gratuidad lo es sólo aparentemente y de que toda obra acaba por tener un precio histórico. Pero es más, si tenemos en cuenta lo que a este respecto afirma Jorge Volpi en uno de sus ensayos, *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción*, la ficción no sólo alcanza a tener un valor de naturaleza histórica, sino también y muy especialmente un valor constitutivo para la especie humana, lo que

no es ninguna exageración a tenor de sus argumentos que paso a exponer.

Frente a las teorías de la gratuidad estética del arte y, en él, de la literatura, Volpi piensa el arte como herramienta evolutiva cuya meta es ayudarnos a sobrevivir y hacernos más humanos, siendo tan útil a fin de cuentas como:

el tallado de hachas de sílice, la organización en clanes o la invención de la escritura. Porque el arte, y en especial el arte de la ficción, nos ayuda a adivinar los comportamientos de los otros y a conocernos a nosotros mismos, lo cual supone una gran ventaja frente a otras especies menos conscientes de sí mismas. (Volpi, 2011: 15).

En definitiva, el arte para Jorge Volpi no sólo es una prueba de nuestra humanidad, sino que somos humanos gracias al arte y a la ficción, ficción que ha existido desde que existe el *homo sapiens*, porque los mecanismos cerebrales de acercamiento a la realidad son en su base idénticos a los empleados en la creación o apreciación de una ficción, lo que ha venido a convertirnos en lo que somos: organismos autoconscientes (Volpi, 2011: 16). De ahí que no sólo seamos capaces de reconocer el mundo, sino que podamos llegar a inventarlo, tal como somos capaces de inventarnos distintos yoes, como así afirma el neurólogo, psiquiatra y escritor Carlos Castilla del Pino:

El sujeto es un sistema de producción, reconstrucción, deconstrucción y almacenamiento de yoes con miras a la concreta actuación en un contexto determinado. Hay yoes imaginados (prolépticos), anticipados, proyectos de yoes actualizados y yoes fantaseados (y soñados). Los yoes se constituyen en módulos que el sujeto, como sistema, reutiliza en ulteriores contextos. El sujeto controla la actuación del yo creado para la situación, y lo modifica si su actuación no es del tipo adecuado para el logro del propósito del sujeto. El lugar del sujeto es el neocórtex prefrontal; el del yo, el cuerpo y lo que el sujeto le exige hacer para la interacción real o virtual. (Castilla del Pino: 1999: 115).

Pues bien, volviendo al argumento cognitivista de Volpi, que nos sitúa un paso más allá de la mimesis entendida en su más

restrictivo y grosero sentido, no sólo se relativiza el que seamos testigos de la realidad, sino que se subraya con él nuestra humana condición de *artífices* de la misma. El *yo* habría surgido así como un centro estructurador creado por el cerebro que percibe y recrea la realidad sin medida, haciendo *como si* «la realidad de nuestra mente en efecto se correspondiera con esa Realidad inaprensible que nos es sustraída a cada instante» (Volpi, 2011: 18). En ese *como si*, razona Volpi, yace completa la idea de ficción, un *como si* que tanto «permite tolerar el universo imaginario de una novela» como «lleva a asumir que la realidad es tan sólida y vigorosa como la presenciamos» (Volpi, 2011: 19). Esto explica que los humanos seamos rehenes de la ficción y la «vivamos con la misma pasión con la cual nos enfrentamos a lo real. Porque esas *mentiras* también pertenecen al dominio de lo real» (Volpi, 2011: 21). Este argumento es el que le lleva a afirmar que el hecho de que vivamos otras vidas en la ficción es un juego con ganancias evolutivas en cuanto transportan ideas de una mente a otra. Por ello deja de ser un pasatiempo meramente estético. Por ello la belleza no deja de ser un cebo evolutivo para atraernos hacia la información escondida detrás de la fachada. Por ello, y leo sus palabras,

la belleza es el tirabuzón que nos encamina hacia conjuntos de ideas que nos alientan a comprender mejor el mundo, a nuestros semejantes y, por supuesto, a nosotros mismos.

En todo caso, reconocido el papel crucial de la ficción sin adjetivos y de la ficción literaria en los seres humanos, Volpi no reduce a esta última al desempeño de un papel meramente evolutivo por cuanto, además de ayudarnos a experimentar vidas y situaciones ajenas, nos permiten allegar información social importante, toda vez que la literatura es una porción esencial de nuestra memoria compartida (Volpi, 2011: 28). Por eso afirma que los cuentos y novelas nos han hecho quienes somos y que

En los relatos del mundo se encuentra lo mejor de nuestra especie: nuestra conciencia, nuestras emociones y sentimientos, nuestra memoria, nuestra inteligencia, nuestras dudas y prejuicios, acaso también la medida de nuestro albedrío. (Volpi, 2011: 30).

Así pues, si la ficción –y ésta es su hipótesis central– es una herramienta para explotar la naturaleza en cuanto la ideamos, es porque la ficción es también la realidad. Por ello, la ficción resulta capital para nuestra especie y las obras literarias, más que entretenernos y embelesarnos, nos hacen humanos (Volpi, 2011: 32).

¿Y en qué consiste ese hacerse humanos gracias a la literatura? Los sugerentes argumentos ensayísticos de Volpi de clara estirpe antropológica resultan, al menos para mí, inapelables por lo que respecta a la importancia que tiene esa capacidad de ficción en nuestra especie y, en especial, en lo que se refiere a su afirmación final de que la literatura nos hace humanos, otorgándole una inequívoca utilidad a la belleza verbal, tal como viene a ocurrir en la naturaleza, donde la belleza es una trampa para la reproducción. ¿Alguien cree de verdad que la rosa es la rosa sólo para el gratuito disfrute de nuestros sentidos o es así para atraer con sus formas, colores y olores a los insectos que, embriagados, ayudarán mudamente al rosal a cumplir su finalidad reproductora? ¿Alguien duda, dejando a un lado la analogía del mundo natural, que la cultura, lo que no es naturaleza, esa información no genética que constituye a los individuos, como teorizara Lotman, no obedece en su conjunto a un superior propósito de asegurar la supervivencia del grupo? Estas preguntas nos orientan a pensar que la literatura es un hecho cultural complejo, por lo que merece ser defendido frente al asedio del *totum revolutum* de las sociedades de nuestro tiempo. Es mucho lo que nos va en ello o, mejor dicho, todo nos va en ello, nosotros mismos nos vamos en ello, ya que en los artefactos literarios se cristaliza un productor y reproductor discurso resultante del conflicto entre la conciencia y el inconsciente, en un juego con la incontrolada presencia del no consciente, lo no previsto y lo no reprimido que florece en la obra sin la voluntad de quien la crea, siendo ahí donde se añade una información histórica imprevista, objeto de estudio privilegiado por ciertas corrientes teóricas.

No obstante, detrás de tan general afirmación efectuada por el escritor mexicano se echa en falta una explicación de estirpe histórica de en qué consiste ese hacerse humanos en el ya aquí

de nuestra especie dividida en grupos, sociedades y estados, con sus lenguas y fronteras y su lucha concreta por la vida donde unos y otros desempeñamos ya los papeles de depredadores ya los de presas. Pues bien, aunque no voy a extenderme en esta cuestión, sí dejaré dicho al menos que los individuos operamos bajo la forma histórica de sujetos y, en lo concerniente a la literatura, de sujetos literarios. Esta noción, como ha estudiado Antonio Sánchez Trigueros, es resultado de una construcción ideológica, cuya formación histórica se sitúa desde el humanismo medieval hasta el sobresaliente momento histórico de las crisis europeas de mitad del siglo XIX, pasando por el humanismo renacentista, la ilustración, la sistematización kantiana y hegeliana y lo que supuso en la Revolución Francesa y en el romanticismo. Aquí encontramos la fundamentación histórica de una categoría que ha desarrollado la idea de autor y su par el lector cuya aparente independencia no es sino una máscara donde lo que opera realmente es un proceso histórico transindividual. No se olvide que cuando se interpela literariamente a un lector se opera la reproducción de esta categoría. En este sentido, siguiendo a Althusser (1974), los individuos actúan bajo las determinaciones de las formas de existencia histórica de las relaciones sociales de producción y de reproducción, aunque –y no es una contradicción– todos los individuos revisten la forma de sujeto como forma de existencia histórica, sin que por ello constituyan el/los sujeto(s) de la historia.

En cuanto al papel que tiene el receptor en la activación del discurso ficcional literario. Como puede pensarse, no podríamos hablar de la existencia del mundo de la ficción verbal si no aceptáramos la existencia de lo que llamamos mundo real, sin entrar ahora en otras consideraciones sobre la verdad del mundo aparente ni la apariencia del mundo real. De todas maneras, esta explicación dual nos resulta muy operativa para nuestra relación con lo real y con lo real literario, aunque haya podido ser un estorbo a la hora de comprender que el universo de la ficción es, insisto, él mismo una forma de lo real.

Pero, además, conviene que operemos con la regla de la ficción o el llamado pacto ficcional. Necesitamos dejar establecido

el concepto de ficción para que nos ayude a resolver el fundamental problema de la ficción / verdad que se suscita siempre que nos ocupamos de la literatura. La cuestión puede zanjarse en un principio mediante el reconocimiento del carácter puramente convencional que rige todo el proceso de comunicación literaria, según los razonamientos de Siegfried J. Schmidt (1990), pues ofrece uno de los criterios que le resultan básicos para sustentar su teoría de la literatura, una teoría de base pragmática: el de la convención estética, por cuanto supone que los participantes deben actuar de acuerdo con valores, normas y reglas de significación que son considerados como estéticos a partir de las normas asumidas en una situación dada y al mismo tiempo que deben suspender los criterios de verdad / falsedad y de utilidad / inutilidad presentes en los procesos comunicativos no literarios, esto es, deben aplicar la regla de la ficción. Ni la materia novelable ni su concreción lingüística servirán aisladamente y por sí mismas para considerar una novela como tal práctica estética ficcional. En cualquier caso, no olvidemos que operamos en el dominio de nuestra cultura occidental con esa concepción dual antes dicha que se iniciara con la idea de mimesis, una incoativa idea platónica que Aristóteles rentabilizó en su poética.

SOBRE EL FUNCIONAMIENTO DEL *COMO SI* EN UN TEXTO DEL QUIJOTE

Dicho esto, reparemos en un texto concreto para comprobar cómo funcionaría ese *como si* del que habla Volpi en el caso de que nos pusiéramos en la piel verbal de un personaje de novela de cuyo nombre siempre nos acordaremos. Hablo de don Quijote y más en concreto traigo aquí el famoso capítulo XI de la primera parte de la famosa novela: «De lo que sucedió a don Quijote con unos cabreros». Recordemos el discurso:

Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano y mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones: Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa

edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquéllos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarcerarlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señera, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios o por el aire con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo,

hermanos cabreros, a quien agradezco el gasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero: que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.

Tras la lectura del texto, quién se atreve a pensar que es un loco el que habla. Dónde está el disparate, la imprudencia, el descontrol ante la ordenada mostración que el personaje hace no sólo de lo que sabe del mundo clásico por sus lecturas sino muy en especial de los principios que rigen su conciencia y acción hasta el punto de mantener embobados a los cabreros. El personaje sabe quién es, sabe lo que quiere y es consciente de la degradación social en la que vive la sociedad de la que forma parte. Por eso, una vez armado caballero, sale a los caminos a enderezar la marcha de su mundo, ahora en la edad de hierro, en busca de emular a sus héroes caballerescos.

Pues bien, el sentido y significación de don Quijote como héroe novelesco constituye uno de los aspectos más atendidos en el estudio de tan famosa obra. Es verdad que nuestro personaje no es asimilable a nombres de héroes clásicos como Aquiles, Ulises o Eneas. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* puede relacionarse, claro está, con la *Odisea*, la *Ilíada* o la *Eneida* en el hecho de ser narración externa de acciones que implican hazañas y viajes peligrosos, pero una narración en clave paródica, en absoluto épica ni digna de memoria para un pueblo o ancho grupo humano unido por una lengua y cultura, aunque paradójicamente esta novela haya terminado por ser una obra cuyo sentido y significación ha ido más allá de una lengua y cultura hasta hacerse universal. En todo caso, nuestro personaje es un héroe al modo de los caballeros andantes del tipo de Amadís de Gaula, pero inverso, esto es,

un héroe alterado para situarlo por la vía del contraste paródico frente a tales planos personajes centrales de las novelas de caballerías que reinaron en el gusto literario a lo largo de buena parte del siglo XVI en la península ibérica. En consecuencia, nuestra obra no participa de la epopeya ni siquiera de la novela de caballerías, aunque su propio personaje central se proclame caballero andante y, con conciencia de sí y fe en su misión, comience el rosario de aventuras para construirse el merecido relato de su vida y lograr la recompensa igualmente merecida por todo buen caballero cristiano. No es una novela de caballerías, sino una narración otra que en su momento abrirá un nuevo horizonte: el de la novela moderna. Nada más y nada menos.

Ahora bien, el hecho de que lo consideremos un héroe inverso, que no cuenta con el linaje y origen propio de los héroes clásicos y caballerescos al ser un viejo hidalgo español enloquecido del que el narrador no quiere dar siquiera el dato concreto de su origen, no quita nada a su sustantiva condición de héroe, con lo que en absoluto debería pensarse esta calificación como equivalente a considerarlo un antihéroe, tal como se lee con frecuencia. No se olvide lo que afirma Ortega y Gasset al respecto de nuestro personaje:

Podrán a este vecino nuestro quitarle la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible. Serán las aventuras vahos de un cerebro en fermentación, pero la voluntad de la aventura es real y verdadera. Ahora bien, la aventura es una dislocación del orden material, una irrealidad. En la voluntad de aventuras, en el esfuerzo y en el ánimo nos sale al camino una extraña naturaleza biforme. Sus dos elementos pertenecen a mundos contrarios: la querencia es real, pero lo querido es irreal. (Ortega y Gasset, 1914: 186).

Así, aunque las acciones de don Quijote no resultan heroicas salvo para él mismo, siendo cuestionables, y el personaje carezca de cualidades extraordinarias si no risibles en su humana factura, sus intenciones son las propias del héroe que es lo que a la postre vale, según la interpretación de Avalle Arce que paso a citar:

La fe en su misión ya está constituida y permanecerá incólume; a pesar de pedradas, mojicones y derrotas, hasta su lecho de muerte. Lo heroico en la vida de don Quijote no son sus victorias, ya que no sufre más que

derrotas, sino la fe en su misión, lo que equivale a la fe en sí mismo: «Yo sé quién soy» (I, V). Y el elemento sustantivo y diferenciador en la vida del héroe es la fe [...] (Avalle Arce, 1976).

En don Quijote se da, pues, esa conciencia de sí mismo cuya base ética se la proporciona el cristianismo, que alimenta su voluntad de ser a la que suma su deseo de hacer el bien por los demás. Ahí radica su virtud, esto es, su fuerza y valor más allá de todo ridículo. ¿Quién puede pensar que no es un héroe moderno? Este personaje y su virtud, su construida conciencia, lo que produce en el lector, tras la risa y sin que se perciba con claridad, es la reproducción de la conciencia de sí. Y decir conciencia supone decir obviamente sujeto. Por eso, los textos literarios se inscriben en el proceso de producción y reproducción de la conciencia. Aquí no cabe la autarquía. Toda conciencia es una relación. Se trata de una realidad fenoménica que el sujeto vive en tanto que ser físico, biológico, social y signico-simbólico, esto es, un resultado complejo de la interacción de la naturaleza y la cultura, espacio donde cabe lo experimentado, sentido y vivido, lo aprendido, lo heredado, lo imaginado, lo soñado, lo deseado y, cómo no, lo leído. En este sentido, no se olvide que la lectura es la actividad de mayor complejidad que efectuamos por cuanto implica todos los niveles de la cultura, al poner en juego, como dice Leenhardt, el *conocimiento anterior* o adquirido del universo referencial del libro, de su problemática y de su historia; los *códigos de lectura* heredados de la tradición literaria, inducidos por el texto o cultivados por el grupo social; el *texto* en su aspecto semántico, sintáctico y retórico; al *individuo* en su principio de identidad, en sus estrategias de defensa y en su principio del placer; y las *jerarquías de valores* (Leenhardt, 1980). Si nos paramos a pensarlo ¿en cuántas ocasiones, tras la lectura de un poema o una novela que nos ha emocionado, es decir, que nos ha movido hondamente en el ánimo, hemos notado que hemos salido siendo otros, esto es, que nuestra conciencia ha mutado tras esa relación? La respuesta interior que cada uno de los aquí presentes haya podido darse es un signo del alto valor que alcanzan los mundos literarios de ficción, la profunda verdad del arte literario junto al resto de las artes.

A partir de aquí, puede comprenderse el mucho bien que hacen los institutos y demás centros en enseñar literatura, en introducir a sus estudiantes en los mundos de ficción, en instruirlos al tiempo que ayudarlos a tomar conciencia de sí y alentar de esta manera a que se procuren sus propios juicios y discernimientos y a que construyan su criterio. Esta tarea merece nuestra mayor celebración, pues con ella no se trata sólo de educar e instruir al discente, sino de ayudarlo a ser persona y a que sepa quién es para que, como don Quijote, pueda afrontar la vida, cualquiera que sea su signo e incluso en las derrotas.

Ahora bien, expuestos los trazos de la conciencia del personaje *como si* se tratara de una humana conciencia, debemos plantearnos algunas cuestiones relativas a la conciencia de su autor, Cervantes, de quien también obtenemos lección.

Queda fuera de toda duda la grandeza utópica de las palabras de don Quijote y la capacidad que tuvo Cervantes de renovar, ahora en el dominio de la ficción, un sueño mítico como el de la Edad de Oro que alcanza su existencia en nuestra cultura desde la antigua Grecia con sus imprescindibles floraciones latinas, con expresión de casi la totalidad de los motivos que desarrolla el tópico –comunismo primitivo, justicia social, «autómatos bios», denuesto de las riquezas y, claro está, desconocimiento de la navegación, motivo que no nombra precisamente nuestro personaje por resultarle innecesario ya que en esa dorada edad que evoca no existía la necesidad del viaje–. El hecho de que Miguel de Cervantes ponga en boca de don Quijote el relato nostálgico de esa edad dorada, para el personaje no mítica sino muy real, que le sirve para denunciar por contraste el estado de sociedad en que vive, no sólo confirma el profundo conocimiento de los clásicos griegos y romanos que tenía, sino que a un mismo tiempo nos obliga a pensar tanto en la sociedad ficcional por la que se desenvuelve el Caballero de la Triste Figura, que tanta intervención reparadora suya reclama, como en la real por la que atraviesa sus días Miguel de Cervantes, por si es que esta invocación de tan conocido mito también le resultara conveniente a quien ahora lo pone en boca

de ese ente de ficción al que ha dado vida autónoma, uno de los signos de la modernidad de la novela.

Ahora bien, ¿por qué califica don Quijote su momento y sociedad como propia de la edad de hierro? La respuesta la ha dado el discurso: porque en la misma no existen un comunismo amoroso y paradisiaco, ni una vida elemental, placentera, sin otras ocupaciones que la de la recolección de los alimentos que se necesitaren dados por la naturaleza, sin esclavitud alguna y con igualdad entre hombres y mujeres, sin necesidad de justicia ni de su interesada aplicación mediante el retorcimiento retórico. Si establecemos un paralelismo entre la caracterización que Ovidio hace de la Edad de Hierro en *La metamorfosis* y el modo cómo rechaza don Quijote el estado de su propia sociedad –por contraste con los altos valores de cuando los seres humanos vivían de forma semejante a los dioses, tal y como va desgranando en su discurso ante los cabreros que escuchan con atención–, concluiremos que hay confluencia entre ambos. No olvidemos que, según Ovidio, tras las edades de oro, plata y bronce vividas por los humanos, ha seguido la de hierro caracterizada por ser la edad de la impiedad, y la codicia; la de la desaparición de la verdad, el pudor, la modestia, la confianza y la lealtad; la del establecimiento de fronteras y, con ellas, la de la aparición de conflictos; también, la del aprendizaje de la navegación, esto es, la necesidad de la expansión, el cultivo de la tierra y la implantación de la minería para arrancarle a la misma sus riquezas; una edad en que han florecido los fraudes, los engaños, las insidias, la guerra y en la que nadie está a salvo.

Recordaré también que el comienzo del discurso es una suerte de antecedente de la precipitación de la memoria involuntaria: unas bellotas en la mano precipitan la memoria de don Quijote, un modo de reforzamiento de sus ideales con respecto a la sociedad. Hasta aquí la evocación de sus elocuentes y solemnes palabras, como corresponde al uso elevado de lengua con que Cervantes, frente a otros personajes y registros, dota a don Quijote –estilo elevado u oratorio–, salpicado de ironías del narrador, con el que, tras contrastar lo que va del oro al hierro de las edades de los humanos, don Quijote legitima su programa de

vida de caballero andante como consecuencia de la imperiosa necesidad de proteger a los más débiles de la sociedad en que vive, una sociedad corrompida por el alto valor que en la misma se le concede a la propiedad privada, a la ostentación cortesana, a los abusos de instituciones como la de la justicia y al poder y acoso que se ejerce sobre las mujeres. Aquí alcanza justificación su alta empresa de caballero andante y, en consecuencia, el valor y virtud de sus intervenciones que, orientadas a la restitución de la dorada edad, como le dice a Sancho, y ejecutadas frente a su sociedad, van a terminar por resultar heroicas, en una doble perspectiva de valoración, claro está, la recta de nuestro afamado y finalmente derrotado personaje y la irónica del narrador, por ceñirnos sólo al ámbito de la novela.

Pero tras haber percibido una cierta imagen de la España vivida por don Quijote a través de su bien entonado discurso, cabrían plantearse algunas cuestiones relativas a la España real del autor de la novela e incluso cabría especificar qué elementos de la realidad histórica penetran de modo no consciente en el discurso ficcional.

Para empezar, si atendemos al momento histórico de aquella España áurea que le tocó en suerte vivir a Cervantes, entre 1547 y 1616, a caballo entre los movimientos renacentista y barroco, con algunos cambios en la sociedad estamental dominante y entre dos reinados —el de Felipe II y el de su hijo, Felipe III—, habremos de pensar que, con sus problemas y conflictos en Europa, en absoluto se trata de una sociedad degradada ni siquiera en grave crisis económica, aunque sí se apunta su inicio, ni todavía en la decadencia política que se vivirá poco después. Paradójicamente y en relación con el discurso, no sólo no son años de hierro, sino que van a ser conocidos como áureos, los propios del Siglo de Oro, en cuanto a la cultura, el arte, el teatro y la literatura, con España proyectada en Europa y en otras partes del mundo. Claro está que esta imagen de España, aunque las suponga, no da entrada a las lentas y contradictorias transformaciones que la incipiente burguesía y el capitalismo están provocando en los niveles económico y social tanto en Europa como en España, si bien en este

caso con sus peculiaridades provenientes de tratarse de una sociedad de base estamental, dividida además entre cristianos viejos y cristianos nuevos, que tenía como dominantes en su ideología la aceptación de la riqueza proveniente de rentas señoriales, pero no así las lucrativas de otras actividades económicas ni tampoco las del trabajo, mal visto en aquel estado de sociedad, lo que explica que la nueva clase social burguesa dejara en no pocos casos de lado la actividad productiva y viniera a ocupar sus capitales en su ennoblecimiento, con su proceso de refeudalización consecuente, al tiempo que así se daba alas al prestigio del rentismo y su efecto de parasitarismo social que habría de alimentar el surgimiento de pícaros y bandoleros. Es precisamente esta compleja y contradictoria situación histórica la que va a resultar matriz de una práctica literaria que vino a dar con el surgimiento del moderno género novela en Europa.

Esta es, a muy grandes trazos, la España que vive Cervantes, la compleja y crítica realidad histórica en la que se nutre y despliega su conciencia. De ahí el valor que tiene su novela, la realidad de su ficción en clave paródica, como un crisol donde se funden las vivencias de los restos de un mundo en decadencia con los de un mundo emergente, la vivencia de lo real histórico y el sueño utópico de un mundo otro. La verdad de la ficción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, Louis, *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, Madrid, Siglo XXI, 1974.
- Avalle Arce, Juan Bautista, *Don Quijote como forma de vida*, Madrid, Castalia, 1976; edición digital: Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002 [<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc9w0d5>]
- Castilla del Pino, Carlos, «El sujeto como sistema», *Isegoría*, 20 (1999), 115-137.
- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha* (edición de Francisco Rico), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. En línea: [<http://www.cervantesvirtual.com/obra/don-quijote-de-la-mancha>]
- Jiménez, Juan Ramón, «Espacio», *Poesía española*, 28, abril, 1954.
- Leenhardt, Jacques, «Introduction à la sociologie de la lecture», *L'Effet de lecture. Revue des Sciences Humaines*, XLIX, 177 (1980), 40-55.
- Lledó, Emilio, *En el origen de la corporeidad*, Granada, Instituto Alhambra, 2001, colección Espada de luz.
- Matamoro, Blas, *Saber y literatura: por una epistemología de la crítica literaria*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980.
- Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2014.
- Sánchez Trigueros, Antonio, *El concepto de sujeto literario y otros ensayos críticos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.
- Schmidt, Sigfried J., *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura: el ámbito de la actuación social LITERATURA*, Madrid, Taurus, 1990.
- Volpi, Jorge, *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción*, Madrid, Alfaguara, 2011.

REPORTAJE FOTOGRÁFICO DEL ACTO CENTRAL DEL 26 DE OCTUBRE DE 2019

(Fotos: Jaime Fotógrafos)



Prolegómenos del acto.



Autoridades atendiendo a la prensa.



D. Javier Imbroda, D.ª Francisca Medina y D.ª M.ª Dolores Marín.



D. Rogelio Chicharro, D. Javier Imbroda, D.ª M.ª Dolores Marín y D.ª Francisca Medina.



El Consejero de Educación D. Javier Imbroda.



Intervención del Sr. Consejero.



Autoridades durante el acto.



Panorámica de los asistentes.



Entrega de la Medalla de Oro.



Miembros del Claustro de Profesores.



Entrega del pergamino conmemorativo.



Panorámica del Patio de Columnas.



Lectura de la conferencia por D. Antonio Chicharro.



Asistentes durante el desarrollo del acto académico.



Intervención del Grupo Musical Juglares.



Grupo de asistentes al finalizar el acto.

A la espadaña vacía que anuncia el
sesquicentenario del Instituto Santísima Trinidad
de Baeza (a cuyo claustro perteneció
Don Antonio Machado)

Dedicado a Don Rogelio Chicharro.



Hay quien tañe las campanas
para rebatos y alarmas
y para marcar las horas
y recordar a las ánimas,
llamar a cultos del clero
o que las puertas se abran.

Baeza, para el estudio
¿quién tañía la campana?
¿La sustituyeron yunques
y la vendieron por nada
cuando el cañón llamó a misa
y a estudio nadie llamaba?

Baeza, ¿quién ha vaciado
la espadaña?

Antonio Carvajal

DICTAMEN DE CONCESIÓN DE LA MEDALLA DE ORO DE LA CIUDAD AL I.E.S. SANTÍSIMA TRINIDAD



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BAEZA
SECRETARÍA GENERAL



Expediente: SG/HYD/2/2019
Procedimiento: "Medalla de Oro" al IES STMA. TRINIDAD
Descripción: Oficio de remisión.

IES.STMA.TRINIDAD
SR.DIRECTOR
C/. San Juan de Avila, 2
23440 BAEZA (Jaen)

Adjunto se les remite acuerdo de pleno, de la sesión celebrada el pasado día 2 de abril de 2019, en la cual en su punto cuarto se adoptó el acuerdo denominado:

"4.-DICTAMEN DE CONCESIÓN DE LA MEDALLA DE ORO DE LA CIUDAD AL IES STMA.TRINIDAD;

A los efectos oportunos.

Baeza,

Fdo. MARIA DOLORES MARIN TORRES
LA ALCALDESA
AYUNTAMIENTO DE BAEZA
Fecha: 28/05/2019 a las 8:45
HASH: 44E68E3BF78B48DF97B1
850CB6F0897B582DE591

Firmado Electrónicamente

Documento Firmado Electrónicamente - CSV:DFN01631-472E-4478-871D-1B315CE9972F-338874



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BAEZA
SECRETARÍA GENERAL

Expediente: SG/PLE/3/2019
Procedimiento: PLENO 2-4-19
Descripción: CERTIFICACIÓN

CERTIFICADO DE ACUERDO PLENARIO

D. VÍCTOR CASTILLA PENALVA, Secretario General del Excmo. Ayuntamiento de Baeza (Jaén).-

CERTIFICO:

Que en el Pleno de esta Corporación municipal, en sesión **ordinaria** celebrada el día dos de abril de dos mil diecinueve, adoptó, entre otros, el acuerdo que literalmente dice:

4.-DICTAMEN DE CONCESIÓN DE LA MEDALLA DE ORO DE LA CIUDAD AL IES STMA.TRINIDAD

Expediente: SG/HYD/2/2019
Procedimiento: "Medalla de Oro" al IES STMA.
TRINIDAD
Descripción: Propuesta

-Visto el dictamen favorable de la Comisión Informativa de Cultura, Educación y Fiestas, por 5 votos a favor -3 del PSOE, 1 C's y 1 IULV-CA – y 2 abstenciones del P.P. -; celebrada el pasado día 27/3/19, a las 14'00 h. , de la siguiente **PROPUESTA:**

Órgano Competente: Pleno
Quórum: Mayoría absoluta

I--Visto escrito de fecha 21/3/2019, nº 2373 presentado por el Instituto Santísima Trinidad de Baeza.

II--Visto el informe de fecha 22/3/2019, que emite Dª. Filomena Garrido Curiel, Coordinadora-Cultural del Ayuntamiento de Baeza, que literalmente dice:

" ASUNTO:

Al cumplirse este año 2019, el 150 aniversario de su creación Siguiendo lo establecido en el Reglamento Municipal de Honores y Distinciones del Excmo. Ayuntamiento de Baeza que establece:

Artículo 189.

Las Corporaciones Locales podrán acordar la creación de medallas, emblemas, condecoraciones u otros distintivos honoríficos, a fin de premiar especiales merecimientos, beneficios señalados o servicios extraordinarios.

Artículo 191.

Los requisitos y trámites necesarios para la concesión de los honores y distinciones a que se refieren los dos artículos precedentes, se determinarán en reglamento especial.

Normas Generales



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BAEZA
SECRETARÍA GENERAL

Artículo 1º.- Al objeto de premiar merecimientos, beneficios señalados, servicios destacados, extraordinarios o excepcionales para con este Municipio de Baeza (Jaén), su Ayuntamiento puede conferir algunas de las siguientes recompensas:

(...)

3.- Medalla de Oro de la Ciudad de Baeza.

(...)

En base a lo anterior y habiendo recibido solicitud razonada y argumentada del director del IES "Stma. Trinidad", Rogelio Chicharro Chamorro, con fecha a 21 de marzo del año 2019 en la que figura la historia y trayectoria del centro que cumple 150 años de actividad continuada; y en la que considera, a la vez, que la Institución a la que representa reúne los méritos suficientes para que le sea OTORGADA LA MEDALLA DE ORO DE LA CIUDAD, hecho éste que contará con el apoyo de la sociedad baezana.

A continuación, transcribimos íntegramente la solicitud:

"El Instituto "Santísima Trinidad" de Baeza es por razones históricas y según expresan los datos que exponemos a continuación una de las más importantes instituciones culturales de la provincia de Jaén a lo largo de su dilatada trayectoria que viene desarrollando su benéfica actividad durante buena parte del Siglo XIX, todo el XX y siglo XXI hasta nuestros días.

Este Centro nació de la mano del Ayuntamiento Baezano que siempre manifestó su interés por crear un instituto, una vez desaparecida la Universidad de Baeza en el año 1824 y ha mantenido tradicionalmente una fuerte vinculación con nuestro cabildo, así como con toda la población de la ciudad donde se ubica.

Después de muchas vicisitudes históricas que se explican en la presente propuesta, durante el presente año 2019 se celebra el 150 Aniversario de la creación del mismo, lo que consideramos momento oportuno para que el Ayuntamiento de Baeza, haciéndose eco de la consideración que el centro tiene entre los baezanos y de los muchos méritos que concurren en él, considere otorgar la máxima distinción del municipio al Instituto "Santísima Trinidad".

Justificación.-

En el año 1538, el Papa Paulo III, a petición del baezano Rodrigo López, promulga la Bula Altitudo Divine Provintie por la que se fundaba la Universidad de Baeza y el emperador Carlos V cede un palacio para que se estableciera en él la nueva universidad especializada en estudios humanísticos. El alma de la Institución fue Juan de Avila y sus discípulos que darán a la Universidad sus momentos de máximo esplendor durante el Siglo XVI.

En el año 1630 el rey Felipe IV falla a su favor en el pleito que sostenía con el Colegio de Santa Catalina de Alejandría de Jaén y de esa manera la Universidad de Baeza se consolida como una de las cuatro existentes en Andalucía junto con Granada, Sevilla y Osuna. En 1667 llega a hermanarse con la Universidad de Salamanca.

El Instituto "Santísima Trinidad", que toma su advocación de la antigua universidad baezana, hunde sus raíces en ella y después de una serie de vicisitudes históricas, se funda definitivamente en el año 1869, cuando el Decreto de 14 de enero de ese año del ministro Manuel Ruiz Zorrilla autorizó a los ayuntamientos a fundar establecimientos libres de enseñanza, de manera

Documento Firmado Electrónicamente - CSV:US5C3H154.18B7F.44C7.0D9F.ADA46.18C1.67.673085
Verificación de la autenticidad de este documento electrónico en <http://validaciondocumentos.baeza.net>



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BAEZA
SECRETARÍA GENERAL

que, tras solicitar el cabildo baezano el permiso oportuno al Ministerio de Fomento, éste lo concedió el 8 de abril siguiente, llevándose a cabo la apertura oficial del Instituto de Segunda Enseñanza de Baeza el 1 de octubre de 1869, según nos explica Alcázar Cruz Rodríguez en el capítulo II, La fundación del Instituto Santísima Trinidad de Baeza, de su tesis doctoral.

El Instituto "Santísima Trinidad" es la institución heredera de una importante universidad renacentista, de la que recibe un importantísimo legado material e inmaterial y que, aún hoy ocupa el edificio histórico inaugurado en el año 1595 como definitiva sede universitaria, el cual, salvo algún corto periodo de tiempo de mediados de nuestro convulso siglo XIX, siempre se ha dedicado a la enseñanza.

Antes de ese año 1869, desde el que ininterrumpidamente en el mismo lugar y con diferentes denominaciones, el "Santísima Trinidad" viene funcionando plenamente consolidado como la importante institución cultural y académica que es, debemos mencionar los antecedentes que explican la clara determinación que siempre mantuvo el cabildo baezano de, en un primer momento no se extinguiera la Universidad y, cuando esto ya fue inevitable, al menos, crear un Instituto de Segunda Enseñanza aprovechando el edificio y las rentas correspondientes que dejaba aquella.

La Universidad de Baeza, que conoció momentos de gran esplendor, especialmente durante el siglo XVII, entró en decadencia a mediados del XVIII, hasta el punto de que a comienzos del XIX, concretamente en el año 1807, llega su primer cierre que duró hasta 1815 cuando la restableció Fernando VII. Sin embargo, en el año 1824 se produjo el cierre definitivo por orden de la Real Chancillería de Granada.

Después de unos años muy convulsionados, los que van desde el Trienio Liberal hasta la muerte de Fernando VII en 1833 en los que se suceden conflictos entre liberales y absolutistas y continuos pronunciamientos militares, se retoman las reclamaciones ciudadanas para impedir que desapareciera la enseñanza de las humanidades en la ciudad y fruto de ello en 1834 se consigue la confirmación de un Decreto de 10 de enero de 1832 por el que Fernando VII concedía a Baeza un Colegio de Humanidades "aplicando a él los caudales y fondos de la Universidad Extinguida", produciéndose su apertura oficial en 1835 tras recibir el Ayuntamiento de Baeza un oficio con una Real Orden de la reina Gobernadora doña María Cristina de Nápoles en la que manda se ponga el Colegio de Humanidades en verdadero estado de enseñanza, el cual estaba constituido por una escuela gratuita de Primeras Letras y un Colegio de Humanidades con internado.

Posteriormente, en el año 1840, y como fruto de la vocación que siempre tuvo la ciudad por albergar un instituto de segunda enseñanza una vez extinguida la Universidad, el Ayuntamiento solicita al Gobierno la sustitución de su Colegio por un Instituto Provincial de Segunda Enseñanza. Esta iniciativa que inicialmente fue bien acogida tanto por la Dirección General de Estudios como por la Diputación Provincial provocará un enfrentamiento con el Ayuntamiento de Jaén, que aspiraba a conseguir el Instituto Provincial, y que se saldará finalmente a favor de la capital donde se instala el Instituto Provincial en el año 1843.

A pesar de estar en funcionamiento el Instituto de Jaén, Baeza consigue



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BAEZA

SECRETARÍA GENERAL

oficialmente por primera vez su instituto tan solo tres años después de crearse el de la capital y así por Real Orden de 5 de julio de 1846 se crea un Instituto Local de segunda clase con ocho cátedras que solo pervivirá hasta el año 1850 ya que el Ministerio promovió una remodelación de los Institutos en España con la intención de suprimir los que fueran menos rentables, fruto de la cual se suprimió el de Baeza junto a los de Cuenca, Guadalajara, Oñate, Orihuela, Tudela, Tui y Vitoria.

Según lo señalado, ya en 1846 existe por primera vez un Instituto en Baeza, de cuyo nacimiento se cumplen ahora 172 años, pero que, como hemos visto, desaparecerá cuatro años después. Sin embargo, ya definitivamente, en el año 1869 se creará el Instituto de Segunda Enseñanza de Baeza por lo que este año 2019 celebramos su 150 aniversario.

Es importantísimo el Patrimonio que el Instituto posee tanto Arquitectónico, destacando el notable conjunto renacentista configurado por los dos edificios primitivos y que hoy pertenecen al perímetro declarado Patrimonio de la Humanidad; Bibliográfico, con más de doce mil volúmenes con algunos ejemplares de la Antigua Universidad y multitud de obras didácticas del siglo XIX; documental, con la conservación del Archivo Histórico de la antigua Universidad, el del Instituto o las Bulas Papales de Paulo III o Urbano VIII, o más recientes los expedientes de insignes profesores de su claustro como Antonio Machado, Jaime Vicens Vives o Tuñón de Lara; o el patrimonio Científico-pedagógico con sus colecciones de Historia Natural: insectos, moluscos, minerales, fósiles, láminas, mapas, instrumentos de los laboratorios de Física, de Química, de Biología y que hoy se conservan principalmente en el Museo de Ciencias Naturales, todo lo cual se ha logrado preservar en buen estado a lo largo de los siglos.

Pero quizás todavía más destacable sea el Patrimonio Humano atesorado a lo largo del tiempo pues la permanencia como institución educativa a lo largo de varios siglos ha propiciado una riquísima perspectiva humana y docente. Al ser tan dilatada la trayectoria del Instituto han sido miles los alumnos que han pasado por sus aulas, tanto de Baeza como de otros muchos puntos de la provincia y aún de fuera de ella. Pensemos que durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX ha sido el Santísima Trinidad el único –junto con el de la capital- centro de Segunda Enseñanza de Jaén y por tanto el centro recogía numeroso alumnado entre los habitantes de la Loma, Sierras de Cazorla, Segura y Sierra Morena, llegando a sobrepasar los 1500 alumnos en los años 60 y 70 del pasado siglo, muchos de los cuales estudiaban como alumnos libres y se desplazaban al Centro para realizar sus exámenes. Muchos de estos alumnos, hoy dispersos por toda España, han conseguido notable prestigio profesional, ocupando incluso en la actualidad importantes cargos públicos. Algunos alumnos ilustres como José Yanguas Messía, Rafael Laynez Alcalá o Baltasar Garzón.

Por el Instituto han pasado varios cientos de profesores, muchos de los prestigiosos y reconocidos docentes de los que a manera de muestra citaremos a Hermenegildo Giner de los Ríos, Antonio Machado, Francisco Escolano, Jaime Vicens Vives o Rafael Tuñón de Lara”.

Solicitud.-

Por todo lo anteriormente expuesto, el que firma la presente propuesta,



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BAEZA

SECRETARÍA GENERAL

Rogelio Chicharro Chamorro, como actual director del Instituto "Santísima Trinidad" de Baeza, considerando que la Institución a la que representa reúne los méritos suficientes y creemos que el apoyo de la sociedad baezana, SOLICITA LE SEA OTORGADA LA MEDALLA DE ORO DE LA CIUDAD AL INSTITUTO SANTÍSIMA TRINIDAD DE BAEZA."

Por todo lo anteriormente expuesto, que únicamente esboza una larga trayectoria pero que sin embargo ilustra suficientemente la importancia del actual Instituto "Stma. Trinidad", se determinan los siguientes argumentos que justifican la concesión:

- 1. Considerando, como se ha señalado, hunde sus raíces en la que fue Universidad de Baeza, una institución fundada en 1538 y de la que fue su impulsor y patrono el Doctor de la Iglesia, San Juan de Ávila, uno de los personajes más importantes vinculados a la historia de la ciudad.*
- 2. Visto que el Ayuntamiento, desde que fue clausurada su universidad demandó ante el Gobierno y persiguió la creación de un Instituto para Baeza y no cesaron las reivindicaciones educativas hasta que no fue un hecho, siendo el segundo instituto creado en la provincia de Jaén y en el año 1910, el Instituto General y Técnico, como en ese momento se denominaba, queda incorporado económicamente a los Presupuestos generales del Estado e integrado en el Ministerio de Instrucción Pública.*
- 3. Considerando que por sus aulas, a lo largo de estos 150 años, han pasado miles y miles de estudiantes, sirva como dato que llegó a contar en el primer tercio del siglo XX con unos 1500 alumnos, que han llevado su sello en las actividades que posteriormente han realizado en su vida profesional, laboral y personal.*
- 4. Considerando que es el primer centro educativo público de nuestra ciudad, que a lo largo de los 150 años de vida se ha convertido, sin duda, en una de las instituciones más entrañables y queridas de los baezanos y baezanas, y en un referente académico.*
- 5. Visto que se cumplen los requisitos establecidos en el procedimiento del Reglamento de Honores y Distinciones de nuestro Ayuntamiento y en consecuencia se PROPONE:*

La concesión de la Medalla de Oro de la Ciudad de Baeza al IES. "Stma. Trinidad"

III--Visto que se considera justificada la concesión en que:

- a) Hunde sus raíces en la que fue Universidad de Baeza, una institución fundada en 1538 y de la que fue su impulsor y patrono el Doctor de la Iglesia, San Juan de Ávila, uno de los personajes más importantes vinculados a la historia de la ciudad.*
- b) El Ayuntamiento, desde que fue clausurada su universidad demandó ante el Gobierno y persiguió la creación de un Instituto para Baeza y no cesaron las reivindicaciones educativas hasta que no fue un hecho, siendo el segundo instituto creado en la provincia de Jaén y en el año 1910, el*

Documento Firmado Electrónicamente - CSV:053CE154318F74A774DF9AADA4519C1167-521085
Verificación de la autenticidad de este documento electrónico en <http://validaciondocumentos.baeza.net>



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BAEZA
SECRETARÍA GENERAL

Instituto General y Técnico, como en ese momento se denominaba, queda incorporado económicamente a los Presupuestos generales del Estado e integrado en el Ministerio de Instrucción Pública.

- c) Por sus aulas, a lo largo de estos 150 años, han pasado miles y miles de estudiantes, sirva como dato que llegó a contar en el primer tercio del siglo XX con unos 1500 alumnos, que han llevado su sello en las actividades que posteriormente han realizado en su vida profesional, laboral y personal.
- d) Y que es el primer centro educativo público de nuestra ciudad, que a lo largo de los 150 años de vida se ha convertido, sin duda, en una de las instituciones más entrañables y queridas de los baezanos y baezanas, y en un referente académico.

IV—Visto el acuerdo de JGL de fecha 22/3/2019.

V--Visto el informe emitido por el Secretario General de fecha 25/3/2019.

-----Visto que se cumplen los requisitos establecidos en el procedimiento del Reglamento de Honores y Distinciones de nuestro Ayuntamiento y en consecuencia el **Pleno de la Corporación por unanimidad de los presentes, 16 votos a favor: 8 del PSOE, 5 del PP, 2 C's y 1 IU/LV-CA, adoptó el siguiente ACUERDO:**

PRIMERO. La concesión de la Medalla de Oro de la Ciudad de Baeza al IES. "Stma. Trinidad"

SEGUNDO. Dar traslado del presente acuerdo al departamento de Cultura y al IES "Stma. Trinidad".

TERCERO. Publicar el presente acuerdo en el BOP e inscribirlo en el Libro correspondiente."

Y para que conste y surta los efectos oportunos se firma el presente de orden y con el visto bueno de la Sra. Alcaldesa, con la salvedad del Art. 206 del ROF, en Baeza

Firmado Electrónicamente
Fdo. MARIA FRANCISCA RODRIGUEZ TORRES
ADMINISTRATIVO ACTAS Y PATRIMONIO
AYUNTAMIENTO DE BAEZA
MAYOR Nº 10
HASH:489680B7C83AC73F60
39F2E926A5CCE4E4D9698

Vº Bº

Fdo. MARIA DOLORES MARIN TORRES
LA ALCALDESA
AYUNTAMIENTO DE BAEZA
Fecha: 29/04/2019 a las 11:22
HASH:6222E8A66DCC1CC41C25
1375EDA85D3E89B1158F

Fdo. VICTOR CASTILLA PENALVA
EL SECRETARIO GENERAL
AYUNTAMIENTO DE BAEZA
Fecha: 28/04/2019 a las 9:08
HASH:17E9482F505F47CC4F41
FCD4562DFEBA1158D0BD

Documento Firmado Electrónicamente - CSV:052CB1543BB74AC79D99ADA4519C1367523085
Verificación de la autenticidad de este documento electrónico en <http://validadocuments.baeza.net>

CARTEL DEL 150 ANIVERSARIO



ÍNDICE

	Página
Presentación / Equipo Directivo	7
Autoridades	
Francisco Reyes Martínez, Presidente de la Diputación Provincial de Jaén	11
Javier Imbroda Ortiz, Consejero de Educación y Deporte	13
Lola Marín Torres, Alcaldesa de Baeza	15
Antonio Sutil, Delegado Provincial de Educación	17
Directores del Centro	
Rogelio Chicharro Chamorro	21
Adelino Santos Miguel	35
Francisco Ruiz Juan	41
Antonio Ruiz Buenosvinos	45
Salvador García Ramírez	49
Antiguos Alumnos Alcaldes de Baeza	
Eusebio Ortega Molina	55
Javier Calvente Gallego	59
Leocadio Marín Rodríguez	63
Ampa	
Elena Lendínez Aranda	71
El Instituto	
María Dolores Higuera Quesada	75
José Luis Chicharro Chamorro	85
M. ^a Alcázar Cruz Rodríguez	103

	Página
Francisco Sánchez Villaespesa	107
M. ^a José Calvo Rentero	111
Manuel Galiano Marín	117
Antiguos profesores	
José Luis Martín Rodríguez	123
Manuel Higuera Lorente	129
Francisco Bombín García	135
Miguel Conejero Rodríguez	139
M. ^a Dolores Rincón González	143
Carlos J. Morente Rodríguez	147
Sophie Loyer	151
Joaquín Cruz Quintás	153
Profesores actuales	
Manuel Higuera Quesada	159
Alejandro Valverde García	163
Ginesa López Gallego	167
Antiguos alumnos	
Dámaso Chicharro Chamorro	173
Gabino Puche Rodríguez-Acosta	185
Pilar Carrasco Cantos	189
Batolomé Lara Fernández	193
Antonio Jiménez Martínez	199
José Policarpo Cruz Cabrera	203
Juan Luis Rascón Ortega	207
Andrés Medina Gómez	211
Filomena Garrido Curiel	215
José Rogelio Muñoz Oya	221
Marina Alfonso Mola	223
Pedro Narváez Moreno	237
Antonio Carrasco Cantos	247
M. ^a Águeda Moreno Moreno	251
Francisco Clavijo Viózquez	255
Asensio López López	259
Juan Gámez Carmona	263

	Página
Gregoria Bazuelo Anguís	267
Pedro Muelas Navarrete	271
José Vicente Siles Pérez	273
Manuel José Garrido Moreno	277
Juan José Merino Megías	281
Francisca Ortiz Rentero	285
Ricardo Castillo Huertas	289
Rodrigo Checa Jódar	293
Isabel M. ^a Parrilla Lucena	297
José Manuel Mesa Cabrera	301
Alumnos actuales	
Pablo Valverde Nieto	307
Diego Sebastián Moreno Ceacero	311
Apéndices	
Álbum Fotográfico	317
Cartel acto central 150 años	336
Conferencia acto central: “Ficción Literaria y Conciencia” / Antonio Chicharro	337
Reportaje fotográfico	355
Poema de Antonio Carvajal “A la espadaña vacía”	363
Dictamen de Concesión de la Medalla de Oro de la Ciudad al I.E.S. Santísima Trinidad	365
Cartel del Aniversario	372

El Instituto *Santísima Trinidad* de Baeza, con diferentes denominaciones oficiales –Instituto Libre de Bachillerato, Instituto Oficial de Segunda Enseñanza, Instituto General y Técnico, Instituto de Bachillerato e Instituto de Educación Secundaria–, durante el año 2019 ha cumplido 150 años de historia, y a lo largo de esta dilatada y fértil trayectoria ha constituido para los jóvenes de Baeza y buena parte de la provincia de Jaén una institución fundamental para su desarrollo profesional y humano. Heredero de la Antigua Universidad de Baeza (1538-1824) de la que recibe un valioso legado, posee un rico patrimonio arquitectónico, bibliográfico, documental y científico-pedagógico, entre los que sobresale el notable conjunto renacentista de los dos edificios primitivos. Tanto por sus resultados académicos como por los destacados profesores y alumnos que han pasado por él a lo largo de su historia, ha conseguido un importante prestigio. Actualmente la figura de su antiguo profesor Antonio Machado y el aula donde impartió clase contribuyen a perpetuar ese prestigio y conocimiento fuera de la localidad.

Este libro, *150 Aniversario del Instituto Santísima Trinidad de Baeza (1869-2019)*, que se enmarca dentro de los actos de celebración de esta feliz efeméride, pretende dejar testimonio de la misma, difundir la historia y la labor de quienes enseñaron y aprendieron en sus aulas, y desde la memoria recoger también el testimonio de alumnos y profesores que rememoran su paso por el instituto y la importancia que éste tuvo en su formación y en sus vidas.



ISBN: 978-84-92876-74-7

